

().

Movimientos Sociales. subjetividad y acción de los trabajadores desocupados en Argentina.

Retamozo, Martín.

Cita:

Retamozo, Martín (2009). *Movimientos Sociales. subjetividad y acción de los trabajadores desocupados en Argentina.* : .

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/martin.retamozo/316>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psap/Y2c>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Dilemas de la Política
en LATINOAMÉRICA

MOVIMIENTOS SOCIALES

Subjetividad y acción de los trabajadores
desocupados en Argentina

MARTÍN RETAMOZO





**DILEMAS DE LA POLÍTICA
EN LATINOAMÉRICA**



FLACSO
MÉXICO

Directora General:

Giovanna Valenti Nigrini

Secretaria Académica:

Gloria del Castillo Alemán

Coordinadora de Fomento Editorial:

Gisela González Guerra

Comité Editorial de la Flacso México:

Carlos Alba, Cecilia Bobes, Gloria del Castillo,

Silvia Dutrénit, Víctor Godínez,

Fernando Saavedra, Ligia Tavera, Benjamín Temkin,

Francisco Valdés y Giovanna Valenti

Movimientos sociales

**Subjetividad y acción de los trabajadores
desocupados en Argentina**

Movimientos sociales

**Subjetividad y acción de los trabajadores
desocupados en Argentina**

Martín Retamozo



FLACSO
MÉXICO

303.4840982

R437m Retamozo Benítez, Martín

Movimientos sociales : subjetividad y acción de los trabajadores desocupados en Argentina / Martín Retamozo. -- México : Flacso, México, 2009.

250 pp. : gráf. ; 17 x 23 cm. -- (Dilemas de la Política en Latinoamérica)

ISBN 978-607-7629-12-2

1. Movimientos Sociales – Argentina 2. Movimientos Obreros – Argentina
3. Desempleo – Argentina 4. Problemas Sociales – Argentina I.t.
II. Ser.



Dilemas
de la Política
en Latinoamérica

Movimientos sociales. Subjetividad y acción
de los trabajadores desocupados en Argentina
México. Primera edición, septiembre de 2009
ISBN 978-607-7629-12-2

Imagen de portada: Lucio Fontana "Concetto spaziale, Attesa" 1965-66, con la autorización de la
Fondazione Lucio Fontana - Milano.

D.R. © Editor: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Sede México, Carretera al Ajusco 377
Colonia Héroes de Padierna
Tlalpan 14200, México, D.F.
Teléfono 30 000 200
www.flacso.edu.mx

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra,
en cualquier tipo de formato incluyendo el electrónico, sin contar previamente con la autorización
por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los
tratados internacionales aplicables.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Contenido

- 9 Listado de organizaciones**
- 11 Necesaria nota previa**
- 13 Introducción**
- 17 Capítulo I**
 - Pensar los sujetos sociales**
 - 17 Sujetos sociales y subjetividad colectiva
 - 26 Subjetividad, sujetos y movimientos sociales
 - 33 Aspectos metodológicos
- 37 Capítulo II**
 - Orden social neoliberal en Argentina**
 - 37 Los orígenes de la tragedia (1976-1989)
 - 42 La década de 1990: el orden neoliberal
 - 44 El mundo del trabajo y los sectores populares
 - 55 Estado y sociabilidad
 - 58 Subjetividad y cambio en las condiciones de sociabilidad
- 61 Capítulo III**
 - Breve historia del Movimiento de Desocupados**
 - 62 Cutral Có y Plaza Huincol (Neuquén, 1996-1997)
 - 65 Los cortes en Salta: Tartagal y General Mosconi
 - 68 Organización y acción de desocupados en el conurbano bonaerense
 - 74 Los “Congresos Piqueteros” como intentos de unidad

78	Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001
80	El gobierno de Duhalde
84	El gobierno de Kirchner: nuevos desafíos para los movimientos sociales
89	Capítulo IV
	Subjetividad subalterna en la conformación del movimiento de desocupados
89	Configuración subjetiva: sentidos relevantes en el mundo popular
113	La construcción de la demanda: “trabajo”
133	Capítulo V
	Acción, organización y subjetividad colectiva
133	Organización y acción comunitaria. Construcción y transformaciones de la subjetividad
154	Espacios de producción: trabajo y subjetividad
173	La dimensión utópica. Acción: praxis y proyecto
177	Capítulo VI
	La constitución de la alteridad
178	El gobierno
186	La policía
196	Los políticos, la política: entre partidos y punteros
200	El público general: los sectores medios
204	Los “otros” trabajadores
207	Los medios de comunicación
211	Los empresarios
215	Las otras organizaciones: los “otros” en el “nosotros”
216	Consideraciones finales sobre la alteridad
219	Capítulo VII
	Reflexiones finales. Subjetividad popular y disputa por el orden social
227	Subjetividad, sujeto y movimiento en la disputa por el orden social
235	Bibliografía

Listado de organizaciones

Organizaciones de desocupados

BOP	Bloque Obrero y Popular.
BPN	Bloque Piquetero Nacional.
CCC	Corriente Clasista y Combativa.
CLP	Comedor Los Pibes de la Boca.
CTD-AV	Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón.
Cuba	Coordinadora de Unidad Barrial.
FB-19	Frente Barrial 19 de Diciembre.
FDEP	Frente de Desocupados Eva Perón.
FPDS	Frente Popular Darío Santillán.
FTC Mesa Nacional	Frente de Trabajadores Combativos. Mesa Nacional.
FTC	Frente de Trabajadores Combativos.
FTV	Federación de Tierra y Vivienda.
MB-Octoberes	Movimiento Barrial Octoberes.
MBP	Movimiento Barrios de Pié.
MIJP	Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados.
MIJP-CCC	Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados Corriente Clasista y Combativa.
MP20	Movimiento Patriótico 20 de Diciembre.
MST-TV	Movimiento Sin Trabajo "Teresa Vive".
MTD Evita	Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita.
MTD Florencio Varela	Movimiento de Trabajadores Desocupados Florencio Varela.
MTD La Matanza	Movimiento de Trabajadores Desocupados La Matanza.
MTD Solano	Movimiento de Trabajadores Desocupados Solano.
MTD-AV	MTD Aníbal Verón.
MTD-RyV	MTD Resistir y Vencer.

MTL Rebelde	Movimiento Territorial de Liberación Rebelde.
MTL	Movimiento Territorial de Liberación.
MTL-Ibarra	Movimiento Territorial de Liberación Ibarra.
MTR-Cuba	Movimiento Teresa Rodríguez Coordinadora de Unidad Barrial.
MTR	Movimiento Teresa Rodríguez.
MTR-LD	Movimiento Teresa Rodríguez La Dignidad.
MUP 20	Movimiento de Unidad Popular 20 de Diciembre.
MUP	Movimiento de Unidad Popular.
PO	Polo Obrero.

Otras organizaciones políticas y sindicales

CGT	Confederación General del Trabajo.
CPL	Corriente Patria Libre.
CTA	Central de los Trabajadores Argentinos.
FrePaso	Frente por un País solidarios.
MAS	Movimiento al Socialismo.
MPR-Quebracho	Movimiento Patriótico Revolucionario. Quebracho.
MST	Movimiento Socialista de los Trabajadores.
PC	Partido Comunista Argentino.
PCR	Partido Comunista Revolucionario.
PJ	Partido Justicialista.
PO	Partido Obrero.
PTS	Partido de los Trabajadores por el Socialismo.
UCR	Unión Cívica Radical.

Necesaria nota previa

Señor, perdóname por haberme acostumbrado a ver que
los chicos que parecen tener ocho años tengan trece;
Señor, perdóname por haberme acostumbrado a chapotear por el barro;
yo me puedo ir, ellos no;
Señor, perdóname por haber aprendido a soportar el olor de las aguas servidas,
de las que me puedo ir y ellos no;
Señor, perdóname por encender la luz
y olvidarme de que ellos no pueden hacerlo;
Señor, yo puedo hacer huelga de hambre y ellos no:
porque nadie hace huelga con su hambre;
Señor, perdóname por decirles “no sólo de pan vive el hombre”,
y no luchar con todo para que rescaten su pan.

Padre Carlos Mugica, 1969.

La tarea de una tesis doctoral —como la que sustenta este libro— se enmarca, en ciertas convenciones académicas; cierto, a veces vano rigorismo intelectual, pero no por ello deja de ser una tarea humana, demasiado humana. En particular, el trabajo de campo realizado entre los meses de marzo y septiembre de 2005 en Argentina significó en lo personal, fundamentalmente, un aprendizaje. En cada mate compartido, en cada manifestación y en cada charla aprendí de esos hombres y mujeres que aceptaron compartir conmigo sus historias, sus penas, sus alegrías, sus derrotas, sus deseos, esos “sueñitos rotos por la realidad” y los otros aún intactos.

Muchas de las entrevistas se hicieron con un fondo de bombos y cánticos. Al revisar las grabaciones me encontré con el viento filtrándose en el micrófono del grabador y fue imposible no remitirme al viento helado paseándose por la ruta y metiéndose en los huesos, en el alma. La pregunta por esos dispuestos “entrevistados” —y otros millones— que deben campar el invierno con un subsidio por familia de 50 dólares mensuales es interpelante. A ellos agradezco y dedico este libro, a los que resisten.

A las dificultades metodológicas propias de la propuesta que sustenta este trabajo debí sumarles, en ocasiones, aquella signada por esquivar el pesado humo de las cubiertas que ardían sobre el pavimento. Algunas entrevistas se realizaron al compás de las máquinas de coser en los incipientes talleres

textiles donde, entre risas, cada uno de los entrevistados fue desgranando su experiencia. Otras fueron realizadas con la voz de decenas de chiquitos esperando a su maestra para iniciar las clases en el jardín de educación popular.

Como consecuencia, más allá de la contribución al saber de un tema, el trabajo realizado refuerza la idea de la investigación en ciencias sociales como un espacio vital, donde el investigador *qua* sujeto es transformado en el proceso de objetivación de un campo de estudio. En este sentido personal, la experiencia ha sido valiosa; quedará para los lectores evaluar con otros parámetros de validez y para los protagonistas de la historia ver si pueden encontrar aquí elementos que contribuyan a pensar, pensarse y pensarnos mejor. En los tiempos que corren, reposicionar a las ciencias sociales en un lugar crítico es urgente como parte de la construcción de conocimientos y proyectos políticos alternativos, basados en la emancipación y la justicia social.

Agradezco a los trabajadores, docentes y autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad Nacional de La Plata-Argentina), por el apoyo y su defensa de la educación superior pública y gratuita. A todos los que hacen la Flacso México por su trato durante los años de realización del doctorado y por el esfuerzo editorial. A mis compañeros de doctorado: “la banda de los amigos personales”. A México, esa mágica otra patria que ahora llevo en mí.

A la Academia Mexicana de Ciencias por el premio a la mejor tesis doctoral en ciencias sociales 2006. A los doctores Enrique de la Garza Toledo —director de mi tesis doctoral—, Graciela Bensusán, Angélica Cuellar y Hugo Zemelman de quienes me llevo enseñanzas invaluable. A Aníbal Viguera por su generosidad tanto académica como personal en todos estos años.

Finalmente, quiero agradecer y dedicar este libro a los que me enseñaron, hicieron y transitaron conmigo estos senderos de la vida, a los que me acompañaron. A mis viejos (Susana y Mario), a mis hermanos (Manuel y Marcos) y a mi familia grande. A mis amigos, los gurises de Chajarí. A Lucía por —ser y dar— todo, por su valentía para defender esta historia, por seguir a mi lado hasta la patria del sur.

Introducción

Si me dieran a elegir, yo elegiría
esta salud de saber que estamos muy enfermos,
esta dicha de andar tan infelices.
Si me dieran a elegir, yo elegiría
esta inocencia de no ser un inocente,
esta pureza en que ando por impuro.
Si me dieran a elegir, yo elegiría
este amor con que odio,
esta esperanza que come panes desesperados.
Aquí pasa, señores,
que me juego la muerte.

(Juan Gelman, “El juego en el que andamos”).

La constitución de un movimiento social compuesto en su mayoría por hombres y mujeres desempleados como el originado en Argentina es indudablemente un desafío para las ciencias sociales. Esta importancia se acentúa si consideramos que el caso constituye un hecho sin precedentes en el contexto latinoamericano y tiene lugar en un país emblemático en la profundización de políticas neoliberales durante la década de 1990. La particularidad del caso argentino legitima el esfuerzo de la investigación que se oriente a la comprensión de los diferentes procesos sociales que se articularon en la movilización, acción y organización de una parte de los desocupados. No obstante, esta excepcionalidad no agota las dimensiones de interés de un estudio sobre el llamado “movimiento piquetero”. El abordaje de este fenómeno nos sitúa frente a un campo de estudio que consideramos urgente de profundizar: los estudios de las subjetividades colectivas, implicadas en la conformación de sujetos y movimientos los cuales disputan en el contexto de relaciones estructuradas por el orden neoliberal.

En esta perspectiva, este trabajo se interroga *acerca de los espacios de la subjetividad colectiva en la formación del movimiento de trabajadores de desocupados en Argentina, y por las implicancias que su constitución tiene en la institución del orden social*. Por lo tanto, acepta un doble reto para la investigación. Por el lado *teórico*, el construir un andamiaje concep-

tual que posibilite superar las limitaciones en la investigación de la subjetividad y la acción en el caso de los movimientos sociales y su disputa por el orden social. Por el lado *empírico*, reconstruir los procesos subjetivos involucrados en la acción colectiva elaborada por los desempleados.

Entendemos que su constitución como movimiento social no puede comprenderse sin un análisis de la configuración subjetiva subalterna que lo involucra. Es decir, sin escudriñar en los sentidos populares inscritos en el mundo del trabajo, la percepción de los derechos, y las experiencias de organización colectiva; así como tampoco sin investigar los procesos de acción y organización que involucra la subjetividad de los desocupados.

La historia de nuestros pueblos latinoamericanos debe ser investigada en profundidad y con rigurosidad como forma de contribuir a la construcción de sociedades emancipadas. El abordaje de la historia y las clases subalternas desde una pregunta por el proceso histórico político es fundamental para los que sostenemos la imperiosa necesidad de superar el orden de dominación actual y avanzar hacia formas de organización social basadas en criterios de justicia social. Para esto no basta con la imaginación de mundos posibles y deseables, sino que se requiere del trabajo de reconstrucción de la historicidad condensada en los sujetos sociales que disputan la construcción del orden y los proyectos sociales. De esta manera, la preocupación por los sujetos y movimientos colectivos rebasa la motivación académica para anclarse en una necesidad política que se pregunta por la capacidad de éstos de transformar la utopía en historia (Zemelman, 2001).

El trabajo que presentamos se inscribe en el marco de los estudios sobre movimientos y sujetos sociales, subjetividades colectivas y acciones populares en los últimos años en América Latina, particularmente en el contexto de implementación (y consecuencias) de la constelación neoliberal. Esta línea de investigación busca dar cuenta de la relación entre las estructuras sociales y la acción colectiva a partir de proponer mediaciones dadas por la constitución de subjetividades y sujetos sociales (De la Garza, 1992; Zemelman, 1992). La formación de los sujetos colectivos

ha sido una preocupación constante para las ciencias sociales fundamentalmente por tres razones. En primer lugar, por la necesidad de investigar los factores que posibilitan e inciden en la acción colectiva: cómo se definen objetivos, conformaciones identitarias, imaginarios, repertorios de acción y proyectos. Segundo, por entender que los sujetos colectivos tienen un papel central en la conformación del orden social y su cambio; de esta manera, abordar las dimensiones de un sujeto supone encontrar aspectos que orientan en la comprensión de los procesos de constitución de las sociedades. Y, finalmente, se ha defendido a los sujetos sociales como “condensadores de historia” con potencialidades de futuro (Zemelman y Valencia, 1990; Zemelman, 1995 y 1997) esto desde una epistemología que recupera la dimensión del porvenir como constitutivo del conocimiento histórico-político (Zemelman, 1992). El análisis de los sujetos sociales brinda la capacidad de pensar órdenes sociales futuros posibles-deseables (De la Garza, 2001b).

En este trabajo nos preguntamos por qué y cómo fue posible el movimiento de desocupados, preguntándonos específicamente por las formas de conformación de los sujetos colectivos. Desde este interrogante es posible también indagar en sus potencialidades y limitaciones para la transformación social. Para este objetivo hemos centrado nuestra atención en los periodos de conformación del movimiento de desocupados en el conurbano de Buenos Aires desde 1996 hasta 2005.

El presente trabajo se estructura de la siguiente manera. En el primer capítulo se presentan los principales aspectos teóricos y metodológicos puestos a jugar en el desarrollo de la investigación. La centralidad de la categoría de *subjetividad colectiva* y su lugar en la comprensión de los movimientos sociales tienen un correlato metodológico que se expone, principalmente, para el lector interesado en los elementos teóricos que sustentan el trabajo. El segundo capítulo ofrece un panorama histórico y analítico de la conformación del movimiento de trabajadores desocupados, identificando las continuidades y rupturas con respecto a otras formas de acción y organización colectiva. Esto permite reconocer aquellos elementos que serán de vertebral importancia para analizar

las complejidades de la acción de los desocupados y sus procesos de configuración subjetiva. El tercer capítulo propone una reconstrucción del orden social neoliberal haciendo eje en las transformaciones estructurales y el impacto en campos de sentidos centrales para los sectores subalternos como son el mundo del trabajo y el lugar del Estado. Esto permite indagar las especificidades del orden social neoliberal, los aspectos materiales y simbólicos, que fungieron como el terreno sobre el cual una parte de los desocupados en Argentina inició la experiencia de constitución de un sujeto social. El cuarto capítulo procura enfocarse en los procesos subjetivos de construcción de la demanda social y la participación colectiva subalterna, aspectos centrales de este trabajo. En el mismo se identifican los sentidos densos y la configuración subjetiva particular que permitieron construir la acción colectiva en el trasfondo de los cambios suscitados por la hegemonía neoliberal. El capítulo cinco, por su parte, avanza sobre la senda abierta en el anterior, indagando en las formas de acción que el movimiento despliega tanto cotidianamente como en el campo de la protesta. En el capítulo seis reconstruiremos la identificación de las alteridades constitutivas en el proceso de movilización y los sentidos subjetivos que se usaron para significar a esos “otros” (Estado, gobierno, policía, sectores medios, prensa, etc.). En las reflexiones finales propondremos una recuperación de los principales argumentos desarrollados a lo largo del trabajo y haremos especial referencia al lugar de los desocupados en la disputa por el orden social en Argentina.

Capítulo I

Pensar los sujetos sociales

Sujetos sociales y subjetividad colectiva

Este trabajo indaga en la construcción de subjetividades y acciones colectivas que una parte de los sectores subalternos —los desocupados— elaboraron en respuesta a las transformaciones del orden social propio de la era neoliberal en Argentina. El problema de investigación nos induce a introducir asuntos de índole teórica fundamentales, cuyo tratamiento es indispensable para profundizar el análisis socio-histórico. En particular, nos referimos a un conjunto de problemas teóricos acerca de la relación entre orden social, subjetividad y acción, y cómo es posible pensar este vínculo para comprender las experiencias de movilización social.

Una gran parte de la teoría social ha tematizado la relación entre estructura y acción a partir de dicotomías como micro-macro, sujeto-objeto, actor-sistema tal como puede reconocerse en disímiles trabajos tanto de los “clásicos” (Marx, Durkheim y Weber), como en los desarrollos posteriores de autores como Parsons, Schütz, Foucault, Bourdieu y Giddens, por nombrar sólo algunos. No obstante, y aun teniendo en cuenta los importantes avances en la construcción de ángulos de observación de estos fenómenos, los estudios que abordaron estas temáticas han trabajado escasa y marginalmente los problemas vinculados a la acción y los sujetos colectivos. Por otro lado, las perspectivas preocupadas por los movimientos sociales (tanto los estudios centrados en la estrategia como los orientados al problema de la identidad, según la distinción de Cohen, 1985), que tienen en la acción y los sujetos colectivos su principal referencia, no han dado un tratamiento exhaustivo al

problema de la relación entre estructura y acción, antes bien han partido de algunos supuestos en este plano que, frecuentemente, han llevado a equívocos y confusiones metodológicas (Munck, 1995).

Considerando lo anterior, el objetivo específico de este primer capítulo es presentar sucintamente algunas coordenadas teóricas y epistemológicas que puedan dar cuenta de la relación entre orden social y acción a partir de la incorporación de la categoría de subjetividad colectiva, la cual será una herramienta fundamental para el análisis de la conformación del movimiento de trabajadores desocupados. En esta perspectiva propondremos, además, una noción de sujeto y movimiento social que incluye presentar algunos conceptos que tienen implicancias epistemológicas, entre ellas: los sentidos, la voluntad colectiva, la decisión, el deseo, la demanda social y los proyectos compartidos. De esta manera, argumentamos, estaremos en mejores condiciones para abordar los procesos de construcción de los movimientos sociales —como el que construimos *qua* objeto de estudio—, y comprender los alcances y limitaciones para la disputa por el orden social.

Subjetividad: entre la estructuración del orden social y la acción

Un punto de partida teórico que se transforma en eje conductor del trabajo, sitúa a la categoría de subjetividad como una herramienta clave para la reconstrucción del vínculo entre el campo de las estructuraciones del orden social y los elementos del ámbito del sujeto y la acción. Esta categoría de subjetividad puede ayudar a pensar los procesos de conformación de los sujetos y movimientos sociales (Zemelman, 1987a, 1992 y 1997; De la Garza 1992, 1995, 1997 y 2001a; León, 1995 y 1997).

La categoría de subjetividad que aquí utilizaremos tiene implicancias para pensar la conformación de sujetos sociales con capacidad de acción que disputan en y por el orden social. Por lo tanto, es necesario tener presentes algunos aspectos fundamentales sobre la forma en que se conceptualiza el orden social. En este trabajo la estructuración del orden social es considerada como un producto humano, una producción

hegemonía contingente que, sin embargo, antecede y es independiente de los individuos particulares. Las relaciones sociales estructuradas no se encuentran escindidas de la pragmática del sujeto que las pone en acto y las validan en el transcurrir práctico (Schütz y Luckmann, 1997; Heller, 1970 y 2002).

Ahora bien, aunque sean históricas y contingentes, el proceso de conformación de las estructuras involucra un momento de la *reificación* (Giddens, 1995) o sedimentación (Laclau, 1990) de las relaciones sociales que produce la fetichización en tanto los hombres *naturalizan* determinados productos sociales. En consecuencia, la lucha por desnaturalizarlos para que las estructuras dejen de percibirse como inmutables es, indudablemente, una tarea eminentemente política que se relaciona con la subjetividad. Es la ocasión misma de la disputa por la hegemonía (Laclau y Mouffe, 1987), por la estructuración siempre parcial de las relaciones sociales, donde opera esta puesta en cuestión de la naturalidad de ciertas prácticas sociales invocando el origen contingente e histórico (devolviéndole su historicidad), y abriendo instancias de luchas por la transformación de esas relaciones constitutivas del orden social.

El orden social se reproduce constituyendo subjetividades (Castoriadis, 1986), pero es ese mismo terreno de la subjetividad el que se presenta como instancia de disputa, como lugar de resistencia, generando efectos imprescindibles de considerar para concebir la transformación de esas relaciones sociales. “Las subjetividades operan en la reproducción de las estructuras y en la forma de validación de las mismas” (Cuéllar y Durand Ponte, 1989: 24), pero la concepción de la historia como un proceso dialéctico entre estructura y acción nos lleva a identificar que las subjetividades mantienen grados acotados de productividad y creación en el plexo estructural (Castoriadis, 1997).

De esta concepción sobre la forma de constitución de las relaciones sociales estructuradas se desprende la importancia de la acción (tanto en su creación como reproducción). Un primer punto a reparar es que las condiciones estructurales no deben pensarse sólo como ámbitos de presión, delimitación o constreñimiento, sino también como “habilitantes”

para la acción como dice Giddens (Giddens, 1995), esto es, como condición de posibilidad de la acción. Segundo, que la reproducción del orden social no puede ser concebida como mera imposición de los sectores dominantes, sino que debe abrirse a la investigación las formas en que se reproduce el orden mediante las prácticas hegemónicas, cómo se fijan las condiciones que hacen posible la acción y los modos de producción de subjetividades. No obstante, también es necesario dar cuenta de los espacios abiertos y creados por los sujetos para las acciones y la producción de significaciones que ponen en cuestión la naturalidad del orden social. En nuestra indagación esta apertura es fundamental porque refiere al doble carácter de la relación estructura y acción, donde los sujetos encuentran en el orden social condiciones de su existencia y a la vez operan sobre ellas para consolidarlas o transformarlas. Estas transformaciones pueden operar desde lo que llamamos, con García Canclini (1990), *praxis* y son formas propias de intervención que adoptan algunos sujetos sociales.

En otras palabras, la reproducción del orden social depende de un conjunto de factores donde la acción tiene un estatus relevante debido a la necesidad de las prácticas para perpetuarse, pero también porque mediante las *praxis* pueden operarse transformaciones en un orden siempre contingente. El orden social instaurado en una operación hegemónica no es inmune a las acciones de resistencia, por el contrario: está condenado a una falla perpetua, a la imposibilidad de un cierre pleno que se manifiesta con la irrupción del antagonismo (Laclau, 1990), indicio y terreno de constitución de las identidades beligerantes.

Subjetividad colectiva

Los conceptos de estructuras y orden social sobre los que hemos reparado nos sirven para pensarlos junto al de subjetividad con el objetivo de avanzar en un enfoque que posibilite investigar los sujetos y los movimientos sociales. Concebimos la *subjetividad colectiva*, en una definición acotada, como un proceso de articulación de significados para construir sentidos e interpretar relaciones sociales, hechos o aconteci-

mientos. Partimos del concepto de configuración subjetiva propuesto por Enrique de la Garza (1992, 1997, 2001a). Entender la subjetividad como una configuración permite concebirla como un proceso móvil que articula elementos (códigos) heterogéneos (cognitivos, emotivos, éticos, estéticos, etc.) provenientes del campo de la cultura para revestir de significado a situaciones particulares. Asimismo, supone concebir que en los espacios culturales y en los ámbitos subjetivos podemos encontrar significados diferentes y hasta contradictorios que pueden generar condiciones de factibilidad para acciones radicalmente distintas. De esta manera, se puede entender el “dar sentido” como un proceso dinámico de movilización de códigos, de significación, para conformar una configuración particular. Estas configuraciones pueden ser más o menos recurrentes, pero siempre deben ser actualizadas en cada acto de dar sentido (pragmática subjetiva). Así, es posible dar cabida tanto a la repetición de configuraciones (que se relaciona con la formación de identidades sociales) como a la construcción de otras nuevas a partir de la incorporación de códigos originales o la articulación de viejos con otros recién incluidos que acaban por resemantizar la configuración completa. De este modo, es posible pensar tanto en la reproducción del orden social mediante configuraciones que den lugar a prácticas que perpetúan las relaciones sociales o generar otras configuraciones que conduzcan a praxis transformadoras.

Los elementos de la subjetividad se articulan, aunque hay que concebir que su proceso de conformación sea siempre inacabado y abierto (Zemelman, 1995). Esto permite pensar que los aspectos estructurales que presionan, los mecanismos de subjetivación y sus dispositivos conviven con otros espacios más autónomos en la conformación de configuraciones subjetivas. Existen espacios de relativa autonomía para la construcción de configuraciones de acuerdo a distintas situaciones y un terreno para la apropiación reflexiva de los sentidos asignados. La forma configuracional de la subjetividad recuerda el discurso (Laclau, 1985 y De la Garza, 1995) en el cual los elementos significativos adquieren sentido en sus relaciones entre ellos, y la producción de sig-

nificados no puede encontrarse en un análisis atómico. Es decir, cada articulación específica conforma una configuración subjetiva para dar sentido a situaciones particulares que admite en su seno discontinuidades y contradicciones (De la Garza, 2004) y donde los códigos mismos se definen en un juego de lenguaje (Wittgenstein, 1997). Los códigos, como los elementos del discurso (Laclau y Mouffe, 1987), se resemantizan en cada configuración puesto que adquieren sentido relacionamente (como momentos) debido a su carácter *idexal*.

Pensar la subjetividad con una metáfora de red no quiere decir que no puedan existir puntos nodales más densos semánticamente que resignifican al resto de los códigos para dar sentido. En efecto, en la configuración subjetiva no todos los significados tienen el mismo peso para la articulación, algunos códigos pueden adquirir primacía y opacar a otros que permanecen subalternizados, pero que pueden emerger y conformarse en “articulantes” de la red de códigos y, por lo tanto, también del proceso colectivo de dar sentido. Ernesto Laclau (2003) ha recuperado de Jacques Lacan el concepto de *points de capito*, no obstante si bien en el caso de la conformación de los sujetos sociales hay un punto nodal que ayuda a la configuración particular¹ no podemos deslindar la construcción del “significado dominante” de los procesos sociales-históricos que involucran a los sujetos. Las formas sociales e históricas de producción de esos significados serán importantes en el tipo de configuración que se construya y en los códigos que se movilicen. Por su parte, la historia de las subjetividades y los contextos de sentido y acción ofrecen la posibilidad de construir un significado que ancle y amalgame con mayor densidad que otros. Este aspecto es indisoluble de entender al sentido como un producto de la subjetividad. El sentido es, como dice Oscar Landi (1981), un efecto de los significados que, en nuestra concepción, se articulan en la subjetividad. Ahora bien, la centralidad de

¹ Mucho del paso de una subjetividad colectiva a un sujeto social, como veremos, depende de este esquema: de la capacidad de producir significados aglutinantes que capturan otros espacios subjetivos para articularlos en configuraciones concretas más estables.

los sentidos en la subjetividad nos conduce a plantear el problema de los sujetos y los significados en dos planos: la forma en que se constituyen los códigos de sentidos (cultura) y las formas de razonamientos en el mundo de la vida cotidiana (Nun, 1994).

Subjetividad y cultura

El primer interrogante abierto sobre las formas de producción de sentidos que luego son movilizados, nos lleva directamente a una noción de cultura (Giménez, 1997). La relación entre subjetividad y cultura es un tema clásico, problemático y central para dilucidar las formas de construcción de subjetividades relacionadas con sujetos y movimientos sociales (Swidler, 1995). Esta incorporación de la cultura se relaciona con la concepción de que la acción, como acto humano, se realiza en ese universo de significaciones (que a su vez ha sido, en parte, instituido por la acción) (Schütz, 1995). El espacio de la cultura es un espacio de experiencia que impregna de intersubjetividad el campo en que se desarrolla la acción (Schütz y Luckmann, 1977).

La concepción de la cultura como un entramado de sentidos producto de procesos sociales e históricos merece algunas precisiones: no es posible pensar la cultura como una suma aleatoria de significados que se encuentran en un momento determinado, por el contrario, los procesos de producción y sedimentación de significados están embebidos de poder. Por lo tanto, aquello que agudamente describió Schütz sobre el acervo de sentidos del mundo social (Schütz y Luckmann, 1997) debe complementarse con una investigación sobre las formas en que se organiza el conjunto de sentidos: los predominantes y los subalternos. Este punto será clave en la posibilidad de vincular la cultura con la formación de sujetos sociales. Las subjetividades procesan estos significados articulándolos en configuraciones (para dar sentido) que son móviles y dinámicas y que, si bien pueden reproducir los sentidos dominantes, también pueden construir espacios para la creación de otros nuevos a partir de mover códigos subalternizados en la cultura.

En esta perspectiva podemos considerar que los grupos sociales se apropian de los significados y los disputan. El terreno de la cultura, como lo había advertido Gramsci, se transforma en un campo de conflicto y de construcción de visiones del mundo.

Ahora bien, identificamos analíticamente tres fases del conflicto con respecto a la constitución de elementos culturales: la producción, la reproducción y la apropiación. En primer lugar, nos encontramos con una disputa por anclar sentidos específicos. Esto se vincula con una relación fundacional y contingente que, en lingüística, estaría dada por la ruptura entre el orden del significante y del significado que lleva a una lucha por ligar un significante con un contenido definido (Lacoue-Labarthe, 1990). Evidentemente, tal engarce no es definitivo y el papel de la interpretación de esa relación es polisémica y polémica (es la lógica de la hegemonía). La lucha por construir sentidos dominantes supone un intento siempre fallido de lograr cierta unidireccionalidad de interpretación. Como consecuencia de este conflicto pueden ir quedando interpretaciones subalternas que también se codifican. La segunda fase que identificamos se relaciona con el intento de reproducir un orden dominante a partir de la consolidación de sus sentidos hegemónicos (Ceceña, 2004: 40). Aquí es donde entran en juego las distintas formas de instituciones y dispositivos de poder para garantizar la subjetivación y la reproducción. En tercer lugar, tenemos la apropiación que los distintos estratos sociales hacen de los sentidos culturales a partir de su propia historia como grupo y los momentos históricos que contextualizan cierta apropiación y reelaboración (García Canclini, 1982). Este último proceso supone la articulación de los códigos culturales en una subjetividad colectiva. La reproducción de sentidos dominantes correspondería a formas de consolidación del orden social, mientras que la reelaboración de sentidos por parte de los sujetos pondría nuevos desafíos al ordenamiento, particularmente cuando el procedimiento subjetivo de movilizar códigos que condensan sentidos genera la intervención mediante la praxis y en el marco de proyectos colectivos. Lo que hemos detallado como fases sólo pueden reconocerse analíticamen-

te, el devenir histórico supone una articulación constante y permanente de los tres momentos.

Subjetividad y formas de razonamiento

La subjetividad colectiva se relaciona con la articulación de significados para construir sentidos, ahora bien: ¿cuáles son las formas de razonamiento y los procesos que se pueden reconstruir en la operación de configuraciones para las asignaciones de sentido? Para dar tratamiento a esta pregunta es importante destacar que las formas en que se articulan la subjetividad y el proceso de dar sentido reconocen distintos procedimientos que frecuentemente se combinan. Algunos se incorporan como esquemas a la percepción (pero pueden ser sometidos reflexivamente), otros requieren la dimensión temporal para llegar a las asignaciones de sentido.

Los procedimientos que operan en las formas de dar sentido se relacionan con las formas de argumentación y razonamientos. En un viejo artículo, Charles Peirce refiere que “un argumento es cualquier proceso de pensamiento que tiende razonablemente a producir una creencia definida” (Peirce, 1987: 104), lo que nos permite comprender que algunas de las operaciones subjetivas pueden interpretarse análogamente a los procesos argumentativos. Por su parte, las formas de razonamiento involucradas no deben confundirse con procesos estrictamente racionales de asignación de sentidos a partir de la definición de proposiciones. Estas operaciones subjetivas se basan en procedimientos que incluyen la deducción, la inducción, la inferencia, la hipergeneralización, el principio de etcétera, la analogía, la metáfora, la sinécdoque, la metonimia (De la Garza, 2001a); es decir, que puede vincular modos formales de razonamiento con otros provenientes del razonamiento del sentido común.

Entre las formas para dar sentidos ligadas al sentido común y en la construcción subjetiva de sentido de la vida cotidiana, aparecen operaciones que aportan las tipificaciones (Schütz y Luckmann, 1997), la

economía (Heller, 2002) o la reducción de complejidad (Luhmann, 1996) y son desplegadas en las operaciones de dar sentido a situaciones concretas. En efecto, las formas de pensamiento analógico, la hipergeneralización (Heller, 1970) y la posibilidad de significar situaciones introduciendo una equivalencia con otras experiencias construyen maneras de actuar en la vida social. Sobre estas operaciones puede pensarse la constante reconfiguración de la subjetividad, que en el mismo momento que interpreta y da sentido puede ir modificándose tanto molecularmente como de formas más traumáticas. En particular frente a situaciones de ruptura de los patrones de la vida cotidiana proveniente de experiencias sociales —como el desempleo— o por acontecimientos naturales catastróficos.

Subjetividad, sujetos y movimientos sociales

La reconstrucción de los procesos de movilización social y su relación con la configuración subjetiva de los sujetos sociales supone indagar en espacios constitutivos que permiten su mejor comprensión, en particular ese tipo específico de sujeto social capaz de acción colectiva: *los movimientos sociales*. Lo que sigue no pretende ser una tipología o requisitos propios de un movimiento social, sino algunos campos posibles para pensar la constitución de movimientos sociales como el caso del movimiento de desocupados. Estos espacios de concreción de un movimiento social tienen implicancias epistemológicas para la investigación empírica. Nos referimos al plano identitario, la voluntad colectiva y la construcción de la demanda y la acción.

Identidad y movimientos sociales

La conformación del sujeto social es indisociable de una proceso identitario. Esto no significa asimilarlos ni acotar los espacios de conformación de los sujetos ni los movimientos a las identidades sociales;

una muestra de la relevancia del asunto es la presencia de la cuestión de la identidad en las teorías contemporáneas. Aunque cada una lo hizo desde su marco teórico y ubicando a la identidad en distinto rango entre sus preocupaciones, mientras que la teoría de la movilización de recursos tuvo serias dificultades epistemológicas para incluir aspectos simbólicos en sus conceptualizaciones sobre movimientos sociales, la literatura contemporánea ligada a aquellos estudios ha buscado dar cuenta de los aspectos identitarios (McAdam, 1994; Hunt, Benford y Snow, 1994). Por su parte, el enfoque orientado a la identidad en el estudio de los movimientos sociales, hizo de los temas identitarios unos de sus principales ejes de investigación (Melucci, 1994 y 1999; Pizzorno, 1994; Revilla Blanco, 1994).

Para los propósitos de esta investigación, proponemos trabajar con una definición acotada de identidad en su naturaleza de forma o espacio específico de subjetividad que adquiere una estabilidad dinámica y que refiere a un sentido de pertenencia colectivo, a la conformación de un nosotros imaginario (Aboy Carlés, 2005) y la movilización de códigos comunes, y a la posibilidad de pasar de la primera persona del singular a la primera del plural en determinadas situaciones (De Ípola, 2000; Naishtat, 2004). Estas formas recurrentes de dar sentido en el plano que constituye el nosotros (De la Garza, 1997).

La identidad es un proceso dinámico de configuración subjetiva estable (De la Garza, 1992 y 2001a), pero permanece abierto a la reconstrucción permanente, por lo que es necesario identificar su núcleo central el que a su vez, resemantiza otros códigos al incorporarlos a la configuración. Las mismas acciones colectivas (prácticas y praxis), ya sean cotidianas o extraordinarias, impactan en la conformación de la subjetividad colectiva e incorporan nuevos significados o reordenan los códigos donde pueden aparecer nuevos o hacen emerger aquellos que parecían fosilizados. La relación entre los nuevos códigos y las nuevas experiencias con la vieja identidad es una de las claves para comprender el proceso de interacción y síntesis que sucede en una dinámica que se precisa reconstruir en un nivel más abstracto.

La conformación de la identidad colectiva es un proceso que acompaña al movimiento social. Sin embargo, no es creada de la nada por la movilización. El movimiento social como tipo de sujeto social articula ciertos sentidos presentes en la cultura y la historia de los grupos movilizados, pero los configura discursivamente como conglomerados. La acción, la organización y la experiencia colectiva inciden en los significados, decantan, construyen, reconstruyen y crean una configuración particular a cada movimiento social (mitos, imaginarios, proyectos, alteridades, etc.) que aporta a la reconfiguración constante de la identidad. De esta manera, la identidad se transforma en una categoría tanto para comprender la conformación de un sujeto social a partir de una subjetividad colectiva, como para reconstruir las dinámicas de los movimientos sociales donde la subjetividad y la identidad se articulan con proyectos (una dimensión de futuro) y acción colectiva (voluntad). Por lo tanto, hay que observar a la identidad como un elemento denso epistemológicamente, hacerla objeto de estudio más que suponerla en la movilización.

Voluntad colectiva

La subjetividad colectiva articulada en un sujeto social debe inscribir elementos particulares que permitan la acción colectiva propia de un movimiento social. A la faz identitaria característica de una variedad de sujetos sociales es necesario incorporar esos ámbitos que nos permitan pensar con mayor precisión las formas de acción y producción del conflicto social. En efecto, para dar lugar a la conformación (siempre inacabada) del movimiento social, es imprescindible la incorporación de lo que Gramsci llamó “voluntad colectiva”. Es decir, una disposición para la acción y la relación con el otro mediante ésta. La inscripción en el sujeto de la voluntad colectiva supone incorporarle elementos de sentidos que pueden ser cognitivos, pero también emotivos y éticos que añaden capacidad y disposición de acción al sujeto. Es en este punto que concebimos posible la existencia de sujetos sociales sin la consecución de movimientos.

El problema de la voluntad ha sido un tema esquivo para la teoría social, aunque recurrente en la filosofía. Antonio Gramsci (1975) presenta el concepto de “voluntad colectiva nacional-popular” refiriendo a la articulación de un pueblo disgregado y la posibilidad de la construcción de imaginarios sociales aglutinadores que conduzcan a la acción a través de una combinación de razón y pasión. En la búsqueda de un momento de la movilización irreducible a la racionalidad, apela a los espacios volitivos del hombre, por ello requiere de “una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva” (Gramsci, 1970: 25-26). Aunque esto permite introducir aspectos complejos de la construcción de la acción colectiva, Gramsci continúa en un horizonte ontológico tal que la voluntad colectiva nacional-popular queda atrapada entre la construcción de sujetos sociales subalternos y la necesidad de la clase obrera como sujeto histórico (Laclau y Mouffe, 1987). Pues bien, fuera del marco trascendental de las clases (aunque admitiéndolas como construcción histórica) es posible desglosar el concepto de voluntad colectiva gramsciano. De esta manera, mientras en un plano de la hegemonía éste se vincula a la posibilidad de articular identidades subalternas para la acción conjunta; en otro, que nos interesa especialmente, supone la construcción de una disposición para la acción que puede situarse en distintos niveles de generalidad. Así, la construcción de la voluntad colectiva podría operar a nivel nacional-popular, pero también sería posible reconstruir la voluntad colectiva en niveles particulares, por ejemplo, en los movimientos sociales.

Es preciso no confundir la constitución de una voluntad colectiva con una perspectiva voluntarista, muy por el contrario la pregunta del propio Gramsci se dirige a identificar las condiciones históricas en que una voluntad colectiva es posible. Del mismo modo, la tarea de la reconstrucción de los movimientos sociales supone una etapa de investigación de las relaciones socio-históricas donde es pensable un movimiento social: “Se podría estudiar en concreto la formación de un histórico colectivo, analizándolo en todas sus fases moleculares, lo que habitualmente no se hace porque

tornaría pesado el análisis” (Gramsci, 1970: 111). En este trabajo “pesado,” radica mucho la posibilidad de reconstruir un proceso en que se instituye umbrales de acción colectiva a partir de la constitución de la subjetividad colectiva, del sujeto y del movimiento (Zemelman, 1987a). La constitución de la voluntad colectiva permite pensar la relación de un sujeto social con un movimiento social, en tanto se asocia a la acción y a la política.

La voluntad colectiva tiene relevancia tanto en la lucha por la hegemonía como en la dimensión utópica, además de que se vincula con dos esferas olvidadas en la teoría social pero vertebral en la filosofía política clásica: el deseo y la decisión. Para nuestro estudio ambas dimensiones del sujeto colectivo son de vertebral importancia en la comprensión de los movimientos sociales, debido a que es posible pensar que la disposición para la acción se vincula directamente con la experiencia movilizante del deseo como espacio de la subjetividad asociado a una forma de percibir, de interpretar, de producir una “falta” que genera sentidos con disposición para la acción. En esta dirección, la posibilidad de que el deseo no devenga en frustración radica en la opción de intervenir en la historia a partir de la acción, la relación voluntad colectiva, deseo y decisión es constitutiva del movimiento social.

Para pensar la acción colectiva, junto a la voluntad y el deseo emerge la otra categoría importante y perdida: la decisión (De la Garza, 1992, De Ípola, 2000), la cual es urgente incorporarla a la teoría de la acción colectiva en estrecha relación a la puesta en acto de la voluntad colectiva, como una instancia creativa-instituyente que abre un espacio de acción y conflicto. Deberíamos situar a la decisión en el momento configuracional del sujeto, esto es: cuando éste mediante la acción se pronuncia en la historia como un “nosotros” irreductible a la agregación de los individuos participantes (Naishtat, 1997 y 2004). Esta operación es precondition de un movimiento, es un momento del paso de la subjetividad colectiva al movimiento social a través de poner en acto al sujeto social en el terreno abierto por la propia acción (De Ípola, 2000). Con esto la decisión y la acción son fases en la constitución del sujeto social particular que aquí consideramos movimientos sociales.

El acto de la decisión es bautismal. Si bien no determina por entero la constitución futura de un sujeto social, sí se convierte en un espacio privilegiado para comprender las dimensiones de la aparición pública de un movimiento social. Esto no significa que el momento de la decisión sea aporomático. Primero, por lo poco desarrollado del concepto por la teoría social. Segundo, por las dificultades metodológicas de reconstruir un ámbito originario que se vuelve mitológico. No obstante, la decisión es de suma importancia para la conformación de la subjetividad, el sujeto y el movimiento social; como el momento de la voluntad colectiva del sujeto en la subjetivación que, en nuestra concepción, ofrece una sutura parcial que dispone a la acción. Esto no conduce a un decisionismo porque el horizonte de posibilidades está limitado por los sentidos compartidos, por las subjetividades colectivas que la decisión interpela y por el contexto histórico-estructural que incide en ella. La decisión es constitutiva pero no incondicionada y responde a una historia de la subjetividad, las relaciones de poder, la cultura y la memoria subalterna que ponen en coordenadas los alcances de la decisión, así como su capacidad para disputar por escenarios futuros (Zemelman, 2001). La decisión, en el caso de los movimientos sociales, puede dislocar un orden existente, introducir la negación a determinado estado de cosas e instituir campos de conflictos en la disputa por el ordenamiento social.

La construcción de la demanda social

La vinculación de los movimientos sociales con una demanda no es nueva, sin embargo, es necesario reparar en los procesos de conformación de una demanda social y esto no puede estar escindido de la subjetividad. De este modo, es una tarea importante en la investigación de los movimientos sociales que conlleva dos preocupaciones. Primero, cómo se construye una demanda colectiva a partir de los sentidos compartidos. Segundo, cómo se incorpora la demanda en el orden social, su posibilidad de absorción o su exceso (Laclau, 2005).

Toda situación social requiere de una dotación de sentido para constituirse como significativa para el mundo humano. En el caso de los movimientos sociales el proceso subjetivo involucrado se relaciona con la definición del conflicto. Es decir, con la construcción de una subjetividad colectiva para revestir de un significado particular a determinada relación social con un sentido de “daño” (Rancière, 1996). El proceso de constitución del movimiento nos conduce a introducir la noción de lucha y antagonismo en un campo de conflicto que impacta, a su vez, en la conformación de las subjetividades colectivas beligerantes. La condición pública de la demanda y su inscripción en el ámbito político es una de las características del proceso de construcción del movimiento social.

Esta emergencia de un sujeto supone también un acto creativo de aparición a partir de una reconfiguración del campo de experiencias que le permite hacer visible una situación como demanda. Es decir, la misma situación pudo haber existido en el pasado como una relación de subordinación, sin que una subjetividad colectiva movilice sentidos para dotarla de un significado que hace posible la acción. Las circunstancias históricas, otros sentidos movilizados, la misma dinámica de las subjetividades populares producen la apertura de momentos de disputa por el sentido. Estos procesos de apertura de sentidos (lo que Laclau llamó la proliferación de significantes flotantes) se vinculan a la imposibilidad de cierto orden social de determinar todos los lugares con sentidos dominantes, es decir, con problemas de hegemonía.

En esta perspectiva, la demanda es una producción subjetiva “mediante una serie de actos de una instancia y una capacidad de enunciación que no eran identificables en un campo de experiencias dado, cuya identificación por lo tanto corre pareja con la nueva forma de representación del campo de experiencia” (Rancière, 1996: 52). Es decir, la construcción social de la demanda supone la irrupción de otros sentidos en la operación semántica de manera tal que se ponen en cuestión los sentidos dominantes. Esto se vincula a la referencia de Rancière a la constitución del sujeto político, esto es, un modo de subjetividad

que se predispone para la acción produciendo una reestructuración de los sentidos dados, desordena el orden, expande los lugares de la lucha por la hegemonía. No obstante la apertura del proceso de subjetivación colectiva no nos habilita a referirnos a la necesaria confirmación de un sujeto emancipatorio (o una subjetividad no alienada, autónoma, liberadora). La contingencia de la que partimos y la historicidad, tanto de los sujetos como del orden social, nos orientan en la necesidad de indagar en las potencialidades y límites de los sujetos históricos emergentes.

Con lo anterior se hace evidente la relevancia de la construcción de una demanda y su inscripción en un espacio político. Es decir, la asignación de un sentido específico a una relación social que permita significarla como ilegítima, injusta o indignante es un requisito para la formación de un movimiento social. Nótese que esta asignación de sentido involucra una serie de campos de sentidos como los que hemos detallado (cognitivo, emotivo, ético). Sobre esa demanda colectiva pueden incorporarse otras demandas a su vez que la misma puede ir cambiando, tanto para extenderse y desplazarse como para diluirse o ser absorbida por la lógica institucional.

Aspectos metodológicos

Las estrategias y esquemas metodológicos deben ser acordes a una forma de pensar los procesos sociales de manera abierta y a la vez rigurosa que permita desbloquear el análisis de los sujetos (Zemelman, 1995). Esto requiere de una aproximación a nuestro objeto construido sin atarnos a postulados que nos impidan una reconstrucción de los complejos procesos sociales, y a la vez, que nos permitan someternos a la competencia intersubjetiva.

Mientras nuestro objetivo se enfoca a dar cuenta de los sentidos construidos socialmente por los desocupados para conseguir la acción colectiva y analizar las potencialidades que éstos tienen en lo que se refiere al orden social, fueron necesarios diseños metodológicos para reconstruir

esos complejos procesos de dar sentido (Weber, [1922] 1980; Schütz, 1995). Por lo tanto, el estudio se vale, esencialmente, de las técnicas de investigación cualitativas porque permiten abordar de manera heurística la complejidad y la multidimensionalidad del problema planteado. Sólo de este modo es posible construir *observables* que se refieren a la subjetividad, a los sentidos y a las construcciones de significados. En esta perspectiva, el abordaje metodológico se orienta a elaborar la mejor entrada posible para acceder a procesos de dar sentidos. Para esta observación-reconstrucción de las configuraciones colectivas articulamos y complementamos dos concepciones:

- Por un lado, rescatamos las preocupaciones del interaccionismo que ha defendido que los sentidos se realizan (actualizan) en la interacción de los individuos al hacerlos intersubjetivos. Por lo tanto no habría posibilidad de concebir sentidos propios de la conciencia (en tanto ésta sería, de algún modo, “inaccesible”) y la forma de acceder a ellos se ubica en las interacciones sociales. Así, para que un sentido se convierta en “social” debe darse en la interacción y como forma intersubjetiva. La *observación* y la interpretación de las situaciones, acciones, interacciones, discursos (lingüísticos y no lingüísticos, Laclau, 1985), expresiones corporales, debates y conclusiones colectivas fueron los *indicadores* en esta esfera que nos permitieron realizar las interpretaciones; mismas que realizaron durante el año 2005 en: *a)* espacios de acción comunitaria-organizacional; *b)* plenarios; *c)* asambleas; *d)* manifestaciones públicas (actos, cortes de rutas); *e)* ámbitos de la vida cotidiana; y *f)* espacios de producción material (trabajos comunitarios, cooperativas, huertas orgánicas, reciclados, textiles).
- Por otro, algunas corrientes ha defendido la capacidad de reflexividad de los sujetos en tanto éstos pueden dar cuenta de sus propios actos y motivaciones aunque éstas sean mediadas por juegos de olvido/memoria, represión, articulación, resemantización, etc. En concordancia, trabajamos con *entrevistas* (en sus distintas variantes

de acuerdo al caso) en torno a los sentidos atribuidos por los sujetos (individuos y grupos).

Las entrevistas estipuladas se realizaron en diferentes situaciones. Más allá de los cuidados metodológicos de rigor cuando se trabaja con métodos cualitativos y sus técnicas de investigación, nos hemos visto en la necesidad de ajustar nuestros instrumentos de construcción de información. La heterogeneidad y muchas veces la precariedad en que efectuamos las entrevistas han sido una dificultad, pero también una experiencia que aportó en la posibilidad de reconstruir el proceso social que nos propusimos. Realizar las entrevistas en disímiles situaciones (a metros de la policía en medio de una acción directa, caminando por los barrios, en la ronda de mate de los locales de las organizaciones, con el aroma del guiso anunciando la hora del almuerzo comunitario, etc.) se convirtió en una oportunidad irreplicable para reconstruir sentidos y subjetividades colectivas. A lo largo de la investigación, además de las entrevistas, nos vimos enriquecidos con largas conversaciones con los participantes a veces más dispuestos a contar sus experiencias cuando no eran expuestos a la situación violenta de ser objetivizados explícitamente en la investigación.

Los entrevistados fueron seleccionados con criterios acordes para respetar las representatividades de los diferentes grupos sociales que componen el movimiento de desocupados, como sus funciones dentro de las organizaciones. Para ello se estableció un criterio combinado. Por un lado, se incluyó entrevistados principalmente de tres grupos: mujeres con hijos a cargo, jóvenes sin experiencia laboral formal y exobreros con experiencia en puestos de empleo formales). Por otro lado, se procuró establecer criterios para distinguir entre los miembros de las organizaciones del movimiento. Más allá que las organizaciones nombran de manera diversa sus ámbitos de estructuración (asambleas, comisiones, cabildos, mesas) y los lugares de los militantes (responsable, delegado, coordinador, secretario), para fines de esta investigación los hemos encuadrado en cinco grandes grupos. organizadas las jerarquías

de abajo hacia arriba tenemos: a) participantes de base, b) militantes de base, c) referentes o cuadros territoriales, d) dirigentes, y e) líderes.

En función del problema de investigación planteado nos hemos centrado en los espacios a, b y c, aunque se implementaron entrevistas de control con los otros grupos identificados. No parece necesario aclarar que en especial entre los espacios privilegiados para la intervención reina la heterogeneidad (edad, género, experiencia previa, etc.) y esto fue considerado en la decisión metodológica a la hora de diseñar los instrumentos de construcción de información.

Pues bien, expuestas las principales coordenadas teóricas y explícito el enfoque metodológico, pasemos a lo que respecta al estudio de los movimiento de trabajadores de desocupados en Argentina.

Capítulo II

Orden social neoliberal en Argentina

Este capítulo tiene como objetivo presentar las condiciones de sociabilidad, aspectos del orden social que funcionaron como contexto para la conformación de la subjetividad colectiva y la experiencia de movilización social de los desocupados. En la perspectiva que proponemos, la identificación de elementos estructurales que inciden en la formación de los sujetos adquiere especial relevancia y se constituye en una tarea importante la investigación. Para alcanzar este propósito sugerimos dos ejes que articulan el capítulo. El primero es cronológico, y busca situar las reformas estructurales en el proceso histórico argentino. El segundo es conceptual, y se orienta a presentar los impactos que estas reformas tuvieron en la reestructuración de espacios claves para la formación de sujetos populares. Nos centraremos en dos de éstos: el mundo del trabajo y el Estado; aunque, como veremos, se implican mutuamente y prestaremos especial atención a los cambios operados en el conurbano bonaerense o Gran Buenos Aires¹ puesto que es la ubicación específica de las experiencias de movilización que nos interesan.

Los orígenes de la tragedia (1976-1989)

El proyecto del bloque dominante en Argentina, que empezó a pergeñarse a mediados de los años setenta, tuvo drásticas consecuencias para

¹ Nos referimos a lo que el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) refiere como "Aglomerado Gran Buenos Aires", al área geográfica delimitada por la "envolvente de población"; lo que también

la conformación del orden social contemporáneo y las condiciones de vida de los sectores populares. En este punto, hay un acuerdo bastante extendido en considerar que el proceso de deterioro de las condiciones sociales para estos sectores se sitúa hacia mediados de la década de los setenta. Hasta esas fechas, según diversos autores, Argentina podía caracterizarse por presentar niveles relativamente adecuados de bienestar y un aceptable grado de integración, en especial si consideramos el contexto latinoamericano (Beccaria, 2001; Villarreal, 1996; Lozano, 2001a; Bayón, 2003; Palomino, 2003; Svampa y Pereyra, 2003). Sin embargo, las últimas tres décadas fueron escenario de un progresivo cambio en la situación social (Aspiazu y Nochteff, 1994; Altimir, Beccaria y Rozada, 2002), sobre todo en indicadores sociales como empleo, distribución del ingreso y pobreza (Bayón, 2003).²

Este proceso de deterioro del tejido social reconoce distintos momentos históricos (como el Rodrigazo³ de 1975), no obstante es ba-

suele denominarse "mancha urbana". El INDEC entiende "envolvente de población" a una línea que marca el límite hasta donde se extiende la continuidad de viviendas urbanas. Esta línea se mueve con el tiempo y no respeta las delimitaciones administrativas de los partidos. El Aglomerado Gran Buenos Aires es el mayor conjunto urbano del país (el tercero de América Latina después de Sao Paulo y México). Abarca la Ciudad de Buenos Aires y se extiende sobre el territorio de la Provincia de Buenos Aires, integrando la superficie total de 14 partidos, más la superficie parcial de otros 18. La diferencia entre el Gran Buenos Aires y el Aglomerado Gran Buenos Aires es que el primero alude a un conjunto de partidos (más la Ciudad de Buenos Aires) tomados en su totalidad, mientras el segundo alude a un área que se va moviendo con el tiempo y que incluye a algunos partidos de manera parcial. La población total del aglomerado Gran Buenos Aires, según el censo de 2001, es de 12 045 921 personas de las cuales 2 768 772 pertenecen a la Capital Federal y 9 277 149 a los partidos ubicados en la Provincia de Buenos Aires.

- 2 Un estudio publicado por la CEPAL evidencia la tendencia del crecimiento de la desigualdad en el periodo comprendido entre 1974 y 2002. Los autores estiman que el Coeficiente de Gini trepó del 0.36 en 1974 a 0.51 en el año 2000 (Altimir, Beccaria y Rozada, 2002: 56). Otros estudios, como los de Lozano (2002), en la misma perspectiva, indican que la desigualdad se incrementó aún más durante el año 2002.
- 3 Las políticas económicas implementadas por el ministro de economía Celestino Rodrigo en 1975 pueden considerarse uno de los puntos anteriores al golpe de Estado que, con mayor claridad, marcaron una disputa por la orientación política y económica de la sociedad. Sus medidas de devaluación de la moneda y aumento de tarifas generaron una ola de protestas obreras (el "Rodrigazo") que acele-

jo el gobierno de la dictadura militar (1976-1983) cuando con mayor claridad se evidencia la política de reestructuración social. El plan de la dictadura militar articuló estrategias en distintas esferas tendientes a reconfigurar el poder de las elites (Nochteff, 1994). En lo político, la primera fase, implicó una táctica de disciplinamiento de la movilización social mediante la persecución, la tortura, la desaparición y el asesinato. Este proceso tuvo también una función cultural a partir del impacto traumático en la subjetividad disciplinada por el miedo. La segunda fase (y producto de las contingencias de la política, la derrota de Malvinas, etc.) condujo a una recanalización de la participación ciudadana hacia formas más institucionalizadas en un intento de reconstruir un sistema de partidos que desembocó en las elecciones de 1983 (Adroque, 1995; Torre, 2003: 648).

Si nos centramos en el plano económico, es necesario destacar que el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”, con José A. Martínez de Hoz como ministro de economía, enarbó un programa tendiente a “reestructurar los aspectos básicos que definen el patrón de acumulación” (Beccaria, 2002: 27). La política económica que la dictadura implementó tuvo fuertes consecuencias negativas en los salarios de los trabajadores, marcando pautas para el nuevo comportamiento de una economía que vio afectada su capacidad de generar empleo en las últimas tres décadas (Beccaria, 2001). Esta política económica del gobierno militar sentó las bases de una orientación que se profundizaría años después: “con la reforma del mercado financiero, la liberalización comercial y la reducción salarial como mecanismos tendientes a modernizar la economía e incrementar la competitividad del sector productivo” (Bayón y Saraví, 2002: 63). Asimismo, cabe mencionar, dentro de las notas más relevantes por el impacto político y por el peso que significó en los periodos siguientes, el aumento de la deuda exter-

raron la salida del gobierno de María Estela Martínez de Perón y el advenimiento de la noche negra abierta con el golpe cívico-militar de 1976.

na que ofició como mecanismo de control y presión por parte de los acreedores internacionales.

La recuperación de la democracia formal en 1983 se vio afectada por los primeros síntomas producto de las políticas económicas de la dictadura: endeudamiento, problemas con la balanza de pagos y altas tasas de inflación. Según Beccaria (Beccaria, 2002) estos factores dificultaron la consolidación de los atisbos de crecimiento de 1983 y motivaron políticas orientadas a contrarrestar sus efectos negativos a partir de recetas ortodoxas, el llamado “Plan Austral” de 1985 fue una muestra de ello. Las políticas centrales de este intento consistieron en la reforma monetaria, el congelamiento de precios y de salarios, la reducción del déficit mediante la restricción del gasto público y una serie de medidas tendientes a reconfigurar las funciones del Estado. No obstante un breve periodo exitoso, el Plan Austral no consiguió una estabilidad sostenida, además de manifestar problemas de consenso con sectores sociales (especialmente el sindicalismo) a los cuales afectaba la política de ajuste.

Sin embargo, aun en este contexto de estancamiento y problemas macroeconómicos: “los niveles de desempleo se mantuvieron relativamente bajos en términos regionales” (Bayón, 2003: 59). Esto puede observarse claramente en la gráfica 1, donde se muestra el desempeño de los indicadores de empleo durante la década de 1980. Allí puede apreciarse que el gobierno de Alfonsín inició en 1983 con una tasa de desocupación, en el Gran Buenos Aires, de 3.1 por ciento (5.8 por ciento para el resto de los conglomerados urbanos), y con un subempleo de 4.9 por ciento (GBA) y 8 por ciento (para el resto de los conglomerados), respectivamente. Aun en los años regidos por la hiperinflación y la profunda crisis, los índices se mantuvieron estables, aunque sensiblemente más altos que en la década de los setenta: 5.7 por ciento de desempleo y 7.4 por ciento de subempleo para 1988 si tomamos el Gran Buenos Aires, y 7 y 8 por ciento, respectivamente, en 1989. Sin embargo, aun con los niveles de desempleo relativamente estables se manifestó en este periodo una sensible baja en la calidad de

los empleos creados, mientras el autoempleo y la informalidad crecieron de manera abrupta en comparación con los parámetros tradicionales (González y Bonofiglio, 2004). Además, al mismo tiempo que se deterioraban opciones como el cuentapropismo (que en Argentina se había vinculado a formas de movilidad social ascendente), el mercado de trabajo informal manifestaba limitaciones para absorber los cambios en el nuevo contexto.

A pesar del resultado, este intento de reformas bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, el primero en la era democrática contemporánea, fue una respuesta al deterioro en el crecimiento y las limitaciones estructurales de la economía argentina, que desde mediados de los años setenta y hasta fines de los ochenta evidenció los problemas de crecimiento, estabilidad y generación de empleo. El modelo de industrialización por sustitución de importaciones (uno de los pilares del modelo de integración “nacional-popular”) agudizó su crisis tanto por el nuevo contexto externo, como por el producto de los realineamientos del bloque dominante local. En el aspecto político, los avatares de la segunda parte de la década de 1980 evidenció la debilidad del gobierno de Alfonsín para consolidar un proceso democrático con integración social y económica, así como su incapacidad para lograr consenso sobre el rumbo económico. Estos problemas se agudizaron cuando la caída de las tasas de inversión en un contexto de fuerte endeudamiento puso en jaque la estabilidad del país haciendo naufragar el Plan Austral. Por su parte, la expansión de las demandas democráticas desnudó las serias limitaciones del gobierno de la Unión Cívica Radical (UCR) para dar respuestas adecuadas a la ciudadanía. Frente a un gobierno debilitado, los grupos económicos alentaron un espiral inflacionario que, en 1989, se convirtió en hiperinflación.

El periodo hiperinflacionario trastocó espacios económicos, políticos y subjetivos. La afección del salario y la consecuente caída del poder adquisitivo tuvo un fuerte impacto sobre la pobreza y la indigencia. Según Lozano y Raffo (2004), la pobreza en 1989 alcanzó el 47.3 por ciento, mientras que la indigencia el 17.5, ambos niveles desconoci-

dos por el tipo de integración de la sociedad argentina. El deterioro de la situación llevó a un acuerdo de diferentes sectores de poder sobre la necesidad de poner fin al modelo nacional-popular e instrumentalizar profundas reformas de “modernización”. Las condiciones para las reformas implementadas en la década de 1990 comenzaban en los diferentes frentes.

La década de 1990: el orden neoliberal

La década de los noventa significó para la Argentina, como para otros países de América Latina, la puesta en marcha de las políticas abiertamente neoliberales. El llamado “Consenso de Washington” que respaldó en términos ideológicos y discursivos la implementación de medidas ortodoxas destinadas a una reestructuración de las sociedades latinoamericanas encontró en Argentina un caso paradigmático. Las recomendaciones de liberalización comercial, privatizaciones, apertura y desregulación del mercado y ajuste estructural fueron en gran parte seguidas por la administración de Carlos Menem (1989-1999) por lo que el país se convirtió en un ejemplo de las políticas impulsadas por los organismos internacionales.

En el caso argentino factores internos y externos hicieron factibles la concreción de las reformas. Podemos destacar algunos de estos procesos convergentes. El primero se vincula con la crisis económica de la segunda parte de los ochenta (Cross, Lenguita y Wilkins, 2002) y las narrativas que se construyeron apuntando al modelo Estado-céntrico nacional popular como causante de la catástrofe económica, en particular la inestabilidad de los precios. El segundo se relaciona con el impacto de la hiperinflación en la subjetividad. Éste funcionó como mecanismo de disciplinamiento social (Quiroga, 2000) y generó la posibilidad de privilegiar la estabilidad de los precios aun a costos altos a mediano plazo (Villarreal, 1996). Asimismo, este trauma social produjo en la ciudadanía la ruptura de expectativas que asociaban democracia

a bienestar, se produjo una fractura del apotegma “Con la democracia se come, se cura y se educa” que era repetido por Raúl Alfonsín. De esta manera, la idea de democracia política se distanció del bienestar económico, y la preocupación de la ciudadanía se orientó más hacia el control de la inflación y la estabilidad económica, que a ampliar la participación ciudadana en los asuntos de gobierno. El tercer proceso fue la entrega del poder anticipado por parte de Alfonsín, coyuntura que fue aprovechada por la dirigencia del Partido Justicialista para obtener el compromiso de la futura oposición de prestar apoyo a las medidas de reformas. Con esto la oposición quedó desarticulada y subordinada, generando condiciones coyunturales excepcionales para la asunción del gobierno de Carlos Menem. En cuarto lugar podemos mencionar al capital político histórico del peronismo (bases de apoyo, estructura política, formas de liderazgos, etc.) que instituyó un espacio de maniobras para implementar las políticas neoliberales (Grassi, 2003). En quinto lugar, la posibilidad de integrar a los sindicatos tradicionales fue un factor importante en la factibilidad de profundizar las reformas neoliberales⁴ que afectaron el régimen de protección laboral histórico. En este plano, los cambios económicos fueron acompañados por una política de incentivos selectivos desde el gobierno de Menem hacia las organizaciones formales de los trabajadores vinculadas históricamente al partido gobernante y agrupadas en la Confederación General del Trabajo (CGT) (Acuña, 1995). Los intentos de resistencia de los trabajadores frente a las políticas neoliberales fueron sectorizadas y derrotadas por un gobierno que extendió un consenso hegemónico sobre la orientación del modelo económico. El sexto, por su parte, deviene del contexto abierto por la caída del Muro de Berlín y el avance del pensamiento único que invalidaba cualquier forma de organización que cuestionara la hegemonía neoliberal (Boron, 1999). Finalmente,

4 La resistencia sindical a las reformas de la década de 1980, encabezadas por el líder de la CGT Saúl Ubaldini, había sido uno de los principales obstáculos que encontró Alfonsín para las reformas estructurales que se propuso en ese tiempo.

podemos nombrar la particular coyuntura de los mercados internacionales de principios de los noventa que facilitaron la toma de créditos en el exterior alentada por las intervenciones del Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

El nuevo modelo impuesto por la administración Menem supuso, en general, un esquema basado en la reconversión de las funciones del Estado, la apertura a la competencia extranjera (con un fuerte impacto en la industria nacional), la eliminación de formas de regulación, y el repliegue de la participación del Estado en la economía mediante privatizaciones. Este proceso de reformas que reestructuró el orden social se profundizó luego del fracaso en el intento de controlar los precios por parte del plan “Bunge y Born”⁵ y el rebrote inflacionario de 1990. Allí, un nuevo equipo económico liderado por Domingo Cavallo dispuso una serie de medidas que buscaban a reordenar el modelo de acumulación a partir de los dictámenes de los organismos internacionales. La política económica se basó en una fijación del tipo de cambio, el establecimiento de la convertibilidad⁶ y una nueva administración en el plano fiscal orientada al ajuste.

El mundo del trabajo y los sectores populares

En el plano que nos interesa y que se vincula a las subjetividades sociales, el funcionamiento del mercado laboral y su implicancia en todo el mundo del trabajo es central, más aún en un país donde el empleo significó la forma de integración a los beneficios sociales. Si, además,

- 5 Esta denominación se debe a que el ministerio de Economía quedó a cargo de uno de los principales grupos empresariales del país, el Bunge y Born, quienes pusieron sucesivamente a sus principales economistas, Miguel Roig y Néstor Rapanelli, al frente de la cartera.
- 6 La Ley de Convertibilidad impuso un cambio fijo entre el dólar estadounidense y el peso argentino, además restringió la emisión de divisas por parte del Banco Central, convertido en una caja de reconversión. Esto produjo una sobrevaluación del peso que afectó negativamente la competitividad de la industria argentina (Cerrutti y Grimsón, 2004: 4).

recuperamos la importancia del mundo del trabajo en la formación de subjetividades e identidades, entonces podemos concluir que indagar en estas transformaciones estructurales y la dimensión simbólica de las mismas se constituye en tarea central.

El nuevo modelo económico implementado por la administración Menem alcanzó inicialmente el control inflacionario y el crecimiento económico. Esto, a su vez, redundó en el corto plazo en una mayor oferta de crédito interno y la recuperación del consumo doméstico. Asimismo, entre 1991 y 1994 Argentina se vio favorecida por una masiva entrada de capitales externos motivada tanto por la orientación y la estabilidad de la política económica como por la particular situación del contexto internacional. No obstante, incluso en los momentos de estabilidad inflacionaria y crecimiento económico⁷ el modelo demostró “limitaciones inherentes que afectaron negativamente la dinámica del mercado de trabajo” (Lindenboim y Salvia, 2002: 36). Incluso en periodos de crecimiento económico (1991-1994), el incremento en la creación de puestos evidenciado en los primeros años de la convertibilidad se vio contrarrestado con una ampliación de la oferta de trabajo (Cerrutti y Grimsón, 2004).

Esto puede observarse en la gráfica 1, donde ya en 1993 se aprecia una tendencia fuertemente alcista en la tasa de desocupación 9.6 por ciento y de subocupación 9.1 por ciento para el Gran Buenos Aires, y 8.7 por ciento y 9.6 por ciento para el resto de los aglomerados. De la misma forma, para 1994 y luego de 4 años de crecimiento económico a un promedio que rondaba el 8 por ciento anual, las tasas de desocupación se ubicaron en 13.1 por ciento (en el Gran Buenos Aires) y 10.8 por ciento (en el resto de los aglomerados urbanos); mientras que la subocupación alcanzó 10.1 por ciento y 10.9 por ciento, respectivamente. Según Beccaria (2001), esto se debe a la convergencia de procesos diferentes. Por un lado, mientras la recuperación del crecimiento

⁷ En 1991 el crecimiento económico fue de 9.9 por ciento, en 1992 de 8.9 por ciento, en 1993, 5.2 por ciento y, en 1994, de 7.2 por ciento.

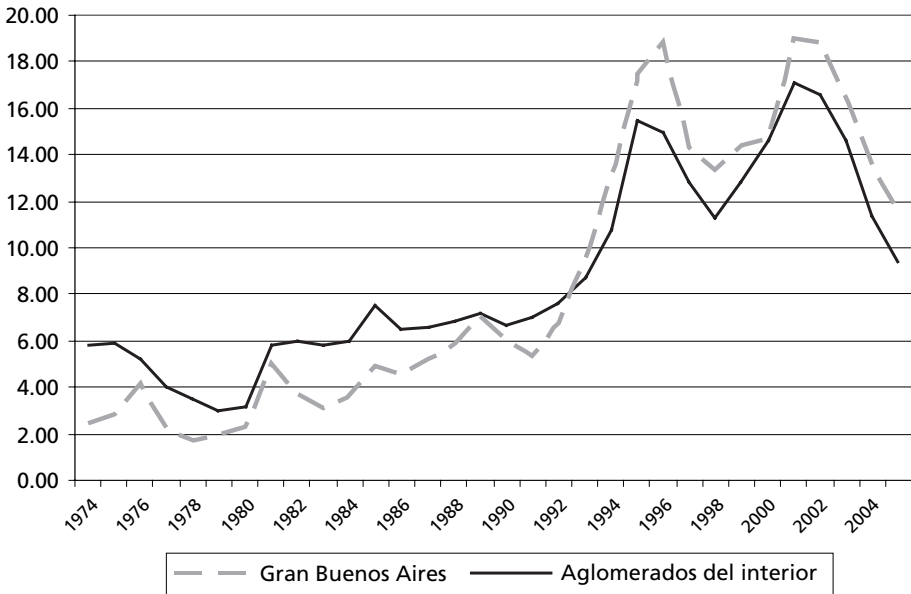
económico posibilitó la creación de puestos de trabajo, la apertura y la liberalización comercial tendieron a eliminar puestos de trabajo. Por otro lado, el crecimiento de la demanda de trabajo se enfrentó a un crecimiento también de la oferta de trabajo. Por su parte la crisis de fines de 1994 y principios de 1995 aceleró el decrecimiento del empleo formal llevándolo a niveles históricos (Beccaria, 2001 y 2002; Cerrutti, 2002; Beccaria y Maurizio, 2004).

Según los datos oficiales del INDEC, es posible apreciar una aceleración tanto de la desocupación como de la subocupación en la década de 1990, alcanzándose los niveles más altos en 1996 con una tasa de desempleo abierto de 18.8 por ciento para el Gran Buenos Aires y 13.8 por ciento para el resto de los aglomerados del país. Simultáneamente, a diferencia de periodos anteriores, las formas de autoempleo no alcanzaron para absorber la expulsión del mercado laboral. Para este periodo, según Bayón, los altos niveles de desempleo abierto en Argentina pueden ser atribuidos a tres factores centrales: “la caída en la demanda de empleo, el aumento en la oferta de trabajo y la pérdida de dinamismo del sector informal” (Bayón 2003: 61). La referencia al sector informal es relevante debido a que éste funcionó durante la etapa de sustitución de importaciones de manera anticíclica, mientras que en la década del noventa operó de manera procíclica (Cerrutti, 2002).

Es así como, a mediados de la década de 1990, los estudios ya diagnosticaban que el problema de desempleo tenía rasgos estructurales (Palomino, 1995). Sólo a partir de 1996 se observa una leve recuperación en los niveles de desempleo. En el Gran Buenos Aires la tasa disminuyó al 13.3 por ciento en 1998 y al 11.3 por ciento para el total nacional en el mismo año. Pese a esta leve recuperación que se evidenció a mediados de 1996, los puestos de trabajos generados fueron contratos temporarios, empleo informal o por periodos de prueba lo que imprimió una característica de precariedad a un mercado de trabajo que se había destacado en el contexto latinoamericano por el fuerte predominio del empleo formal “pleno”.

Gráfico 1.

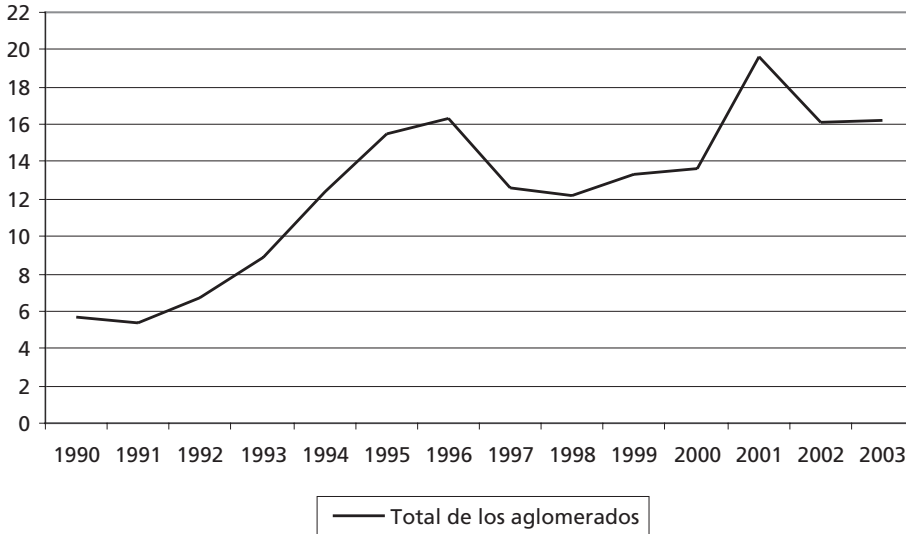
Tasa de desocupación para el Gran Buenos Aires y el total de aglomerados del interior.



Fuente: elaboración propia con base en datos del INDEC.

Es importante analizar la dinámica en el sector industrial manufacturero por su relevancia en los espacios geográficos al que pertenecen los grupos sociales estudiados. En efecto, el aglomerado del Gran Buenos Aires concentró históricamente a las industrias del país. En este punto observamos que la dinámica del desempleo en este sector de la economía acompaña el comportamiento nacional. De acuerdo con el gráfico 2, se evidencia una tendencia creciente del desempleo partiendo en 1991 con una tasa del 5,4 por ciento hasta llegar a un 16,3 por ciento en 1996. A partir de esta fecha se presenta también una leve disminución en el desempleo del sector; en promedio, entre 1997 y el año 2000, la tasa baja al 12,9 por ciento, pero nuevamente para el año 2002 se alcanza una máxima de 19,6 por ciento.

Gráfico 2.
Tasa de desempleo en la industria manufacturera.



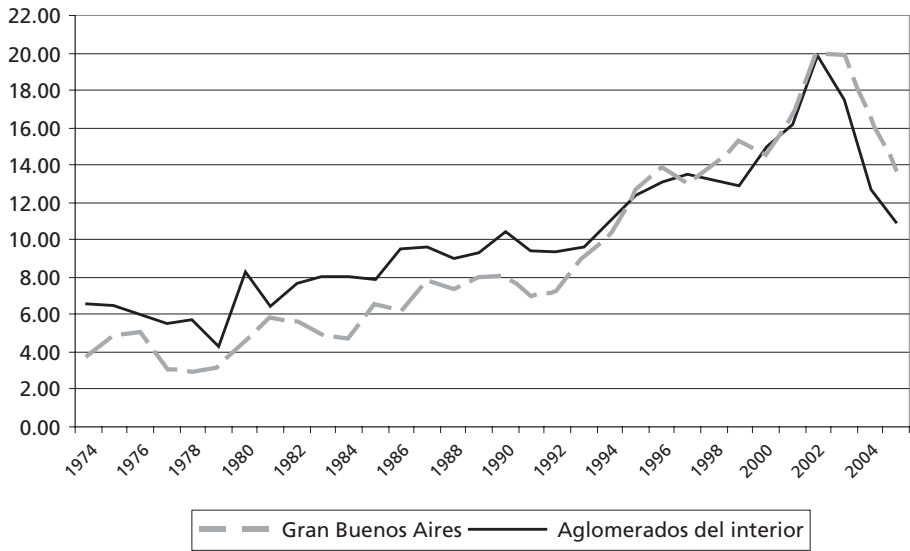
Fuente: elaboración propia con base en datos del INDEC.

Es evidente que el deterioro del mercado de trabajo no se refleja solamente en la tasa de desocupación. También es necesario observar el permanente aumento del subempleo horario en los años noventa, el alargamiento de la jornada laboral y el deterioro en la calidad de los empleos, aumento de informalidad e inestabilidad. (Lindenboim, 2002; Lindenboim y González, 2004). En el gráfico 3 se evidencia el fuerte problema que también ha representado el subempleo horario. Si bien durante los ochenta se mostró una tendencia creciente, ésta fue moderada, pasando de una tasa de subocupación del 6.4 por ciento en 1981 hasta un máximo de 10.4 por ciento en 1990 para el total nacional y de un 5.8 por ciento al 8.1 por ciento, respectivamente, en el Gran Buenos Aires. Sin embargo, es a partir de 1993 que la tendencia alcanza de la tasa de subocupación empieza su estampida de crecimiento mucho más acelerada, llegando, en el 2002, a alcanzar el nivel más alto de las tres

últimas décadas, en promedio 17.5 por ciento de subocupación para el total nacional y 19.8 por ciento en el Gran Buenos Aires.

Gráfico 3.

Tasa de subocupación para el Gran Buenos Aires y el total de aglomerados del interior.



Fuente: elaboración propia con base en datos del INDEC.

Si profundizamos la mirada en el aspecto estructural para el periodo en cuestión, esta vez en la desigualdad, podemos referir que, según Altamir, Beccaria y Rozada (2002), la desigualdad de ingreso de los hogares, medida por el Coeficiente de Gini, en 1974 era de 0.36 lo que muestra una relativamente aceptable distribución que se reflejaba en menos del 5 por ciento de hogares pobres. No obstante la tendencia alcista del periodo posterior se manifiesta en un 0.39 hacia 1980 para el Gran Buenos Aires, mientras que en 1985 se registra un 0.41 para el mismo conglomerado (Acuña, Kessler y Repetto, 2002). La distribución del ingreso evidencia un salto posterior a la hiperinflación;

en 1989, según estos autores, se alcanza un 0.51 en el Coeficiente de Gini. El comienzo de la década de 1990 (el crecimiento económico y el control de la inflación referidos) produjeron un breve periodo de disminución del coeficiente con respecto al momento inmediatamente anterior, aunque muy lejos de los valores históricos. En 1990, según Acuña, Kessler y Repetto, para el gran Buenos Aires se ubicó en 0.46, valor que se mantuvo estable hasta 1994 cuando comenzó nuevamente una tendencia alcista que en 1998 llevó al coeficiente a ubicarse arriba de 0.50. Para el total del país, según Altamir, Beccaria y Rozada, en el año 2000, el coeficiente se ubicó en 0.51 y, de acuerdo a Siempro en mayo de 2002, después de la crisis de la convertibilidad, se situó en 0.53. Este máximo de desigualdad fue acompañado por los índices más altos de pobreza. “Según datos del INDEC para octubre de 2002 un 57.5 por ciento de la población Argentina vivía por debajo de la línea de pobreza y un 27.5 por ciento no alcanzaban a cubrir la canasta alimentaria básica, lo que los convertía en indigentes” (Vinocur y Halperín, 2004: 10). En 2003, para el segundo semestre, el Coeficiente de Gini de acuerdo a Siempro⁸ fue de 0.52 y en 2004, finalizó con 0.49. De este modo es posible seguir cuantitativamente la profundidad de los cambios en la estructura social argentina.

Con esto se hace aún más evidente que las elevadas tasas de desocupación impactaron directamente en el incremento de la pobreza y, por lo tanto, en las condiciones de vulnerabilidad social. La ampliación del desempleo de los años noventa fue un fenómeno generalizado, pero los jóvenes y las mujeres se destacaron por el incremento en las tasas, así como también aumentaron los jefes de hogar desempleados (Beccaria, Altamir, y Rozales, 2002). Asimismo, a diferencia de la década de los ochenta, los mecanismos de integración social vinculados a la acción estatal se encontraban cercenados para contrarrestar estos efectos, algo que veremos con más detalle en un apartado posterior.

8 El Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales (Siempro) es una instancia de la Coordinación de Políticas Sociales de la Presidencia de la Nación.

Frente a estos datos la estrategia discursiva dominante fue asignar la responsabilidad de los altos índices de desempleo a la rigidez de las formas de contratación y otras “interferencias” en el mercado de trabajo que no le permitían alcanzar el equilibrio. Esto constituyó una de las invariantes del discurso hegemónico (Lindenboim y González, 2004; Beccaria y Maurizio, 2004). En este ámbito se implementaron leyes de flexibilización laboral⁹ para liberar las formas de contratación aunque a costa de precarizar los puestos de trabajo.

En general, las medidas que se implementaron para la adecuación del mercado de trabajo al nuevo modelo económico, ortodoxamente neoliberales, se pueden resumir en: “la baja del costo laboral a partir de la reducción de los aportes patronales, rebaja de los costos de despidos y de protección laboral, la flexibilización de formas de contrato y despidos y la descentralización de las formas de acordar los convenios colectivos” (Roca, 2002: 67). Sin embargo, los resultados que arrojaron fueron pésimos desempeños en el ámbito social: desprotección laboral, deterioro de la seguridad, impacto en la precarización de los puestos de trabajo y aumento de los niveles de desocupación. Por su parte, la implementación de subsidios focalizados al desempleo no fue suficiente para absorber las consecuencias del modelo económico. Como se demostró el problema del empleo fue acrecentándose con el correr de la década y tuvo un impacto directo sobre la pobreza y la desigualdad.¹⁰ Estos elementos pueden considerarse “la expresión más clara de las repercusiones de diez años de convertibilidad en la estructura social argentina. Hacia fines de 2000, los niveles de pobreza —que afectaron a 20.4 por ciento de los hogares y a 29.4 por ciento de los individuos del Gran Buenos Aires, fueron los más altos desde 1991” (Bayón, 2003: 63). A pesar de tal evidencia, bajo el gobierno de la Alianza UCR-Frepaso en diciembre de 1999 la política laboral siguió los cursos tomados al

⁹ La sanción de la Ley Nacional de Empleo con el número 24.013, en 1991, dio marco legal a la flexibilización de las formas de contrato.

¹⁰ El coeficiente de Gini que en 1974 fue de 0.393 creció hasta 0.485 en 1994 y en el 2000 trepó a 0.515.

iniciar los noventa. La narrativa de la crisis remitió la solución de los problemas de empleo, nuevamente, a los costos laborales, lo que motivó la promoción de una nueva ley de trabajo tendiente a flexibilizar las condiciones laborales. Como lo han demostrado importantes estudios los resultados de las reformas laborales fueron en detrimento de la calidad de los empleos (Beccaria, 2001 y 2002; Lindenboim y Salvia, 2002; Beccaria y Maurizio, 2004).

Los hechos de diciembre de 2001 que derivaron de la crisis de convertibilidad, más allá de su relevancia política, significaron un nuevo impacto en las condiciones de sociabilidad para los sectores populares (en especial en los desocupados por su vulnerabilidad) por las consecuencias de la devaluación propuesta por el gobierno de Duhalde en enero de 2002. Como se demuestra en el gráfico 1, los niveles máximos de desempleo ya se habían ubicado en el 2001 con una tasa del 19 por ciento para el Gran Buenos Aires y un 17.1 por ciento para el total de aglomerados del país. Sin embargo, la devaluación de enero de 2002 produjo transferencia de ingresos de los sectores con menos ingresos hacia los sectores concentrados (Basualdo, Shorr y Lozano, 2002) en un contexto que empeoraba en cuanto a indicadores sociales. Hacia mediados de 2002, según Lozano (2002), el 51.4 por ciento de la población, esto es, 18 219 000 habitantes, se situaban bajo la línea de pobreza, mientras que el 21.9 por ciento de la población se ubicaba en la condición de indigencia. Frente a este panorama, el gobierno nacional implementó un programa denominado Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados. El objetivo de este plan asistencial —que dura hasta la actualidad— fue el intento de lograr una rápida contención social, a la vez que devolver el poder de gestión de los recursos públicos a los intendentes municipales en el conurbano bonaerense, bastión del Partido Justicialista y, especialmente, del por entonces presidente provisional Eduardo Duhalde.

Por su parte, en el plano de las representaciones políticas, una consecuencia del reordenamiento del mundo laboral fue la afección del sindicalismo. Los cambios en el mercado de trabajo y la nueva composición

de la clase obrera pusieron a las organizaciones sindicales —históricamente monopólicas del proceso de las demandas en el mundo laboral— frente a varios problemas. En primer lugar, la tradicional CGT vio afectada su capacidad de afiliación debido al aumento de la desocupación y la informalidad. Segundo, el viejo sindicalismo oficial sufrió una acentuada deslegitimación para representar los reclamos populares por su alineamiento con el proyecto hegemónico en la década de los noventa. Tercero, el efecto de disciplinamiento del desempleo (Lindenboim y González, 2004) y las nuevas condiciones afectaron la huelga como acción para importantes sectores de la clase trabajadora. Esto no significa que las huelgas desaparecieran y hayan sido reemplazadas por los cortes de ruta, por ejemplo, pero sí una variación de la posibilidad de acción colectiva y los ámbitos organizacionales tradicionales de los trabajadores.¹¹

La crisis de representación afectó a los sindicatos en general y produjo una mayor formación de liderazgos territoriales y comunitarios (Svampa y Pereyra, 2003). Algo que es en particular importante dado el proceso de reterritorialización que afectó a los trabajadores (Delfini y Picchetti, 2004). La distribución en el espacio de los sectores populares se vio afectada con la nueva condición del mundo del trabajo. En este plano, la nueva territorialidad reordenó también importantes ámbitos de experiencia: “los barrios que habían sido dormitorios obreros de cadenas de fábricas dejaban de tener sólo un porcentaje pequeño de desempleados para convertirse en ‘barrios de desempleados’” (Grimsón *et al.*, 2003: 11). Esta reconversión afectó concomitantemente la construcción del tiempo. Es decir, mientras el espacio territorial se transformó en el lugar propio de una experiencia de clase, el reordenamiento

¹¹ La emergencia de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) disputando la representación de los trabajadores a partir de una propuesta de autonomía (frente al Estado, la patronal y los partidos) y una articulación con movimientos sociales, es una respuesta organizativa a las nuevas condiciones en el mundo laboral. Sin embargo, la CTA a pesar de tener una fuerte presencia en sindicatos estatales, carece de representación en los sectores industriales (cfr. Armelino, 2005; para ver su relación con los desocupados: Rauber, 2002; Cross, 2004).

en la vida cotidiana debido a las transformaciones en el mundo del trabajo llevó a que los hombres pasaran muchas horas en sus casas, en los espacios locales, en sus barrios (Delfini y Picchetti, 2004).

Es decir, ante las específicas condiciones de sociabilidad de las clases populares los procesos de conformación de subjetividades subalternas en el conurbano de Buenos Aires adquirieron una fuerte impronta territorial enmarcada, a su vez, en un proceso de transformaciones en el peronismo como identidad popular (Svampa y Martuccelli, 1997; Svampa y Pereyra, 2003) y el sindicalismo clásico en tanto forma de organización. En consecuencia, ante la falla en varias mediaciones a causa de las limitaciones de las organizaciones sindicales tradicionales, la crisis identitaria peronista y las nuevas condiciones y conflictos (más ligados a la pobreza, a la falta de empleo y el territorio), se abrieron nuevos espacios de construcción de subjetividad y acción para sectores populares; a algunas nos referiremos luego.

En el contexto de las sociedades asalariadas en general y en la relativamente alta integrada sociedad argentina, en particular, la experiencia del desempleo adquiere características especialmente relevantes por su impacto tanto en la estructura de distribución del ingreso como en el plano subjetivo. En este último, es relevante destacar que el sujeto que se ve privado de un puesto de trabajo formal no sólo pierde el empleo y con ello la posibilidad de un salario, previsión social, acceso a la salud mediante obra social, vacaciones, etc.; sino que, además, ve alterada su forma de integrarse, su universo de sentidos sufre una abrupta transformación afectando casi todos los espacios de sociabilidad donde desarrolla lazos sociales y su inserción en la esfera pública (Beccaria, 2001; Delfini y Picchetti, 2004). A esto hay que sumarle los costos psicológicos e identitarios producto de la desestructuración y reestructuración fragmentada de los espacios de experiencia social. Es decir, los cambios no sólo afectan por el deterioro en los ingresos de los sectores asalariados, sino también implican un impacto en el plano simbólico debido a que afectan las estructuras que funcionan como contextos para la conformación de identidades (Palomino, 1995).

Estado y sociabilidad

Uno de los axiomas claves del “sentido común” neoliberal postuló la ineficiencia del Estado para la promoción de bienestar social y la provisión de bienes y servicios públicos, frente a una predicada virtud del mercado como mecanismo eficiente de coordinación social. Esto puso entre los puntos principales de la agenda neoliberal las reformas orientadas a fortalecer la presencia del mercado y la reestructuración de las funciones del Estado. Estas reconversiones produjeron efectos en las condiciones de sociabilidad, y avanzaron en el desmantelamiento del modelo nacional-popular-estadocéntrico a favor de un modelo neoliberal. Las transformaciones en el Estado afectaron uno de los ejes vertebrales del viejo modelo, reestructurando espacios importantes de la sociedad que afectaron la subjetividad popular que tenían en el Estado un referente de configuración (Villarreal, 1996; Merklen, 2004).

Según Oszlak (2003), Argentina posee, luego de las reformas neoliberales, uno de los aparatos estatales más pequeños del mundo. No obstante, las implicancias de las reformas estructurales de los noventa no se comprenden sin atender el hecho de que, fundamentalmente, al Estado ha reconvertido sus funciones más que minimizarlas. Durante la década de 1990, el Estado reconfiguró sus funciones: abandonó su lugar en el aparato productivo al privatizar sus principales empresas, a su vez, delegó sus espacios de intervención por medio de un proceso de desregulación en un contexto de pérdida de decisión soberana. De igual modo, se desprendió de una parte importante de sus trabajadores de planta promoviendo planes de retiro voluntario¹² (Oszlak, 2003) y reducción de puestos de empleos protegidos que no pudieron ser recuperados por el sector privado (Cerrutti, 2002).

¹² Si bien no existen datos consistentes sobre el impacto directo de la reforma del Estado en el empleo, Adriana Marshall estima que entre 1983 y 1993 el empleo público decreció de 350 mil puestos a unos 67 mil (Cerrutti y Grimsón, 2004).

Este conjunto de transformaciones afectaron el lugar del Estado en la regulación sobre las relaciones laborales y, de allí, nuevamente en las condiciones de vida de los sectores subalternos. Según Lindenboim y Salvia, el aumento de la precariedad, la inseguridad y la desprotección no se compensó con un incremento de ingresos y produjo que los avatares del ciclo económico recayeran fundamentalmente en los trabajadores (Lindenboim y Salvia, 2002). En gran parte esto se debió a que las reformas del Estado atacaron las instituciones encargadas de regular y defender los derechos laborales (Salvia, 2001) con lo que la referencia estatal perdió, para gran parte de los trabajadores, su lugar en el mundo del trabajo.

El gasto público brinda una mirada del tipo de reestructuración estatal operado en la Argentina de los noventa. De acuerdo a Oscar Oszlak (2003), el gasto público de los tres niveles (nacional, provincial y municipal) en 1990 (en valores constantes de 1997) alcanzaba 61 949 millones de dólares, mientras que, luego del ajuste en 1999, el mismo ascendía a 97 595, es decir, un incremento de 57.5 por ciento. Oszlak repara que la composición del gasto puede distinguirse en dos categorías. Por un lado, aquel conjunto destinado a solventar los gastos de personal, bienes, servicios, inversión, etc. Por otro, las partidas destinadas a transferencias y servicios de la deuda. En el año 2000, por cada peso que se destinaba a pagar los sueldos de la administración pública se destinaba 1.15 para solventar intereses de la deuda. Con esto queda claro que el gasto público no se redujo sino que se redefinió, redireccionando, por ejemplo, sus esfuerzos para atender compromisos vinculados a subsidios a las privatizadas, reintegros, aportes, contribuciones para enfrentar el déficit del sistema de seguridad social, etc. En el mismo proceso puede observarse una tendencia hacia la descentralización del gasto en áreas claves como la salud y la educación pública.

Las mutaciones en las funciones del Estado nacional tuvieron en la política educativa una mayor relevancia. Las reformas neoliberales, en este terreno, siguieron las directrices de los organismos internacionales (el FMI y el BM), basadas en la descentralización y el incremento

del sector privado como forma de desregulación; según Filmus (1998), hacia 1994 ya no quedaban escuelas bajo jurisdicción nacional. Cabe destacar que el proceso de descentralización educativo tuvo una doble fundamentación: por un lado, el imperativo de fortalecer la participación de entidades subnacionales que, fundamentalmente, se debió a una estrategia para enfrentar las crisis fiscales. Este segundo criterio primó en la reforma argentina, e incentivó para que el Estado nacional transfiriera las instituciones educativas sin acompañarlas con partidas presupuestarias. Más allá de las consecuencias heterogéneas que el proceso de reforma produjo en los diferentes lugares del país, es evidente que, en general, reprodujo asimetrías y no contribuyó a una mejora en la calidad educativa (Feldfeber y Ivanier, 2003). Pero, además, es relevante la carga ideológica que sustentó la reforma: una nueva manifestación del retiro del Estado y refuerzo del mercado como mecanismo que haría eficiente el servicio educativo. De este modo, de acuerdo al esquema neoliberal, los ciudadanos son consumidores y las escuelas “unidades de producción” (Southwell, 2002).

Otro ámbito donde las reformas neoliberales se hicieron sentir fue el sistema de salud. Luego de una etapa de fortalecimiento de sistemas de salud universalistas y de cobertura al trabajador por medio de las Obras Sociales, se encararon reformas orientadas a la autogestión hospitalaria y la promoción de formas de coberturas privadas como la medicina prepaga. De este modo se reestructuró la responsabilidad del Estado en el sector de la salud, transfiriendo, delegando y asumiendo una lógica de mercado en la provisión de la salud (Stolkiner, 2000).

Es indudable que las profundas transformaciones promovidas por la reconversión del Estado generaron un impacto en las condiciones de sociabilidad de los sectores populares. La vulnerabilidad y la incertidumbre, entonces, pueden pensarse a partir de los cambios regresivos tanto en el mundo del trabajo como en la estatalidad. Esto porque se afectaron los dos mecanismos básicos de integración social: el trabajo que permitía el acceso a formas de seguridad social y el Estado que garantizaba la provisión de bienes (salud y educación) de forma universal. Con ello, el

Estado de malestar (Bustelo, 1992) y sus políticas neoliberales generaron la pinza que reconfiguró violentamente un espacio social provocando la desestructuración de las condiciones de vida y la certidumbre en la que los hombres y mujeres desarrollan sus acciones cotidianas. Sin comprender las transformaciones del mundo del trabajo y del Estado no es posible entender la profundidad del cambio en las condiciones de sociabilidad (Auyero, 2002d; Grassi, 2003), ni de la construcción de acción colectiva en este contexto.

Subjetividad y cambio en las condiciones de sociabilidad

Los estudios sobre las condiciones de vida en la era neoliberal argentina concuerdan en que las formas de sociabilidad¹³ de una gran parte de la clase trabajadora en Argentina evidenciaron una reestructuración profunda en la década de los noventa. Estas transformaciones impactaron en el mundo de la vida cotidiana, aquel que —como dice Agnes Heller—se presenta como dado al sujeto: lo desorganizaron y reorganizaron en un nuevo conglomerado producto del orden social neoliberal. La importancia de este proceso de reestructuración radica en su relación e impacto en la subjetividad subalterna. Así, el problema epistemológico, en lo que nos concierne, es estudiar las formas en que impactan en la dimensión subjetiva problematizando las rutinas y poniendo en cuestión las evidencias del mundo cotidiano (Schütz y Luckmann, 1977) y las construcciones subjetivas que se elaboran como respuesta a estos cambios.

Si, como se ha mostrado, la nueva situación social en Argentina alteró los espacios de sociabilidad y la cotidianeidad de amplios sectores populares, sus ámbitos de reproducción material y simbólica, en-

¹³ Al hablar de un cambio en las formas de sociabilidad nos referimos, siguiendo a Murmis y Feldman (Murmis y Feldman, 2002: 9) “a las maneras en que los hombres y mujeres establecen relaciones en los diferentes ámbitos del mundo de la vida”.

tonces la pregunta por las respuestas subjetivas y la construcción de sujetos colectivos en este contexto es fundamental. En particular por la profundidad de los cambios en el orden social neoliberal y su rasgo particular en Argentina; allí la experiencia del desempleo y el empobrecimiento afecta la vida cotidiana y la “alteración de prácticas rutinarias arrastra consigo tramos de sentidos sedimentados —es decir, ideas, creencias, expectativas, categorías de percepción, etc.—, hasta entonces considerados evidentes, que no resisten la dislocación de la cotidianidad” (Kessler, 2003: 27-28). Este proceso afecta la conformación de la subjetividad ha sido referido teóricamente por autores como Schütz y Luckmann: “Si los objetos presentados de un objeto (vale decir, las fases anticipadas de mi conciencia), cuando se autopresentan, son incongruentes con la experiencia anterior, puedo decir que el carácter presupuesto de mi experiencia ‘estalla’. En consecuencia, lo que hasta ahora se ha presupuesto pasa a ser cuestionado. La realidad del mundo de la vida exige de mí, por así decir, la (re)explicitación de mi experiencia, e interrumpe el curso de la cadena de evidencias” (Schütz y Luckmann, 1997: 32). Estos cambios trastocan la generación de lazos sociales y la posibilidad de elaborar experiencias colectivas sobre aspectos como el territorio, el trabajo (incluido el no trabajo), el ocio, los afectos, las formas de participación, etc. De esta manera se abre un espacio para la reconfiguración de plexos subjetivos tendientes a dotar de sentido a la nueva situación, a las que permanecieron y a las que se transformaron. Indagar en este punto es el primer paso para reflexionar la configuración de las subjetividades colectivas, la constitución de sujetos sociales, y las respuestas políticas en la nueva condición histórica. En otras palabras, esta situación provoca la pregunta por las respuestas colectivas subalternas en los contextos históricos antes descritos.

Capítulo III

Breve historia del Movimiento de Desocupados

Los procesos históricos de movilización social condensan una articulación de temporalidades múltiples. La tarea de este capítulo es reconocer momentos cronológicos en la conformación del movimiento de desocupados y que estos recortes históricos no pierdan su historicidad. Más que buscar una cronología, en esta sección ofrecemos una reconstrucción del proceso social a partir de cierta unidad interpretativa. En el caso de los movimientos sociales y los sujetos que se ven involucrados, esta historicidad inmanente adquiere una relevancia particular para su comprensión e induce a que no sea posible atender las dimensiones complejas de las subjetividades implicadas en el proceso sin una aproximación a estos elementos históricos.

Identificaremos brevemente distintos “momentos” de la historia del movimiento de trabajadores desocupados con el objetivo de situar el fenómeno y observar ejes importantes en su comprensión. Hemos elegido, en primer lugar, hacer referencia a los cortes de ruta de Cutral Có (en la provincia patagónica de Neuquén), porque configuran uno de los hechos fundacionales del movimiento de desocupados y bautismal del piquete como repertorio de confrontación. En segundo término, nos referiremos a algunos casos de protestas con cortes de rutas en el norte del país, en especial en Tartagal (Salta), para observar la influencia de prácticas históricas de los sujetos y un suceso de aprendizaje cultural del repertorio. Luego presentaremos algunos rasgos relevantes de los piquetes realizados en el Gran Buenos Aires —espacio en el que se centra la atención de esta investigación— donde la relación con las prácticas, redes y experiencias previas de los actores es significativa. Por

otro lado, los piquetes en la periferia de la Capital Federal suponen un poder disruptivo y una visibilidad mediática para otros sectores de la sociedad que es necesario destacar. En la cuarta sección haremos algunas referencias generales a los intentos de articulación nacional que experimentaron las distintas organizaciones “piqueteras” en los últimos meses del año 2001. Otro momento significativo que describiremos lo constituyen las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. La sexta sección es el análisis de la movilización durante el gobierno de Eduardo Duhalde, el asesinato de dos militantes el 26 de julio de 2002 y el proceso electoral de abril de 2003. Finalmente, presentaremos los aspectos fundamentales del gobierno de Néstor Kirchner que atañen al fenómeno propuesto en este estudio.

Cutral Có y Plaza Huincol (Neuquén, 1996-1997)

Las transformaciones del orden social en Argentina producto de las políticas de los años noventa afectaron diacrónicamente las distintas geografías del país. Como muestran algunos estudios (Giarraca y Gras, 2001; Giarraca, 2002) las primeras zonas que evidenciaron un profundo deterioro debido a las nuevas políticas que regían la organización del país fueron las provincias del interior. En particular los enclaves que padecieron tanto la apertura de la economía, como la desindustrialización y las privatizaciones. No asombra, por lo tanto, que los primeros estallidos de protesta tuvieran como escenario el interior argentino donde participaron grupos de desocupados desorganizados que influyeron en la experiencia del movimiento de desocupados (Svampa y Pereyra, 2003).

A mediados de 1996, en junio, a muchos sorprendió ver por televisión de alcance nacional que, en el frío sur de la Argentina, miles y miles de hombres y mujeres de todas las edades, de clases sociales distintas, y procedentes de historias e identidades disímiles, convergían en una protesta colectiva: *el corte de rutas*. Las formas de la beligerancia po-

pular plasmada en el corte de rutas presentaron nuevos desafíos tanto a las autoridades políticas como a los estudiosos de los movimientos sociales. La imagen televisiva mostró un escenario signado por las bajas temperaturas, donde una ciudad entera (un *pueblo*, Auyero, 2001b) parecía poner en cuestión los mecanismos propios de la democracia representativa liberal; a la vez que asumían procedimientos decisionales que, si bien estuvieron presentes en la historia del movimiento obrero y estudiantil combativo, parecían abandonados en el arcón de los recuerdos de las prácticas populares: las asambleas. Habían comenzado las “puebladas” (Sánchez, 1997; Lafuer y Spiguel, 1999; Klachko, 1999; Favaro, 2000, Auyero 2002a y 2000b; Delamata, 2002).

Para pensar las condiciones de las protestas en Cutral C6 es necesario considerar, al menos, tres factores claves. El primero es la privatización de Yacimiento Petrolíferos Fiscales (YPF) y Yacimientos Carboníferos Fiscales (YCF) que trastoc6 las formas de sociabilidad de las ciudades que se habían constituido en torno a las compañías estatales. All6 los trabajadores se formaron en una cultura laboral s6lida y con acceso a beneficios salariales y niveles de bienestar que pod6an contarse entre los m6s altos del pa6s. Segundo, la divisi6n en el seno del partido hegem6nico provincial que abrieron grietas en el sistema de dominaci6n local. Tercero, la alta experiencia y organizaci6n sindical construida hist6ricamente por los trabajadores y resignificados en los nuevos contextos.

Con respecto al primer punto, algunos autores sostienen que “Ser6a imposible, sino rid6culo, querer comprender la pueblada de Cutral-Co y Plaza Huincul sin examinar los efectos que ha tenido la privatizaci6n de la compa6a estatal petrolera” (Auyero, 2002a: s/p). La privatizaci6n de YPF¹ no s6lo produjo una abrupta disminuci6n de los niveles de empleo y de las actividades vinculadas a las empresas del Estado en

¹ En el marco de las privatizaciones de las empresas controladas por el Estado, YPF pas6 a manos particulares luego de que el Congreso de la Naci6n aprobara su traspaso a manos privadas en septiembre de 1992, mediante la Ley 24.145 (publicada en el *Bolet6n Oficial* el 6 de noviembre del mismo a6o).

la región, sino también una reestructuración en las relaciones sociales que se vinculaban a la esfera laboral y a la órbita política. Con el afán de obtener el consenso de la población afectada para implementar las privatizaciones, la estrategia de las elites fue ofrecer incentivos a los distintos actores en el marco de una hegemonía de los sentidos neoliberales. A los trabajadores se les ofrecía altas indemnizaciones (aunque a pagar a largo plazo), planes de retiros voluntarios beneficiosos en el corto plazo o promesas de reincorporación con mejores condiciones laborales en la nueva estructura de la empresa privatizada o sus subcontratistas. Mientras tanto, para el resto de la población se construyó un discurso sobre el aumento de la inversión privada en grado tal que generaría puestos de trabajos y reactivación económica en la región. A pesar de la resistencia de algunos sectores de trabajadores, el proceso privatizador avanzó de la misma manera que lo hacía en otras partes del país.

Un aspecto a tener en cuenta para la construcción de la protesta es que las experiencias colectivas, las identidades y las densas redes sociales vinculadas al mundo del trabajo funcionaron como lazos de soporte para la acción colectiva. Especialmente la memoria compartida condensada en repertorios que se elaboraron en la historia de los trabajadores vinculados a los hidrocarburos se resignificó en el nuevo espacio y las nuevas condiciones signadas por el retiro del Estado benefactor nacional-popular y el auge de la desocupación. En efecto, esta impronta prevaleció en la lógica de la protesta que puede observarse tanto en la demanda, como en el interlocutor elegido. La demanda era por “trabajo” y a quien se le reclamaba directamente era al gobernador provincial (Felipe Sapag) luego de haber agotado las representaciones formales intermedias de la democracia liberal.

En los inicios de las protestas en el interior del país donde participaron desocupados y el trabajo fue un eje de demanda, cabe destacar dos características de las movilizaciones. El primero es el contenido policlasista que ha sido un rasgo constante de las iniciales etapas de los piquetes. En efecto, muchos de los gobernantes y sus voceros acusaban que los cortes de ruta perseguían un interés político sectorial y no eran la

expresión de los desocupados y la crisis de la región, para demostrarlo argumentaban la presencia de “gente bien vestida” participando en los piquetes (Auyero, 2002b). En las protestas de Neuquén, en 1996, puede observarse este contenido policlasista bajo una construcción “multisectorial” de trabajadores ocupados, desocupados, contratados, maestros, estudiantes, pequeños productores, pequeños comerciantes, quienes fueron participantes activos de la protesta. En los albores de los piquetes, los desocupados constituían un sector más de la protesta y, al no estar organizados, dependían estratégicamente de otros sectores con mejores recursos y organización.

La segunda característica que creemos relevante es la construcción de un campo de antagonismo donde se establece una diferencia discursiva constituyente de la protesta: el *nosotros* se asocia al *pueblo*, mientras que alteridad se enuncia como los *políticos*. La progresiva ruptura con las formas institucionalizadas de representación social fue la que permitió la construcción de procesos decisionales alternativos y la configuración de un proceso de identidad, aunque en este caso puntual sumamente fragmentario por la heterogeneidad de los participantes y sus intereses sectoriales. No obstante, como indican los estudios etnográficos que se dedicaron específicamente a indagar en la construcción de la protesta de Cutral C6 (Auyero, 2002a, 2002b, 2004), el reclamo de los habitantes supone la posibilidad de interpretarla como el intento de restablecer espacios de comunicación entre los ciudadanos y las instituciones cuando los canales establecidos fallan (Naishtat, 2004). El mencionado reclamo por la presencia del gobernador Felipe Sapag sería una muestra en ese sentido.

Los cortes en Salta: Tartagal y General Mosconi

En una situación estructural deteriorada por el aumento de la desocupación, la precarización de las relaciones laborales y la baja actividad económica, sumado todo a las experiencias históricas y organizativas para

la acción colectiva, la protesta social mediante cortes de rutas cobró también forma en el norte del país. Las protestas en las provincias (tanto en el Sur como en el Norte) son reconstruidas en el discurso sistemático de los referentes de las organizaciones de desocupados como un antecedente valioso, como un aprendizaje cultural por parte de las clases populares en el camino de la lucha por sus intereses (Barbetta y Lapegna, 2001; Svampa y Pereyra, 2003). Al igual que en las acciones disruptivas desarrolladas en las localidades del sur del país, los estudios sobre el tema muestran que en los cortes de ruta de Salta existió también un periodo de latencia de la acción. Con esto identificamos que el corte de ruta es el corolario de una serie de acciones colectivas donde entran en juego las redes de asociación previas, las cuales oficiaron de andamiaje para la protesta. En los momentos previos al corte salteño de 1997 existieron movilizaciones populares, reclamos ciudadanos, apagones, petitorios y actos que sirvieron de soporte para establecer redes asociativas, a la vez que agotaban las instancias ciudadanas de petición a las autoridades. En esta serie de accionares comunes se configura la solidaridad necesaria para llevar adelante una protesta: “al igual que el *cutralcazo* la pueblada de Tartagal/General Mosconi reveló la existencia de un notorio nivel de organización previo al estallido” (Laufer y Spiguel, 1999: 24). La organización de acciones para mostrar el descontento por las condiciones del servicio de suministro de energía eléctrica, por ejemplo, puso en marcha un proceso de movilización que implicó una fuerza centrípeta capaz de amalgamar demandas heterogéneas. La posibilidad de articular una serie de reclamos de diferentes órdenes constituyendo una cadena de equivalencias a partir de la demanda “trabajo” será uno de los aspectos cruciales en el desarrollo del movimiento de desocupados, en gran medida eso fue lo que sucedió en las experiencias de Salta.

Al igual que en el caso de Cutral C6, la amplitud de las demandas de los manifestantes y la radicalidad de la acción pusieron a las autoridades frente a un dilema. La estrategia de los gobernantes locales tuvo varias aristas. Por un lado, la urgencia de desactivar las protestas llevó a

su represión con saldos fatales tanto en el Sur (Teresa Rodríguez) como en el Norte (Aníbal Verón); por el otro, las movilizaciones fueron utilizadas como presión por parte de los gobiernos provinciales frente a las órbitas federales para obtener mayores recursos aprovechando la incertidumbre del ejecutivo nacional sobre la expansión de las confrontaciones a otras regiones.

Un elemento común de la respuesta estatal que marcaría la conformación del movimiento de desocupados fue la instrumentalización de una política pública que, pensada para ciertos objetivos, se resignificó en su uso gubernamental. Los programas de empleo temporario, en particular el *Plan Trabajar*,² fueron utilizados como prenda de negociación para obtener que los manifestantes abandonaran tal medida de protesta. No obstante, el método funcionó también como recurso para la acción colectiva, pues proveyó a los manifestantes de bienes y extendió la creencia de que era posible obtener ayuda estatal a partir de la protesta. Tomando en cuenta la disparidad de sectores presentes en los primeros piquetes (las referidas mutlisectoriales), la estrategia dominante por parte de las elites fue ofrecer beneficios selectivos a algunos grupos para generar un debilitamiento de la acción. En principio los desocupados se situaron en una posición de desventaja puesto que aquellos sectores con mayor nivel de organización obtuvieron mejores resultados en la atención a demandas sectoriales. En parte, esta situación motivó una mayor organización de los desocupados y, progresivamente, éstos fueron adquiriendo más importancia tanto cuantitativamente como en el lugar ocupado en la composición de la protesta.

Sobre la ruta 34 de Salta aparecieron, también, rasgos que se han vuelto singulares en la experiencia piquetera: la invalidación de ciertos mecanismos formales e institucionales para la resolución del conflicto, una inmediatez en el reclamo y en las formas de negociación. De esta

² El Plan Trabajar es un programa focalizado que se inició en 1996 por sugerencia y con recursos del BM. Este plan se destinó a financiar mano de obra para emprendimiento comunitario y a personas de bajos ingresos.

manera, cuando se rebasan los procedimientos instituidos, los piqueteros se constituyen como interlocutores de las elites en sus rangos más elevados. Asimismo de las acciones beligerantes en Salta es importante destacar, al igual que en Neuquén, la influencia de experiencias de las luchas obreras de las décadas de 1960 y 1970. Muchos de los líderes de la protesta habían sido obreros con prolongadas prácticas sindicales y habían adquirido un importante bagaje de experiencias en los campos conflictivos de índole laboral.³

Las protestas del interior argentino son relevantes para nuestro estudio, aunque no nos ocupemos específicamente de éstas. Primero, porque constituyen una referencia en el discurso de los líderes quienes sitúan los “orígenes” del movimiento en las “puebladas” del interior. Segundo, por el repertorio de acción construido: el corte de rutas. Tercero, porque estas protestas contribuyeron a instalar a la desocupación como un problema público y las consecuencias negativas de las reformas neoliberales. Estos elementos adquirieron una nueva significación cuando quienes construyeron las protestas fueron los habitantes con problemas de empleo en el empobrecido Gran Buenos Aires.

Organizaciones y acción de desocupados en el conurbano bonaerense

Las transformaciones en las condiciones de sociabilidad de los sectores populares generaron cambios concomitantes en las demandas de las poblaciones situadas en el Gran Buenos Aires. Si durante los ochenta, las formaciones de asentamientos situaron a la tierra, la vivienda y el hábitat como ejes de las demandas y de construcción de las organizaciones sociales (Merklen, 1997b y 2005; Rauber, 2002), en los noventa el eje “trabajo” se llevó el primer lugar en las preocupaciones populares

3 A diferencia de las organizaciones de desocupados del Conurbano, las organizaciones de Salta tienen una relación de confrontación mucho más marcada con las grandes empresas privadas instaladas en la zona.

(Grimsón *et al.*, 2003; Merklen, 2005). La presencia de organizaciones con profundas raíces en los territorios y con una capacidad de resolución de problemas comunitarios, junto a la existencia de militantes sociales⁴ que suministraron recursos materiales y simbólicos para la acción colectiva, fueron factores relevantes para explicar la acción y organización de los desocupados en el conurbano, en particular en sus inicios.

Experiencias con desocupados y militancia. Orígenes del los MTD

El conurbano bonaerense ha sido tradicionalmente un espacio crucial en la conformación del universo simbólico de los sectores urbano-populares. El territorio donde radicaba gran parte de la clase trabajadora argentina ligada al mayor enclave productivo del país, en lo político se caracterizó por ser bastión del peronismo. Allí, las importantes transformaciones de los años noventa afectaron la estructuración de las relaciones sociales y los espacios de sociabilidad con importantes consecuencias políticas.

La conformación de organizaciones que nuclearon a desocupados en los territorios del conurbano bonaerense no puede comprenderse sin una referencia a grupos de militantes sociales que hacia 1995 conformaron una Comisión Provisoria de Desocupados (Delamata, 2004 y 2005). Estos núcleos fueron quienes organizaron una manifestación fundacional para la historia del movimiento en el conurbano el 1 de mayo de 1996. Aun antes de adoptar el piquete, estas organizaciones mantenían repertorios de acción colectiva tradicionales como las marchas, elevar peticiones y, debido a la influencia del trabajo social de las comunidades eclesiales de base, la realización de misas en lugares públicos donde se denunciaba la situación imperante en el país de la hegemonía neoliberal.

A diferencia de las protestas en el interior del país, en el conurbano bonaerense la movilización de capital simbólico no provino tanto de las

⁴ Los militantes sociales que aportaron sus saberes y fueron el núcleo fundacional de los mtd provenían de experiencias cristianas (MTD Solano), peronistas de base (MTD RYV) y guevaristas (MTR y MTD AV).

experiencias de organización sindical, sino de las experiencias comunitarias (y sus saberes) ligadas a lo territorial (Merklen, 2004). A esto se le sumaron los saberes aportados, en su mayoría, por jóvenes militantes provenientes de experiencias políticas fragmentarias y surgidas en una etapa caracterizada como de “resistencia” a la implementación de políticas neoliberales que habían optado, ante la fragmentación política, por replegarse en los territorios (los barrios).

A partir de estas primeras experiencias organizativas y la inserción de militantes sociales en 1995 y 1996, emergieron hacia 1997 algunos grupos más consolidados con presencia territorial bajo el nombre de “Movimiento de Trabajadores Desocupados” —los MTD— (Isman, 2004; Delamata, 2004; Grimsón y *et al.*, 2003; Flores, 2005). Las diversas acciones de protestas, fundamentalmente marchas, acampes y ollas populares, obtuvieron como respuestas a fines de ese año los primeros planes sociales y la disputa por administrar esos recursos con autonomía de la injerencia de las redes clientelares del Partido Justicialista (Auyero, 2001a y 2004). La capacidad de interpelación de las necesidades populares por parte de los militantes sociales, la inserción en los territorios de las experiencias subalternas (comunidades eclesiales de base, toma de tierras) y los nuevos contextos de oportunidades políticas ayudaron a consolidar los primeros grupos de desocupados organizados, entre ellos cabe destacar el MTD Solano y el MTD Teresa Rodríguez (luego MTR). Este último grupo propició las primeras utilizaciones del piquete como repertorio de confrontación obteniendo planes sociales a fines de 1997. Este hecho es fundamental en tanto constituye un acto fundacional del “movimiento piquetero” en territorio bonaerense (Grimsón *et al.*, 2003).⁵ El corte de Florencio Varela asumió un prota-

5 En las entrevistas realizadas con referentes de las organizaciones mtd del conurbano sur evidenciaron una narrativa del piquete que reconoce en estas acciones la primera utilización sistemática del corte de ruta como repertorio de confrontación y la resolución temporaria por medio de la asignación de asistencia social. Este hecho puso a los referentes frente al dilema de la aceptación o no de los planes de empleo transitorio y la ayuda alimentaria.

gonismo de referencia para los militantes que impulsaron la construcción de organizaciones de desocupados. Los militantes sociales habían interpretado una situación —el desempleo— como un campo donde construir políticamente por ser significativo para los sectores populares, y a la vez habían descubierto que la reapropiación del piquete puesto en escena en las “puebladas” como repertorio de confrontación, podía brindar eficacia en el campo del conflicto social.

La Matanza: orígenes del “Eje Matancero”

La expansión del desempleo como temática de articulación política no pasó desapercibida en otros espacios de organización subalterna. En particular en aquellos insertos en el mundo popular con anterioridad a la década del noventa. Estos núcleos organizacionales datan de comienzo de los años ochenta como producto de las acciones en torno a la toma de tierras y al reclamo de la implementación de procesos de urbanización de las nuevas zonas pobladas. La proliferación de asentamientos implicó el emprendimiento de acciones y experiencias colectivas que pueden vislumbrarse resignificados en las nuevas “organizaciones de desocupados”. Las luchas por la tierra, por la vivienda y por las condiciones de habitabilidad fueron muy importantes en tanto alcanzaron notables éxitos y produjeron relaciones solidarias, afianzaron la identidad y quedaron grabadas en la memoria colectiva como un hito importante y una muestra de las posibilidades de éxito de los emprendimientos conjuntos (Rauber, 2002).

Si bien en diferentes lugares del conurbano bonaerense se desarrollaron las experiencias de las tomas de tierras y formación de asentamientos, fue en el populoso partido de La Matanza el lugar en donde se consolidaron emprendimientos que resultaron fuentes del movimiento de desocupados. Paralelamente, a la formación de los MTD referidos en el apartado anterior se fueron consolidando dos organizaciones que a la postre fueron pilares constitutivos del movimiento: la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) y la Corriente Clasista y Com-

bativa (CCC).⁶ Ambas se componen de organizaciones de base (juntas vecinales, sociedades de fomento, cooperativas) que fueron resultantes del procesos de toma de tierras antes referido.

Estas organizaciones tomaron como eje de construcción el problema del empleo cuando la desocupación se incrementó en los territorios bonaerenses. Sin embargo, hasta que adoptaron el piquete, también sus acciones se encuadraban en una matriz tradicional de confrontación. En tanto los repertorios de acción son aprendizajes culturales, cada sujeto o grupo lo aprehende de acuerdo a su experiencia previa y a su identidad. El piquete, en este caso, fue incorporado por los manifestantes a partir de sus experiencias beligerantes anteriores que en La Matanza tiene sus principales exponentes en las tomas de tierras.

Particularmente, en La Matanza cabe mencionar algunos piquetes históricos: en primer lugar, el corte de ruta del 28 de abril del año 2000 donde miles de personas mantuvieron interrumpido el tránsito sobre la ruta provincial número 3. Segundo, el corte del 28 de junio del mismo año que muestra importantes niveles de organización previos que fueron puestos en juego sobre la ruta incrementando el costoso de reprimir y que —debido a la implicancia que tiene un piquete en las zonas próximas a los centros urbanos— hicieron que el gobierno (provincial) accediera rápidamente a negociar y ofreciera soluciones para desmovili-

6 La primera reunió a un conjunto de organizaciones territoriales, cooperativas, comedores y referentes que provenían de experiencias colectivas previas y que su lugar de articulación de demandas había comenzado a construir sobre el eje “trabajo”. En 1998 se conforma la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat, con lugar en la CTA, convirtiéndose en el armado territorial de la central sindical. La CCC, por su parte, si bien originariamente es la estrategia de inserción en el movimiento sindical por parte del maoísta PCR, convirtió a su “rama desocupados” liderada por Juan Carlos Alderete, desde 1998 en la principal estrategia de acumulación para el partido. Es destacable que las organizaciones de base que luego conformaron tanto la FTV como la CCC eran preexistentes a la conformación de las mismas. Por su parte ambos conjuntos habían emprendido acciones como respuestas al problema del desempleo que afectaba a los sectores que representaban a nivel local. El encuentro de las dos corrientes les provocó un salto cualitativo, haciendo la alianza FTV-CCC el eje piquetero más masivo desde el 2000 hasta la ruptura de la alianza en el 2003 a partir de la divergencia de estrategias devenidas de la distinta caracterización del gobierno de Néstor Kirchner.

zar. El acta-acuerdo firmada por los representantes de los manifestantes para levantar la protesta incluía la construcción de aulas, la reactivación de obras públicas, medicamentos, alimentos y el compromiso de las autoridades para atender los problemas de desempleo y vivienda. Tercero, ante el incumplimiento de lo pactado, del 31 de octubre al 6 de noviembre de 2000, los manifestantes volvieron a tomar la ruta. Producto de esta acción es la firma de acuerdos entre los piqueteros y ministros del ejecutivo nacional. Cuarto, en febrero y marzo de 2001 se renovaron los cortes de la ruta 3 en demanda por incumplimientos por parte del ejecutivo y solicitando el incremento de los cupos de subsidios. Sin embargo, los manifestantes no recibieron respuestas favorables por parte de las distintas esferas administrativas. El quinto hecho que podemos destacar se desencadenó el 6 de mayo de 2001 cuando, debido a un nuevo incumplimiento de los acuerdos por parte de las autoridades, se realizó el corte de ruta más grande de la historia del “movimiento piquetero” en territorio bonaerense, allí confluyeron miles de participantes de los asentamientos y barrios de La Matanza. Conocido como “el corte grande”, el piquete se levantó el 23 de mayo con la firma de un convenio con el Ministerio de Trabajo. El carácter de la acción fue multisectorial pero evidentemente menos heterogéneo que las expresiones anteriores, es decir, al interior de los manifestantes se reconocían los intereses de todos los sectores de la clase trabajadora: obreros industriales, estatales, docentes y, fundamentalmente, desocupados. Como muestra de la integración de los reclamos de los distintos sectores de la clase obrera basta citar que uno de los reclamos de aquel piquete giró en torno a la titularización de una importante cantidad de docentes que permanecían con cargos de suplentes así como también hospitales móviles, obras públicas y, por supuesto, Planes Trabajar.

Los piquetes desarrollados a partir del año 2000 en el conurbano bonaerense significaron la emergencia del “movimiento piquetero” en las puertas de la Capital Federal. Mientras que los cortes previos —referidos arriba— habían sucedido a miles de kilómetros del centro de la administración central, ahora el fenómeno se colocaba peligrosamente

cerca. Ya no era un espacio *frío y lejano* como Neuquén, u *olvidado* como Salta, donde se producían piquetes sino en el Gran Buenos Aires y en un contexto de mayor visibilidad de los efectos del orden social neoliberal. Los cortes en el conurbano implicaron, por un lado, la generalización del reclamo y, por otro, que las autoridades políticas evaluarán el riesgo de que el repertorio se extendiera a los millones de habitantes desocupados y pobres que vivían/viven en el primer y el segundo cordón del conurbano.

El crecimiento masivo de las organizaciones que aglutinaban desocupados a partir de la obtención de planes de empleo y ayuda alimentaria generó un replanteamiento de las estrategias de algunos partidos de izquierda. Aquellos sectores que desde sus medios de prensa partidaria habían fustigado la aceptación de la ayuda social por su lógica clientelar, y descreían del potencial de organización de los desocupados, revisaron su estrategia de acumulación política. El auge de las movilizaciones de los desocupados puso a las organizaciones de inspiración marxista en un dilema sobre la conceptualización de lo que parecía ser un nuevo actor social que no cuadraba con el agente de la historia (la clase obrera ocupada). Hacia el año 2000 los debates se hicieron más arduos y no fue sino hasta 2001 cuando las organizaciones de izquierda (POB, MST, PC, MAS) comenzaron a consolidar sus organizaciones, las cuales fueron alcanzando mayor protagonismo en la protesta.

Los “Congresos Piqueteros” como intentos de unidad

El desarrollo de las distintas experiencias piqueteras desde 1996 y la extensión del repertorio de confrontación, así como también el incremento de poder disruptivo de las acciones y su progresiva masividad promovió, entre algunas organizaciones, la necesidad de plantear la articulación de formas organizativas y avanzar en grados de coordinación estratégica a escala nacional para todas las organizaciones del emergente “movimiento piquetero”. La Primera Asamblea Nacional de Organi-

zaciones Populares, Territoriales y de Desocupados⁷ se realizó el 24 de julio de 2001 en instalaciones de la Parroquia Sagrado Corazón, perteneciente a la congregación salesiana; fue el intento inicial de coordinación nacional de las organizaciones de desocupados de todo el país. En tanto movimiento multipolar y pluriorganizativo los piqueteros tuvieron dificultades en lograr formas institucionales y permanentes de estructuración. No obstante, el primer encuentro de las organizaciones que nucleaban principalmente a desocupados logró coordinar medidas específicas de protesta. El plan de acción acordado se basó en la realización de piquetes en las principales rutas del país con duraciones de 24, 48 y 72 horas en las sucesivas semanas. A su vez se incluyó entre las resoluciones el reclamo por la liberación de los presos sociales, el rechazo de las medidas de ajuste implementadas por el gobierno de la Alianza UCR-Frepaso (Ley de déficit cero) y la conservación (y ampliación) de los Planes Trabajar para los jefes y jefas de familia.

Dentro de las características del “Primer Congreso” cabe destacar la ruptura con las representaciones institucionales formales. Los desocupados organizados buscaron su propia representatividad y no permitieron que “los políticos” (aun los que se solidarizaban con su lucha) hicieran uso de la palabra.⁸ De la primera instancia nacional de coordinación del “movimiento piquetero” participaron casi todas las organizaciones de desocupados, mientras que las que no pudieron hacerlo directamente enviaron adhesiones.

En el seno del Primer Congreso las modalidades de aplicación del repertorio de protesta fue objeto de arduos debates. El congreso acordó

- 7 La disputa entre organizaciones participantes de las instancias de coordinación se manifiesta en que cada una le asigna un nombre diferente a la Asamblea. Mientras que la denominación oficial fue la que mencionamos arriba, sectores vinculados al pob, por ejemplo, en sus publicaciones hablan de “Congreso Piquetero”, con la misma denominación se refiere el MTD de Solano.
- 8 Uno de los hechos más recordados de aquel encuentro fue la estruendosa silbatina propinada por los participantes al dirigente de la CGT “disidente” Hugo Moyano ante la mirada estupefacta de los organizadores quienes habían invitado al líder camionero para dar una muestra de unidad de la clase trabajadora desempleada con la ocupada.

la realización de cortes de ruta con pasos alternativos en un intento por extender el consenso de las acciones de protestas a otros sectores de la sociedad. El resultado de las acciones acordadas por los desocupados fue significativo ya que mostró el poder de movilización de las organizaciones y su alcance nacional. El movimiento de desocupados se erigió como uno de los principales sujetos de un ciclo de protesta social en ascenso. No obstante, la ruptura de los acuerdos por parte de algunos grupos, y las polémicas —potenciadas por la incidencia de algunos de medios de comunicación— entre algunos líderes pusieron de manifiesto las limitaciones de la coordinación de acciones por parte de las organizaciones del movimiento que hacían evidente las diferencias ideológicas, metodológicas y de proyecto político.

La Segunda Asamblea Nacional de Organizaciones Populares, Territoriales y de Desocupados, donde participaron distintas organizaciones como la FTV-CTA, la CCC, el POB, MTL, MST-TV, MTR, organizaciones provenientes de General Mosconi, La Quiaca, Cruz del Eje, Catamarca, Chaco, entre otras, se realizó el 4 de septiembre de 2001. Los conocidos como Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) no participaron debido a los inconvenientes que se suscitaron en el transcurso de las acciones acordadas en el primer encuentro. Además, por considerar que lo que se pretendía con la realización del “Segundo Congreso” era una institucionalización organizativa del movimiento donde los referentes de los agrupamientos mayoritarios se erigirían como líderes de todo el movimiento. En este segundo encuentro se incluyeron reclamos de otros sectores subalternos como el pedido de subsidios de cien pesos por hectárea para los pequeños productores y el retiro de la gendarmería que estaba ocupando la localidad de General Mosconi. Por su parte, se acordó el llamado a la construcción de un programa en torno a cinco puntos: no al pago de la deuda externa, reestatización de las AFJP, renacionalización de los bancos y empresas estratégicas, contra el “régimen hambreador” y conformar, en una tercer asamblea, una mesa de coordinación nacional.

Cabe recordar que en la Primera Asamblea se había logrado un acuerdo en torno a dejar pasos alternativos para evitar tanto la con-

frontación con aquellos que debían ir a sus trabajos, como para “no hacerle el juego al gobierno”, esto es, quitar legitimidad a una posible represión. Mientras que en la Segunda Asamblea el acuerdo intermedio fue el de dejar vías alternativas en los grandes centros urbanos y hacer cortes totales en zonas rurales, como forma de garantizar la efectividad de la medida.

Otras de las disputas suscitadas en el espacio de coordinación de los movimientos de desocupados giraron en torno a la disyuntiva de la utilización de capuchas o realizar las acciones a cara descubierta. Cabe recordar que la utilización de pasamontañas o pañuelos para cubrir el rostro reapareció en la política argentina en las puebladas de Central C6, cuando la poblaci6n los empleaba (pasamontañas, pañuelos o capuchas) para cubrirse del fr6o, enfrenar los efectos de los gases lacrim6genos, el propio humo de las gomas y para cubrir la identidad. La pol6mica se volvi6 muy fuerte, algunos argumentaron que la utilizaci6n de pañuelos, al preservar la identidad, proteg6 a los participantes de la repres6n de las fuerzas de seguridad que, al identificarlos, tomaba represalias en los asentamientos y barrios del conurbano bonaerense. Por otro lado, y en la b6squeda de establecer alianzas con otros sectores y desactivar el accionar de los servicios de inteligencia, hubo quienes argumentaron que la seguridad la garantizaba la masividad y el consenso social; y que el llevar los rostros cubiertos generaba el rechazo de otros sectores subalternos a la vez que facilitaba la infiltraci6n en las manifestaciones. El tema de la representaci6n tambi6n implic6 pol6micas.

Luego de la Segunda Asamblea hubo algunos intentos por generar 6mbitos de coordinaci6n entre las organizaciones de desocupados. Sin embargo, no alcanzaron a ser m6s que encuentros de algunas pocas organizaciones y se constituyeron en expresiones de la fragmentaci6n del “movimiento piquetero” m6s que de su unidad. La constituci6n posteriormente del Bloque Piquetero (POB, MTL, MST-TV, FTC) y de la Coordinadora An6bal Ver6n (CTD, MTD) y los plenarios conjuntos de la FTV y la CCC fueron muestras elocuentes de ello y dieron lugar a lo que algunos denominaron tres corrientes del movimiento de desocupados.

Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001

Las acciones de protesta desplegadas por los desocupados luego de los congresos piqueteros los situaron en la primera línea del conflicto social en el país. No obstante, el movimiento de desocupados no era el único síntoma de un periodo de inestabilidad política que tenía otras manifestaciones: las elecciones de octubre de 2001 arrojaron una dura caída del partido de gobierno, niveles de ausentismo y el llamado “voto bronca”, a la par, sectores sindicales ligados a la CTA protagonizaban paros y manifestaciones. Estas acciones son muestra del magma político que antecedió a los días de furia que terminaron con la caída de Fernando de la Rúa.

No podemos referir los pormenores de las jornadas del 19 y 20 de diciembre que culminaron con la renuncia y la célebre huída en helicóptero del por entonces presidente de la Rúa. Sin embargo, es conveniente reparar en los aspectos vinculados a este proceso que tendrán impacto en el movimiento de desocupados. En primer lugar, cabe mencionar que desde los primeros días de diciembre se desarrollaron acciones protagonizadas por organizaciones de desocupados. En las vísperas de las fiestas navideñas algunos grupos realizaron manifestaciones frente a grandes hipermercados enarbolando el reclamo de una “canasta navideña”. Asimismo, la CTA, con apoyo de la FTV, organizó entre los días 13 y 17 de diciembre una consulta popular para solicitar un Seguro de Empleo y Formación. Segundo, es necesario decir que las organizaciones de desocupados no tuvieron un protagonismo directo en las movilizaciones. Esto no quiere decir que no hayan actuado, sino que, por lo general, respondieron ante la situación de manera desorganizada, defensiva y bajo una lógica de “control territorial”, es decir tendieron a autodefenderse en sus propios barrios frente a la incertidumbre y lo contradictorio de los acontecimientos políticos, en especial, en el conurbano bonaerense.⁹

⁹ A pesar de la proliferación de exégesis sobre las jornadas del 19 y 20 de diciembre son escasos los estudios empíricos sobre aquellas jornadas a excepción del trabajo de Javier Auyero (2007). Dentro del enfoque del periodismo de investigación puede citarse el trabajo de Miguel Bonasso (2002).

El 19 y 20 de diciembre de 2001 es tomado como un punto de inflexión en la política argentina, y los impactos en el movimiento de desocupados son complejos. En el discurso de los líderes de las organizaciones el hecho adquiere una dimensión diferente a las bases, quienes se sienten más ajenas a aquellas jornadas percibidas como una reacción de los sectores medios enfurecidos por las medidas que incautaron los ahorros (Delamata, 2005). No obstante, es cierto que las movilizaciones de fines de diciembre de 2001 y principios de 2002 pusieron a las organizaciones de desocupados en un contacto más fluido con otros sectores, en particular aquellos que habían protagonizado los “cacerolazos” y que participaban de las Asambleas Barriales (Svampa y Pereyra, 2005). La consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola” sintetizaba los sentidos de la protesta de los primeros meses de 2002 (Barbetta y Bidaseca, 2004).

No obstante, las jornadas de diciembre que merecieron distintas caracterizaciones (pueblada, estallido, revuelta, insurrección espontánea, fase prerrevolucionaria, etc.)¹⁰ acentuaron algunas diferencias sobre el accionar de las principales organizaciones en esos días, algo que era la manifestación de un debate ideológico. Más allá de las diferentes interpretaciones es evidente que los movimientos sociales que venían participando del espiral más alto de las protestas de 2001 tuvieron un desafío que no pudieron resolver conjuntamente. Así, las jornadas del 19 y 20 mostraron un movimiento de desocupados fragmentado, cuyas organizaciones no fueron actores centrales, en parte porque no estaban preparadas para una movilización masiva rápida y en parte porque tampoco sabían definir un acontecimiento que había sido producto —en alguna medida— de la operación de sectores de poder que consideraban agotado el modelo gestionado por la Alianza.

¹⁰ La exégesis del 19 y 20 de diciembre se expresa en las dispares interpretaciones de los partidos de izquierda. Para algunos significó la apertura del proceso revolucionario (MST, POB), para otros un estallido revolucionario (PTS), para algunos una rebelión espontánea, para otros una insurrección popular, para otros una pueblada, etc.

El gobierno de Duhalde

La renuncia de Fernando de la Rúa el 20 de diciembre de 2001 abrió una crisis institucional que produjo una sucesión de presidentes la cual finalizó con la asunción del por entonces “caudillo” de la provincia de Buenos Aires y senador por el distrito, Eduardo Duhalde. En un clima de movilización social, el ascenso al gobierno de Duhalde generó distintas estrategias por parte de las organizaciones de desocupados. La CCC y la FTV se abocaron a fortalecer, y en gran medida institucionalizar, el movimiento, aprovechando los recursos (en planes y subsidios) que ofrecía el gobierno nacional como forma de bajar la tensión social, otros grupos incrementaron la confrontación por entender que la coyuntura política requería una mayor acción de la vanguardia. El análisis de la CCC y la FTV, en este punto, implicaba una posición poco optimista sobre las posibilidades que un bloque nacional-popular (integrado por los movimientos sociales) pudiera disputar la dirección del proceso social y político, y que la figura de Duhalde officaría como freno a las aspiraciones de quienes intentaban la dolarización de la economía o incluso poner a la Argentina bajo la tutela de alguna coalición internacional.¹¹ Estas organizaciones acompañaron la política del gobierno de Duhalde de unificar los programas de subsidios al desempleo, por lo que participaron de los “Consejos Consultivos” creados para monitorear la implementación de los Planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados. No obstante la abismal transferencia de recursos producto de la devaluación (Basualdo, Lozano y Short, 2002), en un contexto de crecimiento de la desocupación, a la vez que importantes niveles de movilización, tanto la CCC como la FTV decidieron acotar sus acciones a medidas de protesta para no poner en riesgo la estabilidad del gobierno nacional, algo que les redundó en recursos para sus organizaciones.

¹¹ Entre las propuestas de algunos sectores circulaba la idea de poner a la Argentina bajo tutela de alguna coalición internacional (ONU, EEUU, FMI).

Por su parte el Bloque Piquetero Nacional formado luego de los Congresos de 2001 y que nucleaba, principalmente, a las organizaciones de desocupados vinculados a partidos de izquierda (encabezado por el POB), asumió mayor visibilidad ante el descenso en las movilizaciones provenientes del “eje matancero”. Los grupos que supusieron que la insurrección de diciembre de 2001 fue la apertura de un proceso revolucionario (POB, MST) buscaron incrementar la movilización y se lanzaron a espacios de organización nuevos (como las asambleas vecinales) intentando subir el nivel de conflictividad.¹² La visibilidad de estos grupos se incrementó de manera notable, y las diferencias entre los “dialoguistas o blandos” (FTV, CCC) y los “duros” se hizo cada vez más profunda.¹³ Asimismo, a comienzos de 2002 grupos de menor masividad y autónomos que desarrollaban sus actividades en la provincia de Buenos Aires fueron adquiriendo progresivamente mayor protagonismo, nos referimos a los MTD y otros grupos nucleados en la por entonces “CTD Aníbal Verón”.

Uno de los aspectos relevantes para el movimiento de desocupados en el gobierno de Duhalde fue la implementación de los planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, un programa de empleo que podía ser gestionado individualmente (y no de forma colectiva como en el caso de los Planes Trabajar).¹⁴ Esta estrategia fue vislumbrada por algunas organizaciones como un intento de quitar recursos a las organizaciones de desocupados y transferirlos a los municipios administrados por el Partido Justicialista. Sin embargo, muchas organizaciones, en especial

¹² La idea de que las asambleas populares eran una versión criolla de los *Soviets* circulaba tanto en la prensa de algunos partidos de izquierda como en los medios masivos de líneas editoriales conservadoras como *La Nación*.

¹³ En parte esta distinción fue producto del periodismo masivo, y fue aceptada y profundizada por los líderes de las organizaciones. La distinción “duros y blandos” rápidamente se traducía en “buenos y malos” o “traidores y consecuentes” o “combativos y burócratas”.

¹⁴ La estructura de los “Planes Trabajar” posibilitaba que las organizaciones comunitarias gestionaran colectivamente tanto las altas de los beneficiarios como el control de las contraprestaciones de veinte horas semanales.

las que establecieron un diálogo más fluido con el gobierno nacional (FTV y CCC) se quedaron con cuotas de planes, además de acceder a créditos para financiar micro emprendimientos. Si bien no hubo masivas bajas de los planes gestionados por las organizaciones de desocupados (incluso en las más beligerantes), a medida que la desocupación aumentaba durante 2002, la estructura estatal y partidaria oficialista se nutrió de mayores recursos para competir por suministrar planes sociales (un fuerte incentivo para la acción colectiva y el financiamiento de las actividades de las organizaciones de desocupados).

La masacre del puente Avellaneda

Una de las fechas emblemáticas para el movimiento de desocupados es el 26 de junio de 2002, ese día se produjo el asesinato de dos militantes de lo que en ese momento era la CTD Aníbal Verón (Darío Santillán y Maximiliano Kosteki),¹⁵ a manos de la policía bonaerense y en medio de la represión de un corte sobre el Puente Pueyrredón (que une la Capital Federal con la provincia de Buenos Aires). El asesinato, puesto en evidencia por las cámaras de televisión y el trabajo de los reporteros gráficos que retrataron los hechos, situó al “movimiento piquetero”, y en especial a los que componían la “Aníbal Verón”, en la agenda de la opinión pública, y a la violencia en el debate político nacional.

Si bien la solidaridad de todas las organizaciones se hizo sentir inmediatamente y se produjeron movilizaciones masivas para repudiar los asesinatos, no hubo acuerdos entre las organizaciones para coordinar movilizaciones en conjunto. Las repercusiones políticas del asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, así como las masivas movilizaciones que se suscitaron condujeron a Eduardo Duhalde a la convocatoria de elecciones anticipadas para comienzos de 2003.

¹⁵ Un recuento de los sucesos del 26 de junio puede consultarse en *Darío y Maxi. Dignidad piquetera* editado por el MTD Aníbal Verón en 2003.

Las elecciones del año 2003

El logro de cierta estabilidad económica (aunque en condiciones desfavorables para los sectores populares), el cierre de un precario orden social apuntalado por la estructura partidaria del Partido Justicialista, sumado a un juego estratégico de partidas múltiples, le permitió a Duhalde organizar el proceso electoral. Ante una situación política conflictiva, impuso su agenda electoral para las presidenciales de abril de 2003. Sin un candidato propio y con serias posibilidades de perder la interna del Partido Justicialista en manos Carlos Menem, Duhalde hizo un llamado a elecciones donde podría haber más de un candidato por partido político, a su vez sellaba un acuerdo con el gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner. La convocatoria a elecciones de 2003 arrojó una multiplicidad de candidatos y un resultado con escasa diferencia entre los contendientes. Bajo un sistema electoral que prevé el *balotage*, Carlos Menem y Néstor Kirchner (primero y segundo, respectivamente) quedaron en condiciones de acceder a una segunda vuelta. Las encuestas marcaron que de darse la contienda Kirchner ganaría con más del 70 por ciento de los votos debido al fuerte rechazo de la figura del ex presidente, por lo que Menem se dispuso a renunciar, algo que automáticamente proclamó a su rival como presidente. Un presidente que en la primera vuelta había obtenido poco más de 20 por ciento de los sufragios.

Dentro del movimiento de desocupados, el proceso electoral generó nuevas fracturas entre aquellos que participaron de las elecciones y entre quienes sostuvieron posiciones contrarias y abstencionistas. Organizaciones como el Partido Obrero, el Partido Comunista y el Movimiento de los Trabajadores por el Socialismo, y sus respectivas corrientes piqueteras se involucraron en las elecciones y dirigieron allí sus esfuerzos, abandonando la movilización y los cortes de ruta. Por su parte, el MIJP, liderado por Raúl Castells, convocó a festejar el supuesto “rechazo” a las elecciones, mientras que los MTD, el MTR y la CTD-AV daban la espalda al proceso electoral por diferentes motivos asociados a la evaluación de las elecciones como una “trampa”.

La segunda vuelta electoral y la amenaza de que Carlos Menem o Ricardo López Murphy se alzarán con la victoria pusieron a las organizaciones en un dilema. Algunas como la FTV ya había hecho pública su intención de apoyar a Kirchner en la primera vuelta (Grimson *et al.*, 2003); por su parte la CCC que se mantuvo expectante salió en vísperas de la segunda vuelta a promover el voto antimem (que finalmente no se produjo por la deserción de éste); otras no alcanzaron a tomar posición o llamaron en principio a votar en blanco. Lo cierto es que tanto la convocatoria a elecciones, en cuanto intento de restaurar el sistema de representación, el alto grado de participación electoral (sobre todo comparado con las elecciones de 2001), y el cambio de gobierno fueron elementos que trastocaron el espacio de disputa política en Argentina.

El gobierno de Kirchner: nuevos desafíos para los movimientos sociales

El proceso iniciado el 25 de mayo de 2003 supuso un nuevo desafío para las organizaciones de desocupados. Los principales trabajos sobre el movimiento que se ocupan de analizarlas en “la era K” (Muñoz, 2004; Svampa y Pereyra, 2005) coinciden en la relevancia de la política kirchnerista hacia las organizaciones “piqueteras”, en particular por situarlas frente a dilemas políticos. Un discurso fuertemente rupturista con “la década del noventa” y medidas de democratización de la Corte Suprema de Justicia (un reclamo de los “caceroleros”), anulación de las Leyes de Obediencia debida y Punto Final y cambio en la dirección de las Fuerzas Armadas (demanda histórica de los movimientos de derechos humanos), por ejemplo, hicieron que algunos sectores de desocupados cambiaran su visión del gobierno nacional y, por lo tanto, su estrategia. La política exterior fue un claro ejemplo del nuevo rumbo del gobierno iniciado en el año 2003, la restauración de las relaciones diplomáticas con Cuba, el fortalecimiento de las relaciones con Brasil y Venezuela, la postura de negociación con los organismos internacionales, enunciando la defensa de los intereses nacionales en la agenda política y el freno

al proyecto ALCA impulsado por Estados Unidos, generaron expectativas sobre la administración Kirchner (Muñoz y Retamozo, 2008).

En el marco de búsquedas de “legitimidad de ejercicio” frente a los problemas de la “legitimidad de origen”, el gobierno de Kirchner ajustó y radicalizó la estrategia hacia los desocupados que había diseñado Duhalde, en especial luego de los acontecimientos del Puente Pueyrredón. Por un lado, profundizó el diálogo con los sectores de la FTV (e inicialmente también con la CCC y algunos MTD), mientras que el cambio de evaluación de organizaciones como el Movimiento Barrios de Pie alejaron el foco del conflicto sobre el gobierno nacional. Por otro, a instancias del gobierno y valiéndose de la posibilidad de gestionar recursos estatales, se consolidaron varias organizaciones definidas como “nacional-populares” (o abiertamente peronistas) que, si bien algunas de ellas existían, adquirieron una mayor presencia e importancia política (MTD Evita, MB Octubres, FTD Eva Perón). Con el crecimiento de esta corriente se concretó un intento de amalgamar los elementos vinculados al peronismo que están presente en términos culturales y simbólicos en el movimiento de desocupados (Cross, Lenguita y Wilkins, 2004) para reconfigurar la identificación con el proceso kirchnerista.

Mientras que los grupos orientados por partidos de izquierda (MST, POB, FTC) acusaron al gobierno de expresar los mismos intereses que sus predecesores (en una suerte de continuidad neoliberal), los MTD ingresaron en un espiral descendente (al menos en su masividad) producto de la celosía de su autonomía, fracturas internas y las diferentes evaluaciones sobre el gobierno nacional que los llevaron a varios procesos consecutivos de ruptura. Durante 2003 diferentes posturas sobre los ámbitos de coordinación hicieron que la Coordinadora de Desocupados Aníbal Verón, integrada por las CTD y los MTD se rompiera, y los MTD se aglutinaran bajo la bandera “MTD Anibal Verón”. Sin embargo, nuevas diferencias organizativas generaron en septiembre de 2003

16 Un grupo de MTD formaron el “Frente Popular Darío Santillán”, otros se mantienen como “MTD Aníbal Verón” y un tercer grupo de organizaciones se definen como “autónomas no-alineadas”.

otras rupturas ahora dentro del MTD Anibal Verón que se reagruparon en tres espacios que no terminaban de definirse.¹⁶ Otras organizaciones como las CTD vinculadas al Movimiento Patriótico Revolucionario “Quebracho” y el Movimiento Teresa Rodríguez mantuvieron sus actividades y discursos aunque había cambiado el gobierno en sintonía con el Bloque Piquetero Nacional.

La administración Kirchner promovió una política de no represión directa contra los desocupados opositores. Antes bien, utilizó una estrategia de desgaste y buscó aislar a los piqueteros a partir de operaciones discursivas que oscilaron entre el sustento de la necesidad del “orden”, la disputa por la legitimidad de los movilizados y el intento de articular los significantes más densos del movimiento en el propio discurso. Asimismo la incorporación de organizaciones populares (organismos de derechos humanos, sindicatos, organizaciones de desocupados) y sus cuadros a la nueva gestión, y la articulación de algunas demandas sociales para obtener consenso fueron elementos claves de la expansión hegemónica del gobierno que impactaron en la conformación del movimiento de desocupados. Este proceso se desarrolló en un contexto de marcado crecimiento económico y reducción del desempleo. En el cuarto trimestre de 2005, según las cifras del INDEC, las tasas de desempleo bajaron a 11 por ciento para el Gran Buenos Aires y a 10.1 por ciento para el total de los aglomerados del país. Asimismo, la tasa de subocupación bajó a 13 por ciento en el Gran Buenos Aires y a 11.9 por ciento para el total de los aglomerados del país. Este descenso en los índices de desocupación luego de una tasa de desempleo abierto de 19.8 por ciento en el año de asunción del gobierno, permitió a Kirchner un mayor espacio de maniobra con respecto a las organizaciones de desocupados.

En este marco, la estrategia del gobierno nacional se orientó a no ceder a las presiones de los grupos más radicalizados y acordar con aquellos que aceptan sentarse en la mesa de negociación con la perspectiva de una incorporación en el proyecto nacional. Según Svampa y Pereyra (2005), esto acentuó la distinción de la matriz ideológica en-

tre tres corrientes: a) la de orientación populista o “nacional-popular”; b) la de vinculación con los partidos de izquierda tradicionales; y c) las nuevas izquierdas. Es evidente que estas orientaciones son generales y debido a la heterogeneidad de las organizaciones es posible encontrar ejemplos que pongan en jaque esta distinción, aunque permitan una lectura del espectro ideológico de las agrupaciones.

En el plano estratégico esta división tripartita puede dicotomizarse si pensamos en la relación con el gobierno nacional y el proyecto de Kirchner. Así nos encontramos con las organizaciones que ofrecieron apoyo al gobierno nacional (tanto en el plano de la movilización callejera, como en las campañas electorales —la de octubre de 2005 es un ejemplo— y, además, ocupando, con sus referentes y cuadros, puestos en la función pública)¹⁷ y aquellas que, matizadamente, oscilan entre concebir que el gobierno de Kirchner marca una continuidad con las políticas neoliberales o que funciona como estrategia del bloque dominante para detener la movilización popular. La consecuencia de estos realineamientos es, sin dudas, la polarización de las organizaciones en la lógica política de gobierno-oposición. Es decir, mientras unas reivindicaron una lectura del gobierno de Kirchner como la vuelta al Estado nacional-popular, otras se manifestaron como oposición al mismo. Con un sector de las organizaciones de desocupados alineadas con el proyecto nacional que se inició en 2003 y otras en la vereda opuesta, en el marco de una merma de la movilización social y mayor hegemonía de los sectores políticos que acompañan a Kirchner, es evidente que el futuro del movimiento como tal es incierto y mayores precisiones requieren de estudios que exceden el presente trabajo.

¹⁷ El diario conservador *La Nación* destaca, en una nota del 11 de junio de 2006, que en la actualidad existen alrededor de cincuenta dirigentes ligados a organizaciones de desocupados asignados a funciones en ámbitos del gobierno nacional y de la provincia de Buenos Aires.

Capítulo IV

Subjetividad subalterna en la conformación del movimiento de desocupados

La investigación de la dimensión subjetiva de un movimiento social requiere de una reconstrucción de los sentidos que la fundan. En esta clave, la historicidad propia de la subjetividad subalterna constituye un ámbito para indagar las formas en que se construyen las demandas, se producen los antagonismos, se definen identidades, alteridades, voluntades colectivas y proyectos en un proceso de movilización colectiva. En este capítulo nos abocaremos a investigar los espacios subjetivos fundamentales para la constitución del movimiento de desocupados que se vinculan a la construcción de un sujeto colectivo capaz de producir acción y movilización social. En primer lugar, nos ocuparemos de los sentidos subalternos vinculados tanto al mundo del trabajo como a la estatalidad. La relevancia de esta búsqueda en dos de los ámbitos —que se trastocaron en los años noventa y que fueron vertebrales en la historia de las clases subalternas— radica en su importancia medular en la construcción del movimiento. Una vez analizados los sentidos que ponen en juego los sujetos para significar su mundo social, dedicamos la segunda parte a reconstruir el proceso de conformación de la demanda central del movimiento y las formas de la acción colectiva y la participación política.

Configuración subjetiva: sentidos relevantes en el mundo popular

Como hemos expuesto en el capítulo dos, el orden social neoliberal en Argentina produjo una reestructuración de las clases subalternas. Los impactos fueron en especial importantes tanto en el mundo del

trabajo como en el lugar del Estado debido a la relevancia de estos espacios en el ordenamiento social anterior y por su relación directa con las condiciones de sociabilidad de los sectores populares. Ahora bien, argumentaremos en esta sección que no obstante que el orden social neoliberal arrojó a los sectores subalternos —y a los desocupados en particular— a un mundo que no se dejaba interpretar por completo desde los marcos tradicionales, fue la propia historicidad de la subjetividad subalterna (y sus sentidos densos) la que operó como condición para que un grupo de ellos pudiera transformarse en un sujeto social con umbral para la acción colectiva. Es aquí donde surgen preguntas: ¿cuáles sentidos se movilizaron para hacer significativa la nueva situación?, ¿cómo se construyó la subjetividad colectiva con códigos históricos resemantizados en el proceso de configuración?, ¿cómo esta subjetividad permitió “avanzar, mediante esa experiencia, hacia nuevas experimentaciones”? (Schütz y Luckmann, 1997), ¿cómo se relaciona esa subjetividad con la construcción de la demanda y la movilización social? A estos interrogantes daremos tratamiento a continuación.

Sentidos del trabajo en la construcción de la subjetividad

Un estudio sobre el movimiento de desocupados encuentra naturalmente en los sentidos asociados al mundo del trabajo uno de sus principales anclajes de investigación. Desde el enfoque que proponemos, la experimentación de la situación de desempleo por parte de los sectores subalternos no puede entenderse por fuera de los acontecimientos históricos que aportaron en la construcción de la subjetividad popular y de la misma clase obrera argentina (Delfini y Picchetti, 2004). Nos referimos aquí al universo de imaginarios sobre la forma de integración de los trabajadores en el orden social nacional-popular estadocéntrico (Cavarozzi, 1996; Garretón, 2002). Más allá de discutir los alcances y limitaciones reales del modelo anterior en Argentina, nos interesa que esta integración excedió el ámbito económico y tuvo implicancias simbólicas cuando “la idea de progreso, componente central del ima-

ginario social argentino, se dotó de nuevos contenidos y, en ese mismo proceso, fue asociada con un nuevo actor social: la clase trabajadora” (Svampa, 2003; también, Merklen, 1997a). La forma de integración histórica de la clase a la ciudadanía, vinculada al ascenso del peronismo en la década de los cuarenta¹ se produjo en estrecha relación con la posesión de derechos sociales del grupo familiar a partir del puesto de trabajo del jefe de hogar (Landi, 1981; Cerrutti, 2002; Guimenez, 2004). A su vez, el Estado operó, como actor de la regulación del mundo laboral y como garante del acceso de bienes universales de calidad, por ejemplo, en la salud y la educación (Murmis, 1971; Grassi, 2003; Merklen, 1997a). A esto hay que sumar que la incorporación masiva de los trabajadores a la política se produjo mediante los sindicatos que se adhirieron a la tradición peronista (James, 1990).

Estos ámbitos constituyen los pilares del imaginario nacional-popular de la clase trabajadora en Argentina que conjuga el trabajo y el Estado en la garantía de la integración (Murmis y Portantiero, 1972; Landi, 1981; Villarreal, 1996). Esta matriz de sentidos que componían la cultura popular sufrió un impacto con la reestructuración propia de los noventa. El nuevo modelo hegemónico, el neoliberalismo, construyó sentidos comunes que, en algunos casos, competían con los sentidos históricos. Para dar cuenta de esta disputa hegemónica es necesario comprender las dimensiones de lo que condensa el trabajo en Argentina. Los sentidos del trabajo son centrales para entender la emergencia de un movimiento social articulado sobre la demanda de “trabajo” (Lenguita, 2002b; Auyero, 2002a). En este aspecto, la construcción significativa del “trabajo” en el universo popular implica una operación subjetiva donde podemos rastrear su historicidad y nos permite una entrada a espacios constitutivos del sujeto social.

¹ Es preciso destacar que el peronismo clásico se valió, para su proceso integrador, de una reconfiguración de instituciones presentes en la sociedad argentina como el sufragio y el derecho a la agremiación (Durruty, 1969), a la vez que amalgamaba una serie de demandas e imaginarios presentes en la clase obrera (James, 1990).

Nelly tiene 56 años, llegó al piquete por ser participante de base de la FTC, una agrupación conducida por un partido de tendencia trotskista (el MAS). Sentada en el asfalto del Puente Pueyrredón se refiere a lo que significa el trabajo: “Si hay trabajo hay todo. El objetivo más grande es que la gente tenga trabajo. Primero el trabajo, si hay trabajo hay todo. Los hijos pueden tener su vivienda, pueden educar mejor a sus hijos, tener una mejor salud, porque se pueden atender mejor” (Entrevista a Nelly).

En la representación de Nelly (seleccionada de un conjunto de relatos en el mismo sentido), el trabajo ocupa un significado que va mucho más allá del salario. En efecto, tiene un exceso de sentido que sólo es articulado en la subjetividad mediante una operación singular: la sinécdoque.² La subjetividad propone una movilización de códigos que se asemeja a la sinécdoque cuando en el significante “trabajo” incorpora otros códigos, otros sentidos que lo exceden en su literalidad. Esto permite que el trabajo sea “todo”. Dicha totalidad se refiere, en primera instancia, a la posibilidad de acceso, a través del salario, a bienes básicos que indican la integración social de la clase trabajadora, pero no se agota allí sino que se vincula el puesto de trabajo con la salud (la sensación de vulnerabilidad) y la educación (la posibilidad de movilidad social). Cabe destacar que Nelly nunca ha trabajado formalmente, era su marido (ya fallecido) el que contribuía con el ingreso del hogar; no obstante su percepción del empleo, en lo que refiere a la accesibilidad a la integración, nos muestra la relevancia del “trabajo” para el mundo popular. Incluso entre aquellos que no han tenido acceso pleno a los derechos laborales emerge el vínculo entre el trabajo y esos derechos³ en un horizonte de pleno empleo (Bayón, 2003; Cerrutti, 2000).

- 2 En la retórica, sinécdoque es el tropo que consiste en extender, restringir o alterar de algún modo la significación de las palabras para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa; un género con el de una especie, o al contrario; una cosa con el de la materia de que está formada, etcétera.
- 3 Es evidente que los jóvenes que no han experimentado una inserción al trabajo registrado evidencian menores expectativas a la hora de referirse a un empleo “formal”. No obstante, en el imaginario

El cambio en las condiciones de sociabilidad produjo un impacto en los sentidos que la clase trabajadora argentina construyó históricamente para significar su mundo social al cambiar el contexto. Los imaginarios y representaciones entraron en crisis como sucede cuando el trastorno abrupto pone en dilema los sentidos tradicionales y en jaque los espacios de referencias. Estos procesos resignifican el pasado y tienen implicancias en la construcción de la memoria (como espacio subjetivo) que se traduce en una nueva significación del presente. La idealización del pasado y el contraste con el presente marcan la subjetividad popular. Dice Anselmo con un nostálgico tono compungido en la voz:

Cuando nosotros trabajábamos en la construcción, en aquel tiempo, uno se podía comprar el terrenito y hacer de a poco la casita, mandar a los hijos a la escuela, eso te lo permite el trabajo, pero es lo único que tengo ahora que me quedé sin trabajo. Me quedé sólo con lo de aquella época (Rodríguez).

La añoranza del pasado como obrero de la construcción de Anselmo es muy reveladora. Especialmente porque el sindicato de la UOCRA⁴ ha sido, históricamente, un bastión peronista y se caracterizó por construir su identidad sobre la noción del “obrero de la construcción”. Si bien el entrevistado nunca estuvo estrechamente vinculado al sindicato, reconoce haber usufructuado de los beneficios de la agremiación. Nuevamente, el trabajo es identificado como lugar de la certidumbre y la protección. La referencia a la vivienda propia implica la posibilidad

(como deseo) es posible reconstruirlo aunque junto a otros códigos que significan una situación de mayor rotación y desprotección laboral. Al respecto dice Matías de 20 años “Todos los que estamos acá queremos un trabajo. Más allá de que a mí nadie me obliga a venir, yo no quiero estar acá toda mi vida y que el día de mañana me pregunten y de qué laburás y que yo diga “Salí a cortar calles y me daban 150”, nadie quiere eso. Nosotros queremos tener un trabajo con un buen sueldo, y no como en muchos casos que trabajan en negro, laburan 12 horas por 2,50 la hora y apenas cubren el viaje” (MTD DS, Alte. Brown).

4 Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina.

de acceso a un espacio de certidumbre, del resguardo, de la seguridad. Es evidente que la desprotección en el mundo del trabajo genera un sentimiento de fragilidad. Esta vulnerabilidad es expresada por Tito, participante de base del “MTD Resistir y Vencer”, uno de los más antiguos agrupamientos de la zona sur del Gran Buenos Aires:

Cuando me quedé sin trabajo, la verdad que fue duro, uno está acostumbrado a un ritmo de vida. Yo nunca la tuve del todo fácil, siempre laburé para comer y tratar de salir un poco más adelante de lo que estaba. Al quedarme desempleado me encontré desamparado, encima tengo tres pibes y mi señora. Se nos hacía muy difícil, salíamos a hacer changas⁵ hasta que encontramos a otros que estaban en la misma, ahí conocimos a los compañeros y nos aferramos a esto (Tito, MTD RyV).

Las transformaciones en la configuración de la sociedad produce un impacto en la construcción del tiempo y el espacio de la clase trabajadora. Por lo tanto afecta el “ritmo de vida”, el tiempo de la vida cotidiana que produce una resignificación del *estar* como forma del *ser*. La pérdida del horizonte de la certidumbre asociado al empleo golpea de lleno en la percepción de la vulnerabilidad (“me encontré desamparado”). Esto incide en dos planos: económicamente por la pérdida del ingreso, y simbólicamente por la caída de una referencia identitaria. A partir del relato de Tito podemos reconstruir cuatro momentos que serán repetidos en las entrevistas realizadas. Primero, la referencia a un trabajo estable que marca un “ritmo de vida” al que la persona se acostumbra y desde la cual construye relaciones sociales y su vida cotidiana. Segundo, la pérdida del empleo y el momento de ruptura. Esto lleva al tercer momento, el padecimiento de la vulnerabilidad social (la pérdida del ingreso, la reestructuración del tiempo, la incertidumbre) que se manifiesta en el “salir a hacer changas”, es decir, un trabajo temporario,

5 Con “changas” se refiere a actividades laborales informales y esporádicas.

informal en situación de desprotección.⁶ El cuarto momento es el “encuentro” con la organización que permite la inscripción colectiva del problema en primera instancia individual. El espacio del estar juntos reordena el problema situándolo en una clave colectiva. La aparición de los “otros” que están en la misma situación es el paso a la construcción del “nosotros” que se enmarca en un proceso político, tema al que volveremos luego.

La experiencia traumática del desempleo se agudiza cuando se combina con pobreza y vulnerabilidad creciente. Al respecto se refiere Fabricio:

Cuando me quedé sin trabajo, por supuesto quedé mal porque quedé sin trabajo. Antes había posibilidades de hacer changas, uno como sea se las rebuscaba, pero después de lo que hizo De la Rúa no se podía hacer changa porque la guita no valía ni alcanzaba. Un año pasé pero mal, mal, mal... yo tengo mujer y cinco hijos. Yo la pasé re mal, comíamos día por medio y a veces no comíamos y sólo tomábamos mate cocido. Sí que la pasé mal, sufrí mucho (MTR FV).

Los sentidos en referencia al trabajo que venimos reconstruyendo explican la “obviedad”, el “por supuesto que me quedé mal” de Fabricio que muestra la construcción del sentido común para experimentar una situación.⁷ Su vivencia, depresión incluida, que puede reproducirse en las geografías del conurbano bonaerense, nos orienta en un espacio de la subjetividad que no puede ser reducido a aspectos cognitivos, sino que incluye el sentir, y especialmente, el sufrimiento. La experiencia

- 6 Vale aclarar que esta es una secuencia reconstruida analíticamente. Sólo en un sector de los desocupados (los que tuvieron empleos formales) podría darse de esta manera. Para fines metodológicos sirve para pensar las fases de la desocupación aunque en el caso, por ejemplo de los jóvenes, en su gran mayoría, no han tenido acceso a trabajos protegidos.
- 7 Hipotéticamente, podríamos pensar que la misma situación de perder el empleo, pero en una sociedad con un seguro de desempleo, los sentidos movilizados serían otros.

del hambre y la angustia del entrevistado muestran la importancia de los sentidos ligados a la emotividad y la afectividad. Para Fabricio, sus problemas de depresión y con el alcohol comenzaron cuando se quedó sin trabajo, su dimensión afectiva se trastocó. Otro entrevistado dice:

Yo se supone que quiero un trabajo digno, con un buen sueldo, eso es lo que quiero. Un trabajo que tenga obra social, porque por ejemplo si yo acá me rompo un hueso o me caigo, nadie me cubre, los remedios son muy caros, y sino para ir a un hospital a veces uno no tiene para el boleto del colectivo (Jano MTD zona Oeste Solano).

El testimonio de Jano es particularmente interesante. Primero porque pertenece a una de las organizaciones que más publicidad han obtenido a nivel internacional por su vinculación con sectores intelectuales universitarios y una orientación por el autonomismo italiano. Este MTD ha hecho suyas las nociones de autonomía del Estado y, en el discurso de sus líderes, la búsqueda de producir una subjetividad no capitalista. Las bases entrevistadas en su mayoría, sin embargo, parecen no poder incorporar los sentidos que promueven los líderes con la rapidez esperada, algo que los mismos dirigentes detectan.⁸

Así los participantes de base se orientan en parte, como Jano, por el sentido nacional-popular clásico del trabajo. La consigna de “trabajo digno” que comparten las organizaciones alineadas en los MTD y el MTR, es polisémica y convoca como un significante vacío que los participantes sujetan de acuerdo a asignaciones de sentido. Mientras que para los líderes que entrevistamos (de los llamados MTD), el trabajo digno es particularmente no capitalista y *autotélico*, para un participante de base el trabajo digno se asocia a “un buen sueldo”, y la cobertura social del empleo protegido. Esto supone también un cuestionamiento

8 “Si nos sacan los planes que nos da el Estado, quedamos los militantes, los más concientizados. Ahora somos 400, llegamos a ser 2000, y si nos sacan los planes quedamos 20”, dice un dirigente en el descanso de un obrador.

a las formas precarias de trabajo que han asumido las organizaciones de desocupados (Salvia, 2004). La entrevista con Jano fue realizada en un descanso mientras trabajaba en la construcción de un centro de salud comunitario con fondos provenientes de ONG europeas. Lo cierto es que mientras Jano levanta un centro de salud para el MTD (y así ganar en autonomía frente al Estado por no depender de su asistencia sanitaria) sueña con un puesto de trabajo “digno”, es decir, protegido. Algo similar podemos observar a partir de las palabras de Dany, un militante de una fracción trotskista. Su relato comienza refiriendo al carácter capitalista y burgués del gobierno, sin embargo en su mismo discurso expresa:

muchos nos dicen que somos piqueteros, pero somos trabajadores desocupados. estamos desocupados y nos organizamos porque lo único que anhelamos es tener un empleo digno, con jubilación, con obra social para poder llegar a la educación y a la salud (FTC).

El testimonio es una muestra más del lugar del trabajo como espacio heterogéneo de sentidos. Como una semántica de la cultura popular que se articula con otros códigos más sistemáticos provenientes de doctrinas partidarias, el mismo Dany continúa: “yo quiero una sociedad socialista, donde haya antes que todo equidad y equidad, es decir que todos seamos iguales”.

Esta expectativa de alcanzar los bienes sociales constituyó el imaginario social de la clase trabajadora. Los jóvenes de los sectores populares, sobre todo en lo que refiere a estabilización de la vida familiar y la independencia del hogar paterno, concebían al trabajo como puerta a un porvenir signado por el progreso social (Soldano, 2000: 132; Svampa, 2003), el propio entrevistado rememora:

Yo entré a trabajar a los 17 años al frigorífico. Pensaba que iba a formar un bienestar a mi familia, me independicé y pude comprar lo mío. Y después se me vino todo abajo. (...) Yo laburaba todo el día, llegaba re cansado, pero

pensaba que así a mis hijos no les iba a faltar nada. Al final me estaba perdiendo la relación, pero yo pensaba que les iba a dar salud y educación.

Ahora podemos ver, desde el punto de vista de un hombre de 35 años y que lleva tres desempleado, el mismo procedimiento de asignar un sentido. A la referida posibilidad de obtener un “bienestar familiar” mediante el trabajo en la fábrica se le agrega la referencia a la educación. La pérdida del trabajo produce el desastre de la estabilidad, la certidumbre, el esfuerzo, las expectativas (“Se me vino todo abajo”). Es interesante que el mismo sentido del “trabajo como todo” del caso de Nelly, es referido por la negativa, puesto Dany asocia que el acceso al trabajo al bienestar familiar integral (“no les iba a faltar nada”). Aquí es necesario reparar que el sentido del trabajo también conlleva una carga moral asociada al esfuerzo individual. Esto produce la conjunción del trabajo como acceso a los derechos pero que, a su vez, requiere del trabajador un esfuerzo (Merklen, 1997a). Esta tensión se encuentra arraigada en la propia cultura del trabajo en Argentina: “Lo del pueblo argentino es laburar, siempre nos rompimos el lomo para laburar y salir a adelante. Por eso lo que buscamos es tener un buen laburo, y desde el trabajo nos gustaría tener lo suficiente para mandar a nuestros hijos a la escuela, y comer y... estar dignamente... vivir bien” (Ariel, MTD del FPDS).

Ariel refuerza los testimonios anteriores. Pertenece a una de las corrientes llamadas “autonomistas”, no obstante, nuevamente si dirigimos nuestra atención a la subjetividad colectiva subalterna podemos entender que la interpelación hacia el puesto de trabajo no varía con respecto a las bases de otras tendencias (como las trotskistas y las peronistas, vistas anteriormente). En primer lugar, el discurso no estrictamente clasista se expresa en la enunciación del sujeto: “el pueblo”. Por su parte el concepto de “buen laburo” es asociado, nuevamente, al acceso a bienes de consumo y la educación. Sin embargo, tímidamente, Ariel introduce una dimensión: la dignidad. Es decir, el trabajo no sólo es la posibilidad de acceder a una forma de integración social, sino que impacta en

el plano subjetivo como lugar tanto para el autorreconocimiento como para el reconocimiento de los otros, especialmente en el ámbito familiar y comunitario. A los sentidos del trabajo hay que agregarle ese aspecto simbólico: la dignidad.⁹ Para Daniel James (1990) el concepto de dignidad es constitutivo de la economía moral propia del peronismo, la misma es articulada en la nueva configuración subjetiva:

Si queremos recuperar la dignidad del laburo que perdimos, lo que tenemos que ponerle es conciencia a la gente de que la manera de cambiar las cosas es trabajar. Es la única forma de cambiar el país, no lo vamos a cambiar del todo porque hay mucha gente que está acostumbrada a agarrar el plan y quedarse en su casa. Hay que volver a la cultura del trabajo (Alicia, CLP).

Nosotros venimos de descendencia de españoles e italianos que vinieron sin nada, y comenzaron trabajando duro, lograron sus metas, criaron bien a sus hijos, los hicieron estudiar. Tenían una cultura del trabajo, y fuimos criados así (Liz, MTD de La Matanza).

Alicia introduce un aspecto referido por los investigadores (Svampa, 2003), si bien existe una continuidad de sentidos subalternos, la descolectivización puede erosionar y dislocar algunos de los imaginarios y, en especial, los hábitos como el trabajo y el esfuerzo (el sentido ético del trabajo)¹⁰ se pueden volver problemáticos. De esta manera muchas de las acciones en el marco de las organizaciones de desocupados se orientan a restituir sentidos históricos, en este caso ligados a una ética y a una cultura del trabajo.

⁹ Vale citar por lo revelador y sintético un testimonio recogido en Cross y Cato (Cross y Cato, 2002: 87) por parte de una manifestante en La Matanza: “lo que pedimos es trabajo, si no tengo trabajo no tengo futuro, no tengo dignidad, no tengo nada”.

¹⁰ El poema nacional, el “Martín Fierro”, sintetiza la ética del trabajo “*Debe trabajar el hombre/para ganarse su pan/pues la pobreza en su afán/de perseguir de mil modos/llama a la puerta de todos/y entra en la del haragán*” (José Hernández).

Las experiencias clientelares presentes históricamente en el Gran Buenos Aires, pero que se expandieron en la década del noventa, por ejemplo, también impactan en la conformación de la subjetividad subalterna. Así la ética del trabajo y su relación con la dignidad encuentra competencias en los sentidos expandidos por las redes clientelares. La misma concepción del trabajo es refrendada por Liz, una participante del MTD de La Matanza, quien también se refiere al lugar de la dignidad en el proceso de trabajo.

No tenés trabajo y perdés la dignidad, porque estás esperando que el gobierno te dé un subsidio o una caja de mercadería para darle de comer a tus hijos. Esto te hace indigno porque vos no podés llevar un pedazo de pan para tus hijos, tenés que esperar que alguien te lo dé. En cambio cuando vos lo ganás con esfuerzo y ganas o sin ganas, es como que vos recuperas la dignidad. Entonces cuando en este espacio se me propuso participar del taller de costura, para mí era una posibilidad de trabajo y comencé a verlo como un proyecto de vida.

Evidentemente, si el trabajo significa “todo” (incluyendo la dignidad), la falta de empleo es vista también como una pérdida de la dignidad. En el relato de Liz, que pertenece al único movimiento de trabajadores desocupados que no recibe subsidios del Estado argentino, aparecen tres elementos claves para nuestro análisis. El primero es el lugar del salario como soporte de la vida familiar y el sentido de autonomía al que se asocia el no esperar que “alguien te lo dé”. El segundo, otra vez, la cultura del trabajo como esfuerzo. El tercero es la significación del desempleo como muerte. La recuperación del trabajo otorga una redimensión de la dignidad y se asocia a un “proyecto de vida” frente al “proyecto de muerte” que significa el desempleo. Algo similar expone Olga: “Acá en la fábrica del Movimiento me siento bien, muy bien después de haberme encontrado sin trabajo. Porque yo soy una persona que hace 35 años que confecciono ropa y de pronto pasar un montón de necesidades, tener mi taller parado en mi casa, sin conseguir

absolutamente nada, para mí fue un respiro volver a empezar a los 55 años” (MTD RyV).

Cabe destacar que tanto Liz como Olga han pasado los 50 años de edad y para ellas adquiere una valoración positiva aún mayor el acceso a un puesto de trabajo como parte de un proyecto colectivo (la organización) a la vez que personal. Esto nos muestra la acción como una forma de construcción del tiempo futuro. La dimensión del futuro se despedaza con la pérdida del empleo y con ello arrasa la certidumbre; la misma es restituida, aunque frágilmente, en la participación de los desocupados en los espacios productivos de los movimientos. Como tal, la participación es una respuesta frente a la angustia del futuro producto de la situación social:

Yo trabajaba antes en la construcción, cuando cumplí cuarenta años me quedé sin trabajo porque nadie me daba trabajo porque ya pertenecía a la parte de jubilados. Yo no tengo aportes ni nada, y cuando me llegue la edad de jubilarme no voy a tener los cálculos necesarios de aportes para jubilarme y no me voy a poder jubilar. No sé que voy a hacer en el futuro (Anselmo, MTR FV).

El testimonio de Anselmo refiere al horizonte de certidumbres vinculadas a la cobertura previsional que en el imaginario se liga al trabajo, que estabiliza el presente y la posibilidad de constituir la dimensión de un futuro sin incertidumbres. Como contraparte, la falta de empleo arrasa estas dimensiones y se vincula con un sentido de la exclusión. Con respecto a esta pérdida de percepción de integración en la situación de desempleo, Celeste nos dice:

y yo quedé afuera del sistema, había perdido el empleo y daba vueltas tratando de volver a incorporarme a un trabajo. A mi me toca mantener a mi familia, yo soy separada y tengo tres hijos. Y bueno, era todo un problema para mi poder reinsertarme, me sentía afuera, porque además venía de un empleo de mucho años (Celeste, MTD de La Matanza).

Hemos dicho que la pérdida del empleo trastoca la vida cotidiana de las personas y las afecta subjetivamente. Celeste caracteriza su situación como “estar afuera” y atribuye directamente la causa a la pérdida del empleo. Asimismo, es sintomático su “daba vueltas” puesto que expresa una circunstancia de encontrarse sin un punto de referencia fijo, que contrarreste la desafiliación, producto de las transformaciones en el mundo del trabajo. Esta producción de la exclusión del orden social afecta a diferentes sectores de los desocupados. Belén, de 20 años y participante de base de la CCC, proyecta en el futuro de sus hijos la negación de su presente refiriéndose al sentido de la integración. Dice lapidariamente: “Yo quiero para mis hijos un lugar donde se sientan integrados, no se sientan excluidos como me pasa a mí ahora que no encuentro trabajo”.

Desde lo expuesto es posible reconstruir en la subjetividad estudiada los sentidos de la integración o inclusión social. Sin embargo, debemos ser cautelosos en el análisis de este tema. Si atendemos a nuestras definiciones referidas al orden social se comprenderá que no es posible concebir un “afuera” de la sociedad (aunque es posible estar excluido del consumo, la protección social, etc.). La exclusión es una operación que se produce al interior de un orden social. Esto no impide que existan distintos lugares y nombres al interior, y operaciones que excluyen de ciertos lugares a unos para que los ocupen otros. Esta imposibilidad del afuera no implica que los sujetos puedan sentirse, percibirse o adscribirse como excluidos. La exclusión también tiene una dimensión subjetiva. Esto tiene estrecha relación con la producción de subjetividades porque el orden social produce subjetividad en su interior a través de mecanismos disciplinarios propios. La exclusión, así, es una operación subjetivadora que ocurre dentro del orden.

En el caso que nos ocupa, este elemento de la movilización de códigos que significa la situación como de exclusión, es fundamental porque esa definición permite la movilización y la lucha por la inclusión social. Tal vez de nuestros entrevistados sea Matías quien sintetice una percepción de exclusión a partir de movilizar códigos pertenecientes a

diversos campos: “Estamos todos excluidos. El que tiene más de cuarenta años está excluido. La doña que no es bonita está excluida. El pibe que no sabe leer, porque la misma sociedad lo excluyó por ser pobre y no tuvo para comprar los útiles para estudiar, lo excluyen porque no sabe leer” (Matías, MTD del FPDS).

La significación de la “exclusión” proviene de ocupar lugares en la sociedad que son sancionados por el orden disciplinario. La edad como un elemento que “deja afuera” de la sociedad (en particular del mercado de trabajo, puesto que es este mecanismo el que excluye por razones de edad). Este aspecto es recurrentemente percibido por los participantes entrevistados de todas las edades.¹¹ Por su parte, en la competencia de la lecto-escritura se sintetiza la preparación para el mercado de trabajo (su ausencia se asocia a no acceder a un puesto de trabajo formal), a la vez que muestra un quiebre del acceso a la idea de la educación como mecanismo de movilidad social ascendente. En este punto Matías expone que es la sociedad la que introduce en su interior la exclusión. Es interesante en la alocución del entrevistado la referencia a una situación estética como causa de exclusión, lo que demuestra la complejidad de la operación subjetiva para significar una relación social.

La cadena de equivalencias en los sectores populares estudiados tiene un eslabón denso en el concepto de “trabajo” debido a la mencionada percepción imaginaria que los sujetos tienen de posibilidad de acceso a ciertos niveles de integración a partir del empleo. Esto produce que, en la configuración de la subjetividad colectiva, el trabajo ocupe un lugar central. Por su parte, también impacta en un plano que incluye, se articula y a la vez excede, el consumo de bienes y la expectativa de movilidad social. En vista de lo anterior, podemos comprender el impacto del desempleo en Argentina, algo que reflexionaron tempranos estudios que destacaron el efecto desarticulador del desempleo para

11 “Estudios etnográficos lo demuestran una y otra vez: en el actual mercado de trabajo argentino el tener 40 años siendo hombre o 35 siendo mujer, ya opera como una limitante para obtener un empleo” (Cerrutti, 2002: 23).

las identidades sociales (Kessler, 1996; Solano, 2000). Por lo tanto, si el mundo del trabajo se constituyó en uno de los ejes de la constitución subjetiva e identitaria, el desmontaje de las condiciones laborales tiene drásticas consecuencias en la subjetividad. Toda situación que disloca la estructuración de las clases subalternas produce la puesta en cuestión de sentidos; sin embargo, también abre espacios de rearticulación molecular. Esto no produce una mecánica puesta en cuestión de sentidos dominantes, ni su reemplazo por sentidos progresivos.¹² La situación del desempleo, como toda relación social, es polisémica en tanto que admite diferentes sentidos. Ésta permanece en constante disputa por aquellos que dominan y son articulados en la subjetividad. En efecto, esta disputa se produce mientras la dominación social necesita producir determinadas subjetividades dóciles para inscribir allí la perpetuación del orden social. No obstante, este mecanismo disciplinario se encuentra con elementos de resistencia que provienen de otros sentidos subalternos e históricos de la clase trabajadora en Argentina. De esta manera, en la década de 1990 es posible reconstruir dos cadenas de equivalencias de los significados del desempleo. Las mismas se pueden explicitar a partir de las entrevistas y reconstruir desde las interacciones que establecen los desocupados. Esto no quiere decir que no existan tensiones y discontinuidades. La asignación de sentido a la situación del desempleo o, más general, sobre el mundo del trabajo puede ser heterogénea incluso en la misma persona.

Dos sintagmas de significados que pueden reconstruirse asignan sentidos distintos al desempleo. El primero está ligado a la ideología neoliberal que articula en su discurso la competencia y la responsabilidad individual sobre la situación invocando los sentidos del mercado

¹² Es necesario concebir que en periodos de incertidumbre pueden emerger sentidos conservadores; en efecto "Si el sujeto es negado o devaluado en su función esencial de productor, tiende a darse un impacto subjetivo que se expresa en la pérdida de autoestima, la desconfianza, la cosificación de sí y del otro, creciendo la violencia en las relaciones interpersonales y rechazo a las diferencias" (Quiroga, 2005: 45-46).

como mecanismo de coordinación social¹³ (Grassi, 2003). El segundo permite la acción colectiva por construir la “demanda” como pública, política y escenario de antagonismo social. A continuación trataremos el primero y dejaremos este último para una sección siguiente por constituir la estructura argumentativa-subjetiva de la protesta y la movilización social. Dice Juancho:

yo pensaba que si un vecino no tenía laburo era porque tenía mala suerte, porque no había sabido cuidar su puesto de trabajo, no se había preparado. En cambio yo no faltaba nunca, siempre hacía mis horas extras (...) los chicos tienen que superarse, aprender de computadoras, de la electrónica que es el futuro. Si se preparan pueden encontrar un buen trabajo en una empresa importante, y así salir a adelante (Juancho, MTD AV).

Varios aspectos podemos desprender de este testimonio por los elementos que entran en juego, los cuales los podemos considerar en tanto condensan sentidos aparecidos también en otras entrevistas. Primero es importante destacar el papel del azar (la suerte) tanto en la lotería natural de talentos y capacidades, como en la posibilidad de obtener un puesto de empleo. Esto produce una naturalización de la situación que atribuye a causas exógenas al sujeto, por lo que son incontrolables y no puede hacerse demasiado. Sin embargo, luego emerge el lugar de la responsabilidad individual, la culpa de no haber entrado en la lógica del mercado de trabajo, especialmente en lo relativo a la capacitación y el esfuerzo para retener el empleo. Esto se vincula a la promovida modernización de las relaciones laborales y el discurso sobre la competencia. Pero también es preciso reconocer que tales sentidos fueron parte del entramado de la cultura del trabajo, donde en el contexto del pleno empleo se expandió la idea de “en Argentina no trabaja el que

13 Trabajos de mediados de la década de los noventa (Kessler, 1996) repararon en la importancia subjetiva del cambio de orden regido por la intervención estatal y las políticas públicas por otro donde el mercado es el lugar para resolver el problema del empleo.

no quiere” (Merklen, 1997a). Esta reconstrucción evidencia la incorporación en la subjetividad de los sentidos propios del discurso hegemónico que señalaba que “el desempleo es producto de una falta de adecuación de la mano de obra a los nuevos requerimientos tecnológicos” (Lindenboim y González, 2004: 9). Estos sentidos movilizados, en principio, no pueden articular una voluntad de acción colectiva puesto que remiten la responsabilidad al plano individual y privado. No hay una construcción de la demanda si la situación o la relación social no es percibida como un daño injusto.

Esta forma de asignar sentido es frecuente entre los sectores populares que contaban con empleos más o menos estables, especialmente en una primera etapa donde la desocupación era “eso que le pasaba a otros”, por culpa propia. Así se produce el vínculo de la desocupación como culpa individual y responsabilidad privada que no interpela a la política como causa. En el mismo proceso, al recordar los momentos con acceso al empleo, los entrevistados esgrimen que no se sentían vulnerables, porque “siempre habían trabajado” y se consideraban responsables (“buenos trabajadores”). Como bien lo identifica Schütz, la modificación de la situación biográfica reordena el plexo de dar sentido y emergen otros significados que acompañan la experiencia personal, aunque aún se mantengan, en principio, en el ámbito privado. Dice Celeste, divorciada y madre de tres hijos, quien por más de 15 años trabajó en una importante cadena de supermercados:

yo, en principio, no sentí tanto el quedar sin laburo, porque pensé, en esa ignorancia de la realidad, que como yo toda la vida había trabajado, como yo sé trabajar, como yo estoy bien de salud, pensé: “conseguiré otro trabajo”. Pero había cosas básicas que yo no sabía de que se trataba. Cuando yo salía antes a buscar trabajo salía con un aviso en el diario, iba y llenaba una solicitud de empleo y me llamaban, o me daban una entrevista directamente. Ahora iba y me decía “¿tiene su currículum?” Y yo no sabía lo que era un currículum. Me atendían empleados que lo dejaban ahí y que no decidían o no lo miraban. Al principio esperaba esperanzada en que me iban a llamar y después fui asu-

miendo más y más. Y los ahorros no alcanzaban. Llega un momento en que se te va metiendo la idea en la cabeza de que no podés, de que no servís (...) Me sentía culpable y muy mal con mis hijos. Así estuve dos años, haciendo cosas eventuales, tejidos etc., cosas como para zafar.

Cabe destacar del testimonio de Celeste, quien conduce la secretaría administrativa de la Cooperativa del MTD de La Matanza, el desacople entre el imaginario sobre el mundo laboral y la situación social específica del mercado de trabajo. Asimismo, la referencia a un currículo opera como disciplinador debido a que eleva los requerimientos para un puesto de empleo. La experiencia traumática de tener que pedirle a un vecino que elabore un currículo para luego llevarlo a instituciones y lidiar con empleados que según ella “no lo miran”, impacta en la forma de dar sentido a la situación. En el caso de Celeste, con un doble efecto: por un lado le permite significar su visualización de una situación compartida —el hiperdesempleo (“yo veía que había muchos pobres y desocupados, pero lo veía por televisión” diría más adelante—. Por otro, comienza a socavar su forma de reconocimiento, no hay metáfora más clara “Se te va metiendo en la cabeza de que no podés, de que no servís”.¹⁴ Finalmente, es necesario reparar en su distinción entre “trabajo” y la producción artesanal de tejidos que realizaba para contribuir al ingreso del hogar. Esto refuerza la idea del significativo trabajo como

¹⁴ José Saramago relata en *La Caverna* la historia de un alfarero que se enfrenta a la instalación de un centro comercial y comienza a sentir que su oficio ya no es necesario. Pero va más allá, su cosmovisión ya no encuadra con los nuevos tiempos, las relaciones sociales se establecen de una manera que desenaja en su forma de ver y experimentar su realidad social. Allí dice: “Hubiera sido mucho mejor que no me despertara, murmuró, al menos, mientras dormía era un alfarero con trabajo. Con la diferencia que el trabajo que se hace soñando no deja obra hecha, dijo Marta. Exactamente como en la vida despierta, trabajás, trabajás y trabajás y un día despiertas de ese sueño, o de esa pesadilla y te dicen que lo que has hecho no sirve., Sí sirve, padre, Es como si no hubiese servido” (Saramago, 2000: 53). Como Cipriano Algor, el alfarero de *La Caverna*, Celeste relata (como lo hicieron tantos en las entrevistas y millones en el anonimato) el sentimiento angustiante de ruptura entre formas de percibir el mundo y las relaciones sociales en las que los sujetos desarrollan sus actividades.

denso y su particularidad puesto que no implica cualquier actividad remunerada, sino un tipo particular de la misma.

La introducción de la culpa como mecanismo de disciplinamiento y subjetivación es fundamental en el proceso de disputa por los sentidos en el movimiento de desocupados. Toty Flores (2005), referente del MTD de La Matanza, llamó “subjetividad culpógena” a la asignación de sentido que responsabilizaba al individuo de su situación de desempleo. Este es un proceso que se actualiza en la subjetividad individual, pero los sentidos son producciones sociales y los mecanismos de subjetivación también son sociales. En el testimonio de Celeste emergen elementos ligados a la vieja situación laboral (un imaginario de pleno empleo) y una percepción de incapacidad para asumir las nuevas reglas del juego impuestas por una lógica de mercado. Además ilustra el proceso desde el quiebre de los esquemas tradicionales para percibir la situación de la búsqueda de empleo, hasta la incorporación de códigos de la culpabilidad. Dentro de los códigos de sentidos instalados como dispositivos de control en la subjetividad, encontramos una red de sentidos con centro en la culpabilidad individual. En palabras de Toty Flores:

Era la culpa la que impedía organizarse con otros para, entre todos, encontrarles solución a los problemas. Era la culpa la que dificultaba identificar a la desocupación como un problema social. Era la culpa la que permanentemente nos convencía de que “somos unos inútiles”, que “no servimos para nada”, que “sufrimos miseria porque queremos”, con lo cual, la condición de excluido se instalaba en nuestra subjetividad y condicionaba todo nuestro accionar, en la vida personal y también en la participación de cualquier grupo social, ya que el quiebre de la autoestima conspiraba contra la integración, en igualdad de condiciones, con los demás componentes del grupo (Flores, 2005:15).

La constitución de una subjetividad culpógena funciona como un mecanismo de disciplinamiento y de hegemonía al constituirse en el

sentido común que naturaliza las relaciones de poder (Ceceña, 2004). La consolidación de sentidos dominantes como comunes y su lugar en la constitución de la subjetividad subalterna son parte de los dispositivos hegemónicos desde los cuales se puede pensar la reproducción del orden social. Podemos observar que mientras el desempleo, como situación traumática, desarticula la vida cotidiana de grandes masas de trabajadores, el sentido de responsabilidad individual remite el problema al ámbito privado. Por lo tanto, el síntoma puede traducirse en conflictos familiares, depresiones, violencia, alcoholismo, drogadicción y suicidios (Kessler, 1996; Beccaria y Quiroga, 2005). Esto es referenciado por dirigentes de las organizaciones, como Diego, quién cursó la carrera de Psicología Social en la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo y realizó, como tesis, un trabajo en el barrio que lo llevó a la preocupación por el problema del impacto del desempleo en la subjetividad y la vida familiar en su territorio. Esto dice:

Al principio había resistencia a aceptar la situación. Algunos creían que iban a conseguir un trabajo mejor, y después se mentían a sí mismos, una ilusión de que iban a volver, y no se resignaban a que no iban a volver al torno. Pero, por ejemplo, uno sabía que un vecino estaba haciendo changas y nada que ver con el torno, pero ellos no lo reconocían y decían que estaban ganando más que antes. También pasaba la cuestión de la violencia familiar. En las escuelas aumentaron la detección de chicos golpeados, eso me dijeron las maestras. Además mucho alcoholismo, los chicos en las esquinas...

Las respuestas frente a los cambios en las condiciones sociales (el desempleo) revelan aspectos de la subjetividad puesta en juego para significar la situación. La “vuelta al torno” muestra la relevancia del empleo en la industria (un empleo protegido), mientras que el “hacer changas” se distancia del imaginario referido al mundo del trabajo.

Hasta aquí reconstruimos los sentidos del trabajo (y los del desempleo) como fase previa a observar cómo fue posible que se instituyera una demanda sobre la relación social “desempleo”, a partir de la otra

cadena de equivalencia que ya se ha referido. No obstante, aún nos falta incorporar una dimensión vertebral en la constitución del movimiento de desocupados. Antes de indagarla en los sentidos propios que habilitaron la protesta, necesitamos incorporar la referencia a los significados relacionados con la noción de Estado, con la matriz Estado-céntrica nacional-popular, la cual tiene importancia en la forma de construcción del campo de conflicto.

Los sentidos del Estado

El sentido del trabajo es un tramo importante de la rejilla subjetiva subalterna. No obstante, es imperioso reparar en su articulación con otros códigos de sentidos que construyen la subjetividad resemantizándose a la vez que influyen en la configuración y los códigos que la componen. En este aspecto, los sentidos con que se embebe al Estado y la expectativa de integración social son fundamentales y ayudan a comprender la construcción del movimiento de desocupados, su demanda y su vínculo con las alteridades.

Como hemos argumentado, las características propias de Argentina en el contexto latinoamericano respecto a las formas de integración tuvieron un impacto en cuanto a la estructuración social. Pero además fueron fuentes de la construcción de un imaginario colectivo “nacional y popular” (Svampa y Martuccelli, 1997) que acompañó y trascendió el modelo implementado por el peronismo clásico (Svampa, 2003). Si bien hay una pérdida acentuada y progresiva de la identificación directa con el peronismo en los sectores subalternos, más entre aquellos que no han vivido la mítica “bella época”, la continuidad de los sentidos de matriz nacional-popular es recurrente —aunque subalterna— en la subjetividad estudiada. Esto particularmente en lo que se refiere al lugar del Estado, al pleno empleo y la integración por el puesto de trabajo. Los sentidos de la matriz estado céntrica nacional-popular que permanecieron como subalternos durante el auge del neoliberalismo, pudieron ser rearticulados en un proceso molecular

que los fue sacando de su ostracismo en la subjetividad colectiva. Sus huellas¹⁵ pueden reconstruirse en la demanda constituida como eje de la movilización y la definición de un campo de disputa acorde a la historia de la subjetividad subalterna.

Interpela Toty Flores, del MTD de La Matanza:

¿Cómo fue posible que todo esto pasara? ¿Cómo es posible que en la Argentina del “Estado de Bienestar” se permitiera que se desguase y remate a precio vil, a las empresas del Estado? ¿Cómo es posible que en un país donde la organización sindical, más allá de la complicidad de la odiada burocracia sindical, fuera ejemplo de grandes luchas y destacable defensa de sus intereses de clase, pasaran a las leyes de flexibilidad laboral? ¿Cómo es posible que en la Argentina de la “cultura del trabajo” y el pleno empleo, de pronto nos despertáramos con millones de trabajadores desocupados para siempre? (Toty Flores, 2004b).

La centralidad de los sentidos del Estado para la subjetividad subalterna permanece, según lo muestran las entrevistas realizadas; además su lugar puede inferirse de los signos observados (movilizaciones a ministerios, valoración de los subsidios estatales a las organizaciones, interlocución válida, etc.). También se instituye como alteridad en la demanda:

El Estado debería dar una solución. El plan del Estado de “Manos a la Obra” que estaba bueno, porque no te daban plata por mes sino que vos tenías que hacerlo, y yo intenté pero es demasiado burocrático, se sigue manejando por política. El Estado debería desentrañar eso para que sea accesible a la gente, no a través de darte migajas, ni limosnas. Por ejemplo, vos necesitás y que

¹⁵ Para autores como Cross y Montes Cato (Cross y Montes Cato, 2002: 89), gran parte de los aspectos simbólicos construidos y movilizados en la lucha de los desocupados se inscriben en el imaginario peronista, aun dejando un lugar para la elaboración propia del movimiento. En nuestra clave de lectura esta apropiación simbólica se vincula a la subjetividad colectiva.

el Estado te diga “nosotros te vamos a ayudar, a encaminar, como supuestamente sería este “Manos a la Obra” que te dan las herramientas si trabajás, o los materiales para poder empezar, o cómo venderlo. Armar redes así pero bien, que no tengan que pasar por el puntero¹⁶ político” (Celeste MTD de La Matanza).

La percepción recogida en las entrevistas se vuelve más consistente si atendemos un estudio realizado en 1997 en La Matanza en el marco del Programa de Investigación sobre el Movimiento Social en Argentina (PIMSA). Dicho estudio concluye que “El Estado aparece directamente como generador de trabajo en dos medidas con mucha adhesión: tanto como impulsor de proyectos de obras públicas (86.8 por ciento), como empleador directo de desocupados como empleados estatales (77.6 por ciento). Asimismo, la adhesión que tuvo la medida referente a los subsidios estatales a las empresas (68.6 por ciento) refuerza la lectura de que el rol del Estado como garante del empleo tiene amplia aceptación” (PIMSA, 1998).

Lo anterior nos muestra que, a pesar de que la hegemonía neoliberal construyó una narrativa sobre el agotamiento del modelo Estado-céntrico e impulsó al mercado como mecanismo de coordinación social, otros sentidos del Estado siguen presentes en la subjetividad popular.¹⁷ El proceso de hegemonía no aniquiló esos “otros” sentidos sino que los ubicó —en la nueva matriz— en posiciones subalternas de manera

¹⁶ Por “punteros” se refiere a personas que funcionan de intermediación entre el Estado y los beneficiarios de ciertos planes de asistencia social. El “puntero” es el encargado de la distribución de la asistencia (planes de empleo, mercadería, medicamentos) y establecen relaciones de reciprocidad que involucran el clientelismo. Para estudios detallados sobre el clientelismo en Argentina: Auyero 2001a y 2003; Farinetti, 1998b.

¹⁷ Un referente de la FTV se explica en este sentido “Uno de los problemas fundamentales es que el Estado se fue, se retiró y dejó de hacerse cargo de lo que tiene que hacerse cargo. Por eso nosotros creemos que el Estado debe tener una participación mucho más activa y no sólo de control de las privatizadas. Nosotros luchamos por la renacionalización de las empresas de servicios. También le reclamamos al Estado que se haga cargo de la salud y la educación, como siempre fue”.

tal que cuando los sentidos dominantes perdieron eficacia hegemónica en el periodo de dislocación, se abrieron espacios para la rearticulación molecular de esos sentidos subalternos. La referencia al Estado como garante de la ciudadanía se cruzó con el proceso de la reconversión de sus funciones y el abandono de su influencia en ámbitos como la salud, la educación, la seguridad social y en el impulso de medidas orientadas a la promoción del trabajo. Esta persistencia de la estatalidad ayuda a comprender la relación que las organizaciones de desocupados desarrollaron con el Estado (y el gobierno) en el momento de la instauración de un campo de conflicto.

La construcción de la demanda: “trabajo”

Hemos definido la movilización social como aquella acción colectiva desplegada a partir de la articulación de una subjetividad que interpreta-construye determinada relación social —en este caso el desempleo— como una situación injusta y factible de cambiar. Por lo tanto, los sentidos que se ponen en juego para hacer significativa de una forma particular ciertas relaciones del orden social son claves para investigar la conformación del movimiento de trabajadores desocupados. En este plano los sentidos del trabajo y del Estado nos ayudan a comprender la elaboración de una demanda que interpela al orden social neoliberal.

Es necesario recuperar nuestra referencia teórica de la conformación del orden social mediante una operación hegemónica que implica una estructuración que instituye lugares, espacios y nombres (Foucault, 1976; Rancière, 1996). Esto genera la constitución contingente de relaciones sociales embebidas de poder que sitúan a grupos sociales en posiciones subordinadas (Laclau y Mouffe, 1987), es decir, a merced de las decisiones de otros. En las sociedades contemporáneas y, más notablemente, bajo el orden social de dominación neoliberal se multiplican estas situaciones de opresión subordinantes. Dicho en otros términos, la totalidad discursiva supone la definición de nodos de subordinación

y posiciona (produce) a los hombres en determinadas situaciones que pueden volverse escenario de antagonismos (Laclau, 1990): el desempleo es una de ellas.

En el caso argentino, el neoliberalismo introdujo un reajuste en el orden de dominación que definió espacios y relaciones sociales. Esto reestructuró las posiciones subordinadas de los sectores subalternos reafirmando algunas y creando otras. Esta redefinición de lugares de subordinación, paradójicamente, fue un espacio contextual para la acción que opera en el momento de la dialéctica negativa. Son esas nuevas relaciones sociales (o parcialmente novedosas) las que requirieron ser significadas por los sujetos, los hombres y mujeres sin empleo en los barrios del Gran Buenos Aires en nuestro caso de estudio. Es allí, que son necesarias determinadas operaciones para hacer significativa la realidad social; es allí y donde podemos reconstruir los sentidos que posibilitaron la acción, producida por el momento de la decisión y de la enunciación colectiva.

Nuestra preocupación consiste en reconstruir el paso de la subordinación al antagonismo. Es decir, el orden social neoliberal define, como se ha dicho, los lugares de subordinación donde unos se encuentran bajo el dominio de otros. El nodo de subordinación se convierte en terreno de antagonismo cuando mediante un proceso de dar sentido se significa una situación como injusta.¹⁸ Este movimiento supone la posibilidad de construir una demanda, algo que ha sucedido para algunos sectores con la desocupación. La demanda no es reflejo de la situación de subordinación, sino una producción de la subjetividad, un revestimiento de sentido de una relación social percibida como injusta. Cuando un sentido que reviste de lesiva a determinada relación social se expande, la construcción de la demanda se produce. La conformación de la demanda nos habla mucho de la subjetividad puesta en juego. Así, por lo expuesto (y lo que se desprende del trabajo de campo

¹⁸ En tal sentido, "puede ser que la palabra 'injusticia' no encuentre ningún eco; el sistema de distribución continúa siendo aceptado, nadie más lo siente injusto" (Heller, 2002: 167).

realizado) puede sostenerse que la demanda construida se conforma cuando se articulan molecular y discursivamente sentidos producidos en la historia de las clases subalternas argentinas frente a las condiciones de sociabilidad imperantes en los noventa.

No obstante, como argumenta Laclau (2005) no hay nada a priori en una demanda que exceda el reclamo al orden institucional para obtener una respuesta. En principio, una demanda puede no ser más que una petición y, como tal, capaz de obtener satisfacción dentro del orden. Pero si las demandas no son atendidas en un tiempo determinado es factible que se acumulen, articulándose con otras demandas no satisfechas por el orden institucional; entonces “el resultado fácilmente podría ser, si no es interrumpido por factores externos, el surgimiento de un abismo cada vez mayor que separa al sistema institucional de la población” (Laclau, 2005: 99). Es decir, que las demandas se expanden y se articulan acumulándose (como las anomalías de Kuhn) con lo que ponen en cuestión aspectos del orden social en tanto no pueden ser incorporadas por las instituciones que lo administran (la política).

Ahora bien, con el desempleo en Argentina sucedió algo particular. Si bien se ha articulado con otras demandas (educación, salud, vivienda, agua potable, demandas de género, jubilación, etc.), en general se ha fortalecido a medida que, como argumentamos, su semántica absorbe otras demandas. Porque, como nos dijo Nelly al iniciar el capítulo, el trabajo es “todo”. La construcción de la demanda por trabajo, inicialmente como un pedido y luego como reclamo, se inscribe en la tradición de un orden regido por el Estado nacional-popular asociado al imaginario del pleno empleo, pero que no puede ser resuelto dentro del orden social neoliberal imperante en la Argentina en la década de los noventa.

En esta perspectiva analítica vale formular algunas preguntas: ¿cómo fue posible la construcción de la demanda?, ¿qué procesos históricos se sucedieron?, ¿cómo se articuló una subjetividad colectiva que significó como daño político la situación del desempleo?

En lo que concierne al contexto de la acción de los desocupados, la hegemonía del bloque dominante comenzó a evidenciar problemas

debido a una serie de procesos. Los altos y permanentes índices de desocupación fueron percibidos no ya como algo transitorio y pasajero o las consecuencias no deseadas, sino como rasgo estructural del modelo. A esto debe agregársele que la expansión del desempleo y su afección a sectores medios y profesionales (Beccaria, 2002) cuestionaba la idea de que “la situación ocupacional devenía de una escasa capacitación de la mano de obra en relación con el proceso de modernización del país” (Lindenboim y Gonzalez, 2004: 9). En este punto es evidente que la percepción de los sectores medios de un deterioro en la situación ayudó a las clases populares a significar el desempleo como un problema social. Esto debilitó la estructura argumentativa del bloque dominante sobre la situación del empleo¹⁹ e instaló en la agenda pública el debate sobre las “consecuencias del modelo” en referencia a las altas tasas de desocupación y la situación del mercado de trabajo.

Con el fenómeno del desempleo instalado, aún había que construirlo como problema político. Para ello fue necesaria una operación subjetiva que no puede ser lineal y no está exenta de discontinuidades. El estudio publicado por PIMSA ya citado recogía que, en 1997, un importante número de los encuestados no asignaba la situación de desempleo a la falta de intensidad en la búsqueda del trabajo o al poco esfuerzo. Dos tercios de los entrevistados construían como social y colectiva la problemática del trabajo. Esto, en términos subjetivos, implica la inscripción de una situación personal en una esfera colectiva donde se reconfiguran la asignación de causas y responsabilidades de manera tal que se habilita la acción colectiva: “la gente comenzó a romper el asilamiento cuando se dio cuenta que él no estaba solo, que no era el único, sino que había veinte millones de desocupados, que todos sus vecinos estaban desocupados” (Diego, MTD Solano).

El primer proceso, entonces, se vincula a la expansión de la situación (*hiperdesempleo*, Auyero, 2002d) que permitió resignificar el problema

¹⁹ Al respecto, dice Paula Lenguita que los piqueteros necesitaron de un “escenario ideológico menos hostil” (2002b: 59).

de la desocupación como un asunto social, colectivo y no individual. Por lo tanto, el primer paso para la construcción de la demanda y su instalación en el espacio público, se produjo en las grietas del discurso neoliberal que situaba la desocupación como consecuencia no deseada del modelo económico causada por las regulaciones laborales y la incapacidad de la mano de obra de adaptarse a la modernización. Esto generó que en la situación de mediados de los noventa se expandiera una percepción de que “no había retorno con respecto a la desocupación. Algo de la experiencia histórica de los argentinos se había quebrado” (Di Marco y Palomino, 2004: 37).

Ahora bien, para que la demanda se produjera fue necesaria la incorporación, al entramado subjetivo, de la articulación de los sentidos propios del mundo del trabajo con un código que se mantuvo subalterno durante años. Nos referimos a la idea del trabajo como un “derecho”. Esto posibilitó inscribir la demanda en un discurso que se constituyó con base en la historia de las clases subalternas y aspectos presentes formalmente en el orden social: el trabajo como un derecho humano garantizado por la constitución (Svampa y Pereyra, 2005). Durante el trabajo de campo, observando una manifestación, nos encontramos con una pancarta que sintetizaba esta demanda, su potencialidad y su límite. Decía simplemente: “Exigir la constitución no es delito” y no pertenecía a organización alguna catalogada de “reformista” o “dialoguista”, sino a una de las agrupaciones de tendencia guevarista y que reivindica una vía cuasiinsurreccional. En el mismo sentido se expresaba el líder del MTR de Florencio Varela, Roberto Martino, cuando se refería a la campaña que lo llevó a iniciar una demanda para que el poder judicial se responsabilizara de “hacer cumplir los derechos garantizados por la Constitución Nacional: el derecho a trabajar, a tener atención de la salud, educación, a que los trabajadores participen de las ganancias de las empresas”.²⁰ Esta controversia jurídica llevó a sucesivas entrevistas de algunos referentes de organizaciones de desocupados

²⁰ Laura Vales, *Página12*, 15 de junio de 2004.

con el ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, Eugenio Zaffaroni.

La demanda, entonces, se vincula con el marco de los derechos del trabajador, los derechos constitucionales o, simplemente, con los derechos ciudadanos en el imaginario de quienes protestan. La inscripción de la demanda en un discurso de los derechos permitió avanzar en el proceso de reversión del anclaje de la situación en lo privado hasta su institución pública, con esto contribuyó a instaurar condiciones para la acción colectiva. De este modo, la desocupación podía hacerse visible —aunque fuera una situación que se erradicaría— a partir de presentarse en la esfera pública como un derecho “dañado”. Esto es lo que refiere Katy perteneciente a *Los pibes de la Boca*:

Para cambiar esto, el pueblo tiene que tener más derechos. Hay que pelearla para que nos devuelvan nuestros derechos, porque los pobres aparentemente en este país no tienen derechos. (...) Yo mucho no sé de la Constitución, pero creo que en la Constitución está que tenemos derechos. Por eso es que nuestra lucha es por los derechos que tuvimos. Por eso yo voy a todas las marchas. A todas. Y siento mucho orgullo porque sé que estoy peleando no solamente por mí, sino por los derechos de los otros .

Nuevamente aparecen en el discurso de los entrevistados las referencias a los derechos y a la Constitución. El trabajo es percibido subjetivamente como derecho y se subordina el sentido de la obligación moral, aunque, como veremos, éste permanece.²¹ Por su parte emerge

21 A lo largo de las entrevistas y las numerosas visitas realizadas a las organizaciones de desocupados hemos podido observar la constante lucha por el sentido de la desocupación, especialmente al combatir la visión de los “piqueteros” como *haraganes* que viven de las dádivas del Estado. El trabajar sigue siendo un componente de la cultura del trabajo: “Yo tuve varios trabajos, de chofer, en una confitería y en metalúrgica. A veces la gente, la sociedad nos mira de una forma y la mayoría de los compañeros han tenido su trabajo, cada uno ha trabajado, acá hay gente trabajadora que lleva a adelante los comedores, las huertas, nosotros no agarramos el subsidio que nos da el gobierno y no hacemos nada. Nosotros queremos trabajar, queremos trabajo genuino, yo quiero trabajar” (Edgardo, MTD AV).

una noción de ciudadanía asociada a derechos sociales (antes que a derechos políticos). Esto abre la posibilidad a la acción colectiva directa, legitimada en una situación irresuelta por el Estado y justificada por ser un derecho lesionado, un reclamo justo. Al respecto se refiere un entrevistado: “A nosotros no nos gustaría estar en la calle, preferimos estar en nuestra casa, que nuestros hijos estén en nuestra casa con una salud y un estudio como corresponde, y nosotros tener un trabajo. Yo creo que nuestros reclamos son justos, son nuestros derechos” (Edgar-do MTD AV).

Las indicaciones de Edgardo son claras, la salud y la educación “corresponden”, la vulneración de los derechos justifica salir a la calle. Se legitima el reclamo porque es justo. Y es justo porque hay un despojo, un daño. Es decir, no sólo se está incumpliendo un derecho, sino que hay alguien responsable de ese daño, por eso dice Fabricio:

Nosotros luchamos por nuestros derechos. Cuando marchamos muchos dicen que lo hacemos por la caja de mercadería y por el plan, ¡pero no! Nosotros cuando marchamos, lo hacemos por todo. Por trabajo, una vivienda digna, por la luz, por el agua, por la salud. Cuando hacemos un reclamo es por nuestro derecho, no es por el plan ni por la caja. Nosotros marchamos por nuestros derechos, por los derechos que nos están quitando, son ellos los que nos están afanando a nosotros.

La construcción de la demanda conlleva la definición de un antagonismo donde una de las partes se asume como víctima en tanto despojado de derechos considerados legítimos (Quiroga, 2005). Este proceso subjetivo es el que construye el antagonismo e instaura un espacio de lucha.

Las subjetividades colectivas subalternas en Argentina contienen códigos de significación que son movilizados para dar sentido a la nueva situación. Tales códigos se reconfiguran al movilizarlos y se reacomodan luego de la participación. La subjetividad subalterna que en un momento articuló sentidos que significaron a la falta de trabajo

como un problema individual (y como tal debía ser resuelto con estrategias de mercado), produjo una reacomodación, en parte debido a la masividad del desempleo en Argentina y la nueva constelación significativa construida por los primeros grupos de desocupados que fueron ganando en organización.

Aquí importa destacar que no es igual para todos los sectores de la clase trabajadora la construcción de la desocupación como problema tematizable en la esfera pública. La subjetividad que articula culpa y estigma no se rompe necesariamente en un proceso lineal y masivo sino como un proceso molecular de lucha. Es trascendente que fueron las mujeres las que rompieron la privacidad del problema de la desocupación a partir de incorporar un código dominante que les atribuye una función “maternal”, es decir, capaz de asumir la “necesidad” y recurrir a los lugares donde se podía acceder a recursos para conseguir lo básico para subsistir. Allí explotaron las redes sumergidas construidas en una cotidianeidad. Allí se apoyaron en las organizaciones históricas presentes como entramados en los territorios. Allí se encontraron con incipientes espacios organizacionales motorizados por militantes sociales. La experiencia colectiva se nutrió de estas fuentes presentes, conocidas, construidas en el espacio local y que permitían hacer frente a la situación de deterioro de los hogares. De este modo, la existencia de organizaciones y experiencias previas, las redes sumergidas y las formas de construcción de solidaridades e identidades comunitarias se constituyeron en un espacio denso de herramientas y recursos materiales y simbólicos para la acción colectiva, los cuales pueden ser utilizados a partir de que se construye la demanda (Delfín y Picchetti, 2004).

El tipo de demanda y la historia de los grupos demandantes es un espacio analítico clave para la reconstrucción del proceso de constitución de la subjetividad popular. En esta perspectiva, las dimensiones constitutivas del movimiento de desocupados evidencian tanto la presencia de códigos históricos subalternos como su articulación en una nueva configuración capaz de instalar umbrales para la acción colectiva.

El principio: necesidad, demanda, acción

En la sección anterior mostramos cómo se construyó la demanda articuladora del movimiento de desocupados. Allí argumentamos que dicho proceso pone en juego elementos de la subjetividad histórica subalterna que construye sentidos para hacer significativa la situación particular bajo el orden social neoliberal. Ahora bien, ¿cómo es percibida esa demanda por los desocupados? O, dicho de otra manera, ¿cómo se construye la acción a partir de la demanda? y ¿qué transformaciones subjetivas conlleva la experiencia colectiva? Preguntarnos por los sentidos que movilizan los participantes de base nos orienta en los significados subjetivos implicados en el accionar, y también permite interrogarnos sobre cómo las consecuencias (intencionadas y no intencionadas) de la acción son reapropiadas e inciden en la subjetividad. Este proceso excede al individuo particular y responde a lo que denominamos subjetividad colectiva, es decir, la posibilidad de movilizar códigos de significados para dar sentido a una situación de manera tal que habilita la acción.²²

Hemos destacado en el momento de la decisión como espacio fundamental y olvidado en la teoría de la acción. Pues bien, es hora de recuperar nuestra preocupación para incorporarla al análisis empírico. Ciertamente, la decisión de participar es un punto a reconstruir en sus dimensiones complejas que no pueden agotarse en un mero cálculo estratégico de costos por parte de los individuos. Por el contrario, encontramos en los testimonios una construcción del momento inicial de la participación ligada a formas de razonamiento cotidiano, a la expansión de sentidos comunes y compartidos que se esgrimen a la hora de someter a la competencia reflexiva el momento decisional. Allí emerge un significante denso en la comprensión de los orígenes y horizontes de la acción y la participación, que nos indica el lugar de la percepción subjetiva de la demanda: la necesidad.

²² No negamos que la acción repercute en la realidad psíquica de los individuos, sino que a este proceso lo distinguimos del momento de la reconfiguración de la subjetividad colectiva.

La gente se acerca por necesidad. Por necesidad y porque necesita de un trabajo, y la onda es armar un trabajo genuino, tener un laburo. Un trabajo que te deje rendimiento, y bueno...empezar de a poco (Alicia, CLP).

Todos veníamos acá por lo mismo, por la necesidad. Nos juntábamos en otro lugar donde hicimos un comedor. Cada uno ponía algo y hacíamos la comida: ahí yo llevaba mi comida calentita para toda mi familia (Fabricio, MTR).

Yo me vine primero, creo que como todo el mundo, por una necesidad. La necesidad de no tener laburo y querer cobrar aunque sea los 150 pesos (Miguel, MTD-AV).

Los testimonios pertenecen a personas que participan en diferentes organizaciones, (de tendencia oficialista y opositoras); Alicia es jefa de familia y tiene 54 años, Fabricio tiene 38 es ex obrero y padre de cuatro hijos, Miguel tiene 26 años y nunca trabajó formalmente.²³ La amplitud de sus procedencias refuerza la expansión del código común. Esta referencia a la “necesidad” no debe hacernos perder de vista que la misma es una construcción subjetiva.²⁴ Y que ésta debe estar acompañada de una significación particular de esa necesidad puesto que hay otros mecanismos posibles como respuesta a esa situación de “necesidad” que no se vinculan a la acción colectiva.

Los entrevistados, tanto participantes de base, como militantes y dirigentes, reconocen en “la necesidad” un movilizante (Delfini y Picchetti,

²³ Los entrevistados representan tres grupos factibles de identificar entre los participantes del movimiento: a) mujeres con hijos a cargo, b) ex obreros con experiencia en puestos de empleos formales, y c) jóvenes sin experiencia en empleos formales.

²⁴ Al respecto, dice Agnes Heller: “la satisfacción de las necesidades naturales particulares es también, evidentemente, en el hombre un factor de primera importancia; sin embargo, este factor se verifica mientras el hombre es conciente de esas necesidades, las sintetiza y las contrapone como hecho subjetivo al ambiente circundante, al objeto de sus acciones” (Heller, 2002: 67).

2004). Es una “falta”²⁵ la que origina la participación. La necesidad se equipara con una falta que es ámbito del deseo. Con esta operación se construye la disposición para la acción que identificamos como un aspecto de la voluntad colectiva. La necesidad es una referencia constante de los entrevistados cuando reflexionan sobre la acción de participar en el movimiento. Conviene rescatar una observación de Frederic Jameson (1995) acerca del esquema “L” de Lacan. Allí distingue entre la “necesidad” como hecho puramente biológico y la “demanda” que necesariamente está mediada por el lenguaje. En nuestro registro no hay acceso a un hecho biológico puro, con lo que nos deberíamos preguntar por la asignación particular de sentido que construye la necesidad en cada caso particular. Como consecuencia, la distinción es relevante si atendemos la construcción de la demanda social a partir de una necesidad. Aquí la relación con el lenguaje (los sentidos, la subjetividad y la intersubjetividad) adquiere nuevamente una importancia central puesto que, si bien el sentido de la necesidad es expandido por los sectores subalternos pauperizados, de allí no se sigue en todos los casos la acción colectiva. La capacidad del accionar colectivo se vincula a la posibilidad de inscribir la necesidad individual en una demanda colectiva, en la esfera pública, en el lugar de la política. Esto abre un espacio para la experiencia colectiva.

La construcción de la necesidad referida por los entrevistados se produce en un razonamiento de hipergeneralización (Heller, 2002): “yo estoy sin trabajo”, “todo el mundo está sin trabajo”. La situación particular se universaliza, y también la acción particular acepta esa generalización (“todos venimos”, “la gente se acerca”) que acaba por legitimarla y por inscribirla en un proceso colectivo. La demanda social encuentra en la falta y en la necesidad un lugar de decisión y la construcción de la acción. La distancia entre el plano simbólico y la realidad social es transitada en una búsqueda de reducción mediante la acción (Svampa y Martuccelli, 1997). Pero esta acción no es percibida como

25 Elegimos la palabra “falta” por la referencia psicoanalítica que carga de connotación el término y lo vincula al deseo.

un acto privado individual, sino como un acto compartido. Un acto emparentado con la enunciación de un “nosotros”.

Aquí es necesario reparar que la demanda se construye sobre lo que se significa como una necesidad vital que nos habla de un punto de partida inscrito en el ser humano viviente, una forma de biopolítica. Es decir, no es cualquier demanda la que realizan los desempleados argentinos, sino que es significada como una necesidad básica e inmediata. La construcción de esta necesidad otorga una legitimidad al acto puesto que funciona como sustrato ético (Dussel, 1998), y no hay ética si no hay intersubjetividad. A su vez, y en consecuencia, la movilización por la “falta” genera la apertura de un espacio de acción que se origina en la construcción de la participación como un camino (a veces percibido como el único y el último) para satisfacer la necesidad: “cuando yo me acerco, lo hago porque no me quedaba otra” (Suly, MTD del FPDS); “la gente se acerca porque otra no le queda, ahí tiene una fuente de trabajo. Es la única que te queda, es una forma de conservar lo que te queda” (Belén, CCC).

La construcción de una demanda sobre una necesidad vital otorga radicalidad e inmediatez al reclamo, “cuando la disputa es por los derechos esenciales para la conservación de la vida, la insurrección se convierte en un mecanismo de supervivencia” (Ceceña, 2004: 45). En definitiva, la construcción de la participación de sectores populares en el movimiento de desocupados se origina en ese punto, pero no se agota allí, es mucho más que una mera estrategia de supervivencia. Ahora bien, junto a la construcción de la participación a partir de significar una situación como necesidad-demanda, es necesario observar otros sentidos que motivan la participación. Tal vez sea en el relato de Edgardo donde mejor pueda apreciarse la articulación de la necesidad material con otros aspectos simbólicos igualmente relevantes:

Me acerqué por la necesidad, vamos a decir, que es la de todos. Es la misma necesidad. Tengo familia y este era el único lugar para poder tener algo. Salir a luchar para reclamarle al gobierno de turno por las necesidades de la gente.

Y también que para mí la Verón era la organización que más representaba el pensamiento mío (Edgardo, MTD AV).

Particularmente ilustrativa resulta la convergencia de dos procesos. El primero se refiere a la ya mencionada necesidad material. El segundo es la correspondencia entre las creencias del individuo y la perspectiva de significados que presenta la organización como condensación de sentidos colectivos. Explica Juanjo sobre esta doble motivación para participar,

Hay compañeros que se acercan por el movimiento en sí, por algún grado de acuerdo. Eso sobre todo porque han tenido alguna militancia previa. Después los compañeros del barrio, se acercan por la necesidad urgente: por un plan de empleo, asistir a un comedor popular o un trabajo. Y se acercan al movimiento por una necesidad. Después se da todo un proceso de formación, con talleres de formación, de que participan en las asambleas y los puestos de laburo. Allí se plantean cuales son los objetivos del MTD, muchos compañeros hacen un proceso muy importante que entran por las circunstancias y se transforman en referentes barriales” (Juanjo, MTD del FPDS).

Al referirnos a un aspecto simbólico no lo hacemos en exclusiva a los significados políticos-ideológicos. El criterio ideológico, sin dudas, es parte relevante de las esferas simbólicas puestas en juego al interior del movimiento, pero también hay otras vinculadas a la experiencia del reconocimiento. Eso se produce en un cruce de motivaciones, expectativas y vivencias en los espacios organizacionales.

Celeste, participante de base del MTD de La Matanza, resume de manera precisa las búsquedas de quienes participan en los movimientos:

Cada uno se acerca de acuerdo a su necesidad. Algunos más que nada por lo que es el trabajo. Otros por esa contención de la que yo te hablo, porque hay gente que no viene a trabajar, viene un rato a tomar mates, viene a charlar. Otros porque traen a sus chiquitos al jardín, otros porque se sienten identificados con el MTD y son más... como te puedo decir... mmm... militantes, digamos.

En su respuesta hay tres motivaciones que se cruzan convergentemente en los participantes de base. Si bien cada individuo puede acercarse elaborando su propia demanda (o inscribiendo la demanda en su situación biográfica), el proceso de satisfacción es colectivo y dependiente de un espacio intersubjetivo. Celeste habla de tres “necesidades”. La necesidad material, la necesidad simbólica de reconocimiento y la necesidad ideológica o de compromiso. Aunque las tres no sean excluyentes, el recorte propuesto nos pone en el camino de la investigación de las dos primeras en tanto son las motivaciones referidas por los participantes de base con las que nos hemos encontrado en las entrevistas y las observaciones.

La posibilidad de una respuesta provisoria a esta necesidad convoca a los sectores populares y se puede resumir en tres formas: el acceso a un plan de asistencia social, la obtención de bolsas de mercadería, y la incorporación del desempleado a un puesto en microemprendimientos. La primera consecuencia de una respuesta a la situación que involucra la participación en las organizaciones es la incorporación del individuo a una experiencia colectiva, a una organización que es un plexo de significados. La participación que se origina mayoritariamente como respuesta a la situación de deterioro del ingreso abre lugares y construye campos de experiencias. Sin embargo, esta participación no se produce en el vacío sino que se apoya en las existencias de redes.

Redes sumergidas, organizaciones populares y participación

Para que la construcción de la necesidad subalterna alcance una materialización en la participación de los espacios organizativos es imprescindible indagar en las redes sumergidas (Melucci, 1994 y 1999) que ponen en contacto a los individuos y, lo que es más importante, constituyen un espacio intersubjetivo. En efecto, la necesidad requiere de un espacio para ser canalizada hacia la acción colectiva. Las redes sumergidas en la vida cotidiana adquieren relevancia porque son lugares de construcción y transmisión de significados colectivos, a la vez que reservorios de experiencias históricas de manera tal que ayudan a

definir una necesidad. Así, la vida cotidiana como terreno de conflicto y laboratorio colectivo implica una densa red que aporta a la construcción de la subjetividad colectiva y es soporte de la acción colectiva. Estos espacios fueron una condición de posibilidad y un aspecto fundamental de la movilización de los desocupados. Así lo expresa Mumi, de Barrios de Pié:

yo quería hacer algo porque veía muy mal a los chicos del barrio. Nosotros somos seis en casa y yo a veces hacía, cuando podía, comida para más porque siempre algún chico te viene a pedir y entonces podía darle algo. Yo hablé con los vecinos, juntamos firmas para un comedor pero no nos dieron nada. Entonces conocimos a Gris (militante de MBP), y ella nos ayudó a poner primero un merendero. Lo que pasó es que fuimos unos cuantos vecinos, no éramos así muchos, pero fuimos y ahí sí, con la movilización nos dieron (Mumi, 35 años, MBP).

En el testimonio de Mumi, madre de tres hijos y sin militancia política previa, se reflejan una serie de acciones que reproducen la lógica de la construcción de la demanda a partir de un pedido. En primera instancia la voluntad individual de enfrentar, con acciones solidarias, el desmantelamiento de las condiciones de vida. Luego el procedimiento formal, la junta de firmas, una incipiente acción colectiva no contenciosa que busca canalizar por vías institucionales cierto reclamo para ser procesado por el sistema político. Es en tercer orden que, previo el contacto con militantes políticos, la movilización abre el espacio para una respuesta de la solicitud.

Dentro de las redes sociales presentes en los barrios es importante destacar la presencia de las redes clientelares, en particular porque alcanzan a un enorme número de los desempleados y pobres en Argentina. Aquí es relevante señalar que la saturación de este tipo de redes asistenciales abrió un espacio para la organización fuera de las mismas. De aquí puede observarse la apertura de una nueva experiencia procedente de la construcción de una demanda y el cierre de las vías tra-

dicionales (formales o no) que cuestiona las recetas probadas en otras ocasiones (Schütz y Luckmann, 1997). Esta sobrecarga de las redes clientelares tradicionales aparece en la justificación de la participación al referir la situación de “no hay trabajo” y la imposibilidad de acceder a esas redes. Tal como lo expresa el siguiente testimonio:

El motivo de mi acercamiento es económico, urgente. Yo en ese tiempo me había separado hacía dos años, con tres hijos a cargo, y más allá de hacer otras cosas individuales y así pilotear la situación económica, estaba la posibilidad de conseguir un plan social. Cuando salieron los planes sociales para paliar la situación, muchísimos argentinos no tuvimos esa oportunidad porque se manejan punterilmente, digamos. Tenés que ser cliente político, de ese político de turno para alcanzar ese plan social. Como yo no era un cliente para el municipio no tuve acceso a ello, y me acerqué al barrio que ya estaba organizado. Por ese lado, fue más fácil porque había ya una organización, me acerqué salí a luchar por el plan, porque tenía conciencia de que no había otra forma de alcanzar un plan (Suly MTD del FPDS).

El acercamiento de Suly a los núcleos organizados de desocupados como alternativa al clientelismo clásico es posible porque los territorios están cruzados por relaciones y organizaciones sociales históricas. La charla con un hermano, una vecina, un cuñado, el encuentro de madres que llevan al mismo colegio a sus hijos, prácticas políticas y sociales previas, son algunas de las formas en que los participantes se encuentran y desde las cuales construyen gérmenes de participación. Sara cuenta su experiencia originaria en la participación:

Un día le dije a la señora (señala a una compañera)... porque ella me decía “Me voy a mi trabajo” cuando yo le preguntaba a la salida del colegio de los chicos “¿a dónde va tan apurada?”. Entonces yo le pregunté si no sabía de algún trabajo para mí. Yo creía que ella trabajaba en algún edificio (limpiando) y como yo no terminé la secundaria pensaba que podía entrar ahí. Y ella me dijo que viniera para acá, que ella me iba a traer, que era un comedor donde

daban trabajo, planes, eso me explicó. Yo le planteé a mi marido y él me dijo “bueno, andá, dale”.

Las redes y espacios asociativos de los sectores populares conformaron un fértil y móvil lugar de anclaje de las nuevas prácticas. Estos se potenciaron como consecuencia de la sobrecarga de otras instancias como las estructuras clientelares, algo que confirió mayor viabilidad a la opción comunitaria. Allí donde había experiencias organizativas previas y estos espacios se reconvirtieron atendiendo la demanda social, las organizaciones se articularon sobre éstas. Donde grupos de militantes ofrecieron sus recursos se posibilitaron experiencias de desocupados. Las relaciones comunitarias y vecinales operaron como soportes, como lugar de interacción, como un espacio social donde se construye una experiencia común, relaciones cara a cara, solidaridades y confianzas. Suly, en la actualidad referente de un MTD, cuenta que se incorporó al movimiento:

Con un montón de prejuicios por los medios de comunicación, que uno piensa que somos utilizados cuando está por fuera de la organización. Me acerqué, primero averiguando quién era el que estaba participando. Como uno conoce a sus vecinos, entonces ya sabe, yo hice mis preguntas y cuando supe quiénes estaban eso me dio más confianza, porque eran matrimonios que ya conocía por un trabajo en el barrio. Era buena gente y me acerqué con tranquilidad (Suly MTD en el FPDS).

En este marco de visibilidad del desempleo, es necesario reparar en el lugar de las organizaciones que procesaron la demanda; su apropiación del problema del trabajo contribuyó, en esta disputa, a reconstruir sentidos sobre el desempleo, elaborar la demanda y habilitar la acción colectiva. En palabras de Josua, quién siguió el proceso de nuclear a los desempleados: “La organización de los desocupados rompió con el discurso de que el desocupado es culpable de esa situación. Fue muy fuerte en los noventa, pero se fue rompiendo con eso” (MTD en el FPDS).

La existencia de espacios organizacionales que condensan sentidos y movilizan significados contrahegemónicos posibilitó la construcción del daño. Asimismo, el lugar de la organización como articulante de sentidos y como espacio de cruce de experiencias supone un lugar para la reapropiación de la situación del desempleo. Esto pone en acto la capacidad reflexiva de desanquilosar los sentidos que atraviesan la subjetividad y embeber la situación con otros significados. Las acciones, la retórica de las organizaciones y militantes, la incorporación de la percepción de otros sectores (especialmente las capas medias) al drama del desempleo, permitieron el paso de una privatización del problema a su instalación en el espacio público.

De esta manera podemos reconstruir cómo los sentidos históricamente conformados por los sectores subalternos en Argentina, vinculados al mundo del trabajo y el Estado propios del modelo de integración nacional- popular estadocéntrico, se enfrentaron a un cambio abrupto en las estructuras sociales. Estas nuevas condiciones de sociabilidad (desempleo, pobreza, desigualdad) fueron entramadas con una operación ideológica hegemónica que “justificaba” la situación social a partir de consolidar sentidos dominantes (la lógica del mercado, la competencia, el pensamiento único). Los sentidos hegemónicos construyeron el problema de la desocupación como privado e individual. A esta cadena de equivalencias nos referimos —siguiendo a Toty Flores— como “subjetividad culpógena” y su significación sobre la relación social del desempleo impide alcanzar el umbral de acción colectiva.

No obstante, los sentidos históricos referidos al trabajo y el Estado fueron articulados en una configuración subjetiva colectiva con herencia nacional-popular que elaboró una demanda. En esta demanda “trabajo” se pueden reconstruir las huellas históricas de la subjetividad popular pero en una nueva configuración, a la vez que observar su alcance como demanda social que excede el pedido de un puesto

de trabajo. Por esto, el “trabajo” es una sinécdoque ya que el sentido que alcanza excede su literalidad. La significación de una relación social (el desempleo) como un daño injusto a derechos adquiridos pudo realizarse al configurar sentidos subalternos pero presentes en la historia de los sectores populares. De este modo, la demanda “trabajo” pudo articular sentidos colectivos movilizantes que inscribieron una voluntad colectiva que situó el umbral de la acción.

Capítulo V

Acción, organización y subjetividad colectiva

En el capítulo anterior reconstruimos los elementos de la configuración de la subjetividad colectiva que habilitaron la elaboración de la demanda, la acción colectiva y la conformación del movimiento. Ahora nos ocuparemos de analizar los espacios de participación y las acciones desplegadas en tanto campos embebidos y condensadores-constructores de subjetividad colectiva.

En el movimiento de desocupados podemos distinguir dos campos de acción que componen la participación política de los sujetos estudiados. El primero es el conjunto de actividades de matriz comunitaria y se inscribe en el quehacer del espacio organizacional. Aquí es necesario diferenciar dos ámbitos: por un lado el constituido por las acciones requeridas para la toma de decisiones colectivamente vinculantes y las acciones que tienen como objetivo aspectos ligados al trabajo gestionado por los desocupados; por otro, el que constituyen aquellas acciones colectivas disruptivas o de protesta, donde se destaca el piquete como repertorio de confrontación.

Organización y acción comunitaria. Construcción y transformaciones de la subjetividad

Los espacios de construcción subjetiva propios de un movimiento social no se agotan en el campo de las acciones disruptivas. Por lo tanto, es necesario incorporar el análisis de los espacios cotidianos donde se producen relaciones sociales y se elaboran sentidos colectivos. La

organización es, en este caso, un aspecto clave para comprender la subjetividad en juego en el movimiento de trabajadores desocupados. Este aspecto adquiere es más relevante por las características propias del movimiento, no puede participarse en éste sin adscribirse a alguna de las múltiples organizaciones que lo componen.

La participación comporta nuevas interacciones en un campo semántico (el organizacional) que frecuentemente disloca la posición inicial con que llega el individuo. El espacio común de los desocupados aporta a la construcción de un discurso en el que puede inscribirse el participante, a su vez lo interpela y le devuelve una imagen de sí mismo configurada desde otros parámetros. Así, aunque la participación encuentra una motivación en la percepción de una necesidad y la constitución de una demanda, ésta produce la apertura de procesos que inciden en la reconfiguración subjetiva. “Acá hay mucha gente que viene al centro comunitario más que por una necesidad en sí, por una cuestión de contención. A veces vienen a charlar y tomar unos mates y se quedan por acá toda la tarde” (Celeste, MTD de La Matanza).

En las palabras de Celeste encontramos dos referencias claves: el *mate* y la *charla*. El mate supone la disposición a compartir en un espacio determinado; como tal es un símbolo de solidaridad. El espacio dialógico instaura un campo donde el sujeto que se siente en falta, culpable o al menos invisibilizado puede ser reconocido. El diálogo al interior de la organización es fundamental, sus temáticas no se reducen a problemas políticos, también funciona como espacio integrador y generador de confianza en el que se construyen y transmiten códigos comunes.¹ La necesidad de reconocimiento opera —hemos visto— como demanda y la organización puede ofrecer, mediante la “contención”, un tipo de res-

¹ En el caso del MTD de La Matanza, por ejemplo, del cuál nos habla Celeste, el lugar de la charla y el mate es la biblioteca. Allí se encuentran libros donados por las Madres de Plaza de Mayo y diplomas colgados que reconocen la labor del mtd como emprendimiento solidario y cooperativo. Asimismo una frase en la pared recibe a quien pasa a tomar mate; “si la vida que vivimos no es digna, la dignidad está en poder cambiarla” y fue el lema de las primeras movilizaciones de los MTD. Lo mismo se desprende de los boletines del mtd de La Matanza fechados en 1997.

puesta. Esto no supone que la motivación inicial explícita de los sujetos sea necesariamente el deseo de reconocimiento, sino que encuentran un espacio articulado también en torno a luchas por el reconocimiento.

Cuanto más nos organicemos, más fácil es, por una cuestión de contención. Cuando uno tiene un problema, solucionarlo desde lo individual cuesta un montón, mucho más que desde lo colectivo y sentirte vos parte de un colectivo (Vasco MP 20).

Nosotros cuando alguien viene, tratamos de ayudarlo con lo que podamos, mercadería, medicamentos y lo que necesita. Sobre todo hacerlo sentir a gusto, que se sienta como en su segunda casa y que sepa que va a contar con los compañeros que van a estar para lo que necesite dispuestos a bancarlo (Edgardo, MTD AV).

Los espacios intersubjetivos de las organizaciones son ámbitos de reconfiguración de la subjetividad individual y un tramo más en la construcción de la subjetividad colectiva. De esta manera, el problema de la desocupación (y la cadena de demandas que se articula) motiva la participación del individuo (“yo vine”). Pero la misma construcción simbólica del problema cruzada por las relaciones sociales establecidas en las organizaciones supone una constitución del “nosotros”. Es el paso del “yo vine” al “nosotros luchamos”. Este desplazamiento del singular al plural supone un cambio constituyente del lugar de enunciación y se incorpora a la construcción de la subjetividad colectiva. Desde la elaboración de la demanda se abre la posibilidad de la acción colectiva y una experiencia que implica la reconfiguración de los espacios subjetivos a partir del proceso intersubjetivo. Esto se ve facilitado por la doble inscripción de la demanda “trabajo” en tanto provisión del ingreso y sostén identitario. Es Josua, nuestro informante clave, quien revela esa condición:

Creo que la gente se acerca por dos cosas mezcladas. Primero la cuestión concreta de necesidad, que sería económica, y después un poco la cuestión de

encontrar una identidad y sentirse parte de algo. En el barrio cuando estás desocupado no hay muchas alternativas. O sos de una iglesia evangélica, o sos de una bandita que sale a robar para los jóvenes o el alcoholismo para los hombres. Mucha gente se acerca por el hecho de pensar “qué carajo soy... qué identidad tengo”. Eso me llama mucho la atención cuando entra gente nueva y se abre a contar cosas, como que se descarga después de 10 años encerrado en su casa mirando la televisión (MTD en el FPDS).

Así pues, al pragmatismo de la acción como respuesta construida frente a una situación de desintegración de las condiciones de vida, se le incorpora una dimensión vinculada a lo simbólico (Delfín y Picchetti, 2004). Mientras que la primera causa es más asequible a la reflexión de los participantes de base, el plano simbólico permanece latente y sólo en ocasiones es sometido a reflexividad. El acercamiento se conjuga con otro aspecto destacable, a saber, la transformación que opera en la participación del movimiento social. Es lo que nos indica Aldo del MTD RyV: “Entré por un grado de necesidad ya que era desocupado. Empecé a tomar un poco de conciencia cuando me fui empapando un poquito en el tema referido a la lucha. La lucha en el sentido que apuntaba el movimiento. Ahora resulta ser que es un movimiento social reivindicativo”.

En este proceso tiene especial relevancia la articulación de los discursos políticos provenientes de los militantes con las percepciones colectivas de los conglomerados sociales populares. El espacio de la organización funciona como un plexo de significados más sistemáticos que buscan también la adhesión de quien ingresa, a la vez que se ve afectada por los reacomodos. Esto posibilita la interpelación de la subjetividad individual por la organización que condensa ciertos sentidos de acuerdo a su construcción histórica. Asimismo, esta transformación subjetiva es parte de un proceso donde la subjetividad se estabiliza y se articula como un sujeto colectivo. Es decir, aparecen narraciones, identificación de la alteridad, proyectos y acción que apuntan a la conformación de la subjetividad colectiva, el sujeto y el movimiento. Al

desenvolverse en un plexo de sentidos que se actualizan en la interacción, los sujetos se reconstituyen a la vez que participan. No es menor el impacto que esto produce. Toty Flores dice: “No todos se bancan un espacio como el MTD, a veces exige mucho. Asumir responsabilidades, elegir y decidir por nosotros mismos. A veces hay como un miedo a la libertad muy fuerte que nos han metido en la cabeza. Mucha gente no aguanta y se va, pero unos pocos quedan, por ahí los que no están tan derrotados”.²

Los sentidos de la organización atraviesan la subjetividad individual interpelándola a partir de códigos normativos, cognitivos, emotivos y estéticos. Esto supone que hay códigos con primacía y tramos de sentidos (conglomerados) que se incorporan para constituir la subjetividad colectiva. Así, por ejemplo, a la participación, que se significa como valiosa y en los sentidos del trabajo como un derecho, puede incorporarse la idea de la lucha por esos derechos como deber y como acto que confiere dignidad. El discurso de las organizaciones pone en primer plano el valor de la lucha social en una estructura argumentativa que parte de la definición de la demanda-derecho. Lo que sigue son dos canciones-consignas entonada por los manifestantes, especialmente por los militantes del FPDS:

Luchamos y resistimos por la libertad/ Luchamos y resistimos por cambio social / No a la opresión y a la represión,/ Luchamos por trabajo y dignidad/ Unidad y organización/Unidad y organización.

Somos los desocupados, los oprimidos, los luchadores/ no nos caben las promesas, los dirigentes ni los traidores/ estamos organizados para cambiar esta

- 2 No estudiamos aquí a quienes han abandonado las filas del movimiento de desocupados. No obstante, el cambio en la cotidianidad que se genera con la participación en el movimiento impacta en la subjetividad y hay diferentes respuestas posibles. En este trabajo sólo se analiza a los que se quedaron en el movimiento y lo constituyen, y allí los sentidos que se encuentran quienes participan generan una reconfiguración y van conformando la subjetividad colectiva.

sociedad/ luchamos por un trabajo, por un trabajo con dignidad. / Nosotros vamos a luchar por dignidad y cambio social/ Nosotros vamos a luchar por dignidad y cambio social...

Estas palabras muestran el proceso que inserta la demanda particular en un discurso de mayor alcance, en una subjetividad beligerante. La interpelación desde el discurso de las organizaciones genera reacomodos en la subjetividad individual y es constitutiva también de la subjetividad colectiva. Tematizar el impacto de la organización (en su carácter de relaciones sociales, símbolos y discursos más o menos estructurados y sedimentados) en la construcción subjetiva de los desocupados es, entonces, una tarea relevante.

Los sujetos que deciden participar se encuentran con las organizaciones, su historia, reglamentos, liderazgos y consignas. Como uno de los niveles de las estructuras, la organización incide en la subjetividad de los participantes de diversas formas. En algunos casos las reglas son explícitas al entrar y la participación exige cierto compromiso. La organización se percibe como un mundo al que se ingresa y que se encuentra estructurado de determinada manera, con una memoria histórica construida y formas de accionar delimitadas, las que difícilmente, quien ingresa, pueda cambiar. Este compromiso fundacional tiene una función subjetivadora. Por ejemplo, la decisión de los aportes que los participantes deben realizar a partir de sus ingresos por el plan social, los reglamentos internos y los criterios de asignación de los bienes obtenidos exceden a la persona que ingresa y de facto debe aceptarlos para acceder a la ayuda social (Bidasecca, 2004). Los espacios son experimentados por los sujetos, y la construcción de la subjetividad en el marco del movimiento se vincula con esta experiencia. participante:

Cuando llegás te dan las reglas. Cuando entrás te dicen “nosotros tenemos estas reglas: luchamos para conseguir las cosas, vos tenés que luchar para poder conseguir las, y luchamos no por la caja ni por el plan, sino por el tra-

bajo digno y la educación”. Sin lucha no se consigue nada. (...) Yo cuando, me acerqué ellos me dijeron la forma o la ley de ellos: hay que luchar para conseguir algo. A partir de ahí empecé con ellos y conseguimos en la lucha (Anselmo, MTR).

La “ley de ellos”, dice Anselmo, en referencia a un espacio institucional normativo preexistente en el que articula su demanda individual y su accionar. Como contraparte, la organización ofrece beneficios materiales y sentidos que pueden producir significados colectivos. Mediante este mecanismo, las organizaciones de desocupados implementan otro lugar de subjetivación, no es casual que nombren “formación” al espacio de aprendizaje propio de la militancia. El espacio organizacional supone un intento de subjetivación de los participantes a través del suministro de códigos de sentidos.

Acá encontré respuestas a muchas cosas que no tenía. Me pasaba como cuando vos ves que todo lo que pasa te supera, que no podés hacer nada. Acá encontré gente en la misma, pero que quería cambiar, que estaba haciendo cosas. Entonces la solución no está en quedarse en la cama mirando televisión (...) Las personas están en un mismo estado de cosas, pero creen que no van a poder cambiar, y al ver gente que sí está intentando, vos sentís que no estás solo (Danilo, MTD de La Matanza).

Yo no veía, acá me abrieron los ojos, realmente vi lo que nunca había visto: lo que hace el gobierno con nosotros los desocupados, y lo mismo con los trabajadores. Aprendí muchas cosas (Fabricio, MTR FV).

La metáfora de la visión es sintomática. La dislocación de la posición inicial permite una reconstrucción del punto de observación y nuevas significaciones para construir sentidos. La construcción de la subjetividad colectiva posibilita la significación de situaciones que permanecían invisibilizadas (o mejor, con otros sentidos) y permite la interpretación de relaciones sociales puesto que suministra configura-

ciones para dar sentido.³ La transformación que presentan los entrevistados opera en el nivel subjetivo al introducirlos en una experiencia que resignifica y rearticula otros sentidos a partir de la participación. La introducción de un nuevo espacio de experiencia, nuevos sentidos a los que se tiene acceso, información, construcción de lealtades, emociones, etc., genera importantes transformaciones en la subjetividad de los participantes y apunta a la construcción del sujeto colectivo. La disputa por los sentidos se hace explícita en la participación de las personas en los espacios organizacionales del movimiento.

[...] la persona que llega al MTD comienza a recuperar el autoestima, porque perder el trabajo te hace perder la autoestima y la gente comienza a recuperarla. Y recupera valores y principios que también los había perdido porque a nadie le importaba, entonces ¿para qué tenerlos? Acá se da cuenta de que son importantes y comienza a recuperar un montón de valores que tenía, y que había descartado porque a nadie le servían, ni a ella misma, entonces comienza a recuperarlo” (Liz, MTD de La Matanza),

Es importante destacar que la recomposición del punto de vista del sujeto se vincula a la identificación, por parte de la entrevistada, de códigos que componen la subjetividad en el campo axiológico y que habían permanecido subalternos. Son valores lo que se recupera (en tanto códigos de sentidos) que, quien se incorpora al movimiento, había “descartado” porque no le servían para significar una situación o para moverse pragmáticamente en el nuevo contexto. Los valores a los que se refiere Liz, según sus palabras, son “la solidaridad, el pensar en el otro”, esto implica una disputa con los códigos dominantes del neoliberalismo de “individualismo y maximización”. Este aspecto es mani-

³ A este proceso Schütz y Luckmann se refirieron señalando que la experiencia subjetiva del mundo de la vida se mantiene estable hasta que esa “unidad ingenuamente delineada de la experiencia se hace problemática y sus horizontes interno y externo deben ser de nuevo explicitados” (Schütz y Luckmann, 1997: 170), y son puestos en el discurso a partir de un espacio de subjetividad colectiva.

festación del proceso de disputa por los sentidos que se profundizan en los momentos de movilización social (Muiños de Britos y Luzuriaga, 2004). La participación ofrece la oportunidad para reconfigurar la subjetividad e incorporar sentidos que disrumpen la hegemonía.

Si uno no está adentro del movimiento te podían pasar los pibes por al lado tuyo, descalzos y con hambre y no hacías caso. Desde el momento en que entraste al movimiento empezaste a ver la realidad que antes no te dabas cuenta, porque antes uno era “uno” y solamente “uno”. Al empezar a comprometerte te das cuenta de la necesidad que tienen los demás, y ahí te empezás a comprometer más para cambiar las cosas, para lograr un cambio que es lo que buscamos (Violeta, MBP).

La significación de las relaciones sociales y acontecimientos cotidianos a partir de una nueva subjetividad compartida permite interpretar como injustas determinadas situaciones al “desnaturalizarlas”. A su vez, los resultados de esta operación significativa y novedosa es reapropiada por el individuo. Esto produce que la experiencia de participación pueda percibirse como una transformación personal y un aprendizaje. La experiencia de Mumi es gráfica al respecto porque articula su situación biográfica, su rol familiar y la participación política:

Yo desde que participo acá tengo más carácter (se ríe). Anduve mucho comprometida y tuve algunos problemas personales, pero ahora no tanto. Pero yo personalmente cambié bastante el carácter. Yo no sabía leer mucho y aprendí (...) En realidad nunca me había interesado mucho aprender, pero cuando mis hijos empezaron a ir al colegio, y yo no los podía ayudar con las tareas. Bueno, ahí necesité alguien que me ayude, y entonces me metí en el Plan de Alfabetización, aprendí bastante, hay letras que no las conozco. Pero ahora me siento bien cuando puedo ayudarlos a mis hijos y enseñarles a hacer la tarea. Yo me sentía muy inútil porque no podía ayudarla a mi nena. Después fui a alfabetización y escondida estudiaba para poder ayudarla, yo me anotaba en mi cuaderno la tarea y en el taller la hacía con las compañeras. Ahora

cuando mis hijos me dicen “mami tengo que hacer tarea” yo me puedo sentar con ellos y así aprendí muchas cosas, a leer poco mejor y escribir me cuesta. Pero tengo una amiga del movimiento que me corrige, me siento muy bien.

La participación en las actividades de los movimientos de desocupados supone reconstituir lugares para obtener certezas (respuestas) ante la inseguridad y la inestabilidad. En este punto adquiere relevancia lo que referíamos acerca de inscribir la experiencia individual en una subjetividad colectiva y la resignificación que se realiza de la situación individual.

Yo conseguí mucha amistad, apoyo psicológico podríamos decir. Entre todos los compañeros nos ayudamos porque todos estamos pasando la misma necesidad. Antes cuando no estábamos en el movimiento estábamos aislados, estábamos solos y acá se llega a comprender que estamos en la misma (Edgardo, MTD AV).

Me encontré que había gente que tenía empuje. Que la vida, solamente, no se termina cuando te quedás sin trabajo (Naty, CLP).

La inestabilidad emocional que provoca la situación de desempleo incrementa el valor de la organización como espacio de contención, como lugar del “sentir”. Pero además hay que agregarle el campo de la comunicación. La experiencia de participación genera un lazo con la organización que ofrece ese espacio de reconocimiento intersubjetivo. De esta manera, podemos concebir que la organización sea un elemento más en la configuración subjetiva que, en ocasiones, provee sentidos que son rearticulados en la subjetividad subalterna. Con esto la organización tiene una doble incidencia. A la mencionada provisión de algunos sentidos promovidos por los líderes (donde también se busca la construcción de una identidad anclada en la organización) se le suma el constituirse en un espacio de encuentro donde los desocupados experimentan y construyen relaciones sociales. Uno de los ámbitos de

construcción de experiencias colectivas más relevantes es el que se origina en las formas de tomar decisiones políticas colectivas, en particular, la asamblea.

Lógica asamblearia y subjetividad

Las asambleas tienen alta valoración en las organizaciones de desocupados respecto a su legitimidad para tratar asuntos comunes y tomar decisiones. El espacio asambleario, presente en muchas experiencias populares, se resignificó en las nuevas organizaciones porque acentuó un punto de ruptura con experiencias partidarias y punteriles-clientelares. A su tiempo, cada organización instrumentó la asamblea de manera diferente y su lugar en la lógica de los sentidos construidos varía, de ser un órgano más a ser la única forma válida para tomar decisiones. Todas las organizaciones reivindican el espacio de la asamblea como órgano soberano, aunque admiten diversas instancias de institucionalización (delegados con mandatos temporales, rotativos, elegidos por voto). Más allá de las divergencias, lo relevante es que los principios de democracia participativa que promueven los líderes de las organizaciones se plasman en la realización de las asambleas, algo que para los fines de esta investigación las convierte en espacio de atención .

La asamblea se constituye en un espacio semántico muy denso para los participantes de base. Para los que no han tenido participación política previa es un escenario novedoso, para aquellos que han revestido las filas de los partidos tradicionales es una redimensión de la participación política. En ambos casos es una experiencia excepcional que puede ser lugar de reconfiguración subjetiva. Esta situación es enarbolada por distintos sectores como una manifestación de democracia directa. Dice Juanjo, de vasta militancia territorial y en relación con un MTD del FPDS:

Al principio hay un poco de asombro. La gente espera que haya un líder que les diga cuando hay que marchar y qué hay que hacer. Y se encuentra con

una lógica ensamblaría que ellos acostumbrados a una lógica más vertical, más patriarcal de la sociedad, se asombra ante la propuesta del MTD y empieza a cuestionarse y se da cuenta que puede tomar responsabilidades, que es un compañero con capacidad.

El espacio de la asamblea ha sido idealizado por los líderes de las organizaciones restando importancia a la dimensión de cruce asimétrico. Es cierto que la asamblea constituye un espacio público en el que interactúan los sujetos, pero la desigualdad en cuanto a capital cultural, oratoria y legitimidad de los lugares de enunciación son elementos frecuentemente invisibles que hacen más complejas las interacciones propuestas allí. Frente a este punto hay diferentes actitudes y posiciones que responden a formas de militancia. De las observaciones se puede identificar la existencia en la asamblea de lo que Gabriela Delamata (2004) llama, siguiendo a Alberoni, “vínculo pedagógico”; es decir, el esfuerzo por utilizar ese espacio para “concienciar” a los desocupados. Dice Daniela, referente de la FTC y militante de un partido de izquierda:

Nosotros reivindicamos la asamblea como el lugar para decidir democráticamente. Votamos y discutimos, yo doy mi posición y si pierdo, pierdo. Pero cuando le explicamos a los compañeros qué significa la clase trabajadora y por qué hay que tener una solidaridad de clase, y qué significan los partidos patronales y a quién representan a los compañeros se les abre la cabeza. Lentamente comienzan a entender cómo es la cosa, y que nunca antes nadie se las dijo porque fueron utilizados. Empiezan a entender que no hay un salvador, y que hay que pelearla todos juntos. De a poco los compañeros, a medida que van participando en la organización con los debates, empiezan a abrir la cabeza, no te digo que a pasos agigantados, pero empiezan a comprender cómo son las cosas.

Desde la óptica de los participantes de base, la versión pedagógica también es percibida y la asistencia a reuniones se ve como un apren-

dizaje, algo que en parte refuerza la idea de vínculo asimétrico. Este aspecto es notable en la analogía de Anselmo entre la asamblea y la escuela:

Cuando uno viene acá no entiende nada, es igual que un chico cuando va a la escuela, uno no entiende. Ellos te dicen: vamos a tal parte porque allá conseguimos mercadería y los planes. Por ese motivo nos arrimamos, escuchamos y si te gusta te quedás y si no te gusta te vas. Acá nadie te pone el revolver en la cabeza para hacerte piquetero.

Como correctamente presenta Delamata, la asamblea se transforma en un espacio de tensión por el cruce heterogéneo de prácticas y experiencias que conforman la densidad de una interacción social de implicancias políticas. Esta característica no significa desprestigiar su valía y relevancia en el plano subjetivo, en especial cuando se compara con otras experiencias diseminadas en el mundo popular. La experiencia de la asamblea impacta en la subjetividad. El problema político se origina por la renuencia —sobre todo de quienes recién se incorporan— a pasar horas discutiendo, tomando decisiones, asistiendo a reuniones, etc.; por lo tanto, los referentes necesitan garantizar la asistencia e imponen mecanismos de control para promover la participación: la firma de “presente”, la obtención de puntos por participar (que se acumulan y otorgan derechos a los bienes recibidos por la organización) y las sanciones morales, son dispositivos que tienden a sujetar al individuo en la participación. De allí se abre la posibilidad a una experiencia por parte de los asistentes. Fabricio sintetiza esta experiencia con la participación en asambleas:

En las primeras reuniones, los primeros meses, a mí no me interesaba. Venía porque había que venir a escuchar y era una manera de ganarse la comida y la mercadería. Después con el tiempo me empezó a interesar. Se hablaba mucho de lo que pasaba en el país, se discutía políticamente lo que pasaba a nivel nacional, cosas que no se hace en todos lados. Eso no se hace en otros lugares.

El principal problema se origina en la existencia de asimetrías que se producen y consolidan en las asambleas. El manejo de información, las jerarquías implícitas devenidas de formas de vestir, el conocimiento legitimado que cada uno posee y los lugares que ocupan los participantes son formas de reproducción de las asimetrías y del orden social. Cuenta Jano: “Ellos discuten ponen proyectos, y yo escucho. Yo arranco para donde ellos dicen, que es lo que quieren hacer. Yo sólo opino cuando preguntan qué herramientas hay que usar y eso, como hacer un cerco o algo así. Yo participo muy poco en los plenarios”.

En tal sentido, puede observarse el tiempo de utilización de la palabra, la oratoria y el uso de elementos retóricos como indicadores de los distintos lugares que cada persona ocupa en un espacio concebido como horizontal. Es evidente que en cualquier organización existen estos roles diferenciados, sin embargo esto tiene una doble consecuencia. Primero muestra las limitaciones intrínsecas que tienen esas, a veces pretendidas, “comunidades ideales del habla”. Y segundo, nos lleva al problema de determinar las formas de poder que se ejercen al interior de los espacios construidos por los desocupados. No existen suficientes estudios empíricos consistentes que traten de desentrañar la lógica asamblearia, sin embargo los pocos hallados refieren que:

Si bien esta estructura organizativa intenta que las decisiones vayan de ‘abajo’ hacia ‘arriba’. Es frecuente que lo que se discute entre los referentes de la coordinadora se baje a las asambleas barriales. En la medida en que se ha coordinado entre más de quince MTDs se trata de decisiones que difícilmente serán cambiadas por una asamblea. A veces esto ha sucedido, aunque es más bien excepcional” (Grimson *et al.*, 2003: 63).

No podemos más que coincidir con este análisis según lo observado en el trabajo de campo. Si bien hay mayores voluntades de que “los compañeros participen”, la posibilidad de cambiar una resolución o propuesta de los referentes tiene que ver con la imposibilidad de generar el consenso que sostenga la medida, algo que refuerza la idea

de espacio de interacción de las asambleas. No obstante, en ocasiones, frente a estas situaciones se han elaborado estrategias para romper con relaciones de poder democratizando la palabra, revalorizando los puntos de vista distintos e incentivando la participación:

Cuando hacíamos asambleas después de un corte, se daba mucho que primero hablábamos nosotros y decíamos lo que nos parecía, y después en la asamblea todos repetían lo que nosotros decíamos. Entonces hicimos al revés, primero los compañeros del barrio hablaban, pero lo que pasaba es que todos se quedaban en “Estuvo lindo” o “no alcanzó la comida”, y no iban más allá... eso es un problema (Bini, MTD-AV).

Todas las organizaciones presentan variantes de este problema, pero no todas las trabajan de la misma manera. Es más, dentro de las organizaciones es posible encontrar notables diferencias de funcionamiento. La descentralización y proliferación de agrupamientos de base impide homogeneizar las relaciones sociales que se desarrollan dentro de las organizaciones. En consecuencia, la lógica *asamblearia* admite diferentes variantes y diferentes contextos de aplicación que explican la diversidad de experiencias que, incluso, se desarrollan en diferentes contextos como los barrios (en los locales de las organizaciones) y en el seno mismo del piquete.

La observación de acciones de protesta durante el trabajo de campo nos puso frente a situaciones que los líderes llaman “asambleas” durante el piquete. Los responsables convocan mediante el uso de micrófonos o a viva voz a la “asamblea”. En realidad, más que una estructura asamblearia dicha acción se asemeja a un acto político donde el orador interpela al público y somete, retóricamente, a la decisión colectiva medidas que antes fueron acordadas en ámbitos de dirección. Es en estas ocasiones en que las asimetrías entran en juego, el manejo de la información y las relaciones de jerarquías que establecen en el interior de las organizaciones hacen escasas las posibilidades de que una votación refute alguna propuesta elaborada por los líderes. Esto produce una

mayor capacidad de accionar estratégicamente y otorga legitimidad formal a las decisiones que “se toman en asamblea”, sin embargo redonda en problemas a la hora de construir subjetividad colectiva puesto que emergen aspectos verticales que las propias organizaciones (sus líderes) dicen rechazar.⁴

Así pues, en la misma asamblea se produce la construcción de subjetividades colectivas, aunque este proceso dista de ser autónomo por completo y las prácticas se articulan en los intentos de producir sentidos colectivos que se articulen con las subjetividades individuales. Foucault describió la microfísica del poder y su distribución capilar en la sociedad, las asambleas de las organizaciones de desocupados, en tal sentido, no son una excepción y en nuestro trabajo de campo ha podido constatar las formas en que la asamblea está atravesada por redes de poder. Esto no supone, como dijimos, que las asambleas sean por completo espacios de reproducción del orden social, sino que están embebidas por sentidos dominantes que se ponen en tensión en el espacio asambleario con otras acciones que tienden a construir relaciones sociales emancipadas. Prácticas que reproducen relaciones sociales de poder conviven con praxis que tienden a subvertirlo.

En esta perspectiva, los participantes valoran la asamblea de base, en particular en los barrios, debido a la posibilidad que les brinda el uso de la palabra. El poder “hablar” y el poder “escuchar y ser escuchado” supone una revalorización de los espacios que, aunque tienen que ver con la comunicación, parecieran generar un valor en el reconocimiento que la palabra ofrece al sujeto, en el reconocimiento de un ser dotado de palabra, dotado de razón, dotado de *logos* para decirlo en términos

4 Estas características del proceso asambleario son compartidas por otros estudios que aseguran que “ninguna descripción etnográfica podría verificar alguna horizontalidad” (Grimson *et al.*, 2003: 63). No obstante, habría que hacer una salvedad: cuando el objeto de la decisión colectiva incumbe a aspectos locales (problemáticas barriales, aspectos organizacionales cotidianos, etc.) suele ser mayor el grado de horizontalidad si se las compara con aquella que se da al discutir aspectos políticos estratégicos o posiciones ideológicas.

filosóficos. La asamblea como espacio de interacción cruzada por ejes articulatorios de diferentes niveles (transmisión de información, formación, toma de decisiones) posee un elemento que lo constituye como un valor para los sujetos que allí participan: la potencialidad para el uso de la palabra y la obtención, allí, de reconocimiento.

La primera vez que fui a una asamblea me sentí desorientada y desconcertada. No podía entender que un barrio con gente desocupada, con gente pobre, estuvieran pensando lo que estaban pensando. Yo sentí que había una revalorización de la persona. Uno cuando va a reuniones que tienen un carácter político, hay uno que habla y dice cosas y el resto sin poder hablar, sin querer hablar. Y yo veía que todo el mundo hablaba, mucha gente que yo conocía del barrio en ese espacio era “alguien”. Tenía un peso su voz, su decisión (Suly, MTD del FPDS).

Nuestra aproximación metodológica nos permite una mirada de los espacios de construcción de sentidos colectivos y de su transmisión embebidas de subjetividad y disputa. De esta manera es posible indagar en los sentidos no lingüísticos o no explícitos que se construyen en la asamblea y que son parte constitutiva de la experiencia subalterna. La transmisión y construcción de sentidos no se agota en la textualidad sino que involucra otros elementos semióticos. Allí también es posible notar que en la asamblea se cruzan elementos de prácticas que reproducen las asimetrías, con otros de la praxis en cuanto a la posibilidad de voz y reconocimiento de sectores marginados. Esto permite realizar una inferencia en cuanto el espacio de la asamblea no implica indefectiblemente una materialización de la construcción de nuevas relaciones sociales y el aporte de la configuración de nuevos sentidos y experiencias. No obstante, sí abre un espacio que puede ser utilizado reflexivamente. La proliferación de talleres con orientación de “educación popular” donde se trabajan problemáticas comunes es una muestra de ello, allí se buscan formas de romper con la autorrepresión en el uso de la palabra y la superación de los prejuicios que inhiben el emitir opinión. Estos ele-

mentos de reproducción de asimetrías pueden ser puestos en cuestión en el mismo transcurrir de la acción cuando la práctica de asimetría se vuelve reflexiva y consciente. Muchas veces son los propios líderes que se ausentan adrede de las asambleas para poner en una situación más horizonte, otras incentivan el uso de la palabra mediante técnicas *ad hoc* (como en el caso de Bini que reseñábamos). Esto es parte de la función pedagógica de la asamblea, mientras que algunas se utilizan para transmitir información y formación; otras se abren como una experiencia en el uso de la palabra. La restitución de la palabra es fundamental en el contenido crítico de la asamblea. Subjetivamente tiene consecuencias porque reconfigura el lugar de la persona y la sitúa en un “nosotros decidimos”. La enunciación, de ese “nosotros” es —como vimos— fundante del sujeto colectivo.

Planes sociales y subjetividad

La acción de matriz comunitaria es clave en la reconstrucción del movimiento social y es una forma de indagar en los procesos de construcción del sujeto social. Al establecer lazos sociales en un espacio compartido, los proyectos comunes se consolidan; tanto se expande la voluntad colectiva como se constituye la dimensión del futuro. En el movimiento de desocupados, la organización del tiempo cotidiano se articula, en gran medida, en torno a espacios de producción material. La estructura de los planes Trabajar, primero, y los planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupado a partir de 2002, los cuales exigen una contraprestación de 20 horas semanales por parte de los beneficiarios, realizándose y ésta en el marco de los proyectos propios de las organizaciones de desocupados. Recordemos que gran parte de los primeros reclamos de las organizaciones se dirigieron a que la contraprestación se diera en algún emprendimiento propio y no en tareas municipales.

El dilema de los planes sociales apareció desde un comienzo para las organizaciones de desocupados, en particular para los militantes. Vale recordar que son el tipo de política focalizada recomendada por los or-

ganismos internacionales de crédito (y financiadas por ellos a través de préstamos, en especial del Banco Mundial). Más allá del debate táctico, ideológico o político lo que nos interesa es la forma en que los desocupados lidiaron con la constitución subjetiva del Plan en tanto dispositivo de control del orden social neoliberal. Esta política pública conlleva una forma particular de subjetivación, por suponer en su origen la figura del “beneficiario”, es decir, la producción de una subjetividad particular que atraviesa al individuo. La persona “beneficiada” debe asumirse como un carenciado (alguien que recibe el beneficio) y realizar acciones (trámites y contraprestaciones) que conllevan representaciones específicas por parte de los sujetos. Gabo cuenta la experiencia:

Una discusión fue qué hacer con los planes. Porque los planes son miserables, los planes no son dignos, pero pensamos que es digno en cuanto te permite comer. Y después lo que significó una respuesta del Estado para aplacar la situación, para apagar el incendio, fue utilizado como una herramienta de lucha, para ganar en organización y en toma de conciencia. Porque todo lo que se consigue, se consigue a través de la lucha.

A medida que se incrementaron los participantes, los desocupados ampliaron su espectro de proyectos orientándose a lo productivo: “Cuando cortamos la ruta, como el gobierno no podía darnos una solución nos dan los planes sociales. Pero nosotros dijimos “esto no es trabajo” y entonces empezamos a generar otra cosa, empezamos a hacer talleres de oficio” (Diego, MTD Solano).

La implementación de los planes (y desde 2003 los “Manos a la Obra”)⁵ promovió mayores niveles de organización, aunque también los

- 5 El proyecto “Manos a la Obra” se basó en una política del ministerio de Desarrollo Social que promovió que aquellas organizaciones que tenían emprendimientos como panaderías artesanales o textiles organizadas en formas de “roperos”, es decir, que remendaban ropa producto de donaciones, tuvieran acceso a un capital de inversión. El mismo fue provisto por el gobierno y se destinó a emplear a los beneficiarios del Plan Jefes y Jefas. En el marco de este proyecto, organizaciones de distinto signo político desarrollan actividades como carpinterías, textiles, fábricas de calzado, fábricas de dulces, etc.

situó frente a desafíos colectivos que con frecuencia generaron roces y fricciones. Dice una publicación del MTD de Almirante Brown:

Que el control de los planes de empleo estuviera en manos de los grupos de desocupados implicaba dejar atrás viejas dificultades y contribuiría a desarrollar la organización popular luego de las conquistas reivindicativas obtenidas a través de la acción directa, de la lucha de masas. Pero esto también generaba nuevos desafíos y nuevos debates al interior de cada organización, ¿Debía cumplirse con la contraprestación del plan? ¿Servían los planes para recrear una cultura del trabajo?” (Pacheco, 2004: 22). El debate sobre la aceptación e implementación de los planes sociales atravesó a las organizaciones de desocupados y no todas las resolvieron de la misma manera. En su amplia mayoría la opción fue reconvertir los planes exigiendo autonomía en la distribución y el control de las contraprestaciones.⁶

Si bien la inscripción subjetiva de los planes sociales fue asociada a códigos de “lucha y dignidad”, la proliferación de individuos que demandaron el otorgamiento de planes de las organizaciones produjo una construcción de la subjetividad que no es, ni estrictamente la propia del clientelismo, ni una subjetividad emancipada. La posibilidad de obtener ayuda social en las organizaciones fue interpretada, sobre todo por quienes habían pasado por experiencias clientelares, desde los sentidos propios de una subjetividad subalterna ligada al punterismo y clientelismo. Así “una hipótesis plausible es que una parte importante de las bases piqueteras leen el vínculo con la organización a partir de sus experiencias con el municipio y la unidad básica” (Grimson y otros,

⁶ El caso del MTD de la Matanza ilustra la potencia de este recurso. Este MTD presenta originalidad porque es el único que ha rechazado los planes estatales argentinos con el argumento de que éstos se basaban en una reproducción de la lógica del asistencialismo. Sin embargo, el MTD de la Matanza sostiene sus emprendimientos (jardín, panadería, biblioteca), en parte con subsidios de estados y fundaciones extranjeras. Es decir, más allá de la importancia de la posición política de no aceptar planes sociales el MTD encontró otras formas de obtener recursos que no se derivan exclusivamente de la producción de excedente propio.

2003: 75). En este aspecto, es necesario pensar que la construcción de la subjetividad colectiva tiende a dar sentidos a las nuevas relaciones sociales reconfigurando la subjetividad y allí pueden permanecer códigos anteriores (aunque también resemantizarse). Esto implica concebir que cuando las relaciones “ofrecidas” por los referentes contienen profundas distancias con los “viejos” sentidos, éstas pueden significarse a partir de códigos tradicionales y más familiares como pueden ser los propios de la relación clientelar.

Cuando viene un compañero lo primero que te plantea es la relación asistencialista. ‘Yo vengo acá para que vos me des algo’, un plan o mercadería o lo que sea. La primera relación que se da es de no sentirse parte, de no sentirlo... de sentir que el movimiento es de otro (...) uno de los principales problemas para trabajar acá en el barrio es la experiencia de los punteros fue tan fuerte que muchos de los que están en el movimiento han tenido la experiencia de seguir al puntero o ser punteros. A veces aparece gente que te dice yo ‘traigo a mi gente’. Viene y te dice ‘traigo a mi gente’ que son veinte personas más. Se da mucho eso de que se creen que son jefes y cuesta mucho desestructurar eso (Josua, MTD del FPDS).

La relación clientelar como un mecanismo complejo de dominación se articula en la subjetividad subalterna. Ahora bien, este elemento es aún más difícil de erradicar puesto que el crecimiento de las organizaciones se realizó a partir de la obtención de ayuda social. La necesidad de encontrar criterios colectivos de asignación de los recursos abrió una serie de debates complejos. Los líderes alentaron criterios dirigidos a sostener y fomentar la organización, de este modo es frecuente que los planes o bolsas de comida funcionen como “incentivos selectivos”.

Los bolsones los damos con el criterio de que la gente vaya a las marchas. Esa no es la idea, en realidad... nosotros queremos que la gente vaya a las marchas pero por la marcha misma, por la necesidad de cambiar el país y no por

los bolsones. Pero como está el país hoy, si no es con bolsón no se moviliza” (cuadro territorial.)

la mercadería se entrega de acuerdo a la gente que lleva al piquete. De acuerdo a los que se lleva le corresponde al cabildo, un porcentaje de la mercadería que nos llega del Ministerio (participante de base).

Para algunos autores (Grimson *et al.*, 2003) hay organizaciones que reproducen con mayor profundidad las prácticas clientelares del peronismo (Justicialismo). No obstante, como los mismos autores lo reconocen, estas prácticas se distribuyen en casi todo el arco de las organizaciones y es posible correlacionar la masividad y la tendencia a generar espacios clientelares, incluso en aquellas que se plantean prácticas horizontales y autónomas. El debate se propone en términos morales sobre la diferencia entre exigir un voto y la movilización al acto del candidato en el caso del punterismo tradicional y la asistencia a las asambleas y a los cortes de ruta como “contraprestación”, en tanto relación clientelar que requiere del receptor ciertas acciones y compromisos.

Espacios de producción: trabajo y subjetividad

El espacio de la producción material a partir de la utilización de los planes sociales emergió como reverso de la acción colectiva de protesta y se fue consolidando como central en las organizaciones de desocupados, estabilizando relaciones sociales cotidianas. Sin embargo, hay discrepancias en cuanto a evaluar la realidad y la potencialidad de estas nuevas experiencias. Algunos autores (Salvia, 2004) han señalado que estos emprendimientos deben considerarse más cercanos a una precaria economía de subsistencia que como portadores de un nuevo orden social. Así, si bien son interesantes experiencias colectivas, la precariedad de las formas de producción de alternativas hace muy difícil pensar en su sostenimiento y su efecto tendiente a revertir la situación de deterioro

en las condiciones de vida de los sectores subalternos y desocupados. La precariedad de las formas de producción de las organizaciones puede registrarse visitando los emprendimientos. Es decir, existe distancia considerable entre muchas de las demandas de los desocupados que tienen que ver con la incertidumbre en referencia a obra social, aportes jubilatorios y vacaciones, y su situación dentro de la organización, aunque en lo inmediato ofrezcan una salida a la situación urgente. Este cruce de precariedad y espacio valioso tiene consecuencias polisémicas en la subjetividad en particular, porque su valor como espacio común de reconocimiento y de sociabilidad comunitaria se cruza con relaciones de producción económicas cuya lógica de eficiencia presenta problemas. No obstante, la opción de los emprendimientos productivos, las cooperativas, talleres y comedores fue percibida como una forma de consolidar el espacio organizativo y se articuló con el imaginario colectivo de la restitución del viejo mundo del trabajo al que nos referimos en el capítulo anterior: “Lo que nos sirvió de los planes además de la ayuda directa fue establecer una red de comedores. Y, sobre todo, hasta ese momento ir viendo cómo, precariamente y dentro de nuestras posibilidades, ir recuperando la cultura del trabajo a través de los pequeños emprendimientos, talleres” (Gabo MTD RyV).

La consolidación de las formas de producción ha adquirido, en los últimos años, importancia fundamental para un movimiento que fue visible en la acción directa pero que pasa más tiempo en acciones de matriz comunitaria. Quien visite el C.E.Fo.C.C del MTD de La Matanza, la “Fábrica” del MTD “Resistir y Vencer” en Wilde, el local del MTR en Florencio Varela o el comedor “Los Pibes” de La Boca se encontrará con un ambiente de centro comunitario donde se realizan las tareas diarias de sostén de los emprendimientos productivos, las reuniones y los talleres. En este espacio se establecen relaciones sociales que son constitutivas de la subjetividad que subyace al movimiento de desocupados. En este plano se intenta que las formas de organización de la producción, esta vez con recursos obtenidos a partir de la acción colectiva se articulen con la demanda inicial: “Nosotros queremos trabajo genuino, por eso tenemos

los microemprendimientos. Queremos trabajo digno pero genuino. Es decir que sea para nosotros, no queremos tener un patrón. Acá no tenemos patrón y somos todos iguales” (Katy, CLP).

Sin embargo, esta experiencia pone a los desocupados en una situación de dilema.⁷ No hay muchos emprendimientos productivos autónomos que generen ingresos para sacar de la línea de la pobreza a quienes participan allí ni les ofrezca protección laboral. Los casos que mejor funcionan son aquellos en que a través del programa “Manos a la Obra”, el Estado subsidia los microemprendimientos. Esto genera un problema en cuanto a la necesidad de hacer viables las empresas y producir excedente. La producción de ganancias genera, a su vez, un doble problema. Primero, que para aumentar los excedentes es necesario introducir una lógica de racionalidad económica, división del trabajo y criterios de eficiencia con el objetivo de obtener las ganancias. Segundo, el debate de qué hacer con el excedente y el intento de introducir criterios de distribución de acuerdo a las necesidades (y no de los aportes o las capacidades), ha producido rupturas y alejamientos de la organización como lo demuestran algunos estudios (Bidaseca, 2004).

Son escasas las investigaciones basadas en observaciones sistemáticas de las acciones que los desocupados realizan en su vida cotidiana y en las relaciones de producción que establecen. Sin embargo, para nuestro enfoque son cruciales ya que éstas están plagadas de tensiones y contradicciones, las cuales es necesario desentrañar puesto que allí también se producen y reproducen sentidos. La construcción de una mirada sobre estos campos de acción es sumamente valiosa para los fines de reconstruir los procesos de conformación de una subjetividad colectiva, un sujeto y un movimiento. Dicho análisis permite desentrañar aspectos

⁷ En referencia al MTD de Solano, Karina Bidaseca identifica que uno de los dilemas del mtd es “cómo lograr una economía alternativa sin reproducir la lógica del capital; cómo ocuparse de los espacios dejados por el Estado (alimentación, salud, etc.) sin reproducir el sistema de provisión social; cómo lograr la nueva sociabilidad o el ‘nuevo hombre’ dentro de un orden capitalista que profundizó la fragmentación social” (Bidaseca, 2004: 2).

importantes para el futuro del movimiento de desocupados, sus alcances y limitaciones. Así, por ejemplo, hemos podido observar que mientras se realizan talleres con base en la proyección de videos como “Tiempos Modernos” de Charles Chaplin para debatir las formas alienantes del trabajo capitalista, en la textil de esa misma organización realizamos entrevistas mientras un operario no cesaba de impulsar hacia abajo una palanca para colocar los broches de guardapolvos que la organización produce. Esto pone de manifiesto la tensión entre dos lógicas que surcan a las organizaciones, el aspecto crítico al concepto de trabajo alienante y la reproducción de esas formas de trabajo en sus propios talleres. Estas situaciones ponen al movimiento frente a dilemas importantes:

Nosotros hacemos y después pensamos. Los talleres no están funcionando como emprendimientos de producción y venta, no producen excedentes para repartir y están parados. Los compañeros no ven el fruto de su trabajo y eso paraliza (...). Es muy difícil pensar que voy a producir tanto y eso va a un fondo común y después distribuir, aunque con ese fondo se podrían hacer muchas cosas. La verdad que estamos en ese debate y vamos a reiniciar la discusión. Yo tengo alguna idea pero tengo el problema que no le encuentro la vuelta para hacerlo viable, para lo que yo estoy pensando ya tendríamos que estar todos muy superados. Por ejemplo, para reformular en el concepto de trabajo es necesario creer en el proyecto y apropiarse (Diego, MTD Solano).

Esto lleva al dilema que se deriva de la tensión entre las dos lógicas que se cruzan en el espacio de producción: la lógica del movimiento social y los criterios que lo fundan, de lucha por la igualdad y la justicia; y la lógica de producir un excedente para colocar en el mercado que lleva impregnada la búsqueda de eficiencia y rendimiento. El estar “superado” en el sentido que lo utiliza el entrevistado supone el abandono de una búsqueda de un puesto de trabajo formal que otorgue rédito individual y movilidad social, y pasar a una lógica de compromiso militante y criterios comunitarios de distribución de las horas de trabajo y los rendimientos.

También cuando un compañero plantea que para producir más o generar mayor venta en la panadería, dice ‘bajemos la calidad de los productos’, eso nos hace volver a lo peor del capitalismo, y no estoy hablando de compañeros que recién llegan, sino de compañeros que vienen de años juntos, y eso aparece. En eso tenemos que trabajar, seguramente yo también lo hago, pero lo tenemos que trabajar. Es permanente esa vuelta para atrás, esa búsqueda del patrón adentro ante determinadas situaciones es constante” (Dirigente de un MTD).

Hay algo incorporado desde ese lugar, tuvimos una experiencia con los microemprendimientos. Habíamos agarrado un microemprendimiento con desocupados para hacer una fábrica de pastas. Y había una cosa notoria en el individualismo de decir “yo soy mejor que vos” o “yo hice un fideo más” y llegó un momento en los microemprendimientos de discutir la financiación, y me decían “por qué no agarras vos la plata y la repartís” y yo les dije que no que esto era un colectivo y que había que resolverlo en conjunto a medida del trabajo, porque si no se genera el rol del “patrón”. De a poco se van rompiendo estas cuestiones (Dirigente del MP 20).

La lógica de la producción sin patrón se mantiene en tensión con segmentos de la subjetividad subalterna que no pueden desarticular la idea de trabajo clásica. Ésta puede observarse en la relación con las jerarquías del proceso laboral y en la figura de un patrón que ordena y se hace responsable de la toma de decisiones.

Constantemente aparecen cuando trabajamos los grupos. Cuando trabajábamos con el taller, nosotros decíamos “bueno, hagan lo que quieran, practiquen hasta aprender” y algunas de las chicas decían “no, pero fulanita no debería hacer eso porque rompe la aguja”... y nosotros les decíamos que no, que eso nos donaron, que no importaba, que era para aprender. Y nos decía “pierde tiempo”... y qué tiempo, si estábamos desocupados y no teníamos horarios. Pero eso estaba instalado, y te estoy hablando de chicas que ya estaban en el movimiento, que venían haciendo un trabajo con nosotros cuando

aparecía alguien nuevo que podía ocupar el lugar, aparecía de nuevo algo que recordaba al “patrón” (Dirigente de un MTD).

Hay compañeros que piensan que hay patrones todavía y nosotros le decimos que patrones acá no hay, hay compañeros con mas laburo o diferencia de dirigencia pero no hay uno que es más patrón que otro (Marisa, MTD AV).

Esta forma de dar sentido a la actividad que se desarrolla en la organización a partir de códigos contruidos en situaciones de dominación es uno de los elementos que reproducen el orden social. Estas situaciones se comprenden a partir de rescatar que en la subjetividad se articulan códigos formados históricamente y que la hegemonía se construye asentando estos sentidos dominantes. Una de las relaciones que se plantean en la organización del trabajo por parte de los desocupados se vincula con la delegación en la toma de decisiones y responsabilidades. El descubrimiento de que son posibles formas de producción que no sean en condición de dependencia y donde los criterios de producción sean debatidos con la lógica del movimiento social (Spaltenberg y Maceira, 2001) se cruza con el hacer viable un proyecto autogestionado.

Acá no hay patrón. Hay un respeto, digamos porque saben más, nos enseñan a hacer las cosas, a dónde tenemos que ir, qué tenemos que hacer. A veces si no sabemos le preguntamos y nos dicen. No le tenemos que pedir audiencia, viene nuestro coordinador a tomar mate y comer tortas fritas (...) yo tengo mi microemprendimiento porque se lo gané al gobierno, y de ahora en más nadie me va a torcer el brazo. Yo soy patrón y soy peón. Todo junto (Katy, CLP).

El espacio de producción de las organizaciones de desocupados constituye una muestra de las heterogeneidades, contradicciones, tensiones y dilemas de la subjetividad. La expectativa de restituir una cultura de trabajo se traslapa con la autonomía. Asimismo la lógica del movimiento social se enfrenta a la necesidad de articularse con una forma de organización de la producción para generar excedente. En este marco es

interesante notar que el Estado emerge como un actor en todos los casos por más “autogestionarios” que éstos se presenten (Salvia, 2004).

En las acciones cotidianas emergen significados propios de la dominación, pero también puede operar la reconfiguración de la subjetividad que habilita la construcción de la demanda y la experiencia de participación moviliza a partir de articular otros códigos capaces de poner en cuestión el orden social. En el espacio de la vida cotidiana se manifiesta con mayor evidencia este cruce denso de sentidos que no se resuelve de idéntica manera en las diferentes organizaciones, ni en los distintos contextos, ni en todos los momentos de movilización social. Comprender estas heterogeneidades propias del mundo subalterno es una de las claves para vislumbrar las potencialidades y limitaciones del movimiento de desocupados.

La acción disruptiva. Piquete y subjetividad

Uno de los acontecimientos que impacta en las subjetividades, y que se vincula a la acción, es la participación en actos disruptivos porque la acción de protesta inserta un quiebre en las rutinas abriendo un campo novedoso de experiencias (Schuster, 2004). La participación política que realizan los individuos en las organizaciones de desocupados supone introducir una alteración en la vida cotidiana, en especial cuando la misma se materializa a través de acciones directas. Como toda acción, la protesta se vincula a la subjetividad porque no sólo la supone, sino que la subjetividad acompaña el accionar a la vez que es transformada por ella. En especial la participación en el escenario del conflicto social abre un espacio de reconfiguración subjetiva, particularmente por los sentidos específicos movilizados en la protesta.

Entre las acciones de protesta, el piquete⁸ ha adquirido una relevancia en la conformación del movimiento de desocupados. Esto, al menos por tres razones fundamentales: a) porque mediante el piquete obtuvie-

⁸ Analíticamente podemos distinguir los siguientes tipos de piquetes: 1) De disputa: es decir, cuando el corte se establece hasta obtener el objetivo inmediato del reclamo específico. Se negocia direc-

ron visibilidad e irrumpieron en la esfera pública de manera disruptiva; b) porque el piquete constituye una experiencia desestructurante y muy importante en la construcción de la subjetividad colectiva, el sujeto y el movimiento social; y, c) en tanto el repertorio fue el que terminó por ofrecer una plataforma para bautizar, por parte de la prensa, al movimiento que adquirió notoriedad mundial. En lo que sigue de la sección, avanzaremos con algunas referencias a este último punto para luego retomar los dos primeros.

En cuanto al nombre de “piqueteros”, es evidente que fueron los medios de prensa masivos los que usaron el término para denominar a los manifestantes. Rápidamente el vocablo “piquetero” se transformó en un denominador común que, inicialmente con un significado descalificador, comenzó a servir para designar a un tipo de movilización y acción que no tenía nombre. Como todo significante que adquiere importancia en la política, el término “piquetero” se transformó en un espacio de disputa. Piqueteros, entonces, fue el significante que se convirtió en flotante (Laclau, 1996) para los propios participantes de la protesta que tuvieron que resignificarlo para asociarlo a “dignidad y pueblo” en lugar de “violencia y delito”. Esto supone una disputa subjetiva vinculada a legitimar la acción a partir de significar una situación como justificante de la acción colectiva. Frente a la imposibilidad de nombrar con términos más definidos a la nueva protesta, el término piqueteros fue anclándose y situándose en la referencia tanto de los medios masivos como en el hablar cotidiano.

Ahora bien, en el tema que nos interesa, vinculado a los sentidos colectivos, el piquete es un magma de significados que puede ser recorrido

tamente con las autoridades ciertos recursos (bolsones de comida, planes, etc.). Puede ser que no se obtenga nada, pero de entrada el planteo es un acampe hasta que se abra la negociación y se resuelva la situación de forma inmediata. 2) Reivindicativos: a diferencia del anterior, éstos serían aquellos que no se proponen la obtención de una respuesta inmediata. Sus objetivos suelen ser más ambiciosos como el aumento de los planes sociales y su universalización; la creación de puestos de empleo, realización de obras públicas, etc. 3) Testimoniales: estos pueden ser en apoyo a otros reclamos (empresas recuperadas, huelgas, etc.) o recordando fechas propias, los asesinatos del puente, etc. No hay un reclamo directo, sino el dejar un testimonio.

desde una perspectiva etnográfica. Los elementos simbólicos para quien se acerca a un piquete comienzan, por lo general, a varios metros de los manifestantes. Así, el primer signo topográfico de un piquete suele ser la policía cortando la circulación para reordenar el tráfico.⁹ El piquete insta los bordes al interior de un espacio geográfico sea una calle, una ruta o un puente. La construcción del límite se refuerza con un cordón de manifestantes encargados de la seguridad y exhibiendo algún distintivo particular (pechera, brazalete, pañuelo, gorro). Para los participantes de base esto impacta subjetivamente en dos planos derivados de la soberanía del lugar que se rige bajo reglas propias de las organizaciones: “Lo que pasa es que cuando la gente está en la ruta se siente como dueños de ese lugar. Ahí mandás vos y en lugar de que te ignoren, existís. Sos alguien ahí” (Mora, CCC).

Esa delimitación instituye al interior del piquete un espacio con mecanismos de control propios. Esta disposición de soberanía territorial es relevante en términos subjetivos en tanto apropiación y reconversión del espacio público. Allí adentro se produce una autonomía propia de la organización, los “compañeros de seguridad” patrullan los espacios delimitados con el fin de “hacer cumplir los acuerdos” (que incluyen la prohibición de bebidas alcohólicas y drogas), al tiempo que vigilan para prevenir posibles infiltraciones por parte de agentes de las fuerzas de seguridad y desactivar cualquier foco de conflicto interno no previsto. Esto insta una producción del territorio con una fuerte incidencia en la subjetividad a partir de llevar los márgenes al centro de la visibilidad pública-política frente a las cámaras de televisión:

Es lindo el piquete, sentís que existimos, sentís la libertad (Neka Jara);¹⁰

Al piquete lo siento como un lugar muy legítimo, como muy fuerte. A mí me hace sentir una persona, eso que veía en los compañeros en la asamblea.

⁹ En especial nos referimos al piquete urbano por ser el que utilizaron los desocupados organizados del conurbano bonaerense.

¹⁰ *Clarín*, 1 de agosto de 2002.

Es un lugar desde donde uno puede reclamar los derechos básicos de un ser humano dentro de una sociedad” (Suly, MTD del FPDS).

Esa irrupción “dentro de la sociedad” se realiza a partir de presentar los cuerpos en la calle, obstruyendo el tránsito, obligando a una visibilidad que para muchos sectores se vuelve insoportable. Pero no se queda allí, además el método proveyó una importante dosis de eficacia estratégica en la protesta. Así, cuando el momento fue oportuno y de acuerdo a las coyunturas políticas, quienes cortaron rutas pudieron acceder a importantes recursos con un relativamente bajo número de participantes: “Antes salíamos a la ruta y conseguíamos planes. Entonces creíamos que el método de lucha era eficaz porque se conseguían planes” (Diego, MTD Solano).

La posibilidad de acceder a recursos promovió la participación de sectores pobres que procuraban alcanzar los diferentes programas de ayuda social. Pero la protesta no se agota en una acción estratégica para obtener recursos. Una de sus consecuencias es instaurar una forma de enunciación que, según Emilio de Ípola (1998), es primigenia de un sujeto. Así, el lugar de la palabra (como sucede en las asambleas) es fundamental en tanto su puesta en práctica otorga voz a quienes fueron silenciados en el proceso de hegemonía neoliberal: “El piquete es la única herramienta que tenemos nosotros para ser escuchados. Probamos de otras formas pero nadie nos atiende. Entonces no nos queda otra que cortar la ruta para obtener una respuesta” (Dany, FTC, dirigente).

Pero el piquete, además, es un lugar de entramados de sentidos por parte de los líderes de las organizaciones y sus bases. Allí se construyen y difunden sentidos mediante lenguajes escritos (panfletos, periódicos), lenguajes corporales (cordones de seguridad), la reproducción de sentidos en banderas y la oratoria de los líderes. Como muestra cabe citar una canción de “Las Manos de Filipi” una banda de rock vinculada al Partido Obrero, la misma consiste en la repetición de una frase: “Los mejores, los únicos, los métodos piqueteros” y suena en cada concentración donde esta organización participa, repetidamente durante

horas. En tal aspecto, es evidente el intento de los líderes de transmitir sentidos y reforzar mitologías que aglutinan, en este caso en estrecha relación a formas de acción directa.

En este punto la organización dentro del piquete se transforma en un espacio de interacción con fuerte carga simbólica. Agrupamientos como el MTD Aníbal Verón, culminan sus actos con lo que denominan “el grito de guerra” y constituye una interpelación desde el orador hacia los manifestantes. El referente grita “Aníbal Verón” y desde abajo del escenario contestan los manifestantes “¡Presente!”, luego se repite la misma operación al nombrar a otro piquetero asesinado, “Maximiliano Kosteki”, y nuevamente el grito de “¡presente!”, lo mismo con “Darío Santillán”. El rito sigue luego del “Presente” de los manifestantes, con un grito de “Ahora” por parte del líder, a lo que se contesta con “y siempre”, acto que se repite. Luego el orador interroga a los manifestantes reunidos en el piquete “¿dónde nos vemos compañeros?” Y la respuesta que se oye es “¡En la lucha!” Este ritual tiene una orientación hacia la conformación identitaria.

El piquete como magma que condensa sentidos de la protesta también construye su escenificación. La presencia de personas con el rostro cubierto por pañuelos, por ejemplo, ayudó a una estética de la protesta (además de preservar cierto anonimato de participantes de base) y son por lo general los jóvenes quienes la sostienen. Esta estética ha sido captada por los medios de comunicación, y los mismos dirigentes han construido íconos sobre esta simbología vinculándola a la radicalidad política del juego de la presencia y el anonimato. En este plano, el impacto que los rostros cubiertos tuvieron en los comienzos de la historia piquetera ayudó a dotarlos de una beligerancia como ninguna experiencia en la Argentina desde la vuelta de la democracia. El uso de pañuelos puede considerarse, además un distintivo entre las organizaciones; de esta manera, es posible identificar los pañuelos negros y rojos del MTL, los celestes y bordó del MTR, o los negros de la FTC, los celestes y blancos del M-29 cuyos militantes muchas veces los llevan en el cuello y no ocultando el rostro.

Por su parte, quienes se ubican en una posición que observa a los piqueteros como una amenaza al orden institucional y a la democracia en Argentina también reconocen este aspecto, lo que demuestra su valor como fuerza simbólica. Carlos Escudé en un trabajo para el CEMA¹¹ argumenta: “Lentamente se va desarrollando una cultura y una identidad con símbolos propios. Las cubiertas de automóvil con que cortan los caminos, encendidas, humeantes, con su aroma a caucho en combustión son uno de ellos, las caras semi tapadas y los intimidantes palos de algunos también se convierten en elementos identitarios” (Escudé, 2005: 22). No obstante, frecuentemente se ha sobredimensionado la impronta del piquete en una pretendida identidad piquetera que, nos detendremos luego con mayor detalle, presenta algunos problemas (Muiños de Britos y Luzuriaga, 2004).

En las marchas, actos y piquetes que fueron observados como parte del trabajo de campo de esta investigación, fue posible constatar que la gran mayoría de los manifestantes no utilizan sus rostros cubiertos ni aun en las organizaciones más radicalizadas en su metodología. Ahora bien, ¿por qué el estereotipo “piquetero” se remite icónicamente a elementos como el rostro cubierto? Es evidente que en la estética de la protesta se cruzan dos construcciones que por motivos antagónicos alimentan esa imagen. Por un lado, la prensa más conservadora utilizó la imagen de los pañuelos y los palos como forma de desacreditar la inscripción de la protesta en el orden democrático. Por otro, los militantes de los movimientos más radicales reforzaron esa imagen que significa la puesta en cuestión del orden social. Ambos discursos atraviesan la subjetividad subalterna interpeándola en tanto construcciones ideológico-discursivas.

La característica del piquete como espacio simbólico se evidencian en el trabajo de los referentes de las organizaciones por producir efectos

¹¹ El Centro de Estudios Macroeconómicos y la Universidad de dicho organismo son la usina del pensamiento liberal en lo económico y conservador en lo político. En tal sentido es referencia del pensamiento neoliberal en Argentina.

identificatorios particulares. No sólo las banderas, sino una serie de distintivos (gorras, brazaletes, y las pecheras) que constituyen la indumentaria de los militantes más encuadrados y que hacen de referencia a los participantes de base son elementos claves en este sentido. Estos elementos se reproducen en las representaciones que los propios manifestantes y sectores simpatizantes realizan. Muestras fotográficas, páginas web, murales y remeras se ilustran con el fuego, las gomas ardiendo en el asfalto y los pañuelos.¹² La estética de la beligerancia, si bien ha permitido un proceso de visibilidad de la protesta, también condujo a problemas de legitimidad y consenso de la protesta. En la actualidad los grupos de desocupados mantienen la presencia de sus esquemas de seguridad pero en la mayoría de los casos no ostentan estos elementos, a los que, en ocasiones, se los utiliza para realizar cordones que organizan el marchar de los manifestantes como se puede observar en algunas imágenes tomadas en ocasión del trabajo de campo. Un participante entrevistado en medio de una manifestación mientras cumplían el rol de seguridad argumenta:

Los palos son por si se mete alguno de los policías que quieren hacer quilombo para que la gente diga: “Mira los piqueteros” Si se mete alguien de afuera la va a pasar mal, para eso tenemos los palos. También para cortar la calle cuando vamos pasando y que no te tiren los autos encima. Acá venimos con mujeres y chicos, es para cuidarnos (Román, MTD-AV).

A los pañuelos como distintivos debe incorporársele las banderas en su función de producción simbólica. Allí es posible identificar tres elementos que convergen en la confección de los “trapos”:¹³ las siglas o

¹² Es notable la presencia de los símbolos que caracterizan al movimiento de desocupados en las portadas de las publicaciones con estudios específicos del tema. En las siguientes aparecen neumáticos encendidos o manifestantes con rostros cubiertos: Sánchez, 1997; Oviedo, 2001; Cafassi, 2002; Kohan, 2002; MTD Aníbal Verón, 2003; González Bombal, 2003; Zibechi, 2003; CELS, 2002b; Massetti, 2004; Almeyra, 2004; Isman, 2004).

¹³ El término “trapo” para referirse a las banderas tiene un origen en el rock y el fútbol. La presencia de sectores populares en los estadios de fútbol y recitales de rock se expresa por las consignas y

nombre de la organización, la procedencia territorial y las consignas. En efecto, entre las banderas predomina notablemente una primacía territorial. Al igual que, en décadas anteriores, entre los trabajadores era frecuente observar referencias a los sindicatos y las fábricas, en el movimiento de desocupados aparecen los nombres de las organizaciones y los barrios de los que provienen los manifestantes. Este aspecto nos habla claramente de “los procesos de reterritorialización de la clase trabajadora en Argentina que acompañó el incremento de la desocupación en la década del noventa” (Delfini y Picchetti, 2004: 270). Asimismo se refiere a un proceso de construcción identitario propio de los sectores populares a partir de la significación de los territorios.

No obstante, la producción de símbolos por parte de las organizaciones no implica que la apropiación por parte de quienes los utilizan sea la esperada. En un piquete frente al Ministerio de Trabajo, le preguntamos a Román: “¿Pero que quiere decir ese brazalete?” (el brazalete rojo y negro con la sigla MTD que llevaba en su brazo izquierdo); “Seguridad —respondió... —Movimiento... todo... desocupados. Mirá eso es lo que quiere decir ‘Movimiento Todo Desocupados’”.

Lo que su brazalete en principio indicaba eran los colores propios de una tradición de izquierda, la sigla correspondiente a “Movimiento de Trabajadores Desocupados”. Esto nos muestra la existencia de elementos significantes que pueden remitir a significados distintos. La articulación en la configuración subjetiva, entonces, responde al sentido propio construido sobre un objeto al dotarlo de significación particular. En este aspecto se hace presente el espacio simbólico como lugar de cruce, producción y disputa por el sentido. Mientras que para los cuadros dirigentes se presenta la utilización de insignias como búsqueda de construcción de identidad sobre la organización particular, quien las usa frecuentemente reelabora los símbolos para construir una, tal

la constancia expresa en las mismas de los lugares de procedencia (barrios populares). En ambos espacios parte de sectores subalternos (especialmente jóvenes) encontraron lugares de construcción identitaria.

vez más difusa pero una identificación más general, en este caso “Todos desocupados” a partir de un razonamiento de hipergeneralización.

La producción de símbolos y mitologías y el intento de transmitirlos y reforzarlos por parte de los líderes no se reproduce mecánicamente en las bases. Especialmente en los adherentes y participantes de base estos códigos son rearticulados en una subjetividad que resemantiza estos aspectos. No obstante, observar un piquete es analizar los espacios de interacción entre las jerarquías de las organizaciones. En una situación de conflicto, las órdenes son dadas por algunos miembros, mientras que los participantes de base se limitan a respetarlas y mantenerse dentro de los límites fijados. A estas relaciones ilustradas las podemos considerar como verticales. Por su parte, en un ámbito horizontal y fuera del espacio de confrontación, los participantes de base asignan sentidos particulares a la experiencia del piquete que rebasan aunque integran una dimensión política: “Yo cuando vengo a un piquete me siento en la ruta, miro la gente. Me encanta venir al piquete” (Mariela, FTC); “A mí me gusta, la paso bien, me río, me despejo un poco y me entero de lo que pasa” (Tito, MTD RyV).

El piquete contiene un aspecto lúdico. No sólo por lo común que es ver a los piqueteros jugando al fútbol, sino que se produce un clima de distensión, en especial, cuando no hay expectativas represivas. Por otro lado, la distinción de tareas entre seguridad, comida, prensa, salud, etc., promueve que los que no están asignados a responsabilidades puedan compartir la construcción de un momento particular donde el juego de cartas es común, cantar consignas y tocar el bombo también refleja esta faz lúdica.

Otro de los aspectos relevantes para estudiar la construcción del acto de protesta radica en la serie de acciones colectivas previas al “ser” en la ruta. El desarrollo de las asambleas, la comunicación entre los distintos barrios para acordar la llegada, el respeto de los horarios, la toma de nota de los asistentes son un cúmulo de acciones colectivas que construyen relaciones sociales, que son experimentadas y parten de la subjetividad colectiva: “Al piquete se lleva lo mismo que se hace acá

(en el comedor) quienes cocinan que cocinen allá en el corte, los que hacen merendero que hagan el mate cocido y así. Y sobre todo que los compañeros se sientan seguros en el piquete” (Edgardo, MTD AV).

En este punto, la protesta se vincula estrechamente con otras acciones de matriz comunitarias a las que nos referimos. Existe una continuidad no siempre explícita entre las actividades que los desocupados despliegan en sus territorios (comedores, merenderos, etc.) y el corte de ruta. Asimismo, las horas que los participantes comparten sobre el asfalto y en las previas también producen relaciones sociales entre los participantes. En el trabajo de campo hemos podido observar “amistades de piquete”. Esto es, personas que se conocen allí y mantienen un contacto en tanto participan. Las preguntas por quiénes están ausentes y las anécdotas de otros piquetes son temas corrientes en las charlas de quienes toman mate sentados en la carretera o buscando un reparo, ya sea del sol o del frío, del viento o del humo de los neumáticos encendidos. Esto genera un espacio de sociabilidad donde además de la integración se tematizan informalmente aspectos vinculados a la organización. En síntesis, el piquete es un lugar de experiencia para los sectores subalternos que allí participan. Tanto en lo que refiere al plano de confrontación política como en la dimensión de construcción de relaciones sociales entre los manifestantes. Asimismo se transforma en un espacio de cruce de sentidos entre los participantes. Esto le otorga una multidimensionalidad para la construcción, reconstrucción y creación de sentidos y, por lo tanto, la conformación de la subjetividad.

¿Identidad piquetera?

El movimiento de desocupados argentino ha sido conocido internacionalmente como “movimiento piquetero”. Los medios masivos de comunicación han apuntalado esta nomenclatura que genera dilemas para los propios desocupados en cómo reapropiarse de un “nombre” que ha tenido un origen exógeno al movimiento. Sin embargo, la densidad de los sentidos del piquete obliga a una operación de apropiación

subjetiva del mismo, y la identidad concomitante. Como espacio de disputa, el significante piquetero se inserta en un esquema de equivalencias y diferencias, por lo tanto depende de estas relaciones para dar sentido. La reapropiación y la conversión en un término que en principio indicó “desorden, violencia y delito” en “dignidad”¹⁴ parecen haberse agotado luego de tener un punto alto entre 2001 y 2002. No obstante, la disputa por el nombre se mantiene en tensión, pero tiende a identificar a los responsables del “bautismo” como parte de los “otros”, y hay una rebelión nuevamente contra un nombre asignado.

De hecho son ellos los que acuñaron el término piquetero, queriendo resaltar un aspecto totalmente aislado de lo que es el conjunto de la organización y de nuestro movimiento. Nosotros nos definimos como una organización de trabajadores, de obreros desocupados y el Estado, poniéndonos esta etiqueta, quería presentarnos como un grupo de lumpenes, de delincuentes que cortaban rutas en vez de trabajar (Neka Jara, MTD Solano).¹⁵

Nosotros somos gente que no conseguimos trabajo. Piqueteros nos puso el gobierno, porque no somos piqueteros, somos gente trabajadora que queremos luchar por tener un trabajo digno, alimentar a nuestros hijos. Lamentablemente nos pusieron “piqueteros” la gente de arriba, el gobierno, pero no somos piqueteros, sino gente trabajadora (Analía, MTR).

Sin embargo la tensión subsiste puesto que para un movimiento que generó identidad sobre un repertorio de acción resulta difícil escindirse de este nombre sin inconvenientes. Así, un significante que pudo otorgar cierta unidad a un movimiento heterogéneo se presenta como problemático y hasta agotado. En este punto es revelador el testimonio de Juanjo, un cuadro territorial: “El término piquetero, por más

¹⁴ Precisamente el título del libro editado por el MTD sobre la Masacre de Avellaneda se titula “Darío y Maxi. Dignidad piquetera” (MTD, 2003).

¹⁵ Declaraciones a *El Militante* de Madrid, 9 de julio de 2002

que ha generado un cariño y para nosotros tiene un carácter popular dentro del imaginario colectivo que compartimos, ha sido usado para desprestigiar nuestra lucha”.

Es cierto que hay canciones,¹⁶ obras de teatro,¹⁷ y cánticos de consignas¹⁸ que se referencian con el nombre piqueteros y, por lo tanto, es muy difícil desprenderse de esos aspectos que, según Juanjo, han generado “cariño”. En general, la producción de la valoración positiva del término “piquetero” fue una apuesta por parte de los líderes de las organizaciones y referentes aliados, artistas e intelectuales. Aun así, es necesario reparar que la apropiación subjetiva del significante produce tensiones que son parte del presente de las organizaciones de trabajadores desocupados, en especial de los participantes de base. Éstos se derivan de la situación de construir identidad sobre un repertorio de acción directa, posible de estigma, que generan dificultades en los tiempos en que no se producen piquetes, lo que obliga a una nueva búsqueda de identidad en un plano de incertidumbre: “... no nos quedamos en que nuestra identidad sea de piquetero, sino algo más amplio, que no sea sólo de desocupados, que no quede encerrado en desocupado piquetero” (Josua, MTD del FPDS).

Este trascender el piquete en el aspecto identitario es una necesidad apremiante para cada vez más grupos de desempleados por dos motivos. El primero es la baja en la efectividad estratégica del repertorio de acción. La consigna del gobierno de Néstor Kirchner de “ni palos ni planes” para las organizaciones que no se incorporaron a su proyecto político ha provocado un dilema para las organizaciones que desgastó la protesta: “Hoy consideramos que el corte de ruta como método se agotó, está agotado y que hay que buscar otras formas de lucha y resistencia” (Diego, referente de un MTD).

¹⁶ Por ejemplo “Soy piquetero”, de Santa Revuelta, u “Olor a goma quemada” de Rafael Amor.

¹⁷ Es el caso de “La pasión del piquetero”, de Vicente Zito Lima.

¹⁸ “¡Piqueteros Carajo!”, es uno de los cánticos que unifica a todas las organizaciones.

Por lo tanto la pregunta es ¿cómo ser piquetero sin hacer piquetes? Es cierto que aún persisten piquetes esporádicamente, pero éstos se realizan con menor frecuencia y duración. La marca de un “antes”, en referencia al periodo 2001-2002 donde el auge de la movilización popular produjo una proliferación de protestas, y un “después” es frecuente en las entrevistas. Por su parte la percepción de deslegitimación y estigmatización por parte de los sectores pensados como “aliados” (trabajadores con empleo y sectores medios), hace reflexionar sobre el recurso de la protesta:

Creo que no se puede construir subjetividad si lo que uno plantea no está legitimado por el conjunto de la sociedad. Por eso para nosotros el tema de los piquetes, para nosotros es importante y no abjuros de ellos pero también nos parece que la repercusión sin claridad puede llevar a ser demonizado. El piquete hay que usarlo racionalmente (Toty Flores, MTD de La Matanza).

La baja de la aceptación por parte de otros sectores sociales del método y el sentido estigmatizante que los medios masivos han asignado a “piqueteros” provocan efectos desintituyentes en el plano identitario. Aunque esto no quita un ápice de la importancia del piquete para la investigación del movimiento de desocupados, sí nos obliga a incorporar nuevas dimensiones a nuestra mirada.

La construcción de un espacio beligerante con relación a la subjetividad de los desocupados que participan en el movimiento tiene al piquete como un eje fundante y articulador. Es verdad que sobre este repertorio se amalgaman otros, como las marchas y los actos públicos que también tienen un impacto subjetivo. Sin embargo, un aspecto importante de la cuestión de la subjetividad y la protesta de los desocupados se encuentra en los piquetes porque allí se inscriben tres interrelaciones que son constitutivas de la subjetividad. La primera es la relación de los grupos manifestantes con las autoridades y su aparición en el espacio público, algo que les otorga visibilidad y el reconocimiento por parte de otros. La segunda es el vínculo vertical entre los sentidos estimulados

por los líderes de las organizaciones y la reapropiación por las bases. La tercera es la relación horizontal que tiene que ver con la experiencia de la protesta y las relaciones entre los participantes de base que también reconstruyen sentidos y, por ende, aportan en el proceso subjetivo.

La dimensión utópica. Acción: praxis y proyecto

La construcción de una subjetividad que encuentre en el sujeto social condiciones para la movilización requiere de la construcción de un proyecto. No nos referimos a los programas formales de las organizaciones, sino a la introducción de una dimensión utópica que es parte de la temporalidad: el sujeto social (donde la influencia de los programas formales se resignifica). La inscripción del futuro en la subjetividad colectiva supone la definición de un campo de factibilidades para la realización de la acción en un horizonte definido. Ahora bien, “la idea del futuro se concretiza en una idea de presente” (Zemelman, 2001: 59), por lo tanto el análisis de las relaciones sociales actuales permite desentrañar las potencialidades del sujeto social estudiado. La posibilidad de elaborar un proyecto es una de las dimensiones fundamentales del sujeto colectivo imbricado en el movimiento social. Si no se instituye un horizonte, una proyección desde dónde posicionarse en el quehacer cotidiano se corre el riesgo de no alcanzar a desarrollar potencialidades de transformación social (Quiroga, 2005). Frente al impacto en las condiciones de sociabilidad, la dimensión del futuro adquiere especial interés, más aun cuando la desocupación (y la precariedad) impregnan de incertidumbre la vida de las personas y afecta sus proyectos de vida (Beccaria, 2002). Esta construcción de la temporalidad particular de los sectores desocupados empobrecidos implicó una ruptura de la dimensión utópica (la cual el movimiento puede restituir).

Se empezó a vivir pensando en la cena de la noche o en el desayuno del día siguiente y los proyectos se empezaron a reducir a muy corto plazo (...) y eso

te quita toda la posibilidad de sueño, de pensar en más adelante, lo único que te queda es pensar en el día a día (Jorge, MTD de La Matanza).

Realmente no sé qué sueño, a veces no sabés por que luchás (...) El principal problema del barrio es el hambre, pero tal vez más no tener una meta, creo que eso es algo muy importante que uno tiene que tener. Ninguna persona se le tiene que quitar eso de soñar (Belén, CCC).

Este aspecto de la restitución de la dimensión de futuro no puede pensarse disociada de la propia construcción de la demanda y de las condiciones materiales. Tanto Jorge como Belén parten del “hambre” para concluir en las consecuencias que estas situaciones tienen en la conformación subjetiva de la temporalidad. Es decir, si, como demostramos, la demanda se articula sobre la necesidad inmediata es pensable que la construcción del futuro se origine en el mismo campo:

yo quería tener a mis hijos como la gente, bien, ese es mi sueño, hasta ahora no lo logro pero es mi ilusión (Anselmo, MTR FV).

Bueno para mí ya no tengo muchos sueños pero para mis nietas sí, un país distinto, donde los chicos puedan estudiar y puedan tener un trabajo digno y una vida mejor que la que tuvimos nosotros (Olga MTD RyV).

Uno de los aspectos más relevantes de la dimensión utópica se asocia al lugar de la producción de imaginarios colectivos movilizantes. La producción de no-lugares, situaciones que se proyectan y que marcan la acción presente es fundamental como inscripción del deseo en el sujeto social. Esto lo demuestran los nombres que los vecinos utilizan para referir a sus emprendimientos comunitarios y sustentados con el trabajo requerido por los planes sociales. Así, nos encontramos con “Volver a Empezar” “Nueva Esperanza” en (MB Octubres) o “Caras Sucias” (FTV), “Rayito de Sol”, “Los Pibes de La Boca”, “Los de Abajo”, “Caritas Felices” o “Arco Iris”, “La Unión”

y “El Sueño” (Barrios de Pie), etc. además de aquellos que adoptan los nombres de los propios barrios y otros de fantasía que tiene que ver con la referencia a los niños, en especial para nombrar comedores y merenderos (tales el caso de “Castorcitos” o “La Sirenita”). Estos emprendimientos se refieren con mayor cercanía a la construcción simbólica de quienes participan cotidianamente en estas actividades. Allí, es significativa una menor carga ideológica o referencia a proyectos sistemáticos que los que encontramos si nos remitimos a los nombres de las organizaciones pero, lo que es más relevante, nos habla de una operación subjetiva vinculada a la construcción de un futuro y un sentido colectivo.

En efecto, la construcción de visiones del mundo alternativas, de imaginarios sociales y de voluntades para la acción se convierte en un lugar de disputa y constitución de antagonismos sociales. Las visiones subalternas y sus imaginarios se enfrentan a sentidos dominantes, y en este plano la subjetividad colectiva involucrada en el movimiento de desocupados efectivamente articula la construcción de una dimensión de futuro. No obstante, los sentidos movilizados que instituyen la utopía no han sido inscritos en proyectos políticos viables para un orden social emancipado. Paradójicamente, la reconstrucción de la dimensión del futuro se expresa en una dimensión muy abstracta (sueños de futuro) y en niveles muy concretos (emprendimientos y proyectos productivos), pero no se desprende una elaboración-apropiación de proyectos de sociedad alternativos.

Esto no le quita importancia en lo que concierne a instaurar la dimensión de futuro puesto que nos habla de la operación subjetiva en términos colectivos que supone “nombrar” un espacio común. Frente a una situación percibida como caída de las certezas y la crisis entre la cosmovisión popular y sus imaginarios y una situación socio-económica que las niega sistemáticamente, este cambio en la temporalidad tiene un fuerte impacto en la subjetividad y construye esos sentidos colectivos que nos permiten referirnos a los procesos heterogéneos de configuración subjetiva colectiva.

Capítulo VI

La constitución de la alteridad

Hasta aquí hemos reconstruido las formas de constitución de la demanda y la subjetividad involucrada en el proceso de movilización. Luego referimos, en el capítulo anterior, los diferentes campos de acción que constituyen el movimiento de desocupados y que tienen especial relevancia en la conformación de la subjetividad colectiva. Ahora es tiempo de abordar un aspecto constitutivo de la conformación de un movimiento social: los sentidos de las alteridades presentes en el campo del conflicto. En ese espacio se construyen las alteridades y se elaboran formas de relacionarse con ellas. En la constitución de la alteridad se ponen a jugar sentidos provenientes de distintos campos subjetivos y con procedimientos de articulación. Sentidos cognitivos se conglomeran con los emotivos en formas de razonamiento como la hipergeneralización, la analogía, la equivalencia. Debido a este carácter constitutivo de los sujetos colectivos, las alteridades se convierten en un espacio para la investigación por su densidad semántica que muestran los sentidos puestos en juego para la construcción de la demanda y la acción colectiva.

La significación de una relación social como daño lleva inscrita muchas veces la identificación del causante, a la vez que de un responsable de resolverlo algo nos indica la configuración de un antagonismo. En este terreno de batalla producido por la significación de la demanda hay un elemento que requiere atención además del otro-enemigo: la existencia en la sociedad de otros grupos (movilizados o no), los cuales son requeridos como aliados o como público y cuya presencia es relevante a la hora de desarrollar la acción colectiva.

Los momentos históricos de la construcción de la alteridad admiten la investigación de las fases de su constitución así como de sus transformaciones en tanto es posible que este entramado adquiera momentos de mayor especificidad y en otros los antagonismos se difuminen. Por su parte, es propio que se formen cadenas de equivalencias o metonimias para elaborar ese campo antagónico. En lo que sigue nos ocuparemos de reconstruir esta dimensión de la alteridad que opera en la formación del movimiento de desocupados.

El gobierno

Las primeras protestas donde comenzaron a participar desocupados, tanto en el sur, como en el norte del país tuvieron como objetivo reestablecer un espacio de comunicación con diferentes instancias de gobierno. Inicialmente, entonces, la demanda se constituyó en una solicitud —plagada de tensiones— al gobierno de restituir las funciones del Estado promotor del bienestar social, a la vez que se le exigía garantizar la atracción de inversiones extranjeras para la generación de puestos de empleo (Auyero, 2002a). El nacimiento de los piquetes lleva inscrita una paradoja en su relación con el Estado. Primero lo interpela en nombre de un daño, de una responsabilidad que el gobierno (especialmente el Ejecutivo) ha descuidado. Con esta primera jugada se le reconoce un estatus a la institución gubernamental y un valor del aparato estatal como instrumento capaz de subsanar dolores colectivos. Sin embargo, segundo, se rebasa la posición del gobierno en una acusación de inoperancia, incapacidad, falta de voluntad y negación del daño producido.¹

¹ El espacio que se abre cuando se identifica al gobierno como el causante de los daños produce una proliferación de equivalencias difusas que es necesario analizar. La primera opera en un nivel de ligar gobierno y Estado. Aunque en un análisis sociológico se podría argumentar que los movilizad@s reclaman a los gobernantes (sus representantes) que administren el Estado de acuerdo a criterios bien-estaristas, en el recorrido de las entrevistas no se evidencia una distinción entre Estado y gobierno.

La demanda de los desocupados frente al gobierno tiene una doble inscripción. Por un lado, la lógica de la protesta social reserva un espacio para la demanda en el sentido de “pedido” y la “solicitud” al gobierno (que deviene en reclamo). En las diversas entrevistas realizadas y las intervenciones públicas de las personas involucradas en la protesta, aparece reiteradamente la referencia a un “olvido” gubernamental de las necesidades objeto de reclamo. Esto legitima la acción directa cuando se verifica el agotamiento de los canales institucionales de peticionar a las autoridades. Pero, además, introduce un aspecto que se relaciona con la definición del responsable del agravio. En este plano, en tanto no atiende los reclamos de las demandas legítimas presentadas por grupos subalternos, el gobierno se convierte en responsable. Desde allí se produce la construcción del gobierno como otro-enemigo. Más allá de los diferentes momentos del proceso de protesta, lo cierto es que desde los primeros piquetes, en 1996, las esferas del gobierno (municipal, provincial, nacional) se vieron como los responsables al no dar respuestas y ocuparon el doble papel de responsable-enemigo e interlocutor válido.² En referencia a la alteridad, esto se manifiesta en la construcción de la culpa. En griego, *aitia* es una palabra que designa los dos sentidos que se pueden reconstruir en la relación del movimiento social con el gobierno: causa y responsabilidad moral sobre un asunto. Los dos sentidos los enuncia Nelly: “Hace unos cuantos años que la cosa viene mal, últimamente es peor. La culpa es del gobierno”; y continúa: “Acá el gobierno es el que nos tiene que dar trabajo, es el encargado si no nos da el gobierno, no sé... ¿quién?”.

Para Nelly no hay respuestas si el gobierno, culpable de la situación, no es quien se hace “responsable” de la situación. Si bien es posible en-

Antes bien parece operar una metonimia en la subjetividad que produce la asignación de sentido que refieren los entrevistados.

² En referencia a los estallidos populares del interior del país Gabriela Delamata refiere que “Los manifestantes en la ruta se dirigen al Estado nacional solicitando su reinserción al mismo” (Delamata, 2002: 130).

contrar una mayor atribución de culpa a la década de los noventa en la figura de Carlos Menem, cabe destacar que opera una equiparación entre las administraciones, al menos hasta Kirchner quien justamente puso en cuestión la metonimia. Esta operación es posible por percepción de los gobiernos de Carlos Menem (1989-1999), la Alianza UCR-Frepaso (1999-2001), y la política de devaluación promovida por Eduardo Duhalde como equivalentes. La consecuencia de esto fue la consolidación de una imagen del gobierno como “culpable” de la situación, ante quien se protesta y se reclama: “Todos los gobiernos son culpables, no es que sea de un presidente, eso ya viene de antes, de hace rato. Nunca llegó a tanto como ahora, pero todos los gobiernos que asumen son culpables. Ahora es más fuerte”; y, en más adelante, el entrevistado asegura: “El presidente y el gobierno le corresponde darnos la solución. No es que no haya guita, ellos lo destinan para otras cosas, se pierden en el camino, se quedan ellos con la plata (Fabricio, MTR- FV).

La misma historia de los responsables de la situación es ampliada por Horacio:

Acá en la Argentina empezaron los militares con los 30 mil desaparecidos que hubo, que una de la parte de la deuda externa que debe la Argentina. Después estuvo Alfonsín que estuvo muy poquito y hubo una superinflación. Después vino Menem que privatizó, vendió todo el país a gente de otros países. A raíz de esto nosotros no tenemos nada que sea del Estado, todo pertenece a empresas privadas (Horacio, MTD RyV).

Y en un mismo sentido se expresa Alicia: “La culpa que estemos así la tienen los gobernantes que hemos tenido, la política. Los políticos que hemos tenido que han arrasado. Han pasado y arrasaron con todo y los pobres siguen siendo pobres” (Alicia, CLP).

Hemos elegido estos testimonios como muestra de la expansión de los códigos de sentidos articulados en la subjetividad colectiva de los sectores populares. Los entrevistados participan en organizaciones con diferencias políticas profundas en su orientación, en particular, en lo

que se refiere a la evaluación del proceso iniciado con Néstor Kirchner en 2003. En efecto, si tomáramos como unidad de análisis a “la organización” deberíamos situar, por ejemplo, al MTR-FV en la vereda opuesta al Comedor “Los Pibes” de La Boca. En cambio, cuando nos proponemos reconstruir los sentidos asignados nos encontramos con configuraciones subjetivas compartidas.

Este proceso de construcción de la demanda y la definición del interlocutor es recordado por un referente de un MTD de Solano:

Cuando empezamos a organizarnos con los compañeros en el barrio lo hicimos, primero pidiendo trabajo. ¿Y a quién le íbamos a pedir trabajo?, al que creíamos, al principio, que era el responsable de darnos trabajo: el gobierno. Después nos dimos cuenta que no era, pero al principio creíamos que sí. ¿Y cómo le íbamos a reclamar trabajo al gobierno?: como estaban haciendo los compañeros, cortando la ruta. Ahí pedíamos alimento, trabajo.

Esta responsabilidad del gobierno en la provisión de “trabajo” es compleja. Primero, porque para el gobierno ofrecer un trabajo inmediato para los manifestantes era técnicamente imposible. Máxime si el desempleo alcanzaba a millones de personas y eran cientos o miles los manifestantes. Sin embargo, no era absurda la protesta debido a que la semántica de “trabajo”, como vimos, excede al puesto de empleo y se inscribe en la demanda por derechos vulnerados y por reconocimiento, por ciudadanía. En la acción se interpela al Estado neoliberal con sentidos propios del Estado de bienestar nacional-popular y se le reclama hacer efectivas sus funciones como garante de la ciudadanía. Lo paradójico es que la misma protesta presta una validez a la órbita estatal para resolver el problema. Es decir, por un lado existen códigos que lo asocian a una culpabilidad en la situación percibida por los desocupados, por otro también se valida la responsabilidad que le compete (y la autoridad reconocida) para la resolución de conflictos. En el acto mismo del reclamo hay una transferencia de legitimidad como el interlocutor válido y con competencia sobre el objeto de disputa. En la

construcción de la subjetividad colectiva permanecen ambos códigos de forma discontinua que se subalternizan en la configuración de acuerdo a las relaciones que se establecen con otros elementos significativos:

Nosotros luchamos para que se vayan todos y que vengan otros nuevos que puedan gobernar mejor y repartir la riqueza del país. Tiene que venir uno nuevo que diga “vamos a repartir la riqueza”, que no se queden uno o dos. Pero tiene que venir alguien nuevo, porque acá vienen todos los de siempre (Anselmo, MTR AV).

La doble inscripción de la demanda en referencia al gobierno tiene implicancias importantes en la acción colectiva y en los alcances del movimiento. En un aspecto podemos decir que, la protesta en el conurbano —y en esto se asemejan a las del interior del país—, busca reestablecer un canal de diálogo con el gobierno. Incluso la acción directa del piquete tiene como fin (que no agota su polisemia) la restitución de canales de comunicación entre representados y representantes. Así se ubica en una de las tensiones irresolubles de la democracia liberal en el terreno de la representación (Laclau, 2005):

Yo reconozco, está bien: molestamos. En eso por ahí el gobierno tiene razón en que dice que nos estamos tironeando entre trabajadores. Por ahí viene una señora que trabaja de doméstica o un hombre que tiene negocio y no puede pasar, ese es el problema. Pero a nosotros nadie nos escucha... el gobierno no nos escucha y ¿entonces? Algo tenemos que hacer (Liliana, MTR-Cuba).

La acción colectiva, entonces, posibilita la visibilidad de un sector al manifestar su desacuerdo por el daño percibido como injusto. Permite construir una posición de enunciación colectiva de los dañados como forma de aparecer en la esfera pública en directa interpelación al gobierno, aunque por equivalencia la aparición interpele al resto de la sociedad. La situación de despojo, por haber perdido el trabajo, se consolida con una percepción de olvido y abandono por parte de los

responsables. Dice Jano: “Para mí la Argentina tiene que ser una patria grande, que nos respetemos todos, que haya trabajo y salud, que nos den lo que precisamos. El trabajito y salud, que no nos abandone el gobierno” (Jano, MTD Solano).

La pertenencia a la Argentina, para el entrevistado, supone el respeto a los derechos, el acceso al trabajo y la seguridad social. La pérdida de este horizonte de integración provoca el sentimiento de abandono por parte del gobierno. Por lo tanto, la acción colectiva es un recuerdo de la existencia. Es la presencia de los que parecen no contar en el orden social o que no quieren contar tal como son contados, como dice Rancière (1996). Que no quieren los nombres que se les atribuyen. Que se niegan a los espacios a los que fueron segregados y por eso se movilizan hacia otros lugares (rutas, puentes, plazas) a la vez que redimensionan sus propios espacios territoriales. Dice Ariel con mayor furia:

El enemigo son todos los caraduras que hoy están bien y gobiernan para el capitalismo, para empresas líderes y se olvidan de nosotros. Nunca un barrio, nunca la gente, el pueblo, siempre nos reprimen por el lado de la ignorancia y nos reprimen en los puentes y en las calles. Nosotros estamos olvidados (MTD del FPDS).

Es interesante que luego de una enumeración de agraviantes y el esbozo de un antagonismo a partir de introducir la identificación de dos campos, por un lado el poder (representado por el gobierno, el sistema y las empresas), y por otro el campo popular (compuesto por el barrio, la gente, el pueblo), su lapidario final remite al olvido. El olvido por parte de la sociedad de una de sus partes constitutivas, que en la acción recuerda su sufrimiento, su existencia. No es casualidad la presencia del significativo “pueblo”, porque sin pueblo no hay democracia (Laclau, 2006). El olvido que denuncia en su accionar el movimiento es también el olvido de los principios básicos de la democracia, algo que ya demostramos a partir de la referencia a la Constitución Nacional en la legitimación de la protesta.

En una manifestación de abril de 2005 frente al Ministerio de Trabajo de las organizaciones más confrontativas con el gobierno nacional, Román decía: “Nosotros venimos a ver si nos pueden aumentar el plan a unos pesitos más porque lo que nos dan no alcanza. El gobierno sabe muy bien que no nos alcanza. Pero somos concientes nosotros que el gobierno no puede hacer mucho tampoco, no es que el gobierno no quiera abrir fuentes de trabajo sino que está tan difícil... tan difícil” (MTD-AV).

Román identifica una situación que excede al gobierno, aunque este tiene la voluntad de hacerlo. Por el contrario, la disposición del gobierno es puesta en duda por Analía:

Es necesario que haya un cambio de gobierno pero que mire hacia los pobres (...) yo le reclamo al gobierno que nos dé trabajo principalmente, con un sueldo digno. El gobierno si quiere lo puede hacer pero no lo hace porque no quiere. Mientras tanto nosotros seguimos en la lucha (MTR-FV).

Mientras que en una posición intermedia se encuentra Mariela, participante de base de una organización alineada con un partido de tendencia trotskista:

[...] nosotros venimos para reclamar trabajo digno, a ver si el gobierno por lo menos sienta cabeza y dice “vamos a tratar de cambiar el país y darle a esta gente trabajo digno o alguna otra ayuda, para que no salgan tanto a la calle”. Si se pone el gobierno yo creo que es posible que la cosa cambie, yo creo que el gobierno puede (Mariela, FTC).

Los testimonios son reveladores. Aunque tengan una visión distinta de la voluntad del gobierno, en todos los casos reconocen la responsabilidad de las autoridades. Esto, evidentemente, legitima el lugar gubernamental, a la vez que le exige la implementación de políticas destinadas a atender el reclamo. Es aquí donde, en el marco del reconocimiento del gobierno, aparecen diferencias en un plano sobre la

confianza de que sea el gobierno de Kirchner el que repare la situación de daño. A pesar de la distancia sobre la evaluación del gobierno de Kirchner, que no es un dato menor, es imperioso reconocer que la estructura argumental no varía. Los pobres —pueblo-Argentina, por la equivalencia— han sido despojados, han sido abandonados y olvidados. Hasta aquí el acuerdo. La discrepancia de evaluación surge a la hora de significar el proyecto iniciado por Kirchner, si es parte de la misma equivalencia o la ha roto para integrar otra.

De lo anterior se desprende que el gobierno en la subjetividad popular no es por “naturaleza” un enemigo, se convierte en tal cuando incumple sus promesas o, mejor expuesto: fractura las expectativas puestas en que se implementen políticas orientadas a atender a los sectores populares. Por lo tanto es posible que emerjan sentidos heterogéneos y contradictorios. Esta significación de la esfera gubernamental es planteada con todas sus aristas por Jano:

Nosotros luchamos contra la burocracia, para que la riqueza del país se distribuya equitativamente. Y contra la corrupción, el presidente de ahora empezó con la izquierda y ahora se va para la derecha, empezó bien y ahora está alejado (...) El problema es la presión internacional. El gobierno está metido en una mafia tremenda. Es difícil que un gobierno cambie, fijate lo que pasa en Cuba, el tipo se la bancó como cuarenta años, y acá es difícil. Pero acá es difícil, que el gobierno dé algo porque son todos iguales, es difícil que el Estado nos dé algo (...) Yo no sé cuál es la solución, eso le corresponde al gobierno. El gobierno si quiere puede, pero lo que pasa es que no lo dejan (...) Yo no sé como hay que hacer, eso lo tienen que hacer los técnicos que son los que saben. Eso lo tienen que hacer los ministros de Trabajo, los ministros de Economía que saben (Jano, MTD Solano).

El código de sentido hipergeneralizado de “los políticos son corruptos” se cruza con la defensa de la responsabilidad estatal de atender a los sectores más desprotegidos. Asimismo aparece el saber hacer como valioso y legitimante de la toma de decisiones. Este código es propio del

neoliberalismo cuando se legitimaron las tecnocracias. Así, continúa Anselmo: “Yo no sé cómo se reparte, pero lo único que digo es que se reparta en partes iguales. Yo no sé, eso tiene que venir de la gente de experiencia para saber cómo se hace, pero si creo que tiene que ser en partes iguales y no que se lleven todo los políticos”.

La asunción de Kirchner produjo una movilización de códigos de sentido aún más heterogéneos y contradictorios. La articulación en su discurso de demandas y lenguajes propios de los movimientos sociales como una crítica al neoliberalismo, recuperación del rol del Estado, no criminalización de la protesta y cuestionamiento al FMI, por ejemplo, produjo una fractura en el orden de los significados para el movimiento de desocupados, en particular los que se refieren al rol del Estado (Muñoz y Retamozo, 2008). A las distintas orientaciones ideológicas de las organizaciones, se le sumó un gobierno que disputó demandas a los desocupados. El discurso kirchnerista procuró romper con la cadena que lo equiparaba con anteriores gobiernos a partir de una reestructuración del campo simbólico en un “nosotros-pueblo-gobierno” frente a un “ellos-vieja política- neoliberalismo-FMI”.

La movilización de los sentidos asignados al “gobierno” responde a las discontinuidades propias de los entramados simbólicos en el imaginario subalterno. Es la huella de la propia historia de los sectores subalternos en tanto en Argentina “el Estado es identificado siempre como principal interlocutor de las clases populares” (Marklen, 2004: 1). En el movimiento de desocupados, la historicidad de la subjetividad subalterna puesta en juego para significar las relaciones sociales, ha generado una primacía de la imagen del gobierno como alteridad frente a la cual se articula la protesta en el doble plano antes referido.

La policía

Un movimiento social que propone como uno de sus repertorios de protesta la acción directa (el piquete) y la producción del conflicto, ne-

cesariamente se vincula con las fuerzas de seguridad que funcionan como agentes del orden social. En este aspecto la relación del movimiento de desocupados y éstas, en particular la policía, constituye un espacio analítico muy importante para reconstruir la subjetividad colectiva al condensar sentidos valiosos para nuestra investigación.

La intervención de las instituciones represivas se origina en que el piquete como repertorio disruptivo produce un conflicto legal (entre el derecho a la protesta y el derecho al libre tránsito).³ En los piquetes realizados en el interior del país (Cutral C6, Tartagal) fue la gendarmería la que intervino por tratarse de rutas nacionales las que fueron cortadas. Por su parte, cuando el foco del conflicto se ubic6 en el Gran Buenos Aires las fuerzas de seguridad encargadas de actuar en los hechos de protesta social fueron la Polici6 Bonaerense y la Polici6 Federal Argentina.⁴ Los sectores pobres del conurbano tienen mayor interacci6n con la primera, la cual tiene en su historial una tradici6n de violencia represiva que, claro, tuvo su punto m6s alto en su accionar en la 6ltima dictadura militar, pero que —como denuncian organismos de derechos humanos como el CELS—⁵ no se ha desmantelado con la vuelta a la democracia en 1983.⁶

La significaci6n de la polici6 tiene tres grandes n6cleos que se relacionan pero que adquieren primacía diferente en los casos concretos. Primero, en un nivel m6s abstracto, las fuerzas de seguridad son significadas como brazo armado del orden social encargado de la represi6n y el disciplinamiento. Por otro lado, aunque vinculado al anterior, la polici6

3 “En toda manifestaci6n callejera siempre se interrumpe inevitablemente el tr6nsito, provocando así una colisi6n entre dos valores jur6dicos: el de las personas a circular y el de los habitantes a reclamar por sus derechos. Recientemente la C6mara Nacional de Casaci6n Penal en un fallo hizo lugar al planteo de la defensa entendiendo que el corte de ruta celebrado como manifestaci6n de reclamo pacífico es un derecho constitucional y no un delito” (CELS, 2002b: 9).

4 La Federal tiene injerencia en la ciudad de Buenos Aires y la Polici6 Bonaerense en la Provincia de Buenos Aires.

5 Centro de Estudios Legales y Sociales.

6 Un informe de la UNICEF, publicado en el diario *P6gina/12* el 30 de mayo de 2005, revela que la instituci6n policial es identificada por los chicos y j6venes argentinos de distintos grupos sociales como la principal causa de violencia hacia ellos.

como ese agente que produce la violencia en los barrios populares en el Gran Buenos Aires y se asocia al negocio de las drogas, la prostitución, el juego clandestino y otras formas delictivas (Dutil y Ragendorfer, 1997; Ragendorfer, 2002). Un tercer eje se refiere al sentido de la policía como la encargada de garantizar la seguridad de la ciudadanía y protegerla.

Estos tres sentidos se entrelazan y traslapan, se articulan y combinan según el tipo de configuración particular que se construya. La concepción de las fuerzas de seguridad como agentes del orden social que tienen la función de —aparato coercitivo— proviene de códigos cognitivos y es presentada con diferentes grados de elaboración en los discursos. El sentido que vincula la policía con la situación represiva en los barrios populares combina códigos emotivos y cognitivos pero se semantizan a partir de una carga que produce el sentimiento de odio, principalmente en los jóvenes. Ambos planos de sentidos son condensados en las consignas creadas por los manifestantes, en particular en las del FPDS, en distintas marchas en las que fuimos testigos durante nuestro trabajo de campo:

El policía es un botón/ con un fierro y una chapa/ defiende a los que tienen plata mientras el pueblo va a prisión/. Mano a mano vamos hacer/aunque vengan con bastones/porque son unos cagones y los vamos a correr.

Esto muestra que el proceso de construcción de la policía como —otro— supone un código cognitivo (las fuerzas de seguridad tienen la función de preservar los intereses de los sectores dominantes), no obstante se conjuga este código en una configuración con otras codificaciones provenientes del campo emotivo. Así se entiende la introducción del elemento vinculado a la asignación de cobardía hacia los agentes de seguridad. Otro aspecto destacable de la consigna antes expuesta es la presencia de elementos propios de la jerga futbolística que se refieren a la relación entre las hinchadas de los equipos.⁷ Esto, lejos de ser un dato anecdótico,

⁷ Allí, el verbo “correr” refiere a la acción de huir cuando un grupo (los simpatizantes de otro equipo) supera en número, fuerza o arrojo a los de otro.

es una muestra de la reconfiguración de códigos anclados en la cultura y movilizados en formas subjetivas subalternas. Con respecto al sentido emotivo de la construcción del otro tenemos varias referencias, tanto de los entrevistados para este trabajo como en medios de comunicación masivos o publicaciones de las organizaciones. El caso de las consignas y las publicaciones requiere de una precisión: mayoritariamente están elaboradas por los dirigentes de las organizaciones y marcan la orientación deseada u oficial de las mismas. Esto hace aún más relevante reconstruir, el lugar de la recepción y la resemantización por parte de los participantes de base, la cual se da en diferentes espacios. Entre ellos, uno eminente es en el ejercicio de la acción disruptiva en donde el control del espacio y las funciones de —seguridad— son realizadas por los manifestantes. En palabras de una de las referentes del MTD de Solano:

Es que en los barrios hay mucha bronca con la cana.⁸ Entonces eso en los piquetes se refuerza. Tenés el poder.⁹

En el piquete la relación con la cana es otra. Hay otra autoestima y eso genera un orgullo de querer hacerte cargo. Los pibes encuentran en el piquete y en el Movimiento una identidad social. Son algo. Son piqueteros. La marginación permanente, el patrullero en el barrio, en una esquina, todo eso se invierte. Tiene un sentido. El piquete es nuestro territorio. Ahí vos estás con la cara tapada y con el palo, cara a cara con el milico que tenés enfrente y le decís “yuta puta”. Le decís en la cara que es un hijo de puta. Eso te da un sentido de integración, de dignidad (Marcelo MTD AV).¹⁰

El testimonio se refiere al cántico de una consigna: “A ver a ver/ quien dirige la batuta/ si el pueblo unido/ o el gobierno hijo de puta/ yuta¹¹ puta!”

8 Policía.

9 *Clarín*, 1 de agosto de 2002.

10 Testimonio de Marcelo Bouzas, recogido en MTD (2003: 30).

11 Policía.

que diversas organizaciones entonan cuando se enfrentan a operativos policiales que frecuentemente les impiden el paso en las manifestaciones. Allí también puede observarse la equivalencia entre “el gobierno” y la policía”.

En las más de veinte marchas y piquetes que hemos observado especialmente para esta investigación pudimos adentrarnos en la construcción de sentido que excede lo lingüístico y se vinculan a los lenguajes corporales, la distribución del espacio y la constitución de una geografía de la protesta que aporta a la construcción del antagonismo. Evidentemente, en el momento de la acción de confrontación inmediata los sentidos con la policía emergen con radicalidad. Éstos combinan códigos cognitivos y emotivos. Dice Bini del MTD AV, —compañera de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, asesinados el 26 de junio de 2002 en una manifestación—:¹²

Cuando veo a la policía ahí (señala el cordón policial) siento mucha impotencia, mucha bronca, son muchas sensaciones que son indescriptibles, todo lo que uno siente cuando uno está adelante, cuando está agitando, es indescriptible lo que se siente. Con el paso del tiempo nos fuimos tranquilizando pero seguimos teniendo ese sentimiento adentro y más que nada mucha impotencia.

Esta situación de antagonismo de los manifestantes con las fuerzas de seguridad es constantemente señalada por la prensa masiva: “La mística se alimenta con el odio. Y la Policía es uno de los dos principales enemigos del piquetero”.¹³ La siguiente es una transcripción de una página del cuaderno de trabajo de campo fechado el 26 de junio de 2005:

Mariela no tiene más de cuatro años, el pelo largo y lacio. La cara tiznada por haber jugado entre el humo de los neumáticos encendidos. Un rabioso

¹² La entrevista fue realizada sobre el Puente Pueyrredón y a pocos metros del lugar del asesinato de los jóvenes manifestantes. Asimismo, en el paredón más amplio bajo el puente las dos enormes figuras de Darío y Maxi, nos miraban desde un mural.

¹³ Diario *Clarín*, 1 de agosto de 2002.

chupetín de caramelo dejó huellas por sus cachetes. Corre por el piquete como si fuera la calle de su casa, como si fuera su casa. Corre burlando la mirada atenta de la abuela Elvira e incluso birla los cordones de seguridad de las organizaciones piqueteras que ponen hombres y mujeres con palos formando una disciplinada línea que separa las huestes piqueteras de las tropas de seguridad de la Policía Federal. La escena ocurre sobre lo más alto del Puente Pueyrredón. Marielita mira por entre las piernas de sus “compañeros” formados y divisa divertida las tres filas de policías, la infantería, los carros hidrantes y de asalto, perros y caballos. Se ríe. Me pregunto qué pasará por su cabeza, en términos teóricos: qué códigos de sentidos estará movilizando para dar significado a ese exceso de semántica de la situación. Me sorprende con su mirada, me saca del papel de investigador y me interpela. Ahí, en el puente me cuestiona risueña e imperativa “y vos ¿Le tenés miedo a la policía?” Yo miré el panorama ciertamente aterrador, el cielo encapotado de la tarde de julio hacía más temerario el escenario, eran ahora mis esquemas que buscaban interpretar la escena... pero no me dejó contestar “el que le tiene miedo a la policía es un cagón” dijo lapidaria, seria y mirándome a los ojos. Sólo la rapidez de su sentencia me impidió esbozar una respuesta con la que habría caído sin dudas bajo su calificativo.

Mas allá de lo ilustrativo del caso referido, lo que nos interesa señalar es el proceso de construcción de sentidos y de configuraciones subjetivas en los espacios de interacción como los piquetes. El desplazamiento y la movilización de códigos que comparten los sectores populares, en general los jóvenes (y los niños), son una muestra de la relevancia de las acciones en la construcción, tanto de un terreno de protesta como de una alteridad con la cual enfrentarse. El código de sentido que moviliza Marielita, y que en repetidas ocasiones fuimos testigos de sus compañeros, proviene de un campo emotivo. Además de lo cognitivo, es una cuestión de valentía, de identidad reafirmada en un “otro” que está parado firme, de uniforme y enfrente. Lo que a su vez nos lleva a identificar la presencia de los sentidos estéticos con los que sea enfrentan los manifestantes. El orden es representado por impecables uniformes azules y rasurados oficiales, la demanda es escenificada con una desalineada

proliferación de colores, cabellos largos. El orden representado por el silencio tenso de las fuerzas de seguridad, el desorden por los cánticos, los redoblantes, las voces.

Esta construcción del antagonismo moviliza códigos subalternos contruidos en planos que no se remiten exclusivamente a una práctica propia del movimiento (el campo político), sino que responde de la vida cotidiana y ámbitos de sociabilidad como son las salidas a locales bailables y los estadios de fútbol. Matías tiene 20 años y hace tres que participa en el MTD de Almirante Brown ahora llamado “Darío Santillán” en homenaje al militante asesinado. Se desprende de la cabecera de la manifestación y aún con su palo para hacer la seguridad en la mano comenta:

Sinceramente, cuando veo a la cana me dan ganas de darle un garrotazo. Pero tengo que contenerme porque sé que vengo en conjunto con los compañeros y tengo respeto por ellos. Porque sé que si yo me mando una de esas, perjudico toda la organización. Siento impotencia, la verdad, de tener a la mayor parte de los asesinos de nuestros compañeros y más me toca recientemente por el tema de Darío y Maxi. Darío era de mi barrio, y ahora ahí viven los familiares. Es una impotencia tremenda porque son los mismos que te pegan cuando caés en cana, o en los barrios te meten en cana por ser piquetero, te cagan a palos y no les interesa un carajo.

El relato de las pasiones de Matías es interesante. Hasta él fuimos conducidos por los encargados de prensa de la organización, por reunir los requisitos de ser un participante de base y haber —entrado en un interesante proceso de formación—, según palabras de los referentes. Esta doble característica permite reconstruir el espacio del sentir. El deseo de agredir a la policía como respuesta a una historia de represión sufrida corporalmente y constituida imaginariamente. No obstante, la formación política le produce al entrevistado la disciplina para contener su deseo de ejercer la violencia directa sobre los agentes del orden social. Esto refuerza la idea de que los jóvenes movilizan códigos cogni-

tivos y emotivos para significar a la policía como una alteridad, pero lo hacen, más que por ser el aparato represivo del Estado, por la violencia directa a la que se ven sometidos en la vida cotidiana.¹⁴ Las situaciones de tensión con la policía contribuyen a acentuar el antagonismo, al ocupar los jóvenes las posiciones de vanguardia y retaguardia en las columnas de manifestantes, y por estar éstos apostados en las líneas que delimitan los piquetes.

A diferencia de los cuadros de conducción que ponen en juego un análisis desde premisas teóricas enmarcadas en determinadas ideologías que atribuyen una función a las fuerzas de seguridad, los participantes de base, especialmente los jóvenes, construyen sentidos también desde un campo emotivo; por eso los referentes con la policía son “odio”, “bronca”, “impotencia”. No obstante, en tanto los desocupados van ganando en experiencia en el desarrollo de acciones directas y en la diferenciación de roles en la organización hay una reconfiguración, aunque no desaparece la raíz emotivo-confrontativa en la configuración subjetiva. A su vez, hay otra forma de construir la alteridad por parte de la subjetividad subalterna. Ésta tiene que ver con una carga cognitiva en referencia al lugar de la policía pero que, además, nos conduce hacia otro significado de la alteridad en cuestión:

Sentís una gran impotencia. (...) Los policías sí, son el enemigo porque cuidan al gobierno no a nosotros. Ellos dicen que cuidan a la sociedad... ¡las pelotas! Cuidan a una parte de la sociedad y no a nosotros. Y que ellos están lavados de la cabeza... así... si tienen que reprimir a la madre o a la madre lo van a hacer porque los mandan (Marisa, MTD AV).

- 14** “También es cierto que entre los más jóvenes había a quienes, sin demasiado análisis, no les disgustaba la idea de enfrentarse con la policía. Son pibes marginados, ninguneados o reprimidos por tomar una cerveza en cualquier esquina del barrio o por portación de rostro” (MTD, 2003: 29-30). En el mismo sentido dice un referente: “Los encargados de la seguridad de los participantes suelen ser los mismos jóvenes que en los barrios sufren día a día, día tras día la marginación, la discriminación y la violencia policial” (Jorge, del MTD Solano) Participación en la Universidad de la Serena, Chile, 8 de noviembre de 2002.

La impotencia es originada en la frustración. La policía no cuida a la sociedad sino a una parte de ella, a la parte asociada al poder (los que tienen plata y el gobierno). Sin embargo, la policía “debería” cuidar a la sociedad, en consecuencia el reclamo se construye ante la falla en el cumplimiento del rol social de protección a la comunidad. Es decir, en lugar de ofrecer seguridad se orienta a reprimir. Eso es lo que dice Marcela:

En este país hay demasiadas cosas que están mal. Una es la policía por ejemplo, son corruptos y no te dan seguridad a tus hijos, ni a nosotros mismos. Ellos vienen y te reprimen, no les importa quien seas, si hay chicos o mujeres. A ellos los manda el gobierno a reprimir en lugar de darnos seguridad (MST-TV).

El deber de la policía de ser garante de la seguridad no es cumplido a juicio de la entrevistada, puesto que son corruptos y están al servicio del gobierno. Esto supone una doble inscripción de la relación con la policía análoga a la que observamos en el caso del gobierno pero que, debido al encuentro inmediato de la protesta, se intensifica.

La situación biográfica incide fuertemente en la asignación de sentidos con referencia a la policía. Mientras que los jóvenes mantienen una posición de alteridad beligerante, las mujeres con hijos a cargo tienden a reclamar a la policía el cumplimiento de su función como tal. Josua, analiza con suma precisión esta situación:

[...] la relación con la cana es de conflicto, principalmente de conflicto. Pero el tema más complicado es que ha entrado muy fuerte el tema de la seguridad.¹⁵ Es decir, la gente misma del barrio pide mano dura o “a esos chorros hay que matarlos” enseguida cuando pasa algo se piden más patrulleros (...) Si bien hay casos de gatillo fácil, la mayoría ve bien que la policía esté muy metida en el barrio (...) En el corte es un poco distinta porque hay más enfrentamientos.

¹⁵ Para un análisis de la relación de la policía y la inseguridad véase Dammert y Malone (2002).

Nosotros desde que salimos vamos seguidos por policía, desde el tren hasta cuando llegamos a Capital. Ahí si se ve quién está de cada lado.

La situación de protesta se conjuga con el miedo que generan los dispositivos de seguridad, especialmente porque como forma de disuasión incluyen operativos conjuntos de varias fuerzas (Policía Federal, Prefectura, Gendarmería, Policía Bonaerense) y la utilización de caballos, perros, carros de asalto e hidrantes. Por eso, refiere Mariela: “A veces tengo miedo. Veo la policía y tengo miedo, a veces por lo que pasó de la represión en el Puente con lo de Kosteki y Santillán, esos chicos. Yo sé que salgo pero no sé si vuelvo, a veces me da miedo” (Mariela, FTC).

En suma, la relación que se establece entre los desocupados y la policía cuando están en acciones de protesta se redimensiona con respecto al barrio. Muchos de los jóvenes que participan de los movimientos han tenido problemas legales y esa relación de antagonismo se resignifica agregándole una dimensión política. En el caso de las mujeres con hijos a cargo la resignificación de la policía se produce como un reclamo del incumplimiento del deber. Es decir, mientras que no ofrecen seguridad en el barrio (“no te cuidan”) la policía significa como corrupta por el abandono de su función legítima, en la manifestación se sitúan como alteridad-enemiga, frente a la cual se puede temer, pero también demostrarse el valor de estar en la protesta.

Asimismo, existe un cuarto espacio, subordinado, de construcción de alteridad con la policía el cual origina al percibir que quienes están enfrente también provienen de los sectores populares. De esta forma la policía oscila también en ser un agente enemigo, a ser una parte del “nosotros, los pobres” cooptado por los sectores dominantes. Al respecto se refiere Óscar de 24 años y participante del MUP: “Con la policía yo pienso que es una pelea de pobres contra pobres... ¿o vos crees que ganan una fortuna? Los mandan, les lavan la cabeza a los ratis,¹⁶ pero al final es una pelea de pobres no más”.

16 Policía.

A la misma situación Miguel la evalúa de manera opuesta:

No te creas que son muy distintos a nosotros éstos (los policías), pero por lo menos a ellos les pagan, a nosotros nos pegan, (se ríe) eso es... por lo menos a los milicos les pagan, tienen obra social... a nosotros la cana nos pegan, los mandan, claro porque ni piensan éstos (más risas) (Miguel, MTD AV).

La policía como alteridad no tiene una significación unívoca. La atribución de sentidos depende, más que en otros casos, tanto del contexto de enunciación como de la situación biográfica propia de los entrevistados y las características de grupos de pertenencia.

Los políticos, la política: entre partidos y punteros

El tipo de acción colectiva y participación que define un movimiento social los sitúa en una relación especial con otras formas de participación política más institucionalizadas como son los partidos políticos. La relación de los desocupados con los partidos políticos puede distinguirse analíticamente en tres grupos: la vinculación con la estructura clientelar (y los punteros), especialmente del Partido Justicialista; la construcción imaginaria de la partidocracia referida como “los políticos” y el vínculo establecido cuando es un partido el que orienta políticamente a la organización de desocupados. Entre ellos hay continuidades y rupturas.

La impronta territorial del movimiento de desocupados lo involucra en la interrelación con las redes clientelares (Farinetti, 1998b; Auyero, 2001a y 2003, Delamata, 2004). Es un hecho que estas redes —más o menos informales— de asistencia social han sido (entre otras cosas) un instrumento político. Más allá de esto, nuestro interés radica en sumergirnos en las dimensiones subjetivas de la relación de los desocupados con las redes clientelares y los partidos políticos que se origina en que allí se registra una construcción de la alteridad. En efecto, la inscripción territorial de los desocupados los sitúa en un campo cruzado por las

redes clientelares. Esta relación con el clientelismo clásico es de especial atención, tanto por la persistencia de estos vínculos en el conurbano como por su incremento en la década de los noventa. Las redes clientelares son espacios para procesar demandas sociales de forma más o menos informal, no obstante, la demanda por “trabajo” excedió la capacidad de captura de estas redes. Aunque es necesario reparar que la expansión de la demanda no acabó con los mecanismos clientelares (Auyero, 2001a), no es menos cierto que éstas se sobrecargaron y, en parte, saturaron. La escasez de recursos frente a la demanda hizo aún más evidente funcionamientos clientelares significados como ilegítimos debido a la informalidad en la asignación de recursos que sitúa a las personas “beneficiarias” ante arbitrariedades, discrecionalidades, incertidumbre y la recepción de la ayuda regida por tiempos electorales.

Frente al tradicional monopolio de las redes clientelares políticas, la emergencia de otras experiencias subalternas para procesar y construir demandas sociales produjo disputas y tensiones. La presencia de las organizaciones de desocupados se volvió más conflictiva cuando éstas pudieron obtener la gestión de ayuda social. Allí, el desafío al control territorial se volvió en algunos casos intolerable para las estructuras de poder locales y se produjeron hechos de violencia. Aunque es cierto que en cada distrito la relación entre las organizaciones de desocupados y las redes clientelares ligadas al municipio varía y depende de tipos de liderazgos y experiencias históricas.¹⁷ Gabo, referente del MTD RyV dice: “La primer disputa fue con la municipalidad, con los punteros que les costó aceptar que haya otro interlocutor en el barrio... que administre planes y que no vayan a cortar el pasto a la casa del puntero y eso lo logramos a base de enfrentarlos”.

17 Por ejemplo, mientras que en Lanús la tradición caudillista del mandatario local Manuel Quindimil signó una relación de conflicto permanente, en otros partidos como en La Matanza donde la presencia de organizaciones populares históricas, organizaciones de desocupados y redes clientelares han superado una etapa de confrontación permanente para pasar a una convivencia aunque no exenta de conflictos (Grimson *et al.*, 2003; Merklen, 2005).

Es necesario no confundir los niveles de análisis: mientras las organizaciones, efectivamente, enfrentan las redes clientelares tradicionales, muchos de los participantes de base han tenido participación como intermediarios o como clientes. Es decir, es posible reconstruir un proceso discontinuo de ruptura con las redes clientelares tradicionales:

Los punteros, es lo que siempre pasó, los años que yo tengo de noción es que ellos cuando necesitan un voto recién se acuerdan de nosotros (...) los políticos te reusan. Se acuerdan de que vos tomás frío en la época de votaciones, que te llueve tu casa o que no tenés que comer. Se acuerdan en la época de elecciones cada tres años (Marisa, MTD AV).

Marisa produce en su discurso una equivalencia frecuente, se desplaza desde los “punteros” a “los políticos” y destaca el vínculo instrumental (la lógica “favores por votos”).¹⁸ El “desencanto” con las redes clientelares es una constante en los relatos de nuestros entrevistados, esta experiencia de arbitrariedades y ejercicios de poder por parte de los intermediarios atraviesa la subjetividad y embebe las prácticas de los desocupados. Así lo rememora Jano, participante de base del MTD de Solano:

Yo estaba en una unidad básica, hacíamos afiliaciones y trabajábamos en la construcción en villas. Pero cuando se terminó lo de la política no nos dieron nada. Nos habían prometido trabajo, pero nada. Cuando se acabó la política se acomodaron ellos y nos dejaron afuera. Por eso yo desconfío, cuando me hacen promesas no confío mucho (...) Yo tuve una mala experiencia con los punteros, así que no creo mucho (Jano, MTD Solano).

El entrevistado remite su incredulidad también a las organizaciones de desocupados, aunque participe en una de ellas, dice que hasta ahora no le han fallado pero que por las dudas se mantiene alerta. Esta

¹⁸ Según la expresión de Auyero (1997).

decepción con las redes clientelares dimensionan la participación y los códigos movilizados en la experiencia de integrar organizaciones de desocupados: “Estuve en el peronismo y en el radicalismo y acá es distinto porque se aprende a luchar y a defender lo que el gobierno nos quita día a día” (Analía, MTR FV).

El testimonio sintetiza varios elementos. El primero, no hay en la mayoría de los barrios más que dos partidos (peronismo, es decir el Partido Justicialista, y radicalismo, la Unión Cívica Radical). Segundo, la relación con los partidos es principalmente inmediata, a través de las experiencias con los militantes (punteros, intermediarios) de esas organizaciones arraigados en los barrios. Tercero, hay una representación de la pasividad de la participación en los partidos y sus redes clientelares, a la vez que una valoración positiva de la actividad que supone el movimiento (luchar, defender). Cuarto, la participación en el movimiento facilita la resignificación de la situación del cliente como vulnerable y sometida a los designios arbitrarios de los intermediarios: “Acá es distinto, no es como con los punteros que te forrean, te usan. Te dan algo para las elecciones y después nada más. Acá la gente que viene y ve que con la lucha se consiguen cosas, bolsones, planes, y se consiguen las cosas luchando que es más digno” (Maciel, CCC).

Nuevamente, este accionar clientelario es identificado como parte de “la política” y con rasgos de arbitrariedad, discrecionalidad y corrupción (Auyero, 2003). La equivalencia de punteros-política y corrupción opera de un mismo modo desde los planos más locales hasta la órbita nacional a partir de una operación subjetiva de hipergeneralización y analogía. Mumi cuenta, en este eje, su experiencia: “Nosotros nos juntamos con los vecinos para hacer algo porque la situación esta difícil, para los chicos sobre todo. Entonces una vecina propuso ir a la municipalidad y fuimos. No nos dieron nada de bola... todo es política ahí”.

La relación con las redes clientelares y los partidos políticos presentes en el territorio es constitutiva de esa alteridad necesaria en un movimiento social. No obstante, en el caso de los participantes del movimiento de desocupados en esta relación se produce un desplazamiento

que impugna la legitimidad de la red clientelar, la cual es, además, resignificada por la participación. La territorialidad de los desocupados y la densidad de las redes hacen que el contacto sea frecuente. Un vecino “puntero”, el comedor de tal partido, o de la misma Municipalidad y las luchas por la obtención de votos, van tejiendo redes que producen relaciones sociales que pueden ser reconfiguradas como soporte de la acción.

La relación de las organizaciones con una “subjetividad clientelar” que embebe prácticas cotidianas es un elemento relevante para la conformación del movimiento. Pero en el plano de la construcción de la alteridad (y por lo tanto de una identidad) las redes clientelares tradicionales se conforman como un espacio con características particulares puesto que una importante cantidad de los entrevistados han participado de ellas, a la vez que abierto un espacio de resignificación.

El público general: los sectores medios

La relación del movimiento de desocupados con los estratos de clase media se construye, por un lado, a través de la prensa que elabora una “opinión pública” que atribuye a “la gente”. En este sentido se expande la idea de que “los piqueteros tienen de rehén a la gente” como enunció un líder de la derecha vernácula desnudando un argumento donde los manifestantes no ingresan en la categoría de gente. Por otro, los manifestantes se encuentran cara a cara con otros sectores en sus movilizaciones y allí perciben que aquellas muestras de solidaridad del 2001-2002 que se sintetizaba en la consigna “Piquetes y cacerola la lucha es una sola” se transformaron en condena posteriormente. Este cambio en los posicionamientos impacta en el reconocimiento y es reconstruida por Anselmo con cierto enojo:

Antes con eso del corralito, que les dejaron la plata en los bancos y que no podían sacarla; ahí la gente media cuando nosotros salíamos a la calle, salía

tocando la olla, golpeando los platos y la cacerola. La gente nos tiraba papeletos, nos aplaudía, nos daba agua fría, nos saludaba y gritaba. El verdulero sacaba la fruta y le daba a los chicos, nos daban un paquete de galletitas. A partir de ahí, cuando ellos consiguieron sacar su plata del corralito, la gente media está en contra de nosotros, ahora están en contra de nosotros. Porque ellos ya no nos necesita, porque piensa que nos pueden usar.

Josua, uno de nuestros informantes calificados es claro al respecto:

En este momento hay una muy mala relación con los sectores medios. Se ha instalado mucho eso de que cortar la calle es un delito, que sos un vago y que no dejan ir a trabajar a la gente. Eso hace que tengamos una muy mala relación. La relación con alguien que te cruza por la calle, un taxista o alguien que se sube en el subte, en el mismo que viajamos nosotros, es muy mala. No se animan a prepotearnos porque somos muchos (risas), pero es muy fuerte y que afecta mucho a los compañeros. El hecho de salir a la calle y que te insulten o que te miren mal. Eso cambió muchísimo, en un primer momento era todo lo contrario. Salir a la calle era re grosso, era algo digno. Me acuerdo en un momento era un orgullo salir a la calle, aparte de sentirte dueño de las cosas. Subíamos a un colectivo y que nos lleve, tomábamos un tren y viajábamos. Hoy tenemos que pedir permiso al colectivero y si no quiere llevarte te bajás, o en el tren te tienen esperando media hora y te dan dos vagones para viajar todos apretados. Los medios ayudaron a instalar esa cosa de deslegitimar a los piqueteros.

La movilidad de códigos por parte de los sectores medios es un tema poco estudiado pero el cuál no corresponde trabajar aquí. Para los fines de nuestra preocupación es importante destacar el impacto en el ámbito del reconocimiento que “afecta mucho a los compañeros” como dice Josua. Esto evidencia la búsqueda de estimación y nos orienta en una construcción de la alteridad diferente a los casos anteriores (gobierno, policía, punteros). No obstante, la relación en la actualidad presenta una dificultad que deviene de la condena de unos

sobre otros, durante el trabajo de campo hemos sido testigos directos de esta situación.¹⁹ Por el lado de la subjetividad de los desocupados, a pesar de la relación de conflicto con ribetes de antagonismo, se busca construir un espacio intersubjetivo de entendimiento:

Antes de putearnos ellos deberían ponerse en lugar nuestro. La gente va viendo con el tiempo las cosas que están pasando, si nosotros salimos a la calle es porque tenemos que reclamar las cosas. A lo mejor la gente se siente molesta porque cortamos ruta y todo eso, pero con el tiempo nos da la razón” (Análía, MTR FV).

Esto posibilita que la construcción de los desocupados hacia los sectores medios no sea de enemigo, sino de público cuya aprobación se procura atraer. Algo que parece no ocurrir a la inversa. La búsqueda de consenso con los sectores medios llevó a algunas agrupaciones ya en el año 2001 a implementar modificaciones en su accionar. Como se recordará, una de las polémicas que se materializó en los referidos Congresos Piqueteros de aquel año tuvo como eje la conveniencia de atraer el con-

19 Fechado el 26 de julio de 2005 dice nuestro cuaderno de campo: “El operativo policial impidió a los manifestantes del mtd Aníbal Verón y del fpds el corte total del Puente Pueyrredón (llamado el puente “nuevo”). En represalia los manifestantes cortaron el “Puente Viejo”, distante a 150 metros del anterior. Con esto se bloqueó por completo el principal circuito de conexión entre la Capital Federal y el Conurbano Sur. En la bajada del puente viejo en el lado a la ciudad de Buenos Aires, se fueron acumulando automovilistas y taxistas. Durante varios minutos los importunados conductores emitieron quejas, principalmente interpellando a los oficiales que habían cruzado un patrullero para evitar el contacto de los manifestantes con los conductores. Frases como “hay que matarlos a todos”, “negros haraganes”, “hay que ponerles una bomba” se escuchaban. Los más enardecidos reclutaron unos 10 o 12 hombres de mediana edad para “correr a esos piqueteros de mierda”. Sucedió que desde la perspectiva de los automovilistas (porque el centro del puente está más elevado) se apreciaba un cordón de unos 20 manifestantes incluyendo mujeres y algunos chicos. Poco podían sospechar que a 150 metros la columna de desocupados congregaba a unos mil manifestantes. El impulso de “cagarlos a palos” que profería un rubio taxista de unos 35 años se transformó en un pedido “por favor” dirigido al responsable del cordón piquetero al descubrir la abrumadora mayoría, quien sólo le respondió “acá no pasa nadie”, con lo que el irascible taxista regresó hasta su coche profiriendo insultos en voz baja.

sentimiento de los sectores medios. Esto implicaba no hacer cortes totales y evitar el uso de capuchas y palos. Tiempo después, sectores que en el 2001 se negaron a descubrirse el rostro, revieron su posición en vistas a una necesidad de conseguir reconocimiento de la legitimidad de su reclamo, y evitar la represión: “Nosotros nos planteamos en un momento dejar de usar palos y capuchas, no andar con la cara tapada ni con los palos, eso tiene que ver con buscar consenso en la sociedad” (Josua, MTD-FPDS).

El esfuerzo de los dirigentes se orienta a obtener nuevamente, si no el apoyo, al menos la comprensión de los sectores medios. Una muestra concluyente de esta búsqueda es la “Carta Abierta del Frente Darío Santillán a la Sociedad”²⁰ difundida el 23 de septiembre de 2005 donde se intenta una pedagógica explicación de los cortes de puentes que los días 26 de cada mes se realizan en conmemoración del asesinato de Kosteki y Santillán. A partir de preguntas retóricas como ¿por qué cortamos el puente?, ¿no podemos implementar otra forma de reclamar justicia? o ¿sirve para algo?, el objetivo es ofrecer respuestas que construyan consenso en lo que, curiosamente, se denomina “la sociedad”, que se performa como una alteridad con quien se establece un diálogo:

Ahora vemos que la sociedad no acuerda con nuestros métodos. Y bueno, pero creemos que es parte de un proceso. Obviamente tenemos a los medios masivos en contra, que genera desprestigio en nuestras organizaciones. La legitimidad, nosotros la conseguimos en el trabajo cotidiano” (Juanjo, MTD del FPDS).

Más allá de las vicisitudes de la relación de los sectores medios y los desocupados es necesario rescatar que en un trasfondo de entendimiento intersubjetivo estos últimos buscan reconocimiento. Por lo tanto, la construcción de la alteridad, en este caso, se sitúa en un intento de construir un “nosotros” más amplio (por ejemplo, nosotros “el pueblo”) donde los sectores desocupados y los sectores medios se articulen.

²⁰ El texto completo puede consultarse en www.prensadefrente.org/pdfb2/index.php/2005/09/23/p513 (visitado en noviembre de 2005).

Los “otros” trabajadores

La autopercepción de los desocupados los remite a una inestable triple inscripción: desocupados, trabajadores y pueblo. Esto lleva a la identificación y una interlocución con los otros trabajadores que son vislumbrados como los “ocupados”. Básicamente se pueden identificar dos espacios de interacción de los desocupados con otros integrantes de los sectores populares. El primero se erige sobre el momento de la disrupción promovida por el acto de protesta. El segundo tiene que ver con el barrio y las acciones de matriz comunitaria que las organizaciones desarrollan. En gran medida la tematización de una alteridad situada en el momento de la protesta está motivada por la acusación de los medios de comunicación de que el accionar piquetero cercena el derecho a trabajar de los transeúntes que se dirigen a sus labores. Esto sitúa a los desocupados a ofrecer razones de su accionar:

Sobre todas las cosas, yo le pido perdón a la gente a la que le puede molestar esto, pero si yo no hago esto tengo que salir a robar, porque tengo dos hijos yo. Y primeramente no estoy preparado para salir a luquear²¹ a nadie. Y menos a un trabajador que por ahí gana 200 pesos más de lo que cobro yo con el Plan. Porque eso es ser un hijo de mil puta, es no pensar en los demás, es pensar solamente en mí. Más de una vez he dicho que nos disculpen por salir a cortar una ruta y romperle las pelotas al trabajador ocupado (Miguel MTD AV).

El espacio de solidaridad de clase se expresa en los desocupados que piden comprensión a los otros trabajadores. La significación de la protesta reclama el ejercicio del pensamiento cotidiano que Schütz (1995: 42) llamó “la idealización de la intercambiabilidad de los puntos de vista”,²²

²¹ Luquear: pedir con exigencia e insistencia dinero en la calle a alguien que se supone cuenta con recursos. También se usa como “robar”.

²² “... presuponemos un ‘Nosotros’. Pero este nosotros no nos incluye solamente a usted y a mí, sino también a ‘cualquiera que sea uno de nosotros’, es decir a todo aquel cuyo sistema de significatividades esté sustancialmente (suficientemente) en conformidad con el suyo y el mío” (Schütz, 1995: 43).

esto es la suposición de que el campo intersubjetivo compartido con los otros les permite a otro “ponerse en mi lugar”:

[...] cuando alguien se arrima y nos dice que somos violentos, yo les pregunto qué harían ellos si se quedan sin laburo, qué harían ellos (Anselmo, MTR).

Por ahí la gente que nos crítica no ha padecido hambre o no sabe lo que es tener un hijo que te diga “necesito un cuaderno para estudiar” y tener que decirle “no tengo”. Creo que esa gente no entiende eso y no lo sabe, porque tiene un laburo. No digo que no lo tengan, pero tendrían que entendernos también a nosotros. Porque estamos luchando por lo que nos corresponde a nosotros y pensamos que es justo (Matías, MTD-FPDS).

Esto vale especialmente para aquellos con los que se admite un espacio intersubjetivo común. Esto especialmente se dirige a los sectores asalariados ocupados (aunque también puede utilizarse para interpelar a las clases medias: comerciantes, estudiantes, profesionales) a los que retóricamente se invita al ejercicio de resolver el dilema “qué harían ustedes si no tienen para darle de comer a sus hijos”:

La gente que pasa nos putea. Yo entiendo que la gente que trabaja se enoje y nos putee porque le cortamos la calle. Pero ellos tienen que entender que nosotros queremos un trabajo para ser como ellos. Tendrían que apoyarnos como nosotros apoyamos a los que despiden o que luchan por un sueldo mejor” (Mariela, FTC).

El imaginario de la integración social mediante el puesto de trabajo reaparece en la significación que los desocupados tienen de los ocupados. El deseo produce identificación (“queremos un trabajo para ser como ellos”). La incomprensión de los otros trabajadores es atribuida a no haber experimentado la situación del desempleo y sus consecuencias de desafiliación.

En el plano de las organizaciones algunos líderes promueven la “unidad de los trabajadores” (tal es la consigna que se corea en actos donde participan trabajadores ocupados “comisiones de fábrica”, la mayoría vinculadas a partidos de izquierda). Aunque la política de alianzas cambia de acuerdo a la orientación ideológica de las organizaciones (otras hablan de unidad del campo popular), estas movilizaciones conjuntas generan experiencias en los participantes de base. Bini, que es un cuadro territorial de 24 años, analiza:

Nosotros hace tiempo que nos estamos planteando el tema de la unidad con los trabajadores ocupados porque nosotros nos consideramos trabajadores, también. Para nosotros era muy importante eso, que de a poco se está dando. Vos ves que los trabajadores ocupados se levantan y pelean pero que no lo hacen con el sindicato.

La expansión de los conflictos salariales sostenidos por trabajadores tanto del sector público como privado impactó en la significación que de estos tienen los desocupados. Sobre este punto, Edgardo, explica:

Es un tema medio jodido, esa gente afortunadamente tiene trabajo y nosotros estamos pidiendo trabajo. Ahora estamos en una situación que antes no teníamos que es que tenemos contactos con gente que tiene trabajo (se refiere a comisiones internas en huelga). Sobre todo cuando ellos entraron en paros y huelgas, por ejemplo en el hospital Garrahan entonces los medios y el gobierno les empezaron a decir que ellos eran los culpables que se mueran los chicos y todo eso. O lo mismo con los del subte. Cuando a ellos les pasa entonces nos comprenden más, tal vez el que antes puteaba ahora nos entiende.

Por su parte, la inserción territorial de los grupos de desocupados en los barrios populares provoca un contacto con otros vecinos de similar condición socio-económica que no son militantes o colaboradores con la organización; en tal sentido, establecer relaciones con los otros se transforma en una forma de buscar consensos. Por ejemplo,

los militantes del MTD de La Matanza, que no superan los 25 miembros activos, calculan que por el centro comunitario del barrio “La Juanita” circulan diariamente unas 500 personas entre los padres que llevan a sus hijos al jardín de infantes, la feria que se desarrolla en su interior, las consultas médicas, la panadería y otras actividades. Algo similar sucede con la “Fábrica” del MTD Resistir y Vencer que incluye una textil, una fábrica de cerveza y un centro cultural en Wilde, o las múltiples actividades del comedor “Los Pibes” en La Boca que van desde un “café-cultural” hasta una carpintería y una boca de expendio de los bienes producidos por los desocupados. Esta interacción permite desmitificar la imagen que los medios masivos presentan de las organizaciones de desocupados, aunque esto se dé a partir de relaciones mercantiles devenidas de la compra de productos de los micro emprendimientos (panaderías, huertas, etc.). Con estas actividades los desocupados que participan en las organizaciones buscan vincularse con el resto de sus vecinos repolitizando el territorio. La nueva territorialidad de los sectores populares en Argentina ofrece un entramado de relaciones sociales y una posibilidad de estas experiencias comunitarias. En este punto, la búsqueda del consenso, de la comprensión y de validar el campo intersubjetivo es aún más evidente cuando se trata de relacionarse con otros trabajadores.

Los medios de comunicación

En las sociedades contemporáneas, con altas densidades de información, el papel de los medios de comunicación como ámbito de conformación del orden social y elaboración de sentido es fundamental. En este contexto, un movimiento urbano, como el de desocupados, inserto en una cultura de masas no puede ser inocuo a la influencia de los medios de comunicación. Más aún cuando mucha de la efectividad del repertorio de protesta se jugó en la repercusión que las acciones disruptivas ocuparon en los medios masivos. La eficacia para concitar la

atención y así obtener visibilidad situó al movimiento en una relación particular con la gran prensa. Si bien aquí no nos ocupamos de analizar el tratamiento que los diversos medios de alcance nacional hacen del movimiento,²³ sí nos interesa la recepción y la significación subjetiva que los desocupados hacen de los discursos de los medios. En general, los manifestantes batallan con una idea de los medios dominantes que, en la actualidad, asocia “piqueteros” a “violencia” y que ha contribuido a los problemas de consenso social que evidenció el movimiento de desocupados en los últimos años. Esto opera en la subjetividad de los desempleados, en primera instancia, con un cruce de sentidos, por un lado identificar una alteridad especular en los medios y, por otro, adscribir su funcionalidad a la perpetuación del orden social.

Uno, los medios siempre están para el otro lado, no tiran para el pobre. Porque estuvieron de moda los secuestros, estuvieron de moda... no sé... tantas boludeces. Estuvieron de moda “porque hay secuestros express en todo el país”, “están robando en todos lados”, “la ola de inseguridad” me entendés. Ellos siempre están defendiendo algo con una postura política. A nosotros también nos tiraron mierda y dijeron ¿cómo éstos cortan la ruta? (Miguel, MTD AV).

Miguel identifica la operación de los medios masivos para instalar una agenda de temas y presionar en una definición de los sentidos que se atribuyen. La equiparación de los piqueteros a “violencia” y “delito” (cfr. Lenguita, 2002b: 57), por un lado, y la ola de inseguridad que desde la subjetividad instala el deseo represivo, por el otro. Esta descalificación por parte de los medios produce una apropiación desde significados emotivos:

Te da bronca que vos estés trabajando en el comedor todo el día para darle de comer a los chicos y te saquen en la televisión que los piqueteros hacen lío y

23 Al respecto puede consultarse Gordillo (2002) donde la autora realiza un análisis del discurso con referencia a los desocupados tomando dos diarios de tirada nacional (*La Nación* y *Página/12*).

no dejan ir al trabajo. Nunca dicen quiénes fueron los que cortaron y quiénes trabajamos todo el día. Es injusto, te da una bronca bárbara (Mumi, MBP).

En un reportaje meses antes de su muerte, Darío Santillán, una de las víctimas fatales de la represión del 26 de junio de 2002, se refería al tema desde su experiencia de militante:

Nosotros necesitamos que eso se difunda, que no sólo somos un movimiento de desocupados que tiramos gomas en la ruta, juntamos gente y salimos a cortar, que tenemos un trabajo real y queremos que se difunda... con los pocos grupos que se han acercado hasta ahora hemos tratado de reflejar eso más que nada, aunque a veces está más interesados en el fuego de las gomas que en la construcción real de la organización que es lo que más cuesta todos los días. Así que yo creo que, por ese lado, los grupos alternativos de difusión pueden ayudarnos en ese sentido, que se difunda lo que es realmente, lo que se está trabajando, la formación, las discusiones en los ámbitos de los movimientos, el crecimiento que tienen los movimientos realmente” (Dario Santillán, MTD Lanús).²⁴

Durante los meses de trabajo de campo hemos sido testigos de la búsqueda de escenificación de la protesta a través de los medios masivos (aunque también de los medios llamados “alternativos”). Así, vimos incrementar el fuego de los neumáticos para contentar a un camarógrafo del canal “Crónica”, o repetir la “salida a jugar” de los chicos del jardín de infantes de una organización porque “estaría mejor una toma de lo que a la gente le gusta ver: chicos jugando”, según palabras del asistente de producción de uno de los canales más importantes.

La dependencia conflictiva respecto a los medios de información masivos llevó a las organizaciones a implementar formas de comunicación propias. La construcción de páginas web se ha sumado como he-

²⁴ Audio de Indymedia Argentina: <http://argentina.indymedia.org/news/2002/06/34048.php>. Visitado en abril de 2005. La entrevista fue realizada el 21 de enero de 2002.

ramienta a las clásicas formas de difusión del boletín, el periódico y la revista. No obstante, la participación en estas producciones está mediada por los dirigentes quienes establecen poderes de veto y, en general, la participación de los propios desocupados en la construcción de los medios de difusión es escasa. Esto produce una mayor dependencia de estos sectores con la prensa masiva,

[...] nosotros estamos acostumbrados a que la derecha maneje todos los medios. Son pocos los medios que sacan las cosas como son. Por eso tenemos disciplina para no darle ninguna excusa para que nos peguen. Eso pasa mucho con canal 9 que no saca que nosotros hacemos trabajos todos los días, o que tenemos acuerdos con los vecinos del Puente Pueyrredón para cortar en horarios que a ellos no les moleste tanto. Eso los medios no lo salen a decir. Nosotros como organización no confiamos en los medios” (Edgardo, MTD AV).

Basta con encender el televisor y sintonizar los canales masivos, especialmente en los programas de mayor televidencia para percibir el sentido ominoso que se construye sobre los desocupados. Apelativos como “chusmas”, “cabecitas negras”, “descamisados” o “grasas” o “indio”, son frecuentes de escuchar en contra del “piquetero” como intento de descalificar personas o actitudes. Esto generó, como veremos en su momento, la puesta en dilema de la identidad de los participantes en el movimiento de desocupados. En referencia al papel hegemónico de los medios de comunicación y con sensibilidad sociológica, dice Suly: “Los medios de comunicación quieren vender y lamentablemente, digamos, el que tiene un laburo, labura todo el día y cuando llega a la casa lo primero que hace es prender un televisor y chupar y mamar ese discurso que tienen los medios de comunicación” (MTD-FPDS).

Sus palabras identifican el lugar de la lógica empresarial-mercantil de los medios masivos, su función en la construcción de hegemonía, las formas de control del tiempo del trabajador ofreciéndole bienes de consumo con carga ideológica y la apropiación por parte del sujeto para incorporar los códigos elaborados por los medios a la subjetividad. Es

cierto que esta construcción de subjetividad afecta, principalmente, a los sectores subalternos que no participan del movimiento. Sin embargo, la forma de lidiar con el discurso oficial mediático genera, frecuentemente, la necesidad de establecer fronteras internas al movimiento. Esto supone admitir que hay una verdad parcializada en la información producida por la prensa, con lo que se realiza una operación de introducir diferencias al interior del movimiento.

Mucho del desprestigio que tenemos es culpa de los medios. Ellos ponen lo que quieren, ocultan una cosa y muestran otra. Por ejemplo, en un momento parece que Castells fuera el “movimiento piquetero”. O si no se agarran de quilombos que hacen organizaciones chicas con poca gente están todo el día con eso, que los piqueteros hacen quilombo. A veces hacemos movidas grandes de miles de personas y como son pacíficas no las sacan por la tele y parece que no existen. Muestran sólo cosas que al sistema le conviene y mucha gente se cree eso, tienen mucha influencia (Maciel, CCC).

La mirada del otro es constitutiva de la identidad, de allí la importancia de los medios de comunicación masivos en la conformación del movimiento de desocupados. La tensión entre obtener visibilidad y consenso a través de los medios, y los mensajes de descalificación de los mismos pone a los desocupados en un dilema que tiene aristas políticas. En la conformación de la subjetividad y puesto que son ámbitos que producen y reproducen sentidos, el lugar de los medios de masas es de suma relevancia identitaria y política.

Los empresarios

Las demandas sociales se construyen de manera subjetiva revistiendo de sentido una relación social o acontecimiento. En este aspecto, el “trabajo” como demanda no lleva *per se* una definición de alteridades, sino que éstas dependen de la historia de la subjetividad de los sectores subalter-

nos. Tal vez eso nos oriente en la comprensión de la relación construida por los desocupados con los empresarios, es decir, con el capital. Lo que para muchos son el sujeto que lucha contra el capital (Dinerstein, 2001), los desempleados, ha tenido, desde su origen, una relación paradójica con los capitalistas. Precisamente el “piquete” tuvo su ignición en la caída de un contrato con una empresa extranjera de fertilizantes en Cutral-Có. Es decir, no hay una antinomia con los empresarios en los comienzos especialmente en el Sur, aunque en Salta la confrontación con las empresas sea mucho más fuerte debido a la composición de los manifestantes y la radicación de empresas privadas. No obstante, es lógico que esta relación se vaya modificando a medida que la subjetividad se reconstruye y se acomodan las asignaciones de causas de la situación: “Acá en este país lamentablemente, las grandes empresas y los empresarios se llevaron y vaciaron este país, pero éste es un país muy rico” (Katy, CLP).

Esta asignación de responsabilidad habilita las acciones colectivas identificando como una alteridad a las empresas y los empresarios. No obstante, en el conurbano bonaerense, a pesar de ser el cordón industrial más importante de la Argentina, se han registrado escasas protestas contra empresas privadas. Especialmente, y hasta el año 2001, éstas se han remitido al pedido inmediato de alimentos a los hipermercados y no hacia las industrias solicitando “trabajo”. Otras acciones tendieron a obtener garrafas de gas ante refinerías de petróleo más algunos hechos aislados de movilización a la Sociedad Rural para solicitar animales con el fin de abastecer emprendimientos agropecuarios e industriales.²⁵

Asimismo, y en el marco del desgaste del piquete urbano como forma de confrontación, algunas organizaciones buscaron precisar el destinatario del reclamo situándose frente a empresas como Repsol-YPF, Trenes

²⁵ La mayoría de los desocupados se volcó a dos rubros: el textil (confección de ropa en general y de guardapolvos) y el alimentario, donde las panaderías son las estrellas. Hacer pan es un negocio muy elegido porque los insumos son baratos y la venta segura. Compran la harina en los lugares tradicionales, buscando el mejor precio, pero también hay organizaciones que suelen conseguirla con movilizaciones a los supermercados o a la Sociedad Rural (Laura Vales, *Página/12*, 2 de febrero de 2004).

de Buenos Aires, Massalin Particulares, las cuales fueron destinatarios de cortes frente a sus instalaciones por parte del BOP en el llamado “piquete a las ganancias”²⁶ (Svampa y Pereyra, 2005: 361). Por su parte, grupos alineados con Néstor Kirchner se movilizaron en su apoyo cuando se produjeron conflictos entre el Ejecutivo y las empresas privadas. La primera se originó por el aumento de combustibles decretado por Shell y la respuesta del presidente de un boicot, que los movimientos interpretaron como un llamamiento a la acción directa.²⁷ Otra tuvo lugar en medio de una puja entre el gobierno y las empresas privatizadas de agua que solicitaban el aumento de las tarifas, allí organizaciones de desocupados identificaron a las “privatizadas” como representantes del proyecto neoliberal de la década de los noventa incluyéndolas en el campo del “enemigo”.²⁸ Algo similar sucedió en noviembre de 2005 cuando piqueteros alineados con el gobierno nacional bloquearon los ingresos al supermercado Coto, con cuyo dueño, Alfredo Coto, Kirchner había tenido días antes una controversia por el aumento de los precios al consumidor.²⁹

En este punto conviene hacer una precisión. Los líderes de las organizaciones identifican claramente a las grandes empresas como “la oligarquía”. Dice un comunicado del MTR-Cuba, en su página web:

Esta reconversión entraña un ajuste presupuestario a la medida del FMI y del Banco Mundial, pero también mucho más que eso. Son la Sociedad Rural,

²⁶ Laura Vales, diario *Página/12*, 14 de junio de 2004.

²⁷ *Página/12*, 11 y 14 de marzo de 2005. Las organizaciones que participaron del piquete boicot a Shell fueron: FTV, Barrios de Pié, MTD Evita, y el MTD Resistir y Vencer, entre otros.

²⁸ *Página/12*, 22 de marzo de 2005. Las agrupaciones que movilizaron se inscriben en el arco de apoyo al gobierno (Barrios de Pié, FTV, FB-19, Octubre). No obstante también las empresas privatizadas han sido objeto de piquetes por parte de otras organizaciones enfrentadas con el gobierno como la CTD-AV y el MTL.

²⁹ Diario *Infobae* y diario *Clarín*, 29 de noviembre de 2005. Edición de Internet. Las organizaciones que participaron del bloqueo fueron el FB-19 de diciembre y la Agrupación Martín Fierro. La referencia relevante en esta acción colectiva se vincula con una asociación que los líderes hacen con la modalidad de agitación sindical. Así se refiere un dirigente a la acción “piquete de denuncia, será una volantada como se usaba en las fábricas” (Infobae).

la Cámara Argentina de la Construcción y la UIA (Unión Industrial Argentina), entre otras centrales empresarias las que foguean la desaparición de los planes. Quieren manos libres para contratar en horarios extendidos, en negro y bajo importes de indigencia. Lo prueba el hecho que el 53% de los nuevos empleos no son registrados y su promedio de \$200 (*Clarín*, 14/3/05).

Lo mismo refiere la FTV a “Los Grupos Económicos concentrados”,³⁰ no obstante, perderíamos la visión del proceso de construcción de la subjetividad si asimilamos este discurso de los líderes con la asignación de sentido de los sectores subalternos. La reconstrucción del proceso de asignación de sentido nos lleva, por ejemplo, a observar una distinción operada por los entrevistados entre “comerciantes” y “empresarios”. Con los primeros se busca establecer un campo intersubjetivo y de consenso. Con respecto a la frecuencia de los cortes del puente que afectan la actividad comercial de la zona, los participantes refieren: “Nosotros, para estar acá, hoy tuvimos un acuerdo con los comerciantes de Avellaneda” (Miguel, MTD AV).

La difusa identificación del gran empresariado como alteridad, y su escaso reconocimiento como un actor de peso en el bloque hegemónico, sitúa a la subjetividad subalterna frente a limitaciones. A diferencia del conflicto de la clase obrera clásica que en el modelo argentino disputaba con los empresarios con la mediación del Estado, en la reconfiguración de las situaciones estructurales de clase existe un cambio de esta relación. Por otro lado, hace aún más relevante el nivel de antagonismo con el gobierno. La demanda por “trabajo” supone, también incluir a las empresas en ese reclamo porque la imagen del trabajo protegido tiene un pilar en la “fábrica”, sin embargo la construcción de la subjetividad beligerante ha privilegiado una relación de interacción con el Estado por sobre los empresarios.

³⁰ Intervención pública del referente de la FTV, Luís D’Elía el 18 de abril de 2004. ACTA, agencia de noticias de la CTA: <http://www.cta.org.ar/NewsPub/Archives/3/5-2004.shtml>

Las otras organizaciones: los "otros" en el "nosotros"

La multiplicidad de organizaciones de desocupados produce una coexistencia en el campo de protesta. La relación entre las bases se distancia de las polémicas frecuentes entre los líderes de las organizaciones. Sin embargo, los lugares en que se ubicaron las organizaciones en el proceso político y las acciones colectivas que se desarrollan en el marco de otras organizaciones es un elemento que solicita sentido por parte de los participantes. Una dicotomía instalada a partir de 2003, entonces, opera en muchos relatos "están con el gobierno" o "contra el gobierno"; una muestra más de la importancia de la definición del antagonista en los procesos de construcción de los sujetos sociales. La fugacidad de los alineamientos³¹ (sobre todo de alianzas entre organizaciones) no ha permitido afianzar solidaridad de los participantes de base con respecto a otras organizaciones. No obstante, una operación recurrente consiste en distinguir los dirigentes y las bases, puesto que hay una tradición común, espacios compartidos, subjetividades compartidas con los participantes de base de otras organizaciones: "Atrás de la dirigencia de las organizaciones que están con el gobierno hay compañeros que son igual que nosotros, nosotros no los vemos como enemigos porque el dirigente va a una política que va en beneficio de sí mismo" (Marisa, MTD AV).

Existe otra división que no se opera sobre la alineación política sino por los grados de violencia. En respuesta a la agenda que se forma desde los medios de comunicación, como hemos visto, se pone a los desocupados frente a la necesidad de distinguir piqueteros buenos y malos, verdaderos y falsos.

Los piqueteros verdaderos, los piqueteros verdaderos no somos agresivos. Ninguno somos agresivos. A veces dicen que nosotros tenemos agresividad

31 Es cierto que algunas alianzas culminaron en fusiones (por ejemplo, el MTR y la Cuba) no obstante ha predominado la inestabilidad de los acuerdos. El que mayor nivel había alcanzado (el de la FTV con la CCC) se fracturó con la asunción de Kirchner, y organizaciones que se reivindicaban "hermanas" ahora se ubican una en el oficialismo y la otra en la oposición.

porque usamos el palo. Nosotros usamos los palos para defender a nuestros compañeros, nada más. No salimos a la calle para agredir a nadie. En eso hay piqueteros... y piqueteros digamos (Anselmo, MTR AV).

Nosotros no hacemos quilombo, hay piqueteros que hacen quilombo pero nosotros no. Nosotros vamos pedimos lo que necesitamos. Vamos siempre, si no nos dan, volvemos a ir y otra vez, y volvemos hasta que nos dan (Pancha, MBP).

Esta distinción desde las bases, no depende de la orientación ideológica de la organización (Anselmo pertenece a una opositora al gobierno, mientras que Pancha a una oficialista), sino de poder resignificar con códigos éticos un discurso elaborado por los medios masivos, como hemos visto.

Consideraciones finales sobre la alteridad

En nuestra discusión teórica hemos referido la importancia de la alteridad en la conformación de los movimientos sociales. Asimismo, identificamos que los códigos movilizados para significar a otros actores pueden provenir de diferentes campos. En la estructura argumentativa de la demanda “trabajo” e inscrita en la historia de la subjetividad subalterna encontramos una primera alteridad. La equivalencia Gobierno-Estado en el contexto del campo de conflicto adquirió, como vimos, dimensiones complejas, tensiones y paradojas. Además, la operación que equipara como responsables (a partir de la metonimia por contigüidad de los gobiernos de Menem, De la Rúa, Duhalde) adquirió una nueva dimensión frente al ejercicio retórico de ruptura elaborado desde la asunción de Kirchner que pone en cuestión tal equivalencia.

Por su parte, la radicalidad potencial de los métodos de protesta de los desocupados hace que encontremos en las fuerzas de seguridad una alteridad. Allí se evidencian diferentes sentidos que responden a las características de los entrevistados (y su experiencia colectiva), a los contextos

de enunciación y los diversos códigos de significación presentes en la cultura popular. Las redes clientelares también son espacios de construcción de alteridad, allí éstas se equiparan con sentidos atribuidos a “los políticos” y “la política” a partir de una operación subjetiva de hipergeneralización que significa la relación clientelar como corrupta.

Las referencias a los sectores medios nos permiten reconstruir los diferentes momentos de la subjetividad y el cambio de los sentidos a través del tiempo en la construcción de la alteridad. En particular, por el impacto que significó cierta adhesión (el reconocimiento) de los sectores medios los primeros meses del año 2002 y luego una condena. Al igual que lo que sucede con los sectores medios, con los trabajadores ocupados la operación de los desempleados busca instalar un campo intersubjetivo común donde esos “otros” puedan reconocer a los damnificados, los valores y se solidaricen o, por lo menos, no los condenen. En este plano de la mirada del otro y el reconocimiento, hemos referido la influencia de los medios de comunicación dominantes que construyó una figura del “piquetero” asociado a la violencia y al peligro al orden social. Si bien los participantes han significado a los “medios” como miradas que deforman la “realidad de los desocupados”, también es cierto que los llevó a introducir una distinción entre piqueteros “buenos” o “legítimos” y una difusa idea de “otros” piqueteros a quienes se deslegitima.

La construcción de las alteridades como producciones simbólicas nos habla de las configuraciones subjetivas, tanto de su dinámica y movilidad, como de su historicidad y su potencialidad, para instituir un campo de antagonismo. Al dar cuenta de la dimensión de la alteridad hemos avanzado en la reconstrucción de la subjetividad y el sujeto colectivo implicado en el movimiento de desocupados en Argentina.

Capítulo VII

Reflexiones finales. Subjetividad popular y disputa por el orden social

El movimiento de desocupados en Argentina es un caso de resistencia en (y a) las drásticas consecuencias del neoliberalismo, su acción es una respuesta construida en (y frente) a las condiciones a las que los sectores populares fueron compelidos en el orden social. En este trabajo se ha indagado en el *cómo* y *por qué* fue posible esta experiencia de los desocupados, a partir de la pregunta por la subjetividad colectiva, la conformación del sujeto y el movimiento social. Esta reconstrucción del sujeto colectivo implicado en el movimiento de desocupados nos permitió —por ser condensador-constructor de historicidad—, además, una entrada a procesos históricos-políticos subalternos. Ahora bien, quisiéramos finalmente abordar la pregunta por la relación del sujeto con el orden social, su lugar en la disputa y en la transformación de la sociedad, sus alcances y limitaciones.

El orden social neoliberal en Argentina trastocó espacios de constitución de los sujetos populares, asimismo modificó los modos de dominación al crear nuevos tipos de relaciones de poder, al tiempo que reforzó otros existentes. Los sectores subalternos asistieron a un proceso de inclusión al orden de dominación desde lugares diferentes a los que tradicionalmente habían ocupado. Esta recomposición de la hegemonía fue acompañada por una operación ideológica tendiente a reconfigurar el plexo de sentidos construidos históricamente y fue acompañada por la producción de subjetividades acordes a la reproducción del orden social. En efecto, la formación hegemónica neoliberal no puede reconstruirse completamente sin atender al proceso en que el orden social produce subjetividades. En el caso que nos interesa esto

se plasma en el proceso de interpelación-producción-reconfiguración de las subjetividades subalternas al atravesarlas con códigos provenientes de la lógica del mercado: consumo, competencia, individualismo. Mientras la desorganización de la experiencia cotidiana avanzó desestructurando y reestructurando tanto material como simbólicamente la vida cotidiana, construyendo, así, un nuevo orden social hegemónico, se produjo una subjetividad “sujetada”, constituida con los significados dominantes. Subjetividad que, en el caso de los desocupados, llevaba a percibir la situación del desempleo como una culpabilidad individual, una “falta” sólo imputable a la responsabilidad personal o el azar.

El proyecto neoliberal construyó consensos a comienzos de los años noventa que fueron elementos básicos de su hegemonía, desde allí desarticuló los intentos de movilización de las organizaciones populares y obstruyó la producción de nuevos sujetos sociales. Esto no quiere decir que no existieron voces disidentes y oposición al modelo dominante, sino que la fragmentación de las luchas y su carácter defensivo generaron una derrota de los movimientos en pugna, a la vez que la hegemonía dificultó la creación de otros novedosos. El neoliberalismo, por entonces, parecía una gran máquina que podía aplastar todo a su paso. En este contexto emergen las preguntas por el *cómo* y *por qué* fue posible la experiencia de movilización colectiva y organización popular en este contexto signado por la experiencia de dominación neoliberal.

Hemos visto como hacia mediados de la década, desde diferentes lugares se elaboraron demandas y construyeron acciones colectivas tendientes a impugnar el lugar que el orden social asignaba a determinados grupos. Primero desde las castigadas economías del interior emergieron los incipientes síntomas de la crisis. Esta serie de protestas sitas en el interior del país abrieron un debate sobre las consecuencias de un modelo económico que había sido presentado como exitoso. Las “puebladas”, aunque no lograron transformaciones en el orden social neoliberal, fueron antecedentes valiosos para experiencia de organización posteriores al articular tradiciones de lucha (especialmente sindicales) para producir acción en el nuevo contexto. Esta disrupción colectiva

provocó, por un lado, la ampliación de grietas y fisuras en el discurso hegemónico al erigirse como la respuesta a ciertas “consecuencias” del orden social. Pero, a su vez, aportó en la construcción de formas de confrontación, forjando y templando armas eficaces para la protesta social, especialmente el piquete, mientras las asambleas se erigían como forma legítima para tomar decisiones colectivamente vinculantes.

A mediados de la década de los noventa, en los territorios del conurbano bonaerense, los sectores subalternos que habían sufrido la desestructuración de sus vidas cotidianas, en particular por los problemas de empleo y pobreza, buscaban estrategias de resistencia y supervivencia en las nuevas condiciones materiales. Entre las formas colectivas de enfrentar la situación, es destacable la resignificación de espacios organizacionales creados en décadas anteriores de luchas reivindicativas populares, específicamente, las tomas de tierras y la formación de asentamientos. Las primeras experiencias de agrupación de desocupados promovidas por militantes sociales, no obstante, no pudieron consolidar una subjetividad colectiva que permita extender sentidos para instalar el umbral de la acción colectiva, de esta manera sus alcances fueron acotados. Sin embargo, pese a esta limitación en la construcción de un sujeto social produjeron instancias fundacionales que serán rearticuladas en la configuración posterior, la cuál constituyó la fase de visibilidad del movimiento. Las primeras acciones colectivas en el conurbano bonaerense, entre los años 1996 y 1997, pasaron casi desapercibidas por el resto de la sociedad al ser invisibilizadas por los medios de comunicación masivos. En parte debido a lo anterior y de acuerdo a la extensión de la demanda, el “otro” frente al cuál se elaboró el reclamo (el Estado) pudo, en principio, responder desde una combinación de caso omiso y su lógica asistencialista a través de sus redes clientelares. En esta fase, si bien aún es difícil hablar de un “movimiento social”, es clave como laboratorio de experiencias, como momento molecular de construcción de disposiciones para la acción que se explotarían más adelante.

Hacia 1998, y en particular en 1999, aunque a nivel nacional el modelo mantenía su hegemonía, las consecuencias sociales y las movi-

lizaciones en el interior situaron nuevas condiciones para los procesos subjetivos. La reconfiguración de la subjetividad colectiva permitió que hombres y mujeres se organizaran y construyeran las acciones colectivas para impugnar el lugar al que eran marginados en el orden social. Se revelaron contra los nombres impuestos e instituyeron lugares de protesta para emerger como un sujeto colectivo. Esta construcción de la acción en el contexto de las relaciones sociales estructuradas por el neoliberalismo fue posible a partir de la elaboración de una particular configuración de la subjetiva colectiva.

La construcción de la subjetividad colectiva fue posible en tanto la cultura popular albergó códigos de significados que permanecieron subalternos en el esquema neoliberal, pero que molecularmente pudieron ser rearticulados en una configuración para significar una relación social (el desempleo) como seno de un antagonismo. Una relación de subordinación como la desocupación se convirtió, por una operación de la subjetividad colectiva, en una opresión y, como tal, en terreno fértil para la acción. La reconstrucción de este acontecimiento histórico es posible debido a que concebimos las configuraciones subjetivas como espacios intervinientes entre las estructuras sociales y la acción colectiva. La subjetividad estudiada produjo una demanda en el trasfondo de las relaciones estructuradas por el neoliberalismo que constituyó un sujeto capaz de acción colectiva: el movimiento de trabajadores desocupados. En la conformación de la demanda que articuló el movimiento de desocupados, hemos visto, tiene especial relevancia la densidad del significante “trabajo”. Mientras los sectores subalternos tuvieron históricamente en el mundo del trabajo la puerta de acceso a la ciudadanía, esta densidad semántica posibilitó construir una configuración habilitante para la acción colectiva. La exigencia de “trabajo” funcionó como sinécdoque para articular un sintagma que incluía nociones como derechos, integración, movilidad social y dignidad, es decir, era una síntesis de otras demandas contenidas en una particular.

No obstante, la construcción social de la demanda de los desocupados no fue un proceso lineal ni generalizado. En particular, porque la

significación del desempleo como causa legitimante de la acción colectiva supuso una disputa con los sentidos dominantes. En este plano, el neoliberalismo, como operación hegemónica, articuló una definición del desempleo que en su estructura argumentativa remitía su resolución a una lógica de mercado. La significación del desempleo se desplazó —con éxito en muchos casos— hacia el ámbito privado e individual. Esta operación hegemónica para ser eficaz como forma de dominación necesitó de asumir la productividad de una subjetividad social que articulara los códigos de culpabilidad, responsabilidad individual e inmovilidad política. De este modo, la “subjetividad culpógena” se constituyó en una producción del orden social que fue necesario deconstruir para revertir los códigos dominantes de significancia.

A pesar de este campo de productividad del orden social, la densidad del magma de los sentidos de los sectores subalternos proveyó de códigos referidos al trabajo y el Estado (los derechos y la integración social) que se articularon en la subjetividad colectiva para dar otro sentido a la situación de desempleo. De este modo, en un proceso molecular de disputa, se instituyó el umbral de acción colectiva al inscribir una voluntad colectiva. Pero, además, en la definición de la demanda se estableció un campo de la protesta y en este terreno del antagonismo se constituyeron las alteridades cuya construcción se relaciona con la historia de la subjetividad puesta en juego, las experiencias colectivas y los repertorios de acción conocidos. La demanda por trabajo, como se ha demostrado, tuvo una referencia directa al Estado (equiparado con gobierno) con la doble inscripción de causante de la situación y, a su vez, responsable de ofrecer una solución. Potencialidades y limitantes de la demanda pueden apreciarse en este aspecto.

Ahora bien, esta construcción de la demanda fue posible porque, primero, los sentidos colectivos crearon y ampliaron dislocaciones en el discurso neoliberal en crisis debido a una expansión del deterioro de la situación social y las incipientes acciones colectivas desde otros sectores organizados. En esos resquicios de crisis de hegemonía, los desocupados pudieron instalar su demanda como legítima, situarse como

injustamente dañados, exigir ser redimidos. Ahora bien, la demanda necesitó de un sustento organizativo. Esto nos indica la importancia de las redes de relaciones construidas en la vida cotidiana en los sectores subalternos, su supervivencia y reconfiguración acompañando los cambios en las condiciones de sociabilidad. Estos espacios adquirieron una relevancia aún mayor cuando la reestructuración de las condiciones de vida de los sectores populares generó una nueva territorialidad y una temporalidad donde las experiencias y organizaciones populares aportaron sentidos, saberes y recursos. Por su parte, la apropiación del piquete como repertorio posibilitó tanto la aparición en la esfera pública produciendo su visibilidad como una eficiente táctica para la obtención de planes sociales de empleo y mercadería (bolsas de alimentos).

Los nuevos escenarios de sociabilidad funcionaron como condición de posibilidad al estructurar determinadas relaciones sociales, las cuales fueron hechas significativas de forma tal que se construyó la protesta. En estos espacios los desocupados que participaron de la construcción de la subjetividad colectiva elaboraron la demanda a partir de una situación particular y personal: la necesidad. La necesidad pudo ser llevada a la esfera pública cuando se inscribió en una configuración subjetiva que articuló un sintagma para dar sentido a la situación del desempleo, incluyendo referencias densas en el código “el trabajo es un derecho”, en una operación de razonamiento cotidiano donde la acción era la única (y la última) alternativa frente a la muerte en un contexto donde la situación particular era generalizada.¹ Enrique Dussel remite a la radicalidad de un reclamo en que se juega la vida de los sujetos en su materialidad, incluso, como vimos en nuestra investigación, ni siquiera el propio cuerpo (la propia vida) es el que los sujetos rescatan como

1 “En la víctima, dominada por el sistema o excluida, la subjetividad humana concreta, empírica, viviente, se revela, aparece como interpelación en última instancia: es el sujeto que ya no-puede vivir y grita ese dolor. Es la interpretación del que exclama: ‘¡Tengo hambre!’ ‘¡Denme de comer, por favor!’ (...) La no respuesta a esta interpelación es la muerte de la víctima: es dejar de ser sujeto en su sentido radical –sin metáfora posible–: morir” (Dussel, 1998: 524).

importante sino, en muchos casos, el de sus hijos. De este modo, la acción es significada por los sujetos como la única alternativa de un “nosotros” que se instituye en el acto mismo de la protesta. Esta institución (siempre inacabada) del sujeto social a partir de la acción colectiva le dio rasgos particulares al movimiento de desocupados. Un movimiento que adquiere visibilidad y se convierte en una existencia ineludible para el resto de los sectores sociales y los medios de comunicación, por su forma de “ser-ahí” en la ruta y en la acción colectiva cotidiana.

La protesta instaura un campo de conflicto social y esto supone conformar alteridades, y son algunos de esos “otros” los que tratan de nombrar al colectivo, esos otros los denominan “piqueteros”, y se inicia una disputa por los significados de ese denominador.

Este aspecto es importante, en nuestra perspectiva, porque la mirada del otro participa en el proceso de construcción de la identidad al afectar la subjetividad. Desde el año 2000 la protesta fue ganando parcialmente legitimidad social a medida que la crisis argentina se profundizaba afectando a una mayor cantidad de sectores. A medida que elementos de la estructura social se iban reconfigurando y dislocando, se abrieron espacios de consensos para que el nuevo sujeto desplegara sus acciones en la esfera pública. La segunda mitad de 2001 y el primer semestre de 2002 acapararon cierta simpatía por los desocupados que parecían ser el rostro de la dignidad que se revelaba en un país que los había marginado. Las víctimas que se habían levantado. No obstante, en estrecha relación con la recuperación económica y la política del gobierno nacional, los desocupados (en particular su método de protesta: el piquete) fueron perdiendo niveles de aceptación por parte de otros sectores sociales quienes reemplazaron la equivalencia desocupación-piquete-dignidad por otra que equipara desocupación-piquete-holgazanería-violencia. Este viraje produjo una nueva disputa por los sentidos que afectó la configuración de la subjetividad colectiva que sustenta al movimiento que, a su vez, tuvo que dar sentido a un nuevo contexto transformado por la llegada del nuevo gobierno, su historicidad, su retórica y su política.

Los movimientos sociales, en tanto implican un sujeto y una subjetividad, se mantienen en constante transformación, por lo tanto, son procesos inacabados. No obstante, vistos en un periodo histórico es posible reconocer fases de constitución de centros de gravedad de los mismos. La conformación del movimiento de desocupados como una articulación de estructura, subjetividad y acción, se encuentra en una etapa crucial cuando sus demandas son disputadas por otros sectores en un contexto que, si bien no se ha transformado radicalmente, presenta algunos cambios relevantes y significativos. Las estrategias del gobierno de Kirchner, desde el año 2003, en referencia al movimiento de desocupados merecen un estudio específico, en general podemos decir existen al menos tres convergentes: primero, la interpelación e incorporación de organizaciones a partir de la construcción de un discurso en clave nacional-popular que intenta amalgamar los significados presentes en ellas. Segundo, incrementar la competitividad de las redes estatales para la asistencia social a partir de destinar mayores recursos. Esto implica situar nuevamente al Estado como garante del bienestar, promotor de políticas públicas y regulador de las relaciones sociales. Esta operación también interpela a la subjetividad ya que asume la demanda hacia el Estado elaborada por los desocupados. Este elemento de desplazamiento del gobierno desde el lugar de “otro culpable” para asumir el lugar de “otro responsable” influyó en la subjetividad subalterna. Si atendemos a nuestra reconstrucción es posible observar que ambos códigos estaban configurados en la subjetividad propia del movimiento de desocupados, por lo tanto su desplazamiento fue significativo. La disputa por este código por parte de otro actor supuso tanto un dilema para las organizaciones como para la subjetividad. El campo enemigo se reestructuró y el gobierno, en una retórica constitutiva de la política, procuró romper con la cadena de equivalencia que lo unía a gobiernos pasados, neoliberalismo, culpable. En esta perspectiva, los cambios en las estructuras, la elaboración de un discurso hegemónico que articula e interpela a la subjetividad subalterna impactó de lleno en el movimiento restando fuerza y radicalidad al sujeto colectivo y sus alcances en cuanto proyecto autónomo. Tercero, la estigmatización de

los sectores opositores como amenazas al orden democrático, en especial, cuando el conflicto social en la era kirchnerista se mostró con mayor violencia. Esta tarea quedó en manos de los medios de comunicación quienes construyeron la imagen del piquetero como amenaza.

Subjetividad, sujeto y movimiento en la disputa por el orden social

Las relaciones sociales estructuradas por el neoliberalismo fueron el lugar de emergencia del movimiento de desocupados. Ahora bien, ¿en qué medida la conformación del sujeto colectivo interpela este orden social? Analíticamente podemos distinguir este impacto de la acción en el orden en dos claves. La primera tiene que ver con los alcances de la demanda en cuanto a su incumbencia en las formas fundamentales del orden social. La segunda se vincula con el lugar de las acciones de los desocupados en las relaciones sociales inscritas en la vida cotidiana, tanto las prácticas que reproducen el orden social como las praxis que lo impugnan.

En un aspecto importante, el alcance de los movimientos sociales depende de la relación de la demanda sobre la cual se erigen con el sistema institucional que gestiona el orden social. Asimismo de los vínculos equivalenciales (o equivalentes) que una demanda particular establece con otras y de su capacidad para extender una subjetividad popular estable que las articule en proyectos reestructurantes del orden social. En el caso del movimiento de desocupados la demanda es polisémica. Por lo general se adjetiva esa demanda central de “trabajo” con “digno”, sin embargo el problema no se resuelve con ello. El trabajo digno puede ser interpretado como la búsqueda de formas de producción no alienadas, sin explotación y anticapitalistas o como el acceso a un puesto de empleo formal protegido, con beneficios sociales e ingresos que permitan alcanzar ciertos bienes de consumo y certidumbre. Este segundo conglomerado de sentidos es el punto nodal en los sectores subalternos e interactúan con los primeros propuestos por los dirigentes de algunas de las organizaciones. No obstante, esto no quita radicalidad al movimiento cuando se enfrenta al Es-

tado neoliberal que, precisamente, promovió la desaparición del “trabajo digno” en la segunda acepción. El primer punto de cuestionamiento al orden social, entonces, radicó en la interpelación a un Estado (frente a quien se instituye la protesta) con una demanda de trabajo que, por separado, puede ser absorbida, pero que al ser presentada por un sujeto colectivo (*¡trabajo para todos, ya!*, decía una pancarta) no puede ser satisfecha. De este modo, una demanda por integración social frente a un modelo que se había constituido produciendo esa exclusión otorgó al movimiento una capacidad de cuestionar el orden social de dominación vigente.

Esto no significa que el movimiento adquiera un carácter autónomo transformador de la totalidad histórico-política, sino que ejerce una negación a determinado orden y lo pone frente a dilemas.² La demanda del movimiento no implicó una impugnación directa a la totalidad del orden social, sino a través del cuestionamiento de una parte, de una forma de “inclusión desde la exclusión”. El sujeto colectivo produjo una negación del lugar que se les asigna a los desocupados y del nombre con que se los denomina en el orden neoliberal. Pero este cuestionamiento se realizó básicamente desde la objeción de la factibilidad de las premisas que legitiman la totalidad social. La acción colectiva (inclusive el método) adquirió una legitimidad en la semántica de los derechos consagrados en la Constitución Nacional la cual fue referencia constante para justificar la protesta. Dicho de otro modo, la demanda que elaboraron los desocupados los llevó a cuestionar que el orden social esté respetando, de hecho, las premisas de igualdad-libertad (derechos humanos) y representación sobre la que se asienta la democracia. La protesta produjo la aparición en la esfera pública de quienes se presentan como víctimas de un orden social que los ha incluido desde la exclusión, que les reconoce derechos y se los vulnera.³

2 Nada impide que el Estado neoliberal ponga en prácticas desplazamientos de esta demanda y, por ejemplo, instrumente políticas asistencialistas focalizadas y destinadas a nuevos disciplinamientos sociales.

3 Esto no implica negar que en la apertura de la experiencia de los desocupados existan organizaciones que han intentado reformular la demanda para insertarla en un discurso que la extienda y la

La movilización de los desocupados es una muestra de la tensión interna de un orden social. La ruptura de la normalidad evidencia esa tensión y es políticamente violenta porque la rebelión de los de abajo, desordena, rechaza los lugares establecidos a partir de instalarse en coordenadas no previstas, con una obstinada perseverancia en la apropiación de esos espacios que les otorgan visibilidad y corporalidad en la política. Más específicamente, en un orden que los ha marginado y los ha dañado mediante la acción colectiva (el desorden) buscan salirse del margen y ocupar, literalmente, otro lugar: la ruta, las calles, los puentes, las plazas y reapropiarse de sus barrios. Una vez aparecidos, no necesitan permanecer en el piquete, sino que deben recordar su presencia tan sólo como espectros de la víctima. Esta presencia permanente del daño es una de las consecuencias de la acción de los desocupados con la que cualquier proyecto hegemónico debe lidiar.

En lo que respecta a la construcción de relaciones sociales en el marco de la experiencia de los desocupados, hemos visto que no todo es la acción de protesta beligerante; por el contrario mucho de su constitución subjetiva se juega en los espacios comunitarios, en los barrios y emprendimientos que las organizaciones sostienen. A su debido tiempo trabajamos la importancia de esos espacios en la conformación del movimiento, con lo que ahora es tiempo de recuperar estos ámbitos en relación con las potencialidades de transformación del orden social. Por lo expuesto resulta sugerente concebir que las acciones construidas por los desocupados no tiendan inmanentemente a subvertir el orden en que estas ocurren y reemplazarlo por otro emancipado. En el accionar del movimiento coexisten elementos heterogéneos, algunos que ponen en cuestión relaciones de dominación y otros que tienden a consolidarlo. La relación entre las acciones producidas en el movimiento y el cambio social no pueden leerse con una mirada que imprima externamente una

presente como negación de aspectos centrales del orden social. La investigación de la reelaboración de la demanda y su entramado discursivo requiere de un andamiaje particular para hacer objeto de indagación a las organizaciones. Esto, si bien es un trabajo importante, excede nuestros objetivos.

orientación deseable de acuerdo a criterios normativos. Por el contrario, es imprescindible recuperar una genuina tarea crítica que supone indagar en las potencialidades y las limitaciones de la experiencia subalterna, observando tanto las acciones que reproducen esquemas de dominación como las que lo impugnan, y cómo sobre esta negación construye creativamente nuevas formas de sociabilidad.

Entre las prácticas que pueden reproducir el orden de dominación, según vimos, están aquellas que se arraigan en espacios como en el manejo de los planes sociales, las formas de tomas de decisiones vinculantes y las maneras de producción que los grupos han establecido. Allí la proliferación de relaciones de poder (producción de jerarquías, relaciones de género, por ejemplo) son frecuentes. Sin embargo, estos mismos ámbitos pueden convertirse en escenarios de praxis subalternas que crean maneras de relacionarse distantes de los sentidos hegemónicos, basadas en la participación popular, formas de democracia sustantiva, el diálogo horizontal y formas de producción pensadas en criterios solidarios. En este sentido, gran parte de la concreción de las potencialidades de la experiencia colectiva se juega en la capacidad de avanzar en configuraciones subjetivas y acciones que permitan incrementar las praxis y problematizar colectivamente las prácticas. Es precisamente en este aspecto donde el pensamiento crítico puede aportar algunas miradas tendientes a visualizar estos nodos permanentes de dominación, no obstante esta elaboración de sentidos críticos deben ser rearticulados por la subjetividad en cuestión. La capacidad de incidir en la construcción de sujetos subalternos con potencial emancipador por parte del pensamiento crítico depende de la apropiación de las sugerencias y la problematización de las propias acciones del movimiento. De esta manera será posible aportar en la tarea de convertir las prácticas de reproducción en praxis de transformación.

A esta primera situación que los movimientos debían superar respecto a su actuar cotidiano, debe sumársele otra de índole política, pero vinculada a la anterior. Así, un segundo elemento importante en la relación del movimiento con el orden social es la resolución creativa

de dilemas entre la eficacia de una movilización (visión instrumental de la política) y una lógica política propia del movimiento social en favor de la producción de relaciones sociales emancipadas. En sintonía se desprende la relevancia de la institución de espacios comunitarios con normas solidarias e igualitarias como condiciones básicas para avanzar en la función superadora del orden de cosas actual, articulando proyectos a mediano y largo plazos en concordancia con estos criterios. En tanto, hemos argumentado, que el presente condensa potencialidades de futuro, la elaboración de relaciones sociales distintas y la elaboración de proyectos superadores inscritos en la cotidianeidad son elementos conjuntos y claves.

Un tercer elemento que nos gustaría destacar en este tema se desprende de lo anterior, en tanto se refiere a la producción de un proyecto que permita avanzar en la construcción de un nuevo orden social. La dimensión *proyectual* es uno de los aspectos fundamentales y descuidados que se vincula a la capacidad de imaginar horizontes de futuro deseables y posibles ubicados en diferentes plazos (inmediato, mediano, largo) y en niveles de referencia también distintos (la vida familiar, laboral, territorial, nacional). Es en este aspecto que podemos inferir de nuestra investigación que existen fuertes limitaciones para un proyecto autónomo. Esta situación deviene de la estructura de la demanda que al tener una referencia directa al Estado le brinda a éste una capacidad de intervención en el desarrollo del movimiento. En la misma perspectiva es posible apreciar que gran parte de los sentidos de la subjetividad nacional-popular estado-céntrica puestos en juego para la construcción del movimiento fueron retóricamente articulados por el discurso de Kirchner. Esta capacidad de absorción de demandas sociales vertebrales para el movimiento de desocupados ayuda a comprender el apoyo de algunas organizaciones que progresivamente se alinearon con el proyecto nacional al movimiento y la interpelación de la subjetividad subalterna desde la productividad del discurso peronista.

La apropiación de sentidos densos para el movimiento de desocupados por parte de otros actores políticos coexistió con una marcada

incapacidad de establecer sentidos compartidos, y un campo intersubjetivo de reconocimiento estable con otros sectores populares y sus demandas. Esta dificultad de establecer sentidos colectivos y articular demandas fracturó el momento de conjunción entre la fase de expansión horizontal de la protesta y su momento de articulación política. Es destacable la incapacidad de inscribir la demanda de los desocupados, tanto en un campo que amalgame demandas de otros sectores, como las limitaciones en la construcción de una voluntad colectiva más amplia que elabore un proyecto social con alcances más extensos en lo que refiere a la satisfacción de demandas populares.

No obstante estas evidentes limitaciones, la experiencia de los desocupados adquirió una importancia notable en lo que respecta a su potencial crítico, particularmente por su relevancia en la expansión del necesario momento de la negatividad en un movimiento dialéctico de superación del orden social neoliberal. Esto al menos en dos sentidos: por un lado, la construcción molecular de la configuración de la subjetividad colectiva que instaló el umbral para la acción colectiva y la conformación del movimiento de desocupados implicó, como se ha demostrado, una disputa contra centros ordenadores del neoliberalismo. La recuperación del lugar de los derechos laborales, la sustracción del problema del desempleo de la lógica del mercado, las demandas indexadas de salud y educación pública y, fundamentalmente, el reclamo por formas de intervención estatal fueron elementos claves en la puesta en cuestión del consenso neoliberal. La inserción en el espacio público de la protesta, a partir de la elaboración de la demanda colectiva, posibilitó un desplazamiento de los sentidos de dominación en referencia al desempleo. Esto permitió abrir formas de reconocimiento y una parcial recomposición de ciertos lazos sociales afectados por el proceso de descolectivización. La posibilidad de emerger como sujeto dotado de derechos, de capacidad de palabra, de valor y creatividad, frente al sujeto unidimensional propio del mercado son aspectos necesarios de destacar en su valía.

Por otro lado, la construcción de un sujeto que promovió la impugnación de ciertas relaciones sociales opresivas (como el desempleo)

fueron elementos claves para instalar la necesidad de una agenda post-neoliberal. La emergencia del movimiento de desocupados es una pieza clave para comprender el presente de Argentina y las opciones de futuro. Los sentidos movilizados pusieron en cuestión ciertos nodos de dominación, relaciones sociales y vínculos claves para la sociedad (por ejemplo: la relación Estado y mercado, el mundo del trabajo, el cumplimiento de derechos, la ciudadanía). Esto no supone que la demanda esté concientemente orientada a un replanteo de esta naturaleza, no obstante es una tarea imperiosa indagar en las consecuencias de la acción de los desocupados en esta dirección.

El movimiento de desocupados permite una entrada al proceso histórico social en el estudio del presente, su historicidad posibilita un análisis de su densidad como condensador de múltiples relaciones, su emergencia es un campo clave para comprender la actualidad política argentina y sus perspectivas de futuro. A lo largo de este trabajo hemos reconstruido cómo fue posible la experiencia subalterna más importante de los últimos años, la que puso a las ciencias sociales en jaque al presentarnos nuevos desafíos. Su lugar en la negación del orden de dominación neoliberal quedó demostrado a lo largo de las páginas anteriores, ahora queda abierta la pregunta por el lugar de la subjetividad en el nuevo contexto histórico donde diferentes proyectos sociales generan disputas por el futuro del orden social. Esto plantea un desafío intelectual ineludible para las ciencias críticas latinoamericanas: avanzar en la investigación de los sujetos sociales que serán protagonistas de esta nueva etapa abierta sobre los restos humeantes de un neoliberalismo en muchos aspectos aún presente. A partir del enfoque centrado en el estudio de las subjetividades colectivas hemos ofrecido algunas respuestas en esta dirección para el caso de Argentina, es mucho lo que queda por estudiar en el camino de construir conocimiento crítico capaz de contribuir a elaborar proyectos sociales alternativos basados en principios de igualdad, libertad, autonomía, emancipación y justicia social.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2005). "Identidad y diferencia política", en Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra, *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 111-128.
- Acuña, Carlos (1995). "Política y economía en la Argentina de los 90 (o por qué el futuro no es lo que solía ser)", en Acuña (comp.) *La nueva matriz sociopolítica Argentina*, Buenos Aires, Nueva visión, pp. 331-383.
- Acuña, Carlos, Fabián Repetto y Gabriel Kessler (2002). "Evolución de la política social argentina en la década de los noventa: cambios en su lógica, intencionalidad y en el proceso de hacer la política social". *Proyecto Self-Sustaining Community Development in Comparative Perspective*, coordinado por CLASPO, Buenos Aires.
- Adrogué, Gerardo (1995). "El nuevo sistema partidario argentino", en Acuña (comp.) *La nueva matriz sociopolítica Argentina*, Nueva visión, Buenos Aires, pp. 27-70.
- Altamir, Oscar, Luís Beccaria y Martín González Rosada (2002). "La distribución del ingreso en Argentina, 1974-2000", *Revista de la CEPAL*, núm. 78, diciembre, pp. 55-86.
- Auyero, Javier (2007). *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Auyero, Javier (2004). "Política, dominación y desigualdad en la Argentina contemporánea. Un ensayo etnográfico", *Nueva Sociedad*, núm. 193, pp. 133-145.
- Auyero, Javier (2002a), "La vida en un piquete. Biografía y protesta en el sur argentino", *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm. 8, pp. 20-57.
- Auyero, Javier (2002b). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
- Auyero, Javier (2002c). *Fuego y barricadas. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina*.
- Auyero, Javier (2002d). "Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 42, núm. 166, julio-septiembre, pp.187-210.
- Auyero, Javier (2001a). *La política de los pobres*, Buenos Aires, Manantial.
- Auyero, Javier (2001b). "'Si este no es el pueblo...'" Herramientas para estudiar las puebladas", *Apuntes de investigación del CECYP*, núm. 7, abril, pp. 166-171.

- Auyero, Javier (2000a). "El juez, la reina y el policía. Etnografía, narrativa, y los sentidos de la protesta", *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm. 6, pp. 46-76.
- Auyero, Javier (2000b). "Los estallidos en provincia: globalización y conflictos locales", *Punto de Vista*, núm. 67, pp. 41-48.
- Auyero, Javier (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político*, Buenos Aires, Losada.
- Azpiazu, Daniel y Hugo Nochteff (1994). *El desarrollo ausente*, Buenos Aires, Flacso/ Norma.
- Barbetta, Pablo y Karina Bidaseca (2004). "Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001 'Piquete y cacerola, la lucha es una sola' ¿emergencia discursiva o nueva subjetividad?", *Revista Argentina de Sociología*, año 2, núm. 2, edición electrónica: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=26920205&iCveNum=1759>
- Barbetta, Pablo y Pablo Lapegna (2001). "Los cortes de ruta en el norte salteño", en N. Giarracca y colab., *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires, Alianza, pp. 231-258.
- Basualdo, Eduardo, Claudio Lozano y Martín Schorr (2002). "Las transferencias de recursos a la cúpula económica durante la presidencia de Duhalde", *Revista Realidad Económica*, Buenos Aires, núm. 186, febrero-marzo de 2002, pp. 54-85.
- Bayón, María Cristina (2003). "La erosión de las certezas previas: significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina", *Revista Perfiles Latinoamericanos*, México, Flacso, pp. 51-76.
- Bayón, María Cristina y Saraví, Gonzalo (2002). "Vulnerabilidad social en la Argentina de los 90: impactos de la crisis en el Gran Buenos Aires", en Kazman y Wormald (coords.), *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, pp. 61-132.
- Beccaria, Luis y Roxana Maurizio (2004). "Inestabilidad laboral en el Gran Buenos Aires", *El Trimestre Económico*, vol. LXXI (3), núm. 283, julio-septiembre, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 535-573.
- Beccaria, Luis (2002). "Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX", en Luis Beccaria et al., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires, UNGS, pp. 27-54.
- Beccaria, Luis (2001). *Empleo e integración social*, Buenos Aires, FCE.
- Beccaria, Luis y Néstor López (1996). *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada.
- Bidaseca, Karina (2004). " 'Vivir bajo dos pieles', en torno a la resignificación de las políticas sociales y las complejidades del vínculo con el estado. El Movimiento de Trabajadores de Solano". *Informe final*, CLASPO-IDES.
- Bogani, Esteban (2004). "Del estigma a la búsqueda de identidad. Las agrupaciones de trabajadores desocupados argentinas en

- la última década", *Laboratorio/n line. Revista de Estudios sobre Cambio social*, año IV, núm. 16., verano. <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- Bonasso, Miguel (2002). *Entre el palacio y la calle*, Buenos Aires, Planeta.
- Boron, Atilio (1999). "Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada", en Atilio A. Boron, Julio Gambina y Naum Minsburg (comps.), *Tiempos violentos; neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO/EUDEBA, pp. 219-246.
- Brunner, Joaquín (1976). "Consenso de orden y poder", en Brunner y Lechner, *Dos notas sobre Integración social*, Documento de Trabajo, Santiago de Chile, Flacso.
- Bustelo, Eduardo (1992). "La producción del Estado de Malestar. Ajuste y política social en América Latina", en Minujin (comp.) *Cuesta Abajo: los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad Argentina*, Buenos Aires, Losada/UNICEF.
- Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- Castoriadis, Cornelius (1998). *Los dominios del hombre*, Barcelona, Gedisa.
- Castoriadis, Cornelius (1989). "La institución imaginaria de la sociedad", vol II, *El imaginario social y la sociedad*, Barcelona, Tusquets Editores.
- Castoriadis, Cornelius (1986). "El campo de lo social histórico", *Estudios filosofía-historia-letras*, Primavera. http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec_3.html
- Cavarozzi, Marcelo (1996). *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- Ceceña, Ana Esther (2004). "Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites", en Ceceña (comp.), *Hegemonía y emancipaciones en el siglo XXI*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 37-58.
- Centro de Estudio Legales y Sociales (2002a). *Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Argentina. Año 2001*. Buenos Aires, CELS.
- Centro de Estudios Legales y Sociales (2002b). *La protesta social en la Argentina durante diciembre de 2001*, Buenos Aires, CELS.
- Cerrutti, Marcela y Alejandro Grimson (2004). "Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares", *The Center for Migration and Development Working Paper Series*, Paper #04-04d, <http://cmd.princeton.edu/papers/wp0404d.pdf>
- Cerrutti, Marcela (2002). "El problema del desempleo; el caso argentino en el contexto latinoamericano", ponencia presentada al *Seminario Latin American Labor and Globalization: Trends Following a Decade of Economic Adjustment*, organizado por el Social Science Research Council y Flacso, San José. <http://lanic.utexas.edu/project/etext/lilas/vrp/cerrutti.pdf>. Visitado el 4 de abril de 2006.
- Cohen, Jean L., (1985). "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, 52.

- Cross, Cecilia (2004). "La Federación de Tierra y vivienda de la CTA: el sindicalismo que busca representar a los desocupados", en Battistini (comp.), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 291-310.
- Cross, Cecilia y Juan Montes Cato (2002). "Crisis de representación e identidades colectivas en los sectores populares", en O. Battistini (comp.), *La atmósfera incandescente. Escritos sobre la Argentina movilizada*, Buenos Aires, Trabajo y sociedad.
- Cross, Cecilia, Lenguita, Paula y Wilkins, Ariel (2002). "Piqueteros: de la exclusión a la revitalización del conflicto social. Apuntes para comprender la emergencia del movimiento piquetero como un nuevo sujeto político del trabajo", en *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*, Buenos Aires, Trabajo y sociedad, pp. 69-84.
- Cuéllar, Angélica y Víctor Durand Ponte (1989). *Clases y sujetos sociales. Un enfoque crítico comparativo*, México, UNAM.
- De Ípola, Emilio (2000). "Acción, decisión, sujeto", *Fractal*, vol. V, núm. 19, año V, México, pp. 79-98.
- De la Garza, Enrique (2004). *¿Hacia dónde va la teoría social?*, México, Mimeo,
- De la Garza, Enrique (2002). "De los 'estallidos' provinciales a la generalización de la protesta en Argentina. Perspectiva y contexto de significación de las nuevas protestas", *Nueva Sociedad*, núm. 182, noviembre-diciembre, pp. 121-138.
- De la Garza, Enrique (2001a). "Subjetividad, cultura y estructura", *Revista Iztapalapa*, núm. 50, México, pp. 83-104.
- De la Garza, Enrique (2001b). "La epistemología crítica y el concepto de configuración", *Revista Mexicana de Sociología*, 1/2001, pp. 109-127.
- De la Garza, Enrique (1999). "¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?", en Casillo (ed.), *El trabajo del futuro*, Madrid, pp. 3-7.
- De la Garza, Enrique (1997). "Trabajo y mundos de la vida", en Zemelman y León (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, Barcelona, Anthropos/CRIM/Coordinación de Humanidades, pp. 75-92.
- De la Garza, Enrique (1995). "Estructuralismo y positivismo en tiempo de la posmodernidad", en Zemelman (coord.), *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, CRIM/UNAM, Nueva Sociedad, pp. 85-106.
- De la Garza, Enrique (1992). *Crisis y Sujetos Sociales en México*, México, CIIH-UNAM/ Porrúa.
- De la Garza, Enrique (1989). *Un paradigma en el análisis del clase obrera*, México, UAM-Iztapalapa, Cuadernos Universitarios.
- De la Garza, Enrique (1988). *Hacia una metodología de la reconstrucción*, México, Porrúa/ UNAM.
- Delamata, Gabriela (2005). "Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires y

- la(s) crisis", en Schuster, Naishtat, Nardachione y Pereyra (comps.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometo, pp. 365-386.
- Delamata, Gabriela (2004). *Los barrios desbordados*, Buenos Aires, Libros del Rojas/ EUDEBA.
- Delfini, Marcelo y Valentina Pichetti (2004). "De la fábrica al barrio y del barrio a las calles. Desempleo y construcción de identidades en los sectores populares desocupados del conurbano bonaerense", en Battistini (comp.), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 269-290.
- Demmert, Lucía y Mary Frant T. Malone (2002). "Inseguridad y temor en la Argentina: el impacto de la confianza en la policía y la corrupción sobre la percepción ciudadana del crimen", *Desarrollo Económico*, núm. 166, pp. 285-302.
- Di Marco, Graciela (2004). "Introducción", en Di Marco y Palomino (comp.), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Jorge Baudino/ UNSAM, pp. 7-26.
- Dubet, François (1989). "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos*, vol. VIII, núm. 21, septiembre-diciembre, pp. 519-546.
- Durruty, Celia (1969). *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Pasado y presente.
- Dussel, Enrique (1998). *Ética de la Liberación. En la edad de la globalización y de la exclusión*, Madrid, Trotta.
- Dutil, Carlos y Ricardo Regendorfer (1997). "La bonaerense: historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires", Buenos Aires, Planeta.
- Escudé, Carlos (2005). "Los Piqueteros: Prebenda y Extorsión en los estratos marginales de un 'Estado Parasitario'". Documentos de UCEMA. Buenos Aires. <http://www.cema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/287.pdf>
- Farinetti, Marina (2002). "La conflictividad social después del movimiento obrero", *Nueva Sociedad* 182, Caracas, 60-75.
- Farinetti, Marina (2000). "Violencia y risa contra la política en el Santiagueño. Indagación sobre el significado de una rebelión popular", *Apuntes de Investigación del CECYP*, 6, 77-128.
- Farinetti, Marina (1998a). "Clientelismo y protesta: cuando los clientes se rebelan", *Apuntes de Investigación del CECYP*, 2/3, pp. 84-103.
- Farinetti, Marina (1998b). "Cultura peronista y política peronista en los noventa. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 2/3, 177-188.
- Favaro, Osvaldo (2000). "Neuquén. La sociedad y el conflicto. ¿Viejos actores y nuevas prácticas sociales?", ponencia presentada en el Tercer Encuentro por el Nuevo Pensamiento de la CTA, Buenos Aires.
- Feldfeber, Myriam y Analía Ivanier (2003). "La descentralización educativa en Argentina:

- el proceso de transferencia de las instituciones de formación docente", *Revista Mexicana de Estudios Educativos*, vol. 8, núm. 18, 421-445.
- Filmus, Daniel (1998). "La descentralización educativa en Argentina: elementos para el análisis de un proceso abierto", *Reforma y Democracia*, núm. 10, CLAD, Venezuela, 149-172.
- Flores, Toty (comp.) (2005). *De la culpa a la autogestión. Un recorrido del Movimiento de Trabajadores Desocupados de la Matanza*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- Flores, Toty (2004). "El arte de la transformación social", en VV.AA. *El documental en Movimiento*, Documentalistas, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1991). "La gubernamentalidad", en *Espacios de poder*, Madrid, Ediciones La Piqueta.
- Foucault, Michel (1976). *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI.
- Galafassi, Guido (2002). "Tribulaciones, lamentos y ocasos de un tonto país imaginario. El mercado como único y último sentido posible", *THEOMAI*, núm. especial de invierno, Diversidad Nacional de Quilmes.
- García Canclini, Néstor (1990). "Introducción: la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu", en Bourdieu, P. *Sociología y cultura*, México, Conaculta/Grijalbo, pp. 9-50.
- García Canclini, Néstor (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Nueva Visión.
- Garretón, Manuel A. (2002). "La transformación de la acción colectiva en América Latina", *Revista de la CEPAL*, núm. 76, abril, pp. 7-24.
- Garretón, Manuel A. (2001). "Cambios sociales, actores y acción colectiva América Latina", Serie Políticas Sociales, CEPAL, Santiago de Chile.
- Gerchunoff, Pablo y Juan C. Torre (1996). "La política de liberalización económica en la administración de Menem", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, núm. 143.
- Giarraca, Norma y Carla Gras (2001). "Conflictos y protestas en la Argentina de finales de siglo XX", en Giarraca y colab., *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires, Alianza.
- Giarraca, Norma. (2002). "Argentina 1991–2001: una década de protesta que finaliza en un comienzo. La mirada desde el país interior", *Argumentos*, diciembre.
- Giddens, Anthony (1995). *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gimenez, Sandra (2004). "Políticas sociales y los dilemas de participación", *Laboratorio/n line*. Revista de Estudios Sobre Cambio Social, IIGG año IV, núm. 6, verano, <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- Giménez, Gilberto (1997). "Materiales para una teoría de las identidades sociales". *Frontera Norte*, vol. 9, núm. 18, pp. 9-28.
- Giménez, Gilberto (1994). "Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos", *Revista Mexicana de Sociología*, 2/94, pp. 17-39.

- González, Mariana y Nicolás Bonofiglio (2004). "Evidencias sobre el deterioro de la calidad del empleo en la Argentina", en *Cuadernos del CEPED*, núm. 8, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica /UBA.
- Gordillo, Paula (2002). "Discurso periodístico e identidades sociales. La construcción de los desocupados en la prensa gráfica" www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/10/GORDILLO.html, visitado el 11 de noviembre de 2005.
- Gramsci, Antonio (1970). *Antología*, Madrid, Siglo XXI.
- Grassi, Estela (2004). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame*, tomo II, Buenos Aires, Espacio.
- Grassi, Estela (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame*, tomo I, Buenos Aires, Espacio.
- Grassi, Estela (2002). "Política, cultura y sociedad: la experiencia neoliberal en Argentina", en Lindenboim y Danani (coords.), *Entre el trabajo y la política*, Buenos Aires, Biblos.
- Grimson, Alejandro et al. (2003). "La vida organizacional en zonas populares de Buenos Aires", Informe Etnográfico. Working Paper Series 02. www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents/wp0315e.pdf
- Gusfield, Joseph (1994). "La reflexividad de los movimientos sociales: revisión de las teorías sobre la sociedad de masas y el comportamiento colectivo", en Laraña, E. y Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, pp. 93-118.
- Heller, Agnes (1977 [2002]). *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península Barcelona.
- Heller, Agnes (1970). *Historia y vida cotidiana*, México, Grijalbo.
- Hunt, Scot, Robert Benford y David Snow (1994). "Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos", en Laraña E. y Gusfield J. (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS.
- Isman, Raúl (2004). *Los piqueteros de La Matanza*, Lanús, Ediciones Nuevos Tiempos.
- James, Daniel (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Jameson, Federic (1995). *Lo imaginario y lo simbólico en Lacan*, Buenos Aires, El cielo por Asalto.
- Jenkins, Craig, (1994). "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales", *Zona Abierta*, 69, pp. 5-50.
- Johnston, Hank, Enrique Laraña y Joseph Gusfield, (1994). "Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales", en Laraña, Enrique y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, pp. 3-40.

- Kessler, Gabriel (2003). "Redefinición del mundo social en tiempos de cambio", en M. Svampa (ed.), *Desde Abajo. Las transformaciones en las identidades sociales*, Buenos Aires, UNGS/Biblos, pp. 25-50.
- Kessler, Gabriel (1996). "Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia", en Beccaria y López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Unicef/Losada, pp. 11-160.
- Klachko, Paula (1999). "La conflictividad social en la Argentina de los 90: el caso de las localidades petroleras de Cutral C6 y Plaza Huincul", CLACSO, Versión electrónica: <http://168.96.200.17/ar/libros/levy/klachko.pdf>, pp. 169-221.
- Klandermans, Bert (1994). "La construcción social de la protesta en los nuevos movimientos sociales", en Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, pp. 183-120.
- Laclau, Ernesto (2006). "Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical", *Cuadernos del CENDES*, vol. 23, núm. 062, mayo-agosto, pp. 1-36.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- Laclau, Ernesto (2003). "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas", en Laclau, Žižek y Butler, *Contingencia, hegemonía y universalidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 49-94.
- Laclau, Ernesto (1997). "Deconstrucción, Pragmatismo y Hegemonía", *Ágora*, núm. 6, verano, Buenos Aires, pp. 63-90.
- Laclau, Ernesto (1996). "Por qué los significantes vacíos en política son importantes", en *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, pp. 69-86.
- Laclau, Ernesto (1993). "Poder y representación", en *Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), artículo publicado originalmente en Mark Poster (ed.), *Politics, Theory and Contemporary Culture*, Nueva York, Columbia University Press.
- Laclau, Ernesto (1990). *Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (1985). "Tesis acerca de la Forma Hegemónica de la Política", en J. La-bastida Martín Del Campo (comp.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, pp. 19-44.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI.
- Landi, Oscar (1981). "Lenguajes, identidades, ciudadanías", en Lechner (comp.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, pp. 172-198.
- Laraña, Enrique (1999), *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza Editorial.
- Laufer, Rubén y Claudio Spiguel, (1999). "Las 'puebladas' argentinas a partir del 'santia-

- gueñaño', de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha", en Margarita López Maya (ed.), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Lenguita, Paula (2004). "El trabajo de resistir. La ideología dominante en la construcción de la identidad política de los desempleados", en Battistini (comp.), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Prometeo, pp. 311-328.
- Lenguita, Paula (2002a). "Los desafíos teóricos de la identidad piquetero", en <http://168.83.32.24/www.ceil-piette.gov.ar/docpub/documentos/ponencias/lenguitapiq.html>
- Lenguita, Paula (2002b). "El poder del desempleo. Reflexiones críticas sobre la relevancia política del movimiento piquetero", en Battistini, *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*, Buenos Aires, Trabajo y Sociedad, pp. 51-68.
- León, Emma (1997). "El magma constitutivo de la historicidad", en E. León y H.Zemelman (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, Barcelona, Anthropos/CRIM-Coordinación de Humanidades, pp. 36-74.
- León, Emma (1995). "La experiencia en la construcción del conocimiento social", en Zemelman (coord.), *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, CRIM-UNAM, Nueva Sociedad.
- Lindenboim, Javier (2002). "El mercado de trabajo en la Argentina de la transición secular", en Lindenboim y Danani (coords.), *Entre el trabajo y la política*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Lindenboim, Javier y Mariana González (2004). "El neoliberalismo al rojo vivo: mercado de trabajo en Argentina", *Cuadernos del Ceped*, núm. 8, FCE/UBA, pp. 27-48.
- Lindenboim, Javier y Salvia Agustín (2002). "Cada vez menos y peores empleos. Dinámica laboral en el sistema urbano de los noventa", *Cuadernos del Ceped*, núm. 7, pp. 29-64.
- Lozano, Claudio (2001a). "Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea", *OSAL*, núm. 5, pp. 5-10.
- Lozano, Claudio y Raffo Tomás. (2004): "Pobreza e indigencia. Mapa actual, evolución reciente y tendencias", Documento. Instituto de Estudios y Formación CTA, Buenos Aires.
- Luhmann, Niklas (1996). *Introducción a la teoría de sistemas*, México, Universidad Iberoamericana.
- Martuccelli, Danilo y Svampa, Maristella (1997). *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.
- Mc Adam, Doug (1994). "Cultura y movimientos sociales", en Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, pp. 43-68.

- Melucci, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México.
- Melucci, Alberto (1994). "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", *Zona Abierta*, núm. 69, pp. 153-180.
- Merklen, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.
- Melucci, Alberto (2004). "Sobre la base territorial de la movilización popular y sus huellas en la acción", *Laboratorio/n line*, Revista de Estudios sobre Cambio social, año IV, núm. 16, verano: <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- Melucci, Alberto (2000). "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires a fines de los 90", en Svampa, *Desde Abajo. Las transformaciones en las identidades sociales*. Buenos Aires, UNGS/Biblos, pp. 81-120.
- Melucci, Alberto (1997a). "Un pobre es un pobre", *Sociedad*, núm. 11, agosto, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires, pp. 21-64.
- Melucci, Alberto (1997b). "Ocupación comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires", *Nueva Sociedad*, 149, pp. 162-177.
- Minujin Alberto y Gabriel Kessler (1995). *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- MTD Aníbal Verón (2003). *Darío y Maxi. Dignidad piquetera*, Buenos Aires, Ediciones 26 de Junio.
- Muñoz de Britos, Stella Maris y Luzuriaga, Carolina (2004). "Movimientos, cultura y subjetividad", en Di Marco y Palomino (comp.), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Jorge Baudino-UNSAM, pp. 95-104.
- Munck, Gerardo. (1995). "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3/1995, pp. 17-39.
- Muñoz, María Antonia (2004). "Los discursos de la desocupación y la pobreza, las organizaciones de desocupados y la esfera político estatal", en *Laboratorio/n line*. Revista de Estudios sobre Cambio social, año IV, núm. 15, primavera: <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- Muñoz, María Antonia y Martín Retamozo (2008). "Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de 'pueblo' en la retórica de Néstor Kirchner", *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 31, Flacso México, México, pp. 121-149.
- Murmis, Miguel y Silvio Feldman (2002). "Presentación", en VV.AA., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires, UNGS/Biblos, pp. 9-10.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1972). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Naishtat, Francisco (2004). *Problemas filosóficos en la acción individual y colectiva. Una*

- perspectiva pragmática*, Buenos Aires, Prometeo.
- Naishtat, Francisco (1997). *Acción colectiva y regeneración democrática del espacio público*, Buenos Aires, Mimeo.
- Nochteff, Hugo (1994). "Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en Argentina", en Aspiazu y Nochteff, *El desarrollo ausente*, Buenos Aires, Flasco/Norma, pp. 21-156.
- Nun, José (2001). *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires, FCE.
- Nun, José ([1984] 1994). *Averiguación acerca de algunos significados del peronismo*, Buenos Aires, Cuaderno 3, GECUSO, Fundación del Sur, Espacio Editorial.
- Ogado, Ariel. (2001). "Viejas y nuevas identidades sociales. Desocupados y cortes de ruta en el noroeste argentino", *Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista*, núm. 15.
- Oszlak, Oscar (2003). "El mito del Estado mínimo", *Desarrollo Económico*, vol. 42, núm. 168, enero-marzo, Buenos Aires, pp. 519-544.
- Oviedo, Luís (2001). *Una historia del "movimiento piquetero"*, Buenos Aires, Rumbo.
- Pacheco, Mariano (2004). *Del piquete al movimiento*, Parte 1, MTD Almirante Brown, FISYP, Buenos Aires.
- Palomino, Héctor (2003). "Las experiencias actuales de autogestión en Argentina", *Nueva Sociedad*, núm. 184, marzo-abril, pp. 115-128.
- Palomino, Héctor (1995). "Quiebres y rupturas de la acción sindical: un panorama desde el presente sobre la evaluación del movimiento sindical en Argentina", en Acuña (comp.), *La nueva matriz socio-política Argentina*, Buenos Aires, Nueva visión, pp. 203-230.
- Peirce, Charles (1987). *Obra lógico-semiótica*, Madrid, Taurus.
- Pérez Ledesma, Manuel (1994). "'Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, núm. 69, Madrid, pp. 51-120.
- Pizzorno, Alessandro (1994). "Identidad e interés", *Zona Abierta*, núm. 69, Madrid, pp. 135-152.
- Portes, Alejandro y Kelly Hoffman (2003). "La estructura de clases en América Latina: composición y cambios durante la era neoliberal", *Desarrollo Económico*, vol. 43, núm. 171, Ed. IDES, Buenos Aires, pp. 355-388.
- Quiroga, Ana (2005). "Un horizonte de Amenazas", en VV. AA., *Trabajo e identidad ante la invasión globalizadora*, Buenos Aires, Ediciones Cinco/La Marea.
- Rancière, Jacques (2000). "Política, identificación y subjetivación", en Benjamín Arditi (comp.), *El reverso de la diferencia*, Caracas, pp. 145-152.
- Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Filosofía y política*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Rauber, Isabel (2002). "Piquetes y piqueteros en la Argentina de la crisis: cerrar

- el paso abriendo caminos". Versión digital: www.urbared.ungs.edu.ar/textos/piquetes.doc
- Rauber, Isabel (2001). "La CTA en el corazón de la lucha piquetera", *Koeyú*, núm. 83, Caracas.
- Revilla Blanco, Marisa (1994). "El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido", *Zona Abierta*, 69.
- Roca, Emilia (2002). "Principales transformaciones en la regulación del mercado de trabajo y en la seguridad social en la década de los '90", en *Cuadernos del CEPED*, núm. 7, Lindenboim (ed.) *Metamorfosis del mercado de trabajo. Parte 2: Diagnóstico, políticas y perspectivas*. Seminario CEPED/Instituto Gino Germani. FCE-UBA, Buenos Aires, 65-97.
- Salvia, Agustín (2004). "Argentina siglo XXI: segregación y nueva marginalidad en tiempos de cambio social", Ponencia presentada en CLACSO, Río de Janeiro.
- Salvia, Agustín (2001). "Bienestar económico y desigualdad social en los hogares del Gran Buenos Aires durante la política neoliberal", en C. Gomes (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*, México, Flacso México/Plaza y Valdés, pp. 255-278.
- Sánchez, Pilar (1997). "El cutralcazo. La pueblada de Cutral Có y Plaza Huinul", Buenos Aires, Ágora.
- Saramago, José (2000). *La caverna*, Buenos Aires, Alfaguara.
- Saraví, Gonzalo (2004). "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural", *Revista de la CEPAL*, núm. 83, agosto, pp. 33-48.
- Schuster, Federico (2004a). "Algunas reflexiones sobre la sociedad y la política en la Argentina contemporánea", en Di Marco y Palomino, *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Buenos Aires, UNSAM/Baudino Editores.
- Schuster, Federico (2004b). "Laboratorios de vida en el territorio de la marginación", *Laboratorio*, año 5, núm. 14, otoño/invierno, versión digital: http://laboratorio.fsoc.uba.ar/textos/14_1.htm
- Schuster, Federico (1997). "Política y subjetividad. El desafío de la complejidad en las ciencias sociales de fin de siglo", *Ágora*, núm. 6, verano, pp. 153-163.
- Schuster, Federico y Sebastián Pereyra (2001). "Las transformaciones de la protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectiva de una forma de acción política", en Giarraca y colab., *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires, Alianza.
- Schütz, Alfred (1974a). *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Schütz, Alfred (1974b). *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Schütz, Alfred y Thomas Luckmann (1997). *Las Estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Scribano, Adrián (1999). "Argentina cortada: cortes de ruta y visibilidad social", en

- M.López Maya (ed.), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 45-72.
- Scribano, Adrián y Federico Schuster (2001). "Protesta social en la Argentina de 2001. entre la normalidad y la ruptura", en *Observatorio Social de América Latina*, núm. 5, pp. 17-22.
- Sidicaro, Ricardo (1981). "Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 31, Amsterdam, pp. 43-60.
- Soldano, Daniela (2000). "Subjetividad y vida política. Transformaciones identitarias en tiempos de exclusión", *Apuntes de investigación del CECYP*, núm 6, pp. 129-147.
- Southwell, Myriam (2002). "La reforma educativa argentina y sus mitos", *Umbral 2000*, núm. 8, <http://www.reduc.cl/reduc/southwell.pdf>
- Spaltemberg, Ricardo, y Verónica Maceira (2001). "Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina", *Observatorio Social de América Latina*, núm. 5, pp. 23-28.
- Stolkiner, Alicia (2000). "Neoliberalismo y estudio de salud en Argentina: estudio de caso", UBACyT, abril 2006, disponible en: <http://www.caps.pangea.org/quadern/30/5stolkinrcast.pdf>
- Svampa, Maristella (2005). *La sociedad excluyente*, Buenos Aires, Taurus.
- Svampa, Maristella (2004). "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular", *Laboratorio/n line. Revista de Estudios sobre Cambio social*, año IV, núm. 1, primavera, <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- Svampa, Maristella (2000). "Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al hevy metal", en Svampa, *Desde Abajo. Las transformaciones en las identidades sociales*, Buenos Aires, UNGS/Biblos, pp. 121-154.
- Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra (2005). "La política de los movimientos piqueteros", en Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra (comps.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometo, pp. 343-364.
- Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio*, Buenos Aires, Biblos.
- Swidler, Ann (1995). "Cultural Power and Social Movements", en Klandermans y Johnston (eds.), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Tarrow, Sidney (1994). *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge, USA. [Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad].
- Tarrow, Sidney (1991) "Ciclo de Protesta", *Zona Abierta*, 56.
- Thompson, Edward P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica.

- Thompson, Edward P. (1984). "¿Lucha de clases sin clases?", en E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- Tilly, Charles (2000). "Acción colectiva", *Apuntes de Investigación del CECYP*, 6.
- Tilly, Charles (1990). "Modelos y realidades de la acción colectiva popular", *Zona Abierta*, 54/55.
- Tilly, Charles (1978). *From Mobilization to Revolution*, McGraw-Hill Publishing Company.
- Torre, Juan Carlos (2003). "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre el alcance y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", *Desarrollo Económico*, vol. 42, núm. 168. enero-marzo, pp. 647-666.
- Touraine, Alain (1997a). *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, Alain (1997b). "De la mañana de los regímenes nacional-populares a la víspera de los movimientos sociales", *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*, París. En LASA Forum, disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu>.
- Touraine, Alain (1978), "Movimientos sociales e ideologías en las sociedades dependientes", en AA.VV., *Teoría de los movimientos sociales*, San José, Flasco-Secretaría General.
- Van Dijk, Teun (1999). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa.
- Van Dijk, Teun (1997). *El discurso como estructura y proceso*, Barcelona, Gedisa.
- Villarreal, Juan (1996). *La exclusión social*, Buenos Aires, Norma/Flasco.
- Voncour, Pablo y Leopoldo Halperin (2004). "Pobreza y políticas sociales en la Argentina de los años noventa", CEPAL, Serie Políticas Sociales, núm. 85, abril, Santiago de Chile, pp. 9-25.
- Weber, Max ([1922] 1980). *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu,
- Wittgenstein, Ludwig (1997). *Investigaciones filosóficas*, México, IIF-UNAM.
- Zemelman, Hugo (2001). *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México, Siglo XXI/UNU.
- Zemelman, Hugo (1997). "Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica", en León y Zemelman, (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, Barcelona, Anthropos/CRIM/Coordinación de Humanidades, pp. 21-35.
- Zemelman, Hugo (1995). "La esperanza como conciencia (un alegato contra el bloqueo histórico imperante: ideas sobre sujetos y lenguaje)", en Zemelman (coord.) *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, CRIM-UNAM/ Nueva Sociedad.
- Zemelman, Hugo (1992). *Los horizontes de la razón*, Barcelona, CRIM /Anthropos.
- Zemelman, Hugo (1987a). *Conocimiento y sujetos sociales*, México, El Colegio de México.
- Zemelman, Hugo (1987b). "Razones para un debate epistemológico", *Revista Mexicana*

- de Sociología*, año XLIX, núm. 1, enero-marzo, pp. 1-10.
- Zemelman, Hugo (1987c). "La totalidad como perspectiva de descubrimiento", *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIX, núm. 1, enero-marzo, pp. 53-86.
- Zemelman, Hugo (1983). "Historia y política en el conocimiento", México, Serie Estudios 71, UNAM.
- Zemelman, Hugo y Guadalupe Valencia (1990). "Los sujetos sociales. Una propuesta de Análisis", *Acta Sociológica*, vol. III, núm. 2, FCPS-UNAM, México, mayo-agosto, pp. 89-106.
- Diarios y semanarios consultados**
- Página/12*: www.pagina12.com.ar
- Clarín*: www.clarin.com.ar
- La Nación*: www.lanacion.com.ar
- Semanario "Hoy"*
- Frente Popular: Para Construir desde Abajo el Cambio Social*. Publicación del Frente Popular Darío Santillán, año 2, núm. 5, mayo de 2005.
- Resistir y Vencer*. Periódico del Movimiento Resistir y Vencer. Año IV, núm. 7, marzo de 2005.
- El Corte Piquetero*. Publicación del MTR-Cuba. Año 1, núm. 9, abril de 2005.
- Proyectos 19/20*. Año 3, núm. 13, abril de 2005.

Coordinación editorial

Gisela González

Cuidado de la edición

Julio Roldán

Asistencia editorial

Alma Delia Paz

Diseño de portada

Cynthia Trigós Suzán

Diseño de interiores

Azul Morris

Formación electrónica

Flavia Bonasso



Movimientos sociales

Subjetividad y acción de los trabajadores
desocupados en Argentina

Se terminó de imprimir en septiembre de 2009 en Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V. Calle 2 # 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. Para su elaboración se usaron tipos AGaramond y Frutiger.

Se tiraron 200 ejemplares.

“Argentina, la hegemonía neoliberal comienza a enfrentar movilizaciones sociales que son respuesta al deterioro de las condiciones de vida de amplios sectores de la población. Mujeres y hombres instalan con sus cuerpos y voces, en el espacio público, la tragedia negada y silenciada: aparecían los Desocupados”.

Este libro propone el estudio de la experiencia de los desocupados que elaboraron una demanda por trabajo y construyeron formas de organización y movilización social sin precedentes en América Latina. A partir de entrevistas con los participantes de base, la visita a las organizaciones y el registro de acciones de protesta (los piquetes) se analiza la conformación de una subjetividad colectiva subalterna capaz de significar el desempleo como un daño una injusticia y producir acciones que cuestionan un orden de dominación.

Comprender las complejidades de esta experiencia popular en cuanto a la conformación de identidades, imaginarios y proyectos implica un desafío académico y político porque plantea centralmente la relación entre los sujetos y el orden social. En esta dirección se orienta la investigación de la subjetividad colectiva presente en el movimiento puesto que permite indagar las marcas del pasado, analizar el proceso político y situarnos frente a las múltiples potencialidades de futuros que habitan en los sujetos sociales contemporáneos.



Dilemas de la Política
en LATINOAMÉRICA